ARANTXA GARCÍA ROCES

El Silencio de la Casa Azul



Una palpitante novela histórica de intriga y amor, lazos familiares, solidaridad y coraje, a caballo entre Cuba y Asturias.

Llanes, 1870. Los caminos de Mario Melgar y las hermanas Lorenzo se cruzan fugazmente, pero la ambición de él acabará poniendo un océano de distancia entre sus destinos. Veinte años después, el indiano Mario Melgar regresa a su Llanes natal para descubrir que, pese a la inmensa fortuna amasada en Cuba, quienes dejó atrás no olvidan ni perdonan. La presencia de Malena, la hermosa mulata que lo acompaña, despierta la curiosidad y los recelos de un pueblo que guarda viejas heridas. Madrid, 1970. Cuando Nuria Melgar hereda un palacete indiano en Asturias, el dolor la empuja a aferrarse a los últimos restos del legado familiar. Junto a su marido un hombre violento que la mantiene sometida viaja a Llanes, donde intentará desentrañar los secretos de la enigmática Casa Azul. Allí deberá enfrentarse no solo al pasado, sino también a sus propios deseos y a una realidad que la oprime. Una novela histórica y de intriga, vibrante y llena de color, que recorre generaciones entrelazando destinos marcados por el amor y la familia, el maltrato doméstico, la sororidad y el coraje necesario para sobrevivir y reinventarse frente a la adversidad.

Arantxa García Roces

El silencio de la Casa Azul

Título original: *El silencio de la Casa Azul*
Arantxa García Roces, 2026

Revisión: 1.0

5/06/2026

Para Juan, mi fortaleza y mi debilidad.

¿Es todo lo que vemos o parecemos tan solo un sueño dentro de otro sueño?

EDGAR ALAN POE

NOTA DE LA AUTORA

Estimado lector:

Varios capítulos de *El silencio de la Casa Azul* —en concreto, los que se desarrollan a principios de los años setenta— tienen su título en inglés. La explicación es bien sencilla: todos ellos son títulos de canciones de los Beatles que, de un modo u otro, están relacionados con la trama. ¿La razón? Nuria Melgar, su madre y yo compartimos pasión por la banda de Liverpool y deseábamos hacerles un pequeño homenaje.

Te invito a oír las canciones —antes, durante o después de cada capítulo— y a buscar su vínculo con la historia.

Espero que, de seguir mi humilde consejo, la música de los Beatles te colme de un sinfín de emociones, tal y como nos sucedió a mis personajes y a mí misma.

Y si el inglés no es tu fuerte, aquí tienes la relación de los títulos y su correspondencia en español:

17 - *Little child* - Niña pequeña.
19 - *The long and winding road* - El largo y sinuoso camino.
21 - *From me to you* - De mí para ti.
23 - *I ivant to hold your hand* - Quiero coger tu mano.
25 - *Chains* - Cadenas.
27 - *I should have known better* - Debería haberlo imaginado.

29 - *There's a place* - Hay un lugar.
31 - *Let it be* - Déjalo ser.
33 - *The fool on the hill* - El loco de la colina.
35 - *Ask me why* - Pregúntame por qué.
37 - *Got to get you into my life* - Quiero que entres en mi vida.
39 - *In spite of all the danger* - A pesar del peligro.
41 - *Please please me* - Por favor, compláceme.
43 - *Another girl* - Otra chica.
45 - *Hold me tight* - Abrázame fuerte.
47 - *She loves you* - Ella te quiere.
49 - *All together now* - Ahora todos juntos.
51 - *Within you without you* - Dentro de ti sin ti.
53 - *Tomorrow never knows* - El mañana nunca se sabe.
55 - *Run for your life* - Corre por tu vida.
57 - *Free as a bird* - Libre como un pájaro.
58 - *While my guitar gently weeps* - Mientras mi guitarra llora suavemente.
59 - *Do you want to know a secret?* - ¿Quieres saber un secreto?
60 - *Because* - Porque.
61 - *I need you* - Te necesito.
62 - *Not guilty* - Inocente.
63 - *I'll follow the sun* - Seguiré el sol.
Epílogo - *Like dreamers do* - Como lo hacen los soñadores.

PRIMERA PARTE

1
La Guía

Llanes, 1871

La muchacha descendió por la loma de San Antón dejando a su espalda la capilla de piedra de la Virgen de la Guía. La luna llena alumbraba las torres medievales del templo, cuya recia silueta se asemejaba a una fortaleza militar. Una vieja leyenda contaba que unos pescadores de la zona se vieron amenazados por una galerna y, temiendo por sus vidas, se encomendaron a la Virgen, a la que rogaron su amparo. Mientras rezaban con el fervor que despierta la proximidad de la muerte, divisaron una sencilla caja de madera flotando sobre las olas y decidieron sujetarla a la barca. Ya daban los últimos tirones a los cabos que la amarraban, cuando se les apareció una paloma blanca que los guio hacia la costa. Así fue como salvaron la vida. Una vez en tierra firme, abrieron la caja y descubrieron una hermosa talla de la Virgen en su interior. Con gran veneración, llevaron la imagen a la capilla de San Antón y la depositaron en el altar del templo. Sin embargo, los marineros no tardaron en descubrir que aquel no debía de ser su sitio. La Virgen se perdió —nadie supo cómo ocurrió—, se encontró y se volvió a perder una vez más; hasta que los fieles, resignados a la empecinada voluntad de la madre de Dios, le construyeron una capilla en el lugar elegido por ella, que pasó a llamarse el Campo de

la Guía. Aunque se la consideraba patrona de las gentes del mar, su fama de milagrera le había ganado la devoción de toda la comarca.

Mina Lorenzo echó la vista atrás y se santiguó con premura antes de emprender el descenso de nuevo. Había acudido a la ermita de la Virgen de la Guía para pedir perdón por lo que iba a hacer, pese a que no podía arrepentirse de ello. Sabía que, de seguir adelante con su propósito, ya no habría redención para ella, pero tenía la necesidad de explicarle a alguien que no actuaba con maldad. Poder hacerlo ante la Virgen le supuso el principio de la paz que buscaba y, después de tanto sufrimiento y tanto dolor, la joven entendió que ese sosiego era lo único que de verdad le importaba.

Continuó avanzando pendiente abajo sin dejarse distraer por la belleza de los acantilados abruptos y el poderoso mar que lamía sus rocas. Se detuvo justo al borde del precipicio, donde acababa la suave hierba que acogía sus pasos. En aquella estrecha franja de piedra en que la tierra comulgaba con el Cantábrico, ventaba un nordeste rabioso que le erizó la piel de los brazos. Mina alzó su viejo mantón de cuadros hasta cubrirse la cabeza con él y se guareció bajo la prenda de lana para espantar el frío. No podía saber lo hermosa que estaba, lo mucho que se asemejaba a la Virgen encerrada en la caja. Cerca de allí, parpadeaba la luz de un faro con su centelleante advertencia: «Ya no hacen falta milagros», parecía decirles a los navegantes que se atrevían a aproximarse a la costa.

Apenas restaban unas horas para que la noche cediera el paso al día. Su tiempo se terminaba, pero se concedió un último instante de gracia para despedirse de sí misma y del pasado. Recordó cada uno de los acontecimientos que la habían conducido hasta allí, como pequeñas piedrecitas que hubiesen ido construyendo el camino de su ruina. Pensó en el amor perdido —un sentimiento tan intenso y desgarrador que había envenenado el resto de las cosas—, en las ilusiones fallidas, las esperanzas rotas… En ese viaje final no encontró más que dolor y locura: ya no era la misma de antes ni volvería a serlo jamás. Tampoco se sentía con fuerzas para afrontar la vida que vendría en adelante: tan solo sería una carga para Alba y

una deshonra para el resto de su familia. Si no se hubiese quedado embarazada tan joven, si Mario no hubiese emigrado a Cuba, si el marqués de Posada no hubiese violado a su hermana…; sin esos condicionantes la historia de las hermanas Lorenzo, su historia, habría sido muy diferente. Pero ya no había vuelta atrás. «Los errores no se pueden deshacer», se dijo. Durante días, semanas y meses no había conseguido escapar del limbo de sufrimiento en el que vivían Alba y ella. No hablaba, no comía, no dormía; solo podía pensar una y otra vez en todo lo que había perdido.

Poner fin a su desgracia sería lo mejor para ella y para todos los que amaba.

—El mar nos separó y el mar nos unirá de nuevo… —susurró para sí, pese a que el viento era el único que podía escuchar sus palabras. Mina sintió su impulso, como si de repente hubiera cobrado vida y la empujase para ayudarla a vencer sus últimas reticencias. Quiso decirle que no hacía falta: la desesperanza las había borrado por completo.

Soltó el mantón de cuadros y lo dejó caer al suelo. Se llevó la mano a la barriga y acarició la curva que, como un estigma, le impedía olvidar su historia de amor y su deshonra. Extendió los brazos a ambos lados del cuerpo para devolverle el abrazo al viento y miró hacia el horizonte que se perfilaba ya a lo lejos. Halló un pequeño consuelo al pensar que al menos el final era suyo, que ella había elegido el modo, el momento y el lugar en que quería irse.

—Espérame, Mario. Muy pronto me reuniré contigo…

A sus pies, rugieron las olas del mar salvaje. Le daban la bienvenida. Mina cerró los ojos, los apretó con fuerza y se arrojó al vacío.

2
El peso de los sueños

Llanes, un año antes

La luz que alumbraba la embarcación no era más que un pequeño candil que esparcía un fulgor brumoso en torno a sí. Su palmaria insuficiencia —a la que casi se había acostumbrado— tan solo lo inquietó cuando la llama comenzó a oscilar con fuerza, impulsada por el violento vaivén de las olas. Mario elevó la mirada al cielo en busca de señales y temió que parte de la oscuridad se debiese a una tempestad en ciernes; de hecho, le pareció que el amanecer tardaba demasiado en llegar. No se habían alejado de la costa en exceso —a su hermano Simón le gustaba echar el aparejo en las proximidades de la Roca del Diablo, donde la pesca solía ser mejor—, pero el recelo que albergaba hacia el mar despertó sus alertas. Antes de avisar a su hermano, recordó la pesadilla que sufría en el preciso instante en que Simón lo despertó para salir a faenar. En el sueño se veía a sí mismo de anciano, con la piel arrugada, la ropa raída y sin un triste mendrugo que echarse a la boca. El hambre lo torturaba y ni siquiera podía arrastrar sus viejos huesos al mar para obtener alimento: una galerna había varado toda la flota del concejo a la espera de que llegara su fin. El verdadero terror vino de la certeza de que ese futuro espantoso era un futuro posible. Unas semanas atrás, tuvieron que dejar la barca en tierra durante varias jornadas

por culpa del mal tiempo. No llegaron a pasar mayor necesidad de la habitual, gracias al trabajo de su madre, que lavaba ropa para las casas nobles de Llanes; mas le avergonzaba pensar que hasta entonces había sido el esfuerzo de una mujer lo que había alimentado a tres hombres hechos y derechos. Le dolía ver los sabañones y las durezas en las manos de ella.

—¡Mario! —le gritó Simón señalando el cielo—. ¡¿Qué estás pensando?! ¡Espabila de una vez, que se nos echa la tormenta encima! Venga, vamos a recoger las redes.

Su hermano tenía razón: no debía perder ni un segundo en reflexiones inútiles. Se levantó con agilidad y se aprestó a izar el aparejo, pero aquello pesaba como un demonio mojado y apenas consiguió moverlo. Las redes se hundieron a plomo y estuvieron a punto de arrastrarlo con ellas al fondo del mar.

—¡Maldita sea, Simón! ¡Están repletas! ¡No puedo creerlo! Llevamos semanas sin pescar y tiene que ser justo ahora… —protestó frustrado.

—Ya sabes lo que dice el refrán: «A mar revuelto…» —le respondió Simón encogiéndose de hombros.

Mario no conocía a una persona más resignada y menos ambiciosa que su hermano, aunque a veces ese simplismo de Simón lograba desquiciarlo. Estaba a punto de soltar un exabrupto para liberar la tensión, cuando el cielo se abrió sobre sus cabezas. Era una lluvia intensa —tan torcida como las circunstancias—, que no dejaba el menor resquicio de duda: la tormenta los había atrapado y ya no sería fácil liberarse de sus garras sin daños.

—¡Vamos a tener que desprendernos del aparejo! ¡No podremos izarlo sin volcar la barca! —se quejó Mario a gritos, sujetándose al mástil huérfano de vela. La nave se agitaba cada vez con mayor violencia.

—¡Si regresamos sin las redes, no nos dejarán entrar en casa! —voceó su hermano con tono lastimero.

—¡Si perdemos las redes, será una tragedia, pero si perdemos la barca, será la ruina! Yo asumo toda la responsabilidad, Simón. No

vamos a perder más tiempo en darle vueltas o ya no quedará nadie para contarlo…

Su hermano asintió y sacó del cinturón un cuchillo para cortar los cabos que sujetaban los aparejos a la embarcación. Mario se colocó a estribor y se dispuso a hacer lo mismo. Mientras se esforzaba en tajar la cuerda, hostigado por el aguacero que hacía que el cuchillo resbalase sobre el cabo, caviló sobre lo mucho que podía complicarse algo tan sencillo en apariencia. Tuvo la sensación, como había tenido otras veces, de que sería mucho más fácil doblegarse. «La vida traza sus propios caminos sin necesidad de que los hayas recorrido antes», se dijo en tono agorero. Sabía que parte de su pesimismo era fruto del hambre y del cansancio y, aun así, no le importó. Las emociones de las últimas semanas habían adquirido la consistencia de una losa, más siniestra y ominosa que la tormenta que se cernía sobre ellos, y no quería soportar su peso por más tiempo.

Concentrados como estaban en coordinar sus movimientos, no pudieron capear la ola que, auxiliada por el peso de las redes, volcó la endeble nave con una facilidad pasmosa. Mario sintió su cuerpo ajeno, sometido a las leyes de la naturaleza: tropezó, rodó, cayó y se sumergió en el agua sin que hubiera un ápice de voluntad en ninguno de sus movimientos. El mar lo recibió con aquella mordida fría que, para el Cantábrico, representaba toda una seña de identidad: la advertencia de su fiereza. Pero ya era tarde para advertencias. El casco le impactó en el hombro. El golpe le nubló el sentido y lo impulsó hacia el fondo, hacia una oscuridad más profunda y mortal que la que aguardaba fuera. Cerró los ojos y se dejó arrastrar con docilidad, a sabiendas de que rendirse conllevaba un menor esfuerzo. Supo que la muerte lo esperaba abajo, pero ¿en verdad sería tan terrible? No lo creía. Estaba a punto de encontrar la paz que le había sido negada en vida. No volvería a pasar hambre, no volvería a temer un futuro plagado de miseria. La calma que le aportaron sus ideas se esfumó cuando Simón le tiró con fuerza del gabán. Abrió los ojos bajo el agua y se encontró a su hermano

haciendo aspavientos incomprensibles. Entonces tuvo miedo de sí mismo. Había estado a punto de dejarse morir; así de lejos llegaba su desesperanza. Simón lo meneó con fuerza para que cesara en su ofuscación y, agarrándolo del brazo, le subió a la superficie. Sus cabezas irrumpieron entre la marejada en busca de una bocanada de aire. La tempestad los esperaba ajena a sus cuitas y dramas personales. Arrastrado por su hermano, ambos lograron sujetarse a la pala del timón y trataron de recuperar el resuello batidos por las olas.

—La marea nos empuja hacia la orilla —dijo Simón después de un tiempo que pareció eterno. Mario, incapaz de pronunciar palabra, se limitó a asentir y, antes de que su hermano añadiera nada más, braceó con la extremidad que le quedaba libre.

El estrecho arenal al que arribaron, custodiado por acantilados abruptos, los acogió como lo haría una madre que recibe la visita inesperada de sus hijos. Mario se quedó tumbado boca arriba, cubierto de salitre y algas, mientras Simón empujaba la embarcación hasta alejarla del envite del oleaje. Cuando consideró que la nave se encontraba a buen recaudo, se arrodilló junto a su hermano.

—¡¿Estás loco?! —le espetó sin ambages; el ceño fruncido, la mirada enojada.

Mario apenas se movió; se limitó a frotarse los ojos para espantar el llanto. Por muy bajo que cayera su espíritu, un Melgar jamás lloraba en público, aunque ese reducido público fuese su hermano.

—¿Tan loco te parece querer escapar de la maldita miseria?

—¿A toda costa? —cuestionó Simón, aunque esta vez había más angustia que enojo en su pregunta.

—A toda costa, hermano.

Y sus palabras, dotadas del empaque de una sentencia, resonaron acunadas por las olas del Cantábrico.

3
Un camino diferente

Llanes, 1870

Mina Lorenzo acarició el lomo del libro con la yema del dedo y notó que un respingo de placer le sacudía el cuerpo. Aquel era el mejor de los volúmenes del maestro y su contenido tenía el mismo interés que un tratado de magia que pudiera resolver todos los problemas del mundo. O así lo sentía ella.

—No tengas miedo que no muerde… —dijo don Mauro con su peculiar sentido del humor—. Tranquila, no es más que aritmética, y ni siquiera demasiado avanzada.

Mina asintió como si le diese la razón, pero sin ocultar su sincera reverencia por la suavidad de la piel que encuadernaba el libro y por las fórmulas numéricas que encerraba en su interior.

—¿Me ayudará a entenderlo? —Quiso saber la muchacha. El maestro se rio con ganas al advertir su ansiedad, aunque en su mirada también había un poso de orgullo. La pequeña de las hermanas Lorenzo había despertado lo mejor de su vocación por la enseñanza.

—Por supuesto, pero no es tan complicado como supones. Revisa las primeras páginas y verás que no te resultan del todo extrañas…

Mina le hizo caso y, casi sin pretenderlo, se sumergió de lleno en los números, las operaciones y los símbolos que gozaban de una

lógica incuestionable. La verdad absoluta de las matemáticas, su incuestionable certeza, la había cautivado por completo. Su talento natural para discernir la aparente simplicidad de la materia había resultado decisivo para que don Mauro le pidiera que lo ayudara en la escuela. Tenía muchas esperanzas depositadas en su joven alumna.

—Lo entiendes, ¿verdad? ¿Mina…? ¡Mina! ¿Me escuchas? —El insistente reclamo del maestro la sacó de su abstracción y cerró el libro de golpe, permitiendo que las fórmulas aritméticas abandonaran su cabeza.

—A veces tengo la sensación de que los números me hablan… —explicó en un arranque de confianza inusual en ella. Se arrepintió al instante, aunque ya no podía borrar las palabras.

Don Mauro la observó con afecto y, dejando el humor a un lado, le respondió con la misma confianza que ella había depositado en él. Conocía la complejidad de lo que iba a proponerle a continuación, pero su conciencia y sobre todo el cariño que le tenía, así se lo exigía.

—Deberías estudiar para ser maestra. No solo tienes el talento necesario para ello, sino también la actitud, la capacidad de esfuerzo…

Mina bajó la cabeza y fijó la mirada en el suelo del aula: una colección de listones de madera sin pulir con un rastro de arena que delataba la proximidad de la playa. Por mucho que barrieran, la arena siempre regresaba. Tardó unos instantes en responder a una propuesta que podía abrirle las puertas de un mundo nuevo. No quería rechazarla con premura —la mera posibilidad hizo que se sintiese diferente, especial…—, mas no ignoraba que las palabras del maestro no tenían ni pies ni cabeza.

—Mi hermana trabaja de criada desde los trece años. Ni siquiera sé por qué no he seguido sus pasos. Es injusto que ella tenga que soportar todo tipo de penurias, mientras yo dejo pasar el tiempo en la escuela… No debería soñar con lo que no puedo conseguir.

—¿Y con qué soñar, si no? —preguntó don Mauro sonriendo.

Después consultó su reloj de bolsillo y, ampliando la sonrisa, añadió —: Creo que el Bando del Clavel[1] tiene unas fiestas que preparar, ¿o no?

—No sea malo, profesor —respondió Mina frunciendo el ceño—. O respeta a nuestra santa o dejaremos de respetar al suyo.

—Me temo que los partidarios de mi bando no son tan melindrosos como los del tuyo. De todos modos, no vamos a reñir por eso.

—Ya le digo que seremos los primeros… —afirmó la muchacha con sarcasmo—. Pero tiene razón: me comprometí a engalanar la capilla con flores. Será mejor que vaya recogiendo mis cosas… Supongo que no lo veré en la romería —dijo, pese a que ya conocía la respuesta.

—Tengo otros menesteres con los que entretener mi tiempo —contestó achicando la mirada. Luego sonrió de nuevo para restarle importancia a unos piques que, entre ellos, no eran más que una diversión inocente—. Disfruta de las fiestas, Mina… y, si tienes tiempo, piensa en lo que te he dicho.

Mina asintió con vaguedad. No quería enredarse en más charlas infructuosas con el maestro. No obstante, las palabras de don Mauro siguieron dando vueltas en su cabeza y ya no pudo liberarse de ellas.

Por aquel entonces aún ignoraba que el camino de la desgracia está sembrado de ilusiones fallidas.

4
Más allá del mar

Mario Melgar se sentó sobre el banco de madera que, siendo niños, construyeron con su padre. Lo habían encalado al comienzo del verano para que luciese como nuevo, aunque hacía mucho tiempo que ya que no lo era. En aquella casa destartalada, olvidada por la fortuna, no había nada nuevo. A Mario le gustaba el banco y sentarse en él; no solo porque lo hubiera fabricado con sus manos, también por su ubicación frente al mar —uno de los pocos privilegios que le otorgaba la vida, por no decir el único—. No obstante, esa sensación placentera iba perdiendo fuste: la visión del Cantábrico peleado con la costa no lograba cautivarlo como antes. Cuando Simón se sentó a su lado, como había hecho tantas veces, la necesidad de alejarse de todo lo conocido se tornó más pujante. Pese al esfuerzo por mantenerse quieto y no rechazar la presencia fraterna, su cuerpo se distanció de él con un gesto que a Simón no le pasó desapercibido. Aun así, su hermano eligió ignorarlo.

—Madre te ha planchado la camisa de los domingos. Te la ha dejado estirada sobre la cama.

—No sé si quiero ir… —El bullicio de las fiestas patronales con su retahíla de rostros familiares, tan ordinarios y vulgares, solo podía acrecentar el desánimo que amenazaba con tragárselo, como las olas que sacudían la arena a sus pies.

—Hay que ir, hermano. En el bando no nos perdonarán la

deserción. No podrás volver a asomar la cara por la taberna del Roxu.

En realidad, era Simón quien más temía las represalias de la cuadrilla. Mario sabía frenar sus chanzas con una simple mirada, pero su hermano estaba hecho de otra pasta.

—¡Estoy cansado, harto de todo! —le soltó de pronto, y fue como retirar una espita— ¡Quiero irme! ¡Quiero marcharme de aquí! —Con aquellas palabras, que expresaban un deseo que había ocultado hasta entonces, notó que parte de su carga se aligeraba—. Seguiré los pasos de Bautista y cogeré un barco con rumbo a Cuba.

—¿Bautista…? ¿En serio? Pero si no sabemos nada de él. Podría estar muerto; ahogado en el fondo del océano o enterrado tan lejos de su tierra que ni siquiera será un fantasma para los suyos. Tú no quieres eso para ti… —protestó Simón, que solo pensaba en irse de romería.

—Cualquier cosa es mejor que esto —arguyó impulsado por la desesperanza que se había adueñado de su mente y se extendía por su cuerpo—. Ese no saber del que hablas es mil veces mejor que la certeza de que, si no me voy, jamás podré escapar de la miseria.

Simón se quedó callado observando el mar. Esa misma mañana habían estado a punto de perder la vida en él. Hasta ahí llegaba la única reflexión que podía afrontar en aquel momento; la única que quería afrontar. Necesitaba beber para olvidar las penas propias y ajenas; en particular, las del cenizo de Mario.

—Si quieres irte, hermano, será otro día…; no creo que a estas horas salgan muchos barcos con destino a Cuba.

5
El Bando de la Magdalena

Aunque la santa vestía un simple sayal ceñido a su cintura con un tosco cordón de esparto, se había convertido en el centro de todas las miradas. Llevaba la melena suelta, ondulada y peinada en gruesas guedejas que le caían con gracia a ambos lados del pecho. Avanzaba descalza, sujetando en las manos un crucifijo de plata. A sus pies, el frasco argentado que conservaba los restos del elixir con el que había ungido los pies de Cristo. Su paso lento, izada sobre una alfombra de claveles escarlatas, generaba una devoción que se expandía entre los fieles como un manto silencioso.

En un pasado lejano, había sido la cofradía de Mareantes de San Nicolás —el gremio de balleneros de Llanes— la primera en ofrecerse a sufragar las fiestas patronales. Desde entonces, ya habían transcurrido varias décadas y las ballenas nadaban en aguas remotas. No obstante, el Bando de la Magdalena había ido dejando su impronta en la villa de Llanes y, entre las muchas actividades que organizaban, la procesión de la santa desde su humilde capilla a la basílica de Santa María de la Asunción era la que suscitaba mayor fervor en el pueblo. Sin duda, a causa del radiante esplendor de la talla; la femineidad coronada con un halo de santidad que nadie podía ignorar y, menos aún, los devotos del bando. Ellos tachaban cada día del almanaque hasta ver llegar el ansiado veintidós de julio.

Mina sintió el apretón de Alba en su brazo y la miró directamente

a los ojos. Su hermana, de habitual temple tranquilo y sereno, contenía la emoción a duras penas. Estrujaba el tallo del clavel como si la flor tuviera la culpa de alguna afrenta. Mina esbozó una sonrisa luminosa y sincera; una sonrisa que condensaba toda la ternura que le provocaba. Intuyó qué plegaria le había formulado Alba a la santa: sus propios deseos relegados, casi olvidados, en pos de un futuro mejor para ella. Así de lejos llegaba la generosidad de su hermana.

—Romera, vamos de fiesta —dijo Alba con la ilusión reflejada en sus pupilas. Mina asintió entusiasmada y la agarró de la mano. Juntas, unidas por vínculos mucho más fuertes que el parentesco, unos vínculos que solo pueden comprender dos mujeres que afrontan la vida juntas, emprendieron el camino a los festejos.

Entre tanta felicidad, el destino les reservaba los tragos más amargos.

Pero eso aún estaba por pasar…

* * *

El rostro de una mujer hermosa siempre ha sido un bálsamo infalible para curar las penas del alma. La miseria, la desesperanza y el dolor —en definitiva, las mil y una caras del miedo— se desvanecían bajo su poderoso embrujo, conjuradas por ensalmo. Mario lo sabía de sobra: ¡había usado ese bálsamo de Fierabrás tantas veces! También sabía que todo remedio milagroso conlleva un peaje que debe pagarse tarde o temprano, pero, con la cantidad de planes que bullían en su cabeza, esa cuestión apenas lo inquietaba.

Los compases de la orquesta venida desde Gijón envolvían sus palabras: un recitar sosegado y galante que entretejía los mimbres de una letanía exitosa; y en verdad debía de serlo, pues la joven le miraba como si él fuera el mejor premio de la rifa. Sintió una punzada de remordimiento, prematura y superficial, pero la desechó

para perderse y olvidarse entre aquellos ojos verdes que, en torno a las pupilas, se moteaban con el color de la arena mojada. Se amarró con fuerza a la cintura de Mina, tan esbelta que parecía una advertencia de su fragilidad, y ella se sonrojó al instante. La punzada del deseo borró sus escasos reparos. Aun así, se esforzó en concentrarse en el sonido de la música, la fragancia de las flores y la blandura de la hierba bajo sus pies. No era recomendable apurarse cuando el afán consistía en seducir a una mujer decente.

—Nadie me había mirado con unos ojos como los tuyos —susurró cerca del oído de la joven. A las mujeres les gustaba creer en la magia de su mirada. El cuerpo de Mina se estremeció de un modo que a él le resultó adorable; luego le apartó la vista con timidez.

—Apenas nos conocemos…, no deberías decirme esas cosas —se quejó sin demasiado énfasis.

—¿Cómo que apenas nos conocemos? Te llamas Mina Lorenzo. Ayudas al maestro en la escuela. Tu hermana Alba es tu mejor amiga… —Mario hizo una pausa estratégica y añadió con voz seductora—. Y eres la muchacha más hermosa del Bando de la Magdalena. ¡No, qué digo!; la más hermosa de Llanes. No mientas, Mina Lorenzo: sí te conozco. ¡Te conozco muy bien! —afirmó con una convicción que tenía mucho de impostado.

—Mario Melgar —contestó empleando la misma fórmula que él, acompañada de una mueca burlona—, eres un zalamero —y se distanció de sus manos y de una cercanía que la abrumaba en exceso. Justo entonces, como si hubiera estado aguardando ese gesto, Alba los abordó.

La mayor de las hermanas Lorenzo también era agraciada y su rostro tenía carácter, pero el cansancio y la falta de sueño le otorgaban un aspecto más mustio. Se asemejaba a una rosa que estaba a punto de marchitarse. La música se detuvo antes de que la joven abriera la boca:

—Se hace tarde, Mina. Debemos volver a casa.

Su voz tenía un matiz dominante, como si ella estuviera acostumbrada a decidir por las dos. Mina asintió y se volvió hacia

Mario. Su rostro expresaba todas las dudas que se le amontonaban en la cabeza. Mario quiso agarrarse a aquellas vacilaciones: la experiencia le había enseñado que la conquista se obtiene a base de socavar voluntades.

—¿Por qué tienes que irte tan pronto? —preguntó sin soltarle la mano.

Mina se esforzó en disimular el estremecimiento que le causaba el contacto con la piel de Mario. Cerró los ojos con fuerza para hallar algo de sosiego en su interior: no quería que sus palabras temblasen ni delatasen sus emociones.

—Alba se levanta cada día de madrugada. Su trabajo es muy duro y no puede permitirse llegar cansada…

—Lo entiendo; tu hermana tiene que descansar. Pero tú podrías quedarte conmigo… —Mario se puso serio. Hasta entonces había desempeñado el papel de seductor un tanto arrogante y tarambana, pero un cambio de registro podía inclinar la balanza a su favor—. No creo que consiga dormir si te marchas ahora. No te preocupes por nada, Mina. Soy de fiar. Te llevaré a casa cuando quieras.

Las mujeres cruzaron una mirada que decía muchas cosas; entre otras, que no estaban ni estarían de acuerdo. Mina arrugó el entrecejo en un mohín que era la debilidad de su hermana, pero Alba no se dejó convencer por él. Ella conocía muy bien, quizás demasiado, el alcance de los peligros que acechaban al otro lado de las paredes de su hogar. Ni siquiera los grandes palacios, cunas de la nobleza de rancio abolengo, podían garantizar protección para las jóvenes como ellas. La humildad siempre tenía un precio. Decidida, cogió la mano de Mina. Ella también sabía fruncir el ceño, aunque su gesto severo no resultase del agrado de su hermana. Mario fue testigo de la lucha de voluntades que, por fin, se decantó a favor de Alba Lorenzo.

—Lo siento, pero debemos irnos… —Y Mina se mordió la lengua para no preguntar si volvería a verlo alguna vez.

El galán asintió con una sonrisa destartalada que le supo a derrota. Apenas le quedaba tiempo para recomponer una estrategia

que, al menos en teoría, nunca fallaba. Soltó la mano de Mina con manifiesta desgana y las vio alejarse sin echar la vista atrás. Aun así, lo tuvo claro: puede que hubiese perdido una batalla, pero no había perdido la guerra. Sería él quien dijese la última palabra.

—¡Mina Lorenzo! —gritó de pronto. La joven se detuvo y le miró expectante—. ¡Que sepas que estoy deseando verte de nuevo!

6
El marqués de Posada

Alba recorrió el camino de regreso a casa con el cuerpo dolorido y el alma maltrecha. Llevaba más de un lustro trabajando como criada para las casas nobles del pueblo y, en ese tiempo, se había acostumbrado al sufrimiento de la carne, pero aún no sabía de remedios que curasen las heridas de la mente. «Solo puedo rezar», pensó compungida, aunque la debilidad que implicaba esa idea y la rendición que subyacía tras ella la hundió por completo. Resbaló sobre el suelo mojado y, para no caerse de bruces, se apoyó en la pared de arenisca de un palacete vetusto. Se concedió unos segundos para recuperar el resuello. Los cantos rodados que tapizaban las calles estaban cubiertos por una pátina de humedad después de todo un día de *orbayu*, aquella lluvia fina y molesta que envenenaba el humor de los lugareños. Pese a que la distancia que la separaba de su hogar era escasa, temía que, al llegar, su hermana la obligase a enfrentarse a la verdad. Poner voz y verbo a su congoja no le aportaba el menor consuelo; más bien, al contrario.

Al doblar la esquina, vio la luz del candil colocado en la ventana que, como el faro en la tormenta, le iluminaba el camino. No había día en que Mina olvidara encenderlo. Una noche de otoño, tumbadas en el lecho que compartían y con la oscuridad cerniéndose sobre ellas, Alba le había preguntado por qué lo hacía:

—Es una tontería… —Su hermana se había mostrado reacia a

compartir sus razones.

—Da igual que sea una tontería; quiero saberlo.

Durante un momento el silencio de Mina se fundió con las sombras, hasta que ella se decidió a romperlo:

—La superstición puede llegar a ser una creencia muy poderosa, ¿no crees…? Siento que la luz del candil te guía y te protege. Te conduce hasta aquí sana y salva y, mientras no me demuestren lo contrario, seguiré encendiéndolo cada día.

Alba alcanzó la puerta y abrió con la pesada llave que guardaba en la faltriquera. Empujó el portalón que daba acceso a un zaguán repleto de trastos. Pese a sus exiguas dimensiones, aquel portal era un lujo para un hogar tan humilde. La proximidad a la decena de casonas, palacios y casas con escudo que jalonaban la parte noble de la villa había contagiado la morada de los Lorenzo de parte de su abolengo. Su bisabuelo paterno la había recibido de manos del marqués de Gastañaga en pago por su arrojo en la defensa de Llanes durante la Francesada.

Sus piernas, con más voluntad que ella, la condujeron hasta la cocina. El suculento olor del caldo de verduras también debió ayudar a ello: el cuerpo le suplicaba a gritos que lo reconfortase, aunque fuera sorbo a sorbo. Mina, que solía preparar la cena para toda la familia, removía el puchero en el lar con un largo cucharón de palo. No hizo falta ni una sola queja de Alba para que su hermana reparase en que algo iba mal. Era capaz de leer en ella como en un libro abierto.

—¿Qué te pasa? ¿No estás bien? —le preguntó, mientras Alba se dejaba caer sobre una silla de anea tapizada de cojines.

Alba hizo un gesto desdeñoso para quitarle importancia; sin embargo, las palabras brotaron de su boca como si tuviesen vida propia.

—No quiero hablar… Estoy agotada, Mina. Demasiado cansada de todo… —Su voz, rasposa y estridente, le recordó al graznido de un cuervo enojado.

Mina retrocedió un par de pasos y se agarró al cucharón con

ambas manos, como si fuese una suerte de salvavidas con el que mantenerse a flote. La pequeña de las Lorenzo tardó unos segundos en sobreponerse a su desconcierto para acudir a arrodillarse a los pies de su hermana.

—No digas tonterías. ¿Acaso no confías en mí? Puedes contarme lo que sea… —Su mirada reflejaba tanto desasosiego que Alba tuvo que esforzarse para contener las lágrimas. Juntó las manos sobre el regazo para disimular el temblor que las estremecía. Los recuerdos de lo sucedido ese mismo día en el palacio del marqués de Posada pesaban como plomo fundido y resultaban tan vívidos que no podía apartarlos de su cabeza. Pugnó por desecharlos, por olvidarlos, pero fueron más fuertes que ella. Se quedaron allí, repitiéndose una y otra vez, como un bucle infinito de angustia.

Acostumbraba a dejar la puerta bien cerrada cuando limpiaba en la biblioteca. Pese a ser una ardua tarea que ocuparía una jornada completa, solo le concedían unas horas antes de que el atardecer devorase la luz de otro día. Subida al último peldaño de la escalera y armada con un plumero, desempolvaba volúmenes pesados, compendios interminables, manuales sesudos y alguna novelita pía sobre temas de moral intachable. Todo el mundo sabía que el ilustre marqués de Posada era un santo varón… con el alma podrida. Su mujer, hija devota de la Iglesia católica, portaba un pedrusco duro y frío en la cavidad que debió albergar un corazón, y el descendiente de tan singular matrimonio, además de estar destinado a ser un grande de España, se comportaba como un vil depredador con las jóvenes que tenían la desgracia de cruzarse en su camino.

Por eso Alba cerraba la puerta para limpiar la biblioteca del palacio. Nadie esperaba que Íñigo Suárez de Trelles, heredero del marquesado de Posada, entrase en dicha habitación en busca del placer de la lectura.

La joven se remangó la saya para bajar un peldaño y acometer una nueva hilera de libros. A su espalda oyó el rechinar de la puerta

y se detuvo a mitad de camino. La corriente de aire que notó en las pantorrillas terminó de convencerla: alguien se había adentrado en sus dominios. Soltó las faldas de golpe y bajó los últimos peldaños con tal precipitación, que apunto estuvo de caer. Un silbido desvergonzado la obligó a girarse y se vio, frente a frente, con el sucesor del marqués.

—¡Madre de Dios! Ni siquiera mi título puede guardarme de tanta provocación… —dijo Trelles cubriendo de lascivia cada palabra y cada gesto—. Debería contárselo a la marquesa. Odiará saber que su hogar se está convirtiendo en un antro de meretrices.

Alba ignoraba qué era una meretriz, pero el tono descarado y la amenaza física que emanaba del cuerpo del heredero bastaron para causarle un terror similar al del cervatillo que intuye que su caza será inminente. Trató de retroceder, mas no había dónde huir ni dónde esconderse. Trelles se abalanzó sobre ella, la agarró por la cintura y la empujó contra la estantería. Alba sintió el agudo canto de los libros incrustándose en su espalda. El noble desplazó sus garras, le atrapó los brazos y la sujetó con fuerza. La sensación de impotencia, de que le habían arrebatado la voluntad y la defensa, fue tan devastadora que tuvo que esforzarse por mantenerse en pie. No tenía claro que dicho esfuerzo mereciese la pena; perder la conciencia sería mejor. Las caricias forzadas recorrieron su cuerpo con lujuria sin freno. Le sobrevino una náusea en la boca del estómago. Jamás había imaginado la pesadilla de sufrir una violación en sus propias carnes.

No volvería a mirar de frente.

No volvería a ser la de antes.

—Si eres dócil y entregada, tal vez podría olvidarme de tu pecado —susurró el heredero tras lamerle el cuello hasta el escote. El cuerpo de Alba tembló de asco. Pensó en sus padres y pensó, sobre todo, en su hermana y en la dulce utopía de un futuro mejor. Esto era lo que ofrecía el mundo real para las mujeres como ellas. Cerró los ojos, los apretó y trató de resignarse a lo inevitable. Dudó si sería capaz de hacerlo. ¿Hasta dónde podía llegar su capacidad de

sacrificio?

Ajeno a sus pensamientos, Íñigo Suárez de Trelles —llamado a convertirse en el sexto marqués de Posada— la arrastró hacia el suelo y más abajo aún; la arrastró hacia la iniquidad que hallaría acostada sobre el entablado de la biblioteca. Cuando ya lo daba todo por perdido, les llegaron los gritos de la marquesa quebrando la falsa paz del palacio. Íñigo se puso en pie apoyando todo su peso en ella. Alba sintió un dolor que, como otras cosas, sufrió en silencio. Al comprobar que el heredero la abandonaba con el mismo egoísmo con que la había tomado, se centró en escapar de él. Ni siquiera quiso saber qué milagro la había salvado.

Se fue sin mirar atrás, sin despedirse de nadie.

—No puedes regresar allí —le rogó Mina a su hermana cuando esta terminó el relato. Después se puso en pie, abrió la puerta de la alacena y rebuscó entre los tarros hasta encontrar el ungüento que preparaba su madre para curar los cardenales. Se lo aplicó con una delicadeza que demostraba tanto amor que Alba lloró de nuevo. Esta vez se dejó ir: lo necesitaba para sanar. Derramó unos lagrimones lustrosos, relucientes como piedras preciosas y, en cierto modo, lo eran.

—Nuestro padre no debe saberlo jamás. No puede saberlo o acabará con Trelles y estaremos condenados para siempre. ¿Me lo prometes?

La pequeña de las hermanas Lorenzo asintió en silencio, resignada. Sabía que Alba llevaba razón, pero ese silencio obligado la afligía profundamente.

—No te preocupes, Mina; te aseguro que habrá un futuro diferente para ti —dijo Alba al verla tan triste—. Tú estudiarás y serás maestra; encontraremos el modo de pagarlo. Tendrás una vida mucho mejor que la mía. Una que no te destroce las manos… ni el alma.

La mirada de Mina se perdió pensando en Mario, el joven que

había conocido en las fiestas del Bando. Desde entonces, ya lo había visto varias veces y no podía apartarlo de su cabeza ni un solo instante. Su hermana intuyó quién era el culpable de tanta ensoñación y quiso advertirla:

—No te enamores —le pidió—. No lo estropees. Tú eres diferente, mejor que el resto, y puedes elegir tu destino. No deberías fiarlo al corazón de un hombre.

Mina se obligó a sonreír. Aunque Alba solo deseaba su bien, nunca se había enamorado. Ella no podía entender lo difícil que resulta desechar el amor una vez que hace acto de presencia. Difícil no, imposible. Cerró el tarro del bálsamo y se limpió las manos con un paño. Alba le tomó una de esas manos sin mácula para transmitirle su gratitud.

—Nadie me cuida como tú —dijo antes de fundirse en un abrazo que ofrecía el consuelo que tanto necesitaba. Mientras su hermana permaneciese a su lado, ella tendría fuerzas para soportar los envites que le salieran al paso.

7
El precio de una vida

Tinieblas, oscuridad, negrura… ¿Cuántas palabras existen para describir la ausencia de luz que trae consigo la noche más sombría? Tan solo una luna enflaquecida, con vocación de invisible, se atrevía a plantarle cara. El cielo, hambriento de fulgor, había devorado hasta la última estrella. Al contemplarlo, resultaba fácil predecir que el amanecer iba a regalarles un día anubarrado que vertería la lluvia a capricho.

Mario caminaba por el paseo de San Pedro que, orillando el acantilado, conducía hasta la playa y la muralla que escoltaba el linde norte de la villa. Ahora solo quedaban los restos de la fortificación, derrumbada por un exceso de humanidad y de vida. El pueblo había tenido que resignarse a borrar parte de su pasado para poder construir un futuro. De hecho, él fue de los primeros en asumirlo; tal como había aceptado que, si quería prosperar en la vida, le tocaría dejar muchas cosas atrás. No obstante, esa misma inquietud que le impelía a avanzar, le había alejado del sueño hasta hacerle caer en la peor de las vigilias: la vigilia del desesperado.

A los pies de la muralla medieval, el mar se batía sobre la arena. A pesar de la penumbra, Mario reconoció las suaves curvas de la ensenada y decidió bajar a la playa. A veces, los contrabandistas dejaban algún fardo arrumbado en la costa, sobre todo cuando los carabineros les pisaban los talones.

Con cuidado de no tropezar, a sabiendas de que la oscuridad llenaba los caminos de trampas, descendió uno a uno los burdos escalones de piedra. La arena fina, entreverada de la maleza salvaje que crece en cualquier lugar, le acogió con blandura. Se acercó a la orilla, apurando el peligro hasta desafiar el envite del mar, y continuó avanzando en paralelo a la costa. Jugaba a esquivar las olas, como suelen hacer los perros, cuando tropezó con un bulto inesperado y cayó de bruces al suelo.

—¡Maldita sea mi suerte! —Renegó con los calzones mojados de agua salada. Antes de levantarse, extendió las manos frente a sí para palpar qué demonios escondían las sombras: unos fardos alijados con prisa sembraban la playa como un campo de minas. El repentino botín y las posibilidades que le brindaba lo animaron a prender la tea que llevaba encima para esos menesteres. Su luz tan solo era una llama débil, mortecina, pero a él le daba el mismo servicio que el faro que habían construido una década atrás y que salvaba tantas vidas.

—¿Qué estás haciendo, hermano? —La voz de Simón lo asustó. La tea se le escapó de las manos y fue a parar al suelo. Su llama a ras de arena alumbró el torso de un cadáver. El hombre gastaba los ropajes de un contrabandista francés y su vientre mostraba un tajo alargado y rojizo que no dejaba especular sobre las causas de la muerte.

Ambos hermanos retrocedieron espantados y a duras penas consiguieron mantenerse en pie.

—¿Qué demonios es esto?

—¿Qué estás haciendo aquí?

Las preguntas pronunciadas a un tiempo se cruzaron entre sí, pero ninguno de los dos respondió a lo que el otro quería saber. Guardaron silencio, confusos y acobardados, ignorando sus respectivas dudas. Mario inspiró hasta llenarse los pulmones de aire, se armó de valor y se agachó para recoger la lumbre del suelo. Ignoró el cadáver —o al menos lo intentó— y rodeó los bultos. Sacó la navaja del bolsillo y la hendió en un costado. Dando un fuerte

tirón, separó los bordes con los dedos. Una sonrisa arrogante mudó su rostro de expresión.

—Tabaco —dijo girando el fardo hacia Simón, que agrandó los ojos y la boca al leer la misma expresión en francés. Y esa mera palabra, carente de explicaciones, cambiaría sus vidas para siempre.

* * *

Si por aquel entonces alguien le hubiese preguntado cuál era el precio de los sueños, él habría respondido que mil quinientos reales: el coste del billete más módico para viajar en el bergantín que cruzaba el Atlántico rumbo a Cuba. No era un precio modesto, claro que no. Los sueños no podían ser baratos. Algunos emigrantes se veían obligados a empeñar todas sus pertenencias, a cambio de la posibilidad de labrarse un porvenir mejor. Gracias al tabaco francés que había encontrado en la playa, Mario ya no tendría que endeudar a su familia. La euforia que le contagió esa idea diluyó sus últimos recelos y se sintió más libre que nunca.

Simón se marchó en busca de la carretilla que usaban para portear el pescado. El tamaño de los fardos les impediría llevar más de uno por persona. Entretanto, Mario se quedó a custodiar el alijo, aunque tuvo la prudencia de guardar cierta distancia camuflado en las paredes de roca. No quería cargar con la culpa del crimen, ni siquiera del contrabando, si a los carabineros se les ocurría dar una batida nocturna, algo que no era tan raro.

Trasladaron la carga impulsados por una peculiar mezcla de exaltación y miedo. Aun así, aquel tabaco pesaba como si le hubieran añadido piedras de la cantera. Cuando llegaron a casa, los dos sudaban a mares y eran incapaces de pronunciar palabra. A un gesto de Simón, empujaron la carretilla en dirección a la endeble construcción que usaban de cobertizo. Abrieron la puerta sin poder evitar la inoportuna queja de los goznes oxidados. Agarraron los

fardos en silencio y, uno a uno, los introdujeron en el interior del cobertizo. Al salir tras uno de esos portes, Mario se dio de bruces con la mirada acusadora de Fidel, su padre.

—Padre…, yo… —balbució avergonzado. Un gesto resuelto de su progenitor detuvo sus palabras.

—¡Calla! Será mejor que terminemos con esto cuanto antes —dijo Fidel echando mano a un bulto—. No quiero tener a los vecinos husmeando por aquí cuando mañana madruguen para ir a trabajar.

Mientras guardaba la carretilla en el almacén y cerraba la puerta con un candado de siete llaves, Mario reflexionó sobre las explicaciones que le daría a su padre. Fidel era un hombre honesto que desde niños les había inculcado su deber de cumplir y respetar la ley. Dudó si se atrevería a decirle que ese camino recto no conducía a nada bueno: un infausto porvenir de escasez y penurias, de trabajar de sol a sol hasta que el cuerpo cayese rendido en la cama. Él no necesitaba razones para convencerse a sí mismo; su decisión era firme: estaba a punto de atravesar el océano y de comenzar una vida en un lugar donde pudiera tener una oportunidad de triunfar. Solo le pedía a su familia una cosa: que no le impidiesen llevar a cabo los planes que ya tenía armados en la cabeza.

No obstante, todo resultó más sencillo de lo que jamás habría imaginado. La suerte le sonreía, y su sonrisa era amplia y sincera.

—Lo comprendo, Mario, hijo mío. De verdad que no hay nada que pueda entender mejor. Mira mis manos y dime, ¿qué he conseguido en esta vida a base de ser honrado? —Sus palabras revelaban un entendimiento tan profundo que no hizo falta nada más.

Mario sujetó las manos de su padre, duras, ásperas y encallecidas, aunque capaces de dar amor a pesar de ello… Ahora tendría que aprender a vivir sin él. Lo atrajo hacia sí hasta fundirse en un emotivo abrazo.

Ambos sabían que aquel abrazo tenía aires de despedida y que les sería muy difícil romperlo.

8
Ausencias

—Nunca había conocido a nadie como tú. Eres tan hermosa… —dijo Mario mientras las olas lamían sus pies descalzos.

El cortejo de Melgar estaba compuesto por una retahíla de frases trilladas y breves poemas de versos desparejados que loaban la belleza y los encantos de Mina. Ni siquiera tenía que improvisarlo; ya lo había ensayado antes con otras. Aunque a Mina, tan ingenua e inexperta en los lances del amor, le sonaron a gloria y elevaron su espíritu por encima de la arena que los sostenía y hasta del mismísimo mar.

—No quiero tener que separarme de ti —musitó Mario, que ya pensaba en la despedida—. Me gustaría quedarme contigo para siempre… —Acarició su rostro con la punta de los dedos y la atrapó con una mirada brillante de emoción, decidido como estaba a desplegar todo el velamen con la esperanza de seducirla. Al fin y al cabo, no tenía tiempo que perder. Se iba.

Mina se arremangó la saya y se adentró un poco más en el agua. Necesitaba tomar distancia de él, alejarse aunque solo fuera unos centímetros. Apenas sabía leer entre líneas cuando se trataba de hombres; no con la misma certeza con que entendía las matemáticas y que ahora necesitaba para poder avanzar en la relación. ¿Qué quería decirle cuando hablaba de estar juntos para siempre? ¿Se refería al matrimonio? ¿A formar una familia con ella?

¿Qué podía ser, si no?

Como si pretendiese advertirla de lo errada que estaba, el cielo comenzó a llorar por ella. Era una lluvia de verano, cálida y ligera, pero Mario la cogió de la mano y echaron a correr. La playa ascendía formando unas dunas guarecidas por una maraña de juncos y plantas de litoral. Al fondo del arenal, donde ya lo derrotaba la vegetación, había una cabaña olvidada: una casita de pescadores vencidos por las fatigas de esa vida miserable que Mario quería dejar atrás. Los viejos tablones que conformaban sus cuatro paredes estaban desgastados por el viento y la sal. Mina los tocó antes de entrar: la arena se mezclaba con los nudos de la madera dejando un poso de efímera historia sobre la superficie. Se le erizó el vello en los brazos y quiso pensar que era un efecto de la lluvia que ya se derramaba con fuerza.

La pareja se resguardó del aguacero en la cabaña, cuyo interior olía a cerrado, a salitre y humedad. El calor de principios de septiembre se había condensado en la estancia, otorgándole una atmósfera brumosa y un tanto irreal. Mario se desabrochó poco a poco la camisa mojada y, de espaldas a Mina, se despojó de la prenda. La musculatura de su espalda se tensó al hacerse más profunda su respiración. Se dio la vuelta y, muy despacio, como un cazador que acecha a su presa, se acercó a ella. Acarició su pelo y deslizó la mano hasta que sus dedos rozaron la piel del cuello. Vigiló cada reacción de Mina, seguro de que en eso consistía parte del placer. Supo, con una certeza que nacía de la experiencia, que la había conquistado, que la joven estaba vencida.

—Mario, ¿tú me amas?

Él le dijo las palabras que quería escuchar; las palabras que necesitaba escuchar. Si las circunstancias hubiesen sido diferentes, tal vez le habría concedido más tiempo. Tal vez se habría esforzado en ser más sincero. No era el caso ni el momento de pensarlo.

La condujo con suavidad hacia el catre situado en un extremo de la estancia: un lecho desvencijado cubierto con una manta mullida que él mismo había tenido la precaución de colocar. Ella no reparó

en nada de eso. Tampoco la dejó pensar. Colmó sus oídos de halagos y su cuerpo de sensaciones. Mario sabía que ella era una buena chica y que, si se detenía, si vacilaba un instante, no volvería a avanzar. No obstante, notó una punzada de remordimiento antes de continuar, pero los remordimientos solo servían para amarrar a los mediocres. La desechó y se dejó llevar por el instinto, tan poderoso que decidió por los dos. Cerró los ojos y, sin hallar oposición, se entregó hasta el fondo.

Mina Lorenzo se convertía así en otra muesca que tallar en el tablón de la pared y en su memoria.

* * *

Desde su último encuentro en la cabaña de la playa, Mina no había vuelto a saber de Mario, y la distancia que había entre ambos creció y se transformó en una pesada losa que debía cargar sobre su espalda. Cada día se esforzaba en ponerse en pie, en enderezarse, pero el peso de esa lápida de silencio derrotaba todos sus empeños. En contraste con la sensación de soledad y vacío, su cabeza era un hervidero de dudas y vacilaciones, de preguntas sin respuesta y de crueles reproches para sí misma. El maremágnum de emociones que la consumía por dentro le provocaba un cansancio mental que llegaba a ser tan físico como enfermizo. Pese a intentarlo con todas sus fuerzas, apenas lograba disimular aquel malestar ante su hermana.

Alba se arrimó a la cama que compartían cada noche y le plantó un beso en la mejilla. El suyo era un gesto que el tiempo había convertido en costumbre: un beso de despedida cada mañana, casi de madrugada, antes de irse a trabajar. Lo normal era que Alba recibiera un abrazo de Mina a cambio; su hermana tiraba de ella y la arrojaba sobre las mantas, devolviéndola al calor del lecho y a sus brazos. Pero esta vez no hubo respuesta: Mina no se sentía con

ganas de jugar. Había descubierto que el albor de un nuevo día traía consigo las horas más oscuras del alma. Decaída, se limitó a darle la espalda para buscar cobijo entre las sábanas. Y se atrevió a rezar, pese a saberse indigna de ello. Al menos, en las plegarias hallaba algún consuelo.

Alba se detuvo a los pies del lecho y la observó preocupada: hacía tiempo que la notaba esquiva, que apenas la miraba a los ojos y estaba más sensible y distraída de lo habitual en ella. Se preguntó si sería culpa de los nervios, de la angustia por las pruebas que debía superar para poder cursar los estudios de maestra. El bueno de don Mauro la había ayudado a prepararlas y, durante varias semanas, Mina solo se había dedicado a estudiar y a emborronar cuaderno tras cuaderno. Puede que al final perdiese parte del impulso; nada de extrañar. Desde luego, ella no dudaba de la capacidad de su hermana y sabía de la lucha que mantenía consigo misma; batallando a diario con la presión de su propia exigencia, lo que podía resultar agotador. Decidió dejarla dormir sin más zarandeos ni más bromas. Al fin y al cabo, también ella tenía que afrontar sus retos: una vida diferente, una nueva vida que había comenzado en el mismo instante en que dijo adiós a su antiguo empleo.

Tras lo ocurrido en el palacio del marqués de Posada, Alba se acostó con la ansiedad pegada al cuerpo. Durante el duermevela, plagado de delirios, tomó la determinación de que no regresaría allí jamás. Pero abandonar su trabajo de una manera tan repentina la obligaría a dar alguna explicación a sus padres y no quería hacerlo.

A la mañana siguiente, la vigilia había trazado surcos de fatiga alrededor de sus ojos. Apartó las mantas con desgana y, al incorporarse, sintió un intenso dolor en los brazos. Las garras del heredero, un lobo con falso pelaje de grande de España, le habían dejado marcas más profundas que la equimosis que afloró a su piel como signo del ultraje. Se puso en pie despacio y, sin despertar a su

hermana, se dirigió a la cocina. La casa olía a leña quemada y a gachas de maíz recientes. Cuando entró en la estancia, su madre removía el desayuno en un puchero de barro. Su padre, sentado a la mesa, aguardaba paciente a que estuviera listo. Los dos mantenían un silencio taciturno, impropio en ellos, como si fueran un par de adivinos que hubiesen vaticinado las malas noticias.

—¡Alba! —exclamó su padre al verla detenida bajo el dintel de la cocina.

—¡Alba! —repitió su madre que parecía afligida—. Hija mía, ¿cómo no nos dijiste nada ayer? Ha tenido que venir la chismosa de Asunción a contarnos lo ocurrido… ¡Madre de Dios, qué desgracia tan terrible! —Añadió persignándose deprisa.

Alba frunció el ceño con extrañeza. No era capaz de entender las tribulaciones de su madre y, menos aún, que Asunción Ortiz, su vecina más cercana, estuviera informada de lo sucedido la noche anterior en casa del marqués de Rivero: a saber qué se había inventado el maldito don Íñigo. No podía ser más ruin. Abrió la boca para responder, pero se calló. Ignoraba si debía exigir explicaciones o quizás ofrecerlas. Su madre la sacó de dudas al decir:

—Cuentan que la marquesa encontró a su marido arrodillado en el reclinatorio de sus aposentos. Tenía las manos cruzadas con tanta fuerza que no pudieron arrancarle el rosario de ellas…

—La avaricia de doña Tecla es más fuerte que su fe. Le cortará una mano al difunto antes que permitir que lo entierren con la ristra de perlas —rebatió su padre con inquina.

Alba se tomó unos segundos para encajar el significado de la conversación. Solo fue capaz de hallar una razón a tanto desvarío:

—El marqués ha muerto… —dijo, pero cada una de las cuatro palabras de esa afirmación sonó a pregunta.

Su madre asintió confusa. Su padre arrugó las cejas y, con un ademán del brazo, la invitó a sentarse a su lado.

—No lo sabías… —aventuró su madre mientras servía las humeantes gachas de maíz; primero a su esposo y luego a Alba.

El vapor que desprendían las fariñas le removió el estómago. La

primera ocurrencia que tuvo fue que don Íñigo era el flamante marqués de Posada. ¿Cuánto daño iba a hacer un ser tan cruel con el poder que le confería el marquesado? Su única respuesta fue que debía alejarse de él, apartarse del camino del marqués si quería mantenerse a salvo.

—No, no lo sabía —reconoció—. Debió de suceder después de irme…

—Anda, apúrate con el desayuno, hija —la apremió su padre—. Van a necesitarte en el palacete.

—No voy a ir —afirmó tajante—. Encontraré otro trabajo. Me dijeron en la plaza que el ama del doctor Arguelles está buscando a alguien para ayudar en las cocinas… —No podía parar de hablar y enfrentar el rostro de sus padres. Fruto del nerviosismo, se arremangó el vestido, dejando a la vista el comienzo de los cardenales. Al ser consciente de lo que enseñaba, se bajó las mangas con prisa y le echó una mirada furtiva a su madre: la mujer aún tenía la cuchara de las gachas en la mano. A Alba le pareció que la apretaba en exceso, pero solo fue una impresión fugaz. No tardó en darle la espalda para seguir trasteando en la cocina. La voz de su madre, a la par ronca y decidida, terminó de despejar sus dudas:

—Estarás mucho mejor con el doctor —concluyó—. Si el viejo marqués se comportaba como un tirano, su sucesor es el mismísimo demonio. No vuelvas por allí —y dejando a su marido con la boca abierta, mudo de opinión y de argumentos, resolvió el futuro de su hija y puso fin a todos sus desvelos.

9
La prueba

Mina se atusó un par de veces los mechones de cabello y les buscó acomodo tras la oreja. Enseguida supo que la suya iba a ser una ubicación efímera: ese día su melena mostraba una rebeldía contraria a ella. Los nervios y la angustia la consumían por dentro y la cháchara de Alba —más emocionada que otra cosa— tan solo conseguía empeorar su maltrecho estado de ánimo. La joven se sentía atrapada en una especie de purgatorio en vida.

Las hermanas Lorenzo caminaban a la par, aunque era Alba quien tiraba de ella agarrada de su brazo. Al final de la calle, a unos cincuenta pasos de distancia y dejando a la izquierda el puente y la ría, ya se distinguía el inmueble que cubría de buganvilla sus muros de arenisca y hacía las veces de escuela. El cariz inexorable que adquiría su destino le provocó una intensa náusea en la boca del estómago. Cerró los ojos y trató de contener la arcada, pero al instante comprendió que apenas le quedaba tiempo para esconderse. Más pronto que tarde, tendría que enfrentarse a las consecuencias de su infamia.

—¡Mira, Mina! —exclamó su hermana—. Don Mauro acaba de asomar la cabeza por la puerta. Debe de estar tan nervioso como tú. ¡Qué par de tontos! Con todo lo que habéis estudiado…

—No es tan fácil como supones… —le reprochó cortándole el discurso en seco—. Si lo fuera, todas las mujeres serían maestras,

¿no crees? —Estaba siendo injusta con su hermana, pero ya no podía soportar su entusiasmo ni un solo instante más.

Alba se paró en seco y la observó extrañada: algo le ocurría a Mina y no sabía qué. Lo mejor sería dejarlo pasar: no era momento para preguntas ni reproches. En la puerta de escuela, Mina se deshizo del brazo de su hermana con prisa y se giró para enfrentarse a ella:

—Vete a casa; no hace falta que me esperes…

Mina sonó arisca, casi descortés, aunque fue la lividez de su piel y su andar vacilante lo que acabó de convencer a Alba de que algo no iba bien.

—No, no me voy. Siempre dijimos que te esperaría hasta el final. Quiero ser la primera en saber cómo te han salido las pruebas.

Alba quería abrazarla, colmarla de los mejores deseos e intenciones, pero Mina se alejó de ella sin volver la vista atrás. Mientras avanzaba, paso a paso, hacia el lugar que custodiaba su destino, la vida se precipitó sobre ella, como suele suceder tantas veces, para cerrarle el futuro de golpe en las mismísimas narices. Mina se dobló sobre sí, se encogió dolorida y, apoyando una mano en la pared, vomitó el desayuno: una plasta de gachas de maíz mezclada con una buena dosis de bilis, fracaso y miedo, que dejó un olor acre en el ambiente. Su hermana la contempló perpleja, incapaz de moverse del sitio: el peor de los temores le había amarrado los pies al suelo. Sin embargo, pese a sentirse paralizada, las palabras se le escaparon solas, como si pretendiesen buscar un sentido a lo ocurrido:

—¡Dios mío! ¿Qué has hecho…?

Mina se puso en pie con esfuerzo y halló respaldo en la pared de flores. Las buganvillas nimbaron su hermoso rostro y, por un instante, se pareció a una ninfa virginal. Pero ya no lo era, no; ni ninfa ni virginal. Lo ineludible de esa certeza y sus consecuencias sacudió a ambas hermanas a la vez con la fuerza de una bofetada.

—Me quiere. Se casará conmigo —afirmó empecinada, cuando apenas comenzaba a asumir lo ocurrido. Ya no habría pruebas, ya no

sería maestra, ya no habría un futuro diferente y mejor para ella. Imaginó la decepción en los ojos de don Mauro y el dolor se le hizo insoportable.

«Eso no es lo que yo quería para ti», se dijo Alba al contemplar el vómito, el maldito delator que cambiaría la vida de Mina para siempre.

—¿Te lo ha pedido? —le preguntó angustiada. Tener que renunciar a un porvenir más próspero era una lástima, pero su hermana podía verse abocada a un futuro mucho peor. No quiso ni pensarlo.

—No… —respondió Mina abatida, y ahí se le acabó la voz. No encontró los términos, las palabras, ni siquiera el llanto y los gritos que pudieran expresar la desolación que sentía. Tampoco pudo explicarle a Alba que no sabía dónde estaba Mario, que ignoraba qué razones lo alejaban de ella. Solo le quedaba el silencio, así que decidió amarrarse a él. Al silencio y a las certezas grabadas con tinta en su corazón.

Pese a que aquellos restos de tinta fuesen cada vez más delebles.

10
Un grito de auxilio

El padre Aquiles rechazó su ayuda y se quitó la casulla con gesto ágil y un tanto descuidado. Como al cura le gustaba llevar el cabello más largo de lo que la rectitud del cargo le exigía, su flequillo se transformó en copete, extremo del que ni siquiera llegó a darse cuenta. Ismael tuvo que reprimir el impulso de peinarlo con las manos y se limitó a colocar la prenda en una percha forrada de satén blanco que colgó en el interior del armario. Mientras lo hacía, pensó en la lectura elegida por el sacerdote, así como en la homilía que vino después. El padre Aquiles tenía una vena apasionada que se plasmaba en su predilección por el *Cantar de los Cantares*. Los discursos que ensalzaban las virtudes del amor carnal entre el hombre y la mujer provocaban el enojo y la incomodidad de sus feligreses más píos, aunque el cura se mostraba ajeno a ello. Ismael admiraba su valor y su determinación casi tanto como la intensidad de su fe. En realidad, envidiaba su fe.

—Sé que es lo que se espera de un seminarista, pero de verdad que no hace falta que seas tan sesudo. Algo de diversión no te vendría nada mal —dijo el padre Aquiles forzando una sonrisa traviesa—. He visto a una moza entre el rebaño que no te quitaba el ojo de encima…

—Ha debido correr la voz del tono de sus sermones —respondió Ismael para seguirle el juego. Aun así, supo a quién se refería el

sacerdote: la presencia de Alba Lorenzo, sentada en el último banco de la capilla, también había captado su atención y despertado su curiosidad.

—Entonces me apuraré por si la joven quiere hablar conmigo…

—Déjelo ya, padre. Me rindo. Tan solo es la hermana de una amiga.

—No te he pedido explicaciones —alegó el sacerdote levantando las manos en son de paz—. Tranquilo, ve a saludar a la joven. Terminaré de cambiarme yo solo —y, al despojarse de la túnica, el flequillo volvió a colocarse en su sitio.

Alba le esperaba a la puerta de la capilla. Tenía una expresión taciturna, más severa de lo habitual en ella. Antes de que entablasen conversación, Ismael ya intuyó que algo le había sucedido a Mina. Ambas hermanas pertenecían al Bando de la Magdalena y jamás pisarían la capilla de San Roque, si no fuera estrictamente necesario. Los bandos se tomaban su rivalidad muy en serio.

—¡Qué sorpresa tan agradable, Alba! No contaba con verte por aquí —dijo haciendo un gesto hacia el templo.

—No es una visita de cortesía, Ismael —le respondió la muchacha, dando rienda a sus peores temores.

—¿Le ocurre algo a Mina?

Alba le miró de frente y, por una vez, Ismael no encontró ni pizca de la fortaleza que acostumbraba a ver en ella. Se asustó. Mina Lorenzo había sido su mejor amiga desde niña. Durante un tiempo creyó que podría serlo todo: su novia, su esposa, el amor de su vida… Sin embargo, tal grado de devoción no había sido suficiente para Mina. Ella no le amaba y nunca lo haría. Aceptarlo, resignarse y encontrar un nuevo sentido a su existencia era lo más difícil que había hecho nunca. Rezó hasta el agotamiento, hasta que las palabras perdieron sentido, para que el seminario le ayudase a olvidarla. Aún no lo había conseguido del todo.

Se alejaron de la capilla para poner distancia con los últimos fieles que campaban por allí sin otra finalidad que el chismorreo. Caminaron por las calles tapizadas de piedra, dejando atrás la plaza

de San Roque, hasta alcanzar los muros del viejo torreón medieval. A los pies de la atalaya, la hermana de Mina se detuvo y elevó los ojos hacia el cielo. Llanes se había acostumbrado a sus cielos grises y encapotados, pero esta vez se mostraban como un fiel reflejo de las emociones de Alba.

—Ojalá pudiese hablar con libertad, sin estar amarrada por el peso de las palabras, por el peso del miedo… —se atrevió a decir la muchacha tras un largo silencio. A Ismael le sonó poético, como un salmo del *Cantar de los Cantares* que poco antes había recitado el padre Aquiles, aunque no sirvió para despejar sus dudas—. Mis padres no deben saber nada de lo que ocurre o el dolor los destrozará. Los matará. Eres un hombre bueno y siempre has querido cuidar de Mina. Supongo que deberá bastar con eso… No tenemos nada más —añadió sombría antes de superar sus últimos recelos. Luego le contó todo lo sucedido y lo que ella pretendía de él.

Ismael la escuchó y pensó que, si con «eso» hubiera sido bastante, él sería el prometido de Mina y no un aspirante a sacerdote de vocación más que dudosa. A pesar de ello, estaba dispuesto a hacer cuanto estuviese en sus manos para ayudar a su primer y único amor.

11
Desolación

El otoño, abocado a un prematuro final, apretaba los dientes con saña y mostraba la peor de sus caras. El nordeste soplaba furioso y dejaba tras de sí una sensación desapacible que solo se podía combatir bajo capas y capas de abrigo.

Al ama del doctor Argüelles no le gustaba nada el frío y, desde primera hora de la mañana, daba orden de encender todas las chimeneas de la casa, que se unían al fuego que ardía en los fogones de la cocina. Alba, encargada de preparar el desayuno que se servía a la familia del médico y al resto del servicio, no habría abandonado el calor de la lumbre de no haber sido por el empeño de la cocinera en que acudiera al mercado. El carnicero sacrificaba sus mejores capones para venderlos cada martes en la plaza Mayor. Si el suculento guiso de pollo se ausentaba los miércoles de la mesa del doctor, tendrían que rendirle cuentas al galeno: un hombre de un talante tan apacible y magnánimo que nadie quería defraudarlo.

Alba se embozó bajo un pañolón de cuadros que le había confeccionado Mina. Su hermana se había dejado los ojos y las horas muertas en desflecar la tupida tela de lana que combinaba los dos colores favoritos de Alba: verde y carmesí. Era la prenda más bonita y valiosa —al menos, para ella— que había lucido nunca. La joven se dirigió con premura a la plaza, situada en el corazón de la villa. A pesar del frío y del viento, se animó al encontrarse con los

puestos repletos de viandas y otras mercaderías. El alegre bullicio de los comerciantes y los parroquianos le permitió alejarse un momento de las preocupaciones que la consumían por dentro. Trasteó entre los puestos entoldados con lienzos blancos, admiró el intenso colorido de los tenderetes de hortalizas y verduras, olisqueó el delicioso aroma de las empanadas calientes y se dejó llevar hasta la confitería que adornaba sus escaparates con una muestra de los más delicados pasteles. Allí, se detuvo a fantasear con cuál de ellos engañaría el hambre y, entretenida en descartar unos en favor de otros, reparó en la conversación que un par de hombres mantenían a su espalda.

—¡Melgar! ¡Cuánto tiempo sin verte, amigo! Ya nos contó tu hermano que te vas de Llanes para hacer las Américas.

—Pues sí, Román; me marcho a Cuba. Simón no sabe callarse ni una… —señaló algo molesto—. Por eso mismo no aparezco ya por la taberna: los preparativos del viaje no me dejan tiempo ni para respirar y, además, tengo que hacer economías. Necesito hasta el último céntimo que pueda ahorrar.

—No sé si tendría tu valor, amigo. La travesía debe de ser un infierno…

—Un infierno sería seguir viviendo aquí, sin la menor esperanza de labrarse un futuro. Al menos, en Cuba tendré una oportunidad de prosperar.

Alba se quedó inmóvil, paralizada por la sorpresa; mirando el cristal sin verlo, mientras el interior del escaparate se emborronaba y se alejaba de la realidad. Había reconocido la voz, había reconocido el apellido, pero las palabras de Mario Melgar no tenían ningún sentido para ella. ¡Su hermana estaba encinta de un hombre que planeaba marcharse a Cuba! El muy canalla no albergaba la menor intención de casarse con Mina; ni siquiera la tenía en mente. Y estaba segura de que ella no lo sabía.

La rabia más devastadora se fundió con el dolor y prendió un fuego ardiente que le quemó las venas. Si le hubiese quedado algo de prudencia, habría huido para perderse entre los callejones y

darse tiempo de asumir lo ocurrido. Por desgracia, ya no le quedaba nada de eso. Se dio la vuelta y vio que Mario se despedía de su amigo y se alejaba en dirección al puerto. Apuró el paso para alcanzarlo, aguardó hasta que se apartaron de la gente y lo agarró del brazo con fuerza. La sorpresa de él y su gesto de extrañeza, como si no la reconociera, solo acrecentaron su indignación.

—¿Te vas a Cuba? ¿Cómo te atreves a abandonar a Mina?

Melgar dio un paso atrás y se deshizo del agarrón de Alba. Su expresión de desconcierto mudó en una sonrisa de desdén.

—En unos días cogeré la diligencia a Ribadesella. Desde allí, zarpará un bergantín con destino a Cuba. Dile a tu hermana que, si tanto me extraña, puede venir a despedirme al puerto. Le lanzaré un beso desde la borda.

—¡Serás canalla! Le dijiste que la querías…

Mario alzó las manos como si se rindiera frente a la recriminación de Alba, aunque su ademán tenía mucho de chanza. La muchacha no podía soportar semejante escarnio por más tiempo. Dolía demasiado. Retrocedió y notó que las piernas le fallaban. Ella sabía mejor que nadie lo que era el miedo, lo había sufrido en sus propias carnes, pero esta vez tenía miedo por su hermana, la persona que más amaba en el mundo. Mina merecía ser feliz y, por culpa de aquel patán, ya no lo sería.

Derrotada, se fue sin despedirse ni volver la vista atrás.

Ajena al nordeste, que para aquel entonces ya era un vendaval de viento y frío, la mayor de las hermanas Lorenzo se alejó, arrastrando su pañolón de cuadros por un suelo tapizado de hojas vencidas.

12
El lugar donde fui feliz

La primera vez que la vio le pareció una construcción frágil, endeble. Le recordó a la choza de madera del cuento de los tres cerditos: el soplido del lobo habría bastado para derribarla. Ahora, enfrentada a su propia fragilidad, supo que le gustaría contar con la fortaleza de aquellos tablones viejos y desconchados. Supo además que no debía detenerse allí; de hacerlo, se vendría abajo deshecha en llanto y no quería llorar. Necesitaba al menos un ápice de orgullo para enfrentarse a Mario; se exigía a sí misma una dignidad que, en ese preciso momento, resultaba tan volátil como los granos de arena que alfombraban la playa y aventaba el aire otoñal hasta acabar quién sabe dónde.

Se acercó hasta el mar para huir de la cabaña y de las intensas emociones que le provocaba. Las olas batían la orilla con su pulso tranquilo. Pensó en descalzarse, en meter los pies en el agua para dejarse contagiar por su paz, su pausado vaivén y pensó también si de verdad merecería la pena. ¿Cuánto tendría de engañosa esa calma? Seguro que aquella profundidad insondable guardaba más secretos que ella. Cerró los ojos y trató de concentrarse en el sonido del oleaje: quería olvidarse de las palabras de Alba, del temor a que encerrasen una pizca de verdad…

—¿Mina…? —La súbita aparición de Mario la desubicó y emborronó sus ideas. Trató de recordar las preguntas que tenía

preparadas para él, las explicaciones que tanto necesitaba. No lo logró. Se perdieron arrastradas por un cúmulo de nervios e indecisión.

—Recibí tu mensaje —dijo Mario mientras le mostraba el trozo de papel—. Me sorprendes, la verdad; no imaginaba que fueras tan atrevida… —bromeó con un punto de descaro en la voz.

Pese a sentirse confusa y asustada, Mina reconoció el amago de cortejo que Mario desplegaba para ella. No quiso seguir por ese camino; no tenían tiempo y había demasiado en juego.

—¿Te vas? —La pregunta, compuesta por un par de monosílabos, fue como arrancar una venda de cuajo: asumir el dolor, intenso e inmediato, para evitar prolongar la tortura.

Mario reculó un par de pasos. La gravedad que repentinamente había adoptado su expresión le resultó nueva a ella. Como en una revelación, supo que se había terminado el tiempo del placer y que, tras él, ya no quedaba nada. Nada. Ni siquiera la sombra de un espejismo.

—Tengo que labrarme un futuro —argumentó desganado—. En Llanes no hay oportunidades para la gente como yo.

—No lo entiendo, después de lo que ocurrió entre nosotros… Me dijiste que me querías. Creí que íbamos a casarnos —le reprochó, aunque apenas le quedaban fuerzas para indignarse.

—¿Casarme? Si no tengo nada que ofrecerte…

—Pero sí que puedes quitármelo todo, ¿verdad? Eso no te importa. ¿Te ha importado alguna vez? —Mina se hundió bajo el peso de la tristeza y la decepción y, por encima del resto de emociones, la engulló una desesperación que sacó a la luz todo aquello de lo que no quería hablar. Las palabras estallaron en su boca y ya no fue posible volver atrás. Hay cosas que, una vez dichas, no pueden borrarse ni olvidarse—. Estoy embarazada. Voy a tener un hijo tuyo.

Enfrentado a la realidad, Mario guardó silencio. El silencio y la indiferencia pueden resultar brutales cuando lo que se necesita es todo lo contrario. No hace falta nada más. Durante un instante

pensó en quedarse, en asumir la responsabilidad, criar al niño… Se asustó: renunciar al viaje, a su aventura, sería como asomarse al borde de un precipicio. Lo mejor era endurecerse, liberarse de la culpa y de los remordimientos que tan solo servían para debilitarse. Recobró el aplomo que había estado a punto de perder.

—No me quedaré. Fue demasiado fácil… Ni siquiera sé si es mío —dijo a sabiendas de que a ella le dolería su crueldad.

El mundo de Mina se derrumbó y no encontraba nada a lo que agarrarse.

—¡Vete! —le gritó destrozada, rota en mil pedazos que se le clavaban en la piel como esquirlas puntiagudas. Ni podía abrazarse a sí misma sin hacerse daño.

—Lo siento —se disculpó y se dio media vuelta.

—¡Vete y no vuelvas nunca, malnacido! —le chilló a la espalda, antes de rendirse definitivamente y dejarse caer al suelo.

Ahora lo sabía.

Mario se equivocaba.

El placer siempre se cobra un precio y el suyo habría de ser muy alto.

13
Adiós

El bergantín Habana fondeaba en el muelle de Ribadesella mientras aguardaba, con cierta indiferencia, que llegase el momento de zarpar rumbo a Cuba. La nave, que aún se resentía de los esfuerzos de su último trayecto, reposaba sobre las aguas mansas del interior del puerto. Sin embargo, el enjambre de viajeros transatlánticos, acompañados de familiares y amigos que acudían a despedirlos, no compartía su desdén: el viaje a través del océano tenía todas las trazas de una aventura y la emoción se palpaba en el ambiente.

Pese a los reparos de Mario, su hermano se había empeñado en viajar a Ribadesella con él. La jornada previa a su partida, arrendaron un cuartucho en una fonda del pueblo, cuya mayor ventaja consistía en disponer de una ventana con balcón y vistas al puerto. Acodados en la barandilla, podían contemplar la arboladura y el velamen del buque.

—A esta distancia, me recuerda a un barco de juguete —comentó Simón, que nunca daba puntada sin hilo.

Mario torció el gesto y elevó la vista al cielo para armarse de paciencia. Esa y no otra era la razón por la que habría preferido despedirse de su hermano en Llanes. Iba a emigrar a Cuba —¡vive Dios!—, aunque Simón no cejase ni un instante en su empeño por disuadirlo.

—Debe de ser más grande, si aloja un pasaje de cientos de

almas en su interior…

—¡¿Qué dices?! ¿Cientos de paisanos encerrados mes y medio en un barco? —gritó Simón, y de seguido se persignó como si hubiese mentado al diablo.

—Alguna moza habrá también… —le dijo Mario con picardía— y así ya no me importará que estemos tan apretados. ¿Por qué no te dejas de tonterías y acabas de vestirte? No quisiera pasar mi última noche en tierra de cháchara con mi hermano. Se me ocurren mil planes mejores…

—¡Tú verás! —dijo Simón encogiéndose de hombros—. Ya oigo las habaneras que suenan en la Punta del Castillo. Un trago de aguardiente entre baile y baile y, cuando al fin te despiertes, será demasiado tarde y el bergantín ya habrá zarpado —añadió con sorna. Pese a la chanza, había una parte de verdad en sus palabras.

—¡Mira que llegas a ser cargante, hermano! No sé por qué te hice caso. Tendría que haberte dejado en Llanes…

* * *

Los bueyes de la plantilla del puerto de Ribadesella empezaron a remolcar la nave cuando aún no había esclarecido. No se oían más sonidos que el bufar de los bueyes y los siniestros crujidos de la madera. Quién podía saber si lo que pesaba en el ánimo de los viajeros era cosa de las tinieblas o la inminencia de la partida, pero un silencio opresivo se extendió por toda la cubierta. Abajo, en tierra firme, iban menguando poco a poco los rostros de los parientes que habían acudido a despedirlos hasta hacerse irreconocibles.

Mario se asomó a la borda, aunque renunció a buscar a Simón entre el gentío. Su hermano era un sensiblero, razón por la que nunca llegó a plantearse viajar a Cuba con él. Los afectos y su sentido de la responsabilidad condicionaban cada paso que daba. Si él hubiera sido así, jamás habría podido abandonar a una mujer

encinta. Ni siquiera había querido contárselo a Simón. Adivinaba el reproche que contendría cada palabra que dijese, cada expresión de su rostro. Pero lo único que de verdad le importaba era que él partía libre, sin ataduras, rumbo a las colonias, y que ya no miraría atrás. No era posible vivir bajo el peso del remordimiento, así que lo mejor sería olvidar lo ocurrido en Llanes y empezar de nuevo.

La trainera del Gremio de Mareantes sustituyó a los bueyes que, con su esfuerzo titánico, habían arrastrado el bergantín hasta la barra. Como si hubieran estado aguardando ese momento, los familiares y amigos congregados en el puerto estallaron en vítores y aplausos. El arrebato de la muchedumbre, cargado de emoción, surcó el mar y se propagó por toda la cubierta. Las manos se agitaban en señal de despedida. Las lágrimas contaban con sobrada elocuencia lo que las gargantas no podían.

—Es conmovedor, ¿verdad?

Mario se giró hacia el pasajero que tenía justo al lado: un tipo joven y apuesto que podría haber sido él mismo. Solo su atuendo delataba que provenía de una clase superior, más pudiente. Había coraje y mucha determinación en su mirada, como si albergara la certeza de que ese viaje no era una despedida, sino un comienzo. Le gustó de inmediato.

—¿Tienes a alguien que haya venido a decirte adiós? —volvió a preguntar el joven.

—Mi hermano Simón, pero ya no soy capaz de distinguirlo entre la gente —respondió señalando hacia el puerto.

—Ya…, yo tampoco los distingo del resto —reconoció achinando los ojos—. Me resulta extraño pensar que no los veremos en mucho tiempo. Es como nacer de nuevo, ¿no crees?

Mario no supo disimular su asombro. Aquel desconocido había conseguido poner palabras a sus pensamientos más íntimos. Cuba sería testigo de su segunda vida, una oportunidad de comenzar de cero. Se prometió a sí mismo que no repetiría los errores del pasado. Justo entonces, el bergantín Habana desplegó el velamen como un pájaro dispuesto a alzar el vuelo. Los dos guardaron silencio

mientras contemplaban la inmensidad de las velas ondeando al viento.

—Soy Bruno —dijo el pasajero retomando la conversación—, pero mis amigos me llaman Bastida —y le tendió la mano acompañada de una sonrisa amplia y sincera, que transmitía una seguridad contagiosa.

—A mí me llaman Melgar. Soy Mario Melgar —respondió estrechando la mano del primer amigo que esa segunda vida le ofrecía.

14
Tiempo de lágrimas

Ya no importaba que hubiera visto un instante de claridad entre las nubes prietas. No importaba en absoluto, porque bastaba con que la vida lo decidiera así para borrar de un plumazo todo resto de esperanza. Alba lo sabía con dolorosa certeza y cada noche se acostaba en su cama, pegada al cuerpo de Mina, temiendo que llegara el momento en que el destino —un compañero cruel— exhalase su último suspiro; aquel que derrumbaría su castillo de naipes.

En realidad, las hermanas Lorenzo habían dado muchos pasos —no siempre premeditados— hasta colocarse al borde del precipicio. El embarazo de Mina fue el primero de ellos; la espantada de Mario Melgar, el segundo. Alba se había visto obligada a dejar su trabajo en casa del buen doctor para ayudar a su hermana y, cuando quiso recuperarlo, la familia Argüelles lloraba amargamente la muerte del galeno. La necesidad apretaba, Mina no estaba en condiciones de trabajar y Alba, pese a su empeño, iba encontrándose con todas las puertas cerradas. Sospechaba que sus dos espantadas no le habían granjeado la mejor reputación en el pueblo y, además, ya no contaba con referencias. Se vio forzada a regresar donde no habría querido hacerlo nunca: al palacio de Posada, bajo el yugo del marqués.

Ese sería el tercer paso hacia el abismo.

Transcurrió el tiempo —semanas, tal vez meses— y trajo consigo la equívoca impresión de que estaban a salvo. Trabajaba de sol a sol por el mísero sueldo que le pagaba el marqués, pero cada minuto que debía pasar alejada de Mina acrecentaba su inquietud por ella. Su hermana pequeña no era más que una sombra de lo que había sido. No quedaba ni rastro de los sueños que antes animaban sus días. Y fue esa preocupación por Mina lo que le hizo bajar la guardia.

Después de una primavera de lluvias desconsoladas, el comienzo del verano les otorgó una tregua que el ama del marqués quiso aprovechar para orear cada rincón del palacete. Con la ayuda de tres mujeres del pueblo, se descolgaron las cortinas, se sacudieron las alfombras y se voltearon los colchones. Toda la casa quedó sumida en una nube de partículas de polvo que flotaban en el aire hasta caer rendidas al suelo. Alba se resentía de los pulmones y a veces le fallaba la respiración, pero pensaba en Mina y se esforzaba por encontrar fuerzas donde no había.

A los pies de los ventanales del gran salón, yacían los cortinajes estampados con flor de lis que habían retirado poco antes. Una de las mujeres del pueblo la ayudaba a doblar las pesadas telas que entregarían a las lavanderas encargadas de su limpieza. Acuclillada en el suelo, estiraba una esquina del brocado, cuando sintió el taconeo del ama adentrándose en la sala.

—¿Lorenzo…? —inquirió acercándose ataviada con sus habituales ropajes negros. Alba nunca la había visto vestida de otro color. La joven tuvo que reprimir el impulso de santiguarse: el ama era enteca y pálida como un espectro—. ¡Vamos, muchacha! Deja lo que estás haciendo y sube a retirar las alfombras de la alcoba principal —le ordenó sin mirarla. Doña Amelia no lograba disimular su disgusto, y ese comportamiento debió despertar los recelos de Alba. Si no lo hizo, fue porque estaba demasiado cansada.

—¡Venga, apúrate! —le exigió, como si le apremiara perderla de vista.

Alba abandonó el salón y subió las pétreas escaleras del palacio de Posada como si arrastrase un fardo consigo. La fatiga le pesaba

en las piernas y en la cabeza. No solía ocuparse de la limpieza de las alcobas y, menos aún, de los aposentos del marqués. De hecho, la parte alta del palacio era un territorio casi desconocido para ella. Se adentró en el pasillo, un fúnebre corredor con las paredes cubiertas de los retratos de una caterva de antepasados, y se encontró de frente con el crespón de luto que presidía la puerta de la alcoba del anterior marqués de Posada. Las malas lenguas decían que doña Tecla, su viuda, habría conservado el cadáver de su esposo entre aquellas cuatro paredes de no haberlo prohibido expresamente la Iglesia. En su defecto, ordenó cerrar a cal y canto los aposentos del difunto, que quedaron santificados como una especie de mausoleo que solo ella podía visitar. Don Íñigo, pese a ser un grande de España, tuvo que conformarse con la habitación que había ocupado hasta entonces y que, por no ahondar en el menosprecio a su título, pasó a llamarse la alcoba principal. Todos sabían que no era él quien mandaba en palacio.

La puerta de los aposentos del marqués permanecía entreabierta y Alba la empujó con cuidado. Aun así, la pesada madera y los goznes que la sostenían rechinaron delatando su presencia. El lugar parecía ajeno al trajín purificante que consumía el resto de la casa. El lecho del marqués, sepultado bajo una profusión de almohadas de raso y cojines de terciopelo, miraba hacia un balcón desde el que podía divisarse el tramo del río que se fundía en un abrazo con el mar. Mientras se acercaba al ventanal, Alba se entretuvo en contar las alfombras que tapizaban el suelo. «Cuatro», se dijo reprimiendo un suspiro exasperado. No acababa de entender qué pretendía el ama de llaves enviándola sola allí arriba.

—La vieja Amelia se comporta como una santurrona, siempre con el rosario en las manos, pero no tiene vocación de mártir, ¿verdad? Te ha sacrificado sin que le tiemble el misal…

Alba se estremeció hasta el tuétano al oír al marqués tan cerca. Todo su cuerpo se puso en guardia y retrocedió un par de pasos sin pensar de dónde provenía la voz de don Íñigo. Notó la respiración del noble en el cuello y, aunque deseaba huir de allí como si acabara

de desatarse un incendio, se quedó paralizada de miedo. El aliento se transformó en caricia y la caricia en garra.

—Alba…, te llamas así, ¿verdad? —le susurró al oído—. Voy a contarte algo: un cazador jamás olvida a su presa… y menos aún si ya se le ha escapado antes… —Luego le estrujó el pecho con lascivia, le pegó la boca a la oreja y le preguntó— ¿Era esto lo que buscabas cuando volviste a palacio?

Dime que sí…

Don Íñigo la empujó con fuerza. Ella se tambaleó y, al no encontrar ningún lugar donde apoyarse, cayó hacia atrás y se golpeó con el borde de un arcón. Dolorida, intentó levantarse, pero el marqués de Posada había ganado en nervio y maña como profanador de doncellas. La agarró del pelo y tiró de ella hasta dejarla aturdida sobre el montón de cojines que sembraban la cama. Se le echó encima y la aplastó con el peso de su cuerpo. Ejerciendo presión con sus piernas, separó las de Alba e introdujo las manos bajo las capas de ropa interior de la joven, revelando un oscuro talento. Los dedos de Trelles, ávidos de lujuria, la ultrajaron con violencia.

—¡Sé que te gusta…! Ya ves que no me equivocaba contigo —dijo apoyando su rostro en el de ella—. ¡Perra asquerosa! Ahora vas a pagar por todos tus pecados —y su voz se perdió entre jadeos.

Alba creyó morir: quería gritar, quería defenderse, pero la crueldad del marqués crecía a cada segundo alimentada por su rechazo. Don Íñigo la sujetó del cuello con una mano hasta formar una presa asfixiante y se bajó los pantalones con la otra. Lo único que ella pudo hacer fue apretar los ojos para alejarse del dolor y del miedo, para imaginar que aquello solo era una pesadilla de la que tarde o temprano despertaría.

No fue así. Cayeron sobre ella un sinfín de golpes, arañazos y mordiscos, la brutalidad que acompañaba cada embestida del marqués y con la que pretendía que fuera ella la que pagase por toda la inmundicia que lo pudría por dentro.

15
Redención

El llanto de Mina, que ella trataba de ocultar con un silencio obstinado, descendía por su rostro sin que la menor de las hermanas Lorenzo fuese capaz de ponerle freno. Las lágrimas caían, una tras otra, y chocaban con la madera haciendo un ruido sordo y confuso, que recordaba a las primeras gotas que anuncian la lluvia. Mina estaba ovillada en el suelo, sentada sobre los tablones pulidos que la habían visto jugar tantas veces y que ahora le hablaban de una vida y unas ilusiones que ya no existían y que ya no podría recuperar. El camisón, arrugado y sin forma, le cubría las piernas. Por debajo del dobladillo solo asomaban unos dedos fríos y tan encogidos como su alma. Tampoco podía pensar con claridad: sus pensamientos formaban una madeja enmarañada sin orden ni concierto que ni siquiera ella podía desenredar. Su mayor temor, después de todo lo ocurrido, era caer en las redes de la locura, si es que no había caído ya.

Alba, tendida en el lecho, trataba de incorporarse. El esfuerzo la dejó agotada y dolorida. Su cuerpo, violentado por el marqués, se resentía cada vez que intentaba moverse. Hasta el reflejo de respirar le suponía un suplicio.

Mina se levantó del suelo y desechó los restos de llanto con la manga del camisón. Una fracción de su pesar quedó prendida en él. Le ofreció un vaso de agua a Alba, pero ella lo rechazó. Se acercó a

la cómoda, abrió el primer cajón y cogió el bálsamo y unas vendas limpias para curar a su hermana. No encontró consuelo en ese pequeño gesto, mas debía entretenerse en algo, sentirse útil, si no quería enloquecer por completo. Alba la miró un instante. Sus ojos estaban secos, surcados de arañas enrojecidas. Si se detenía a pensarlo, no había visto ni una sola lágrima en ellos. Dolor, sí; todo el dolor del mundo. Un sufrimiento tan grande que, por momentos, conseguía que se olvidase del suyo, de todo lo que había perdido y ya no podría recuperar jamás.

No. Se engañaba a sí misma.

No se olvidaba de nada.

Era imposible hacerlo.

Sus vidas se habían convertido en una suma de traiciones, de abusos y engaños que amenazaban con engullirlas a ambas. La oscuridad, como el azogue de los espejos marchitos, abandonaba las esquinas para apropiarse de todo el dibujo.

—No debiste volver allí —musitó, y de inmediato se arrepintió de sus palabras.

Estaba siendo injusta con Alba. Cada acción de su hermana había estado condicionada por las suyas, por el cúmulo de errores que había cometido antes. Sin ellos, Alba jamás habría regresado al palacio del marqués de Posada. La deshonra que su infamia traería a la familia Lorenzo las obligaba a preservar a sus padres de lo ocurrido, y la responsabilidad de mantenerla a flote recayó sobre los hombros de su hermana mayor. Pero ese era un peso excesivo para cualquiera: nadie podía salvar al que quería hundirse.

Alba continuó callada, embebida en su silencio, aunque Mina reparó en que apretaba tanto los puños que los huesos se le transparentaban a través de la piel. A pesar de su quietud, una marea de emociones la sacudía por dentro. Cuando habló, su voz sonó a derrota:

—Hemos perdido —asumió sin ambages—. Quisimos luchar, plantarle cara a la vida…, ignorantes de que no podíamos ganar. ¡Qué ilusas fuimos! Solo los hombres, los malditos hombres, saben

cómo salir indemnes de todo lo que hacen, por terrible que sea. Las mujeres hemos nacido para perder…

—No digas eso, Alba; no debería ser así… —dijo Mina, al tiempo que negaba con la cabeza. No había ninguna convicción en su gesto. En el fondo, ella pensaba lo mismo.

—Pero lo es —declaró Alba exhausta.

El marqués de Posada había violentado su cuerpo y, con ello, le arrebató la vana ilusión de que le pertenecía y de que podía decidir qué hacer y qué no hacer con él. Y no había sido lo peor. Lo peor era que también había quebrado su espíritu, su afán de lucha. Don Íñigo la rompió en pedazos tan punzantes como los cristales de un espejo rajado de lado a lado. Ahora que ya no tenía donde mirarse, no podía ni reconocerse a sí misma. No le quedaba nada.

—Nos iremos de Llanes… Tienes que recuperarte, Alba. Te necesito a mi lado: no lo conseguiré sin ti —la proposición de Mina sonó desesperada y en el fondo lo era. Su hermana no sabía hasta dónde llegaba su dolor. Era como una piedra que anclaba su corazón y la arrastraba hacia la desolación más profunda. No quería seguir pensando en todo lo que había perdido y lo que aún podía perder. Tenía mucho miedo.

Alba se limitó a asentir y volvió a refugiarse en su mutismo. Las palabras nunca le habían parecido tan inútiles, tan hueras. Le recordaban al globo aerostático que habían visto el verano pasado en el cielo de Llanes: aquel aparato parecía grandioso hasta que el aire escapaba de su interior y solo quedaba de él un pellejo triste y deshinchado.

Mina, desinflada como el globo, regresó a su rincón y a las lágrimas silentes. La idea de que no podría soportar aquel suplicio por más tiempo se instaló en su corazón y ya no se marchó de allí. Sabía que su hermana y ella, como un par de funambulistas circenses, caminaban por el borde de un precipicio agarradas de la mano y estaban perdiendo el equilibrio. Aunque la inercia las empujaba a seguir luchando, resultaba agotador.

A veces, demasiadas veces tal vez, no lograba acallar la tentación

de rendirse y dejarse caer.

* * *

Llanes, 1871

Alba corrió como no lo había hecho nunca, como no querría hacerlo nunca más. Corría, tropezaba y caía… Corría, se ahogaba y tosía. Su padre, rezagado, no podía seguirle el ritmo. Le pedía, le gritaba que lo esperase, pero ella no le oía o no le quería oír: la angustia se la comía por dentro. Avanzó desesperada hasta dejar atrás el faro y la punta de San Antón. Cuando por fin llegó a la playa, sus piernas se tornaron lentas, pesadas y la arena se fue tragando sus pasos, como si pretendiera impedirle que viera a su hermana. Los carabineros y un par de pescadores del pueblo rodeaban el cuerpo que alguien había tapado con una manta en señal de respeto. La tela no la cubría por completo: el cabello de Mina formaba gruesas guedejas mojadas, salpicadas de arena y algas.

Alba esquivó a todos los presentes y se arrojó a los pies de su hermana. Nadie hizo nada por apartarla. No se atrevieron. El silencio era absoluto. Solo el mar, con su incesante oleaje, osaba quebrarlo. Se abrazó al cadáver de Mina y notó que la humedad le empapaba la saya y el refajo. ¡Qué importaba! No quería deshacerse de ese abrazo incompleto, un abrazo que solo daba la mitad de sí misma, porque la otra mitad estaba muerta. Mina estaba muerta. La pena ascendió por su cuerpo hasta desbordarse en el pecho. No era nada en comparación con el dolor que vendría después, cuando tuviera que separarse definitivamente de ella.

—¿¡Por qué!? —gritó, pero nadie le respondió—. ¿¡Por qué!? —volvió a gritar de nuevo, cuando su padre se arrodilló a su lado—. Él

la separó de Mina —era el único que podía hacerlo— y la rodeó con su brazo. Alba buscó refugio en el hombre que la había consolado tantas veces. ¿Cuántas preguntas tendría para ella? ¿Cuántos secretos les había ocultado a él y a su madre? Había tratado de protegerlos, de mantenerlos ignorantes de la deshonra, pero ellas eran poco más que unas niñas. ¿Quién debía proteger a quién?

No le miró a los ojos. No se veía capaz de afrontar la agonía que hallaría en ellos. Derrotada, agarró la mano que le ofrecía y se dejó llevar por él.

Su último pensamiento antes de abandonar la playa fue para el culpable de la desgracia de su hermana: Mario Melgar. A pesar de la devoción que le tenía a La Magdalena, Alba maldijo con cada partícula de su ser aquel 22 de julio en que Mario se había cruzado en sus vidas, y se prometió que algún día él también tendría que maldecirlo.

Hay historias que se cimentan piedra sobre piedra, como los muros de un hogar. La historia de la Casa Azul es una de ellas. No comenzó hace años, ni siquiera hace décadas, se remonta mucho tiempo atrás. Sin embargo, es ahora cuando siento que debo contarla; es ahora cuando estoy preparada para hacerlo.

Ha llegado el momento de poner fin al silencio de la Casa Azul.

N. Melgar

Si nunca se habla de una cosa,
es como si no hubiese sucedido.

Oscar Wilde

SEGUNDA PARTE

16
El regreso del indiano

Llanes, veinte años después

Ramiro le echó un vistazo al reloj de la basílica de Santa María de la Asunción. Marcaba las once y veinte. El niño se sintió orgulloso de saber interpretar el baile de las agujas, la danza acompasada con la que atestiguaban el paso del tiempo. Su padre, con infinita paciencia, le había enseñado a hacerlo. También le había prometido que, cuando fuera mayor, le regalaría el reloj del abuelo Tista: la joya más preciada que podía heredar un hombre. Solo de pensar en su abuelo, se le humedecían los ojos. Recordaba su mirada franca, sus palabras sabias y cada uno de los momentos que habían compartido juntos. Pero el abuelo Tista ya no estaba y Ramiro no volvería a cobijar sus pequeñas manos entre las suyas. Según su padre, era ley de vida y no quedaba otra que resignarse a la pérdida. A Ramiro, en cambio, le parecía que era ley de muerte, más bien, y no conseguía aceptarlo con la misma entereza.

Contempló el reloj de nuevo. Las agujas seguían danzando mientras él soñaba. Faltaba poco para las once y media. Aún tenía que recoger el mandado de pasteles en la confitería, así que debía apurarse. Podía permitirse correr a la ida, de vacío, pero a la vuelta más le valía llevar los dulces como una ofrenda al altar: su madre no le dejaría probarlos si aplastaba el merengue. Llegó a la altura de la

plaza del mercado y avanzó entre las calles que descendían en dirección al puerto. Casi sin darse cuenta, se encontró frente a los escaparates de la tienda. Se detuvo extasiado, maravillado por el derroche de manjares que entraban por los ojos y el olfato: pastelillos de crema, tartaletas de chantillí, chocolate por doquier… Introdujo la mano en el bolsillo del chaleco para palpar los reales que le había confiado su madre. Seguían allí y se sintió privilegiado al saber que, si no cometía ninguna pifia, le faltaba muy poco para catar los mejores milhojas de merengue de toda la comarca.

Con los hojaldres y su primorosa envoltura entre las manos, cruzó la plaza de San Roque y encaminó sus pasos hacia el paseo de Posada Herrera. De regreso a la escuela, tras una larga convalecencia a causa de unas fiebres mal curadas, sus compañeros le contaron que por fin habían retirado el andamiaje que, como un esqueleto de madera y lienzo, recubría la Casa Azul: el palacete construido a capricho del indiano Mario Melgar. Y cuando la gente hablaba de «capricho», el término encerraba mucho más de lo que la imaginación de cualquiera pudiese abarcar. Ramiro tenía que dar un rodeo para pasar por delante de la Casa Azul, aunque, al decir de sus amigos, el esfuerzo merecía la pena. Atravesó el parque que compartía nombre con el paseo y se detuvo a escasos metros del palacete. Lo primero que vio al llegar fueron las torres almenadas que presidían las esquinas de la fachada principal. Se acercó despacio, con la boca abierta y las manos tensas para no dejar caer el paquete de merengues. Alzó la mirada y, deslumbrado por el lujo y la extravagancia que exudaba cada centímetro del lugar, se olvidó de pestañear. El azul de los balcones, las paredes y los muros, una elección tan singular como el resto, relucía radiante bajo el sol de agosto.

—Melgar debe ser un tipo con suerte —afirmó un lugareño que pasaba por allí—; hasta el sol brilla para darle la bienvenida —añadió sin llegar a detenerse.

Ramiro, que seguía fascinado por las trazas del palacete, entendió lo que su paisano quería decir: en la villa de Llanes, esa luz

era un privilegio que ni siquiera un indiano podía comprar.

* * *

Don Lisardo se ajustó el corbatín, algo desviado a la izquierda, y estiró con las manos los bajos de su distinguida levita con solapas de terciopelo. Aquel gesto repetitivo solo era una forma de distraer el nerviosismo que le había amargado la mañana. Junto a él, se hallaba Brígida, su esposa, que se había emperifollado como un pavo real. Su mujer se había gastado sus buenos cuartos en las prendas que vestía y el alcalde había descubierto que, por desgracia, el dinero no compraba la distinción. Inquieto, consultó la hora en el reloj de bolsillo que escondía en el chaleco. La llegada de la diligencia procedente de Santander estaba prevista para las doce del mediodía, pero tal vez viniera con retraso. De hecho, solía ser así. Sus pies protestaron: reclamaban a gritos ser liberados del opresivo encierro. Cerró los ojos, hizo una inspiración tan honda que estuvo a punto de atragantarse y pensó en las viejas zapatillas y el mullido orejero que le esperaban en casa. Se resignó, muy a su pesar: el estoicismo siempre le había parecido una filosofía vil que no estaba hecha para él.

—Soledá me ha dicho que el palacete de Melgar tiene cuatro baños. ¡Cuatro baños! ¿Quién vivirá con él? —Preguntó su mujer y, sin aguardar su respuesta, añadió—: No conozco a nadie que necesite tantos baños…

—Brígida, por favor, trata de ser discreta —le pidió agobiado—. No sabemos nada de su vida personal. Melgar ha donado una fortuna para el pueblo. Eso es lo único que sé y lo único que me interesa. Gracias a él, tenemos un colegio para niñas y pudimos ampliar el hospital.

—Ya, ya, ya… —contestó Brígida desechando el altruismo de Melgar como si se tratase de una bagatela—. ¿Tú crees que nos

invitará a su casa? Me muero por contarle a Soledá que vamos a merendar allí…

Lisardo se encogió de hombros. Estaba demasiado agitado para soportar la cháchara de su esposa. El director de la banda municipal le hizo una seña y el hombre aprovechó la circunstancia para alejarse de ella.

—Señor alcalde, disculpe la molestia. Me parece que la gente se aburre de esperar. ¿Quiere que empecemos a tocar y así los tenemos entretenidos?

—Buena idea, don Claudio; no sea que les apriete el hambre y nos quedemos sin público para darle la bienvenida al indiano —arguyó Lisardo convencido.

Luego pensó que el estruendo de la banda municipal apagaría el parloteo de Brígida y regresó a su vera más aliviado. Hizo acopio de valor, resignación y paciencia, y se dispuso a esperar la inminente llegada de Mario Melgar, benefactor de Llanes y flamante propietario de la Casa Azul.

DIARIO DE AMARA

Mi nombre de esclava fue Concepción de Alvarado, pero ahora que he obtenido la libertad, quiero que todos me llamen Amara. El amo, aunque ya no lo es, me enseñó a leer y a escribir cuando era niña. También me regaló este diario. Mi madre, Leonor de Alvarado, me enseñó el resto de las cosas que deben saberse: a curar la enfermedad, a sanar el alma y a leer el futuro en las conchas de cauri.

Para explicar quién soy, debo contar primero la historia de mi madre. Ella se llamaba Assiba y vivía en una pequeña aldea situada en el delta del río Níger. Era africana; su piel, suave y oscura como la de una pantera, y su alma, clara como las aguas del río. Era libre —todo lo libre que podía ser una mujer— hasta que los negreros la raptaron una mañana en que se estaba lavando a la orilla del Níger. Jamás volvió a ver el rostro de su madre ni del resto de los suyos. La ataron, la apalearon, la violaron y la encerraron en un barco oscuro, sucio y apestoso. Quiso morir mil veces, pero no lo consiguió ninguna; rezó a los Eggun, los espíritus de sus ancestros; le rogó al todopoderoso Olofi[2] para que le enviase a Ikú[3], pero su destino estaba trazado de antemano y ninguno de los dioses se molestó en borrar lo que ya había sido escrito. Lloró hasta que perdió las lágrimas y el sentido.

Cuando bajó del barco, después de una travesía infinita, las piernas apenas la sostenían. Ante sí, una tierra extraña donde hablaban un idioma desconocido. Más tarde supo que era una isla

llamada Cuba. «Otra cárcel», pensó, y una premonición le dijo que de esa prisión no escaparía nunca. La condujeron, junto al resto, hasta una especie de mercado donde, además de especias y tejidos, vendían hombres, mujeres y niños como si fuesen ganado. Pujaron por ella: desnuda, hambrienta y desvalida; la vergüenza adherida a un cuerpo al que ya no le quedaban más que piel y huesos. Su fortaleza y su coraje se habían perdido en África, o eso creyó en aquel momento.

Fue Sebastián de Alvarado quien la compró. A ella y a un par de muchachos, poco más que unos niños. Los subieron a una carreta guiada por otro de sus esclavos y los llevaron hasta la plantación de caña de azúcar propiedad de Alvarado. Una vez allí, la dejaron en manos de otras mujeres que la asearon, le curaron las heridas del cuerpo y le dieron de comer: al principio, como un pajarillo; después, con la voracidad del que no tenía nada que perder más que el hambre. Rendida, durmió hasta que las pesadillas la arrancaron del sueño. Junto al jergón la aguardaba un vestido del color del marfil, doblado con primor. Era sobrio, carente de adornos, aunque le agradó el tacto de la prenda y el contraste del tono con su piel. Vino a buscarla una mujer mayor que hablaba su lengua y la condujo hasta la casa principal. De camino a la mansión, quiso preguntarle decenas de cosas, pero no se atrevió. Assiba guardó silencio para protegerse del mal: solo ella conocía su nombre y, si se lo ocultaba al resto, nadie podría robarle su espíritu. Toda precaución era poca.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, la anciana le contó que le darían un nuevo nombre. A partir de entonces, todos la conocerían por él. La acompañó hasta una habitación donde el amo esperaba sentado frente a un libro de gran tamaño. Al verlas aparecer, cogió una pluma, la mojó en tinta y comenzó a escribir.

—Te llamarás Leonor de Alvarado —afirmó el propietario de la hacienda mientras apuntaba el nombre en el libro con una caligrafía esmerada.

Fue en ese preciso instante, sin que nadie le pidiera su opinión,

cuando mi madre nació a la vida por segunda vez.

17
Little child

Madrid, 1970

Hacía lo menos media hora que Nuria Melgar tendría que haberse ido del parque, pero el sol de finales de septiembre le calentaba el cuerpo y el alma y… ¡necesitaba tanto ese calor! ¡Vaya si lo necesitaba! Se removió para acomodarse al asiento de piedra y, magnánima con sus deseos, decidió que podía concederse más tiempo.

Le gustaba sentarse sola en la escalinata del monumento a Alfonso XII y, desde allí, observar a la gente que disfrutaba de su visita al Retiro. Si supiese dibujar, lo estaría haciendo con un cuaderno y un lápiz en sus manos para tratar de captar los momentos de felicidad de los desconocidos. Como no sabía, se conformaba con guardarlos en la vieja cámara que le había regalado su madre. Era una Leica M3 negra y plata, con una funda de cuero marrón bastante baqueteada ya por la vida, lo que le daba cierto encanto bohemio. Nuria desconocía cuáles fueron las circunstancias que la habían conducido hasta su madre. Ese era otro de sus secretos, pequeño e irrelevante que, sumado al resto, formaban un profundo agujero negro al que temía asomarse.

Con la Leica pegada a la cara, reparó de nuevo en las familias, las parejas de novios y los niños que aparentaban ser felices. Pero

«¿qué es la felicidad?», se preguntó pensativa, y lo más importante, «¿cómo podía ella apropiarse de su esencia?». Lo necesitaba tanto como el calor, más aún, si no quería caer en las mismas redes que habían hundido a su madre. Recordaba vagamente cuando todavía podían fingir que eran una familia normal. En aquel entonces se parecían mucho a esas familias felices que tenía delante. Luego vinieron la apatía, la tristeza y la ponzoña de la depresión, hasta que la enfermedad absorbió a la mujer por completo y decidió dejar de vivir. «Suicidio» era una palabra tabú, repleta de silencios incómodos, secretos y reproches velados; como si desear la muerte fuese un pecado en lugar de una maldición ir rompible. Incluso ella lo había sentido así, sobre todo al principio, hasta que pudo entender que no había culpa en su madre, que plegarse a la enfermedad fue la única concesión que se permitió, después de tanto dolor y tanto sufrimiento. Pero a ella le dolía también. Sin hermanos, solo le quedaba su padre, y Abel nunca había sido suficiente. El hombre se había entregado a una huida hacia adelante que, tarde o temprano, les pasaría factura a los dos.

Apretó los ojos para no llorar: los recuerdos le habían arruinado la tarde. Al final, el calor de finales de septiembre no había conseguido borrar la tortura de sus pensamientos.

* * *

Tuvieron que prescindir de parte del servicio. En realidad, tuvieron que prescindir de casi todos. De la querida Sol, que había llegado un buen día desde Asturias y llevaba más de veinte años cuidando de la familia Melgar. Su tata la había sostenido en brazos cientos de veces —«Ven, guapina, que te cojo en cuello», como solía decirle con su entrañable acento asturiano—. Fue ella quien la sostuvo cuando murió su madre. No había llanto bastante que pudiera consolar a Nuria, y solo la mano de Sol, grande y firme, le había transmitido la

fuerza necesaria para seguir en pie. Nuria la vio partir una triste mañana de finales de otoño. Se llevaba consigo, sin saberlo, la poca alegría que les quedaba.

Abel Melgar recibía a menudo unas llamadas broncas, hostiles, que le reclamaban la devolución de un dinero que no tenía. De no haber sido tan orgulloso, habría conservado a Sol. Con tal de no separarse de Nuria, su tata habría trabajado hasta por cuatro duros. De hecho, alguna vez llegó a gastarse sus propios ahorros para que la niña pudiera comer buenos filetes. Nuria iba a extrañarla cada día. Aquella era una nueva afrenta que nunca le perdonaría a su padre, empeñado como estaba en destruir el legado de los Melgar.

La crónica de sus ancestros se remontaba a Mario Melgar, un indiano de Llanes que había hecho fortuna en Cuba y regresó a su tierra años después. Lo que Nuria sabía del pasado de Mario y sus descendientes formaba una especie de puzle a medio hacer: por un lado, los breves relatos de Abel, siempre remiso a hablar; por otro, las historias de Sol y su madre, fragmentos deslavazados, en parte, por una memoria que nadie se había esforzado en recomponer.

Hubo un tiempo, antes de la enfermedad de Inés, en que Abel vivía una vida feliz y despreocupada. Nunca supo ganar dinero —no formaba parte de sus talentos—, aunque tampoco se desvivía en perderlo. Gastaban más de lo que hubiera sido razonable en sus circunstancias, pero el patrimonio de los Melgar los mantenía a salvo. El cabeza de familia estaba orgulloso de su apellido y jamás se paró a pensar que no había hecho nada por sí solo, que todo lo que tenía era heredado. Esa idea, dañina y perniciosa, vino después, tras la muerte de su esposa.

«¡Maldita la hora!», se había dicho Nuria tantas veces. El dolor por la ausencia de su madre la había dejado exhausta y no le quedaban fuerzas para afrontar los demonios paternos. Ni siquiera pese a saber que, tarde o temprano, la arrastraría al fango con él.

El teléfono sonó de nuevo, de hecho, cada vez lo hacía con más frecuencia. Nuria recordó de pronto que ya no estaba Sol para cogerlo y la añoranza le nubló el humor. Intuyó las amenazas de

cárcel y de violencia física al otro lado de la línea telefónica y lo dejó sonar hasta el final. Las deudas crecían, los enemigos también. Tan solo la amistad de su padre con el insigne general Orlando Vallejo los mantenía a salvo. No obstante, ¿qué sucedería cuando el general se hartase del bochornoso espectáculo de la quiebra de Abel Melgar?

La ruina estrechaba su cerco sobre ellos y cada vez les resultaba más difícil mantenerse a flote.

18
El misterio de la mulata

Llanes, 1890

Malena observó el alegre bullicio de los lugareños a través de las ventanas de la diligencia. La música de la banda municipal les llegaba amortiguada y, pese a ello, deseó con todas sus fuerzas que alguien detuviera el estrépito de los platillos. La gente que esperaba en la plaza Mayor agitaba los banderines de colores y, al frente de todos ellos, una niñita preciosa sujetaba con esfuerzo un gran ramo de flores. Su excesivo entusiasmo le resultó un tanto forzado; más aún, le provocó un rechazo que vino a sumarse a la incomodidad que ya sentía. Justo lo contrario que a Mario, que parecía encantado.

—¡Qué diferente es mi regreso de mi partida! —afirmó tan ufano —. ¡Si mi madre lo viera! ¡Mira cómo me aplauden!

Malena no era precisamente locuaz, aunque, cuando se decidía a hablar, soltaba verdades como puños:

—Les has regalado mucho dinero…

Mario sonrió de oreja a oreja. Estaba acostumbrado a la aspereza de Malena. Cada vez le recordaba más a Amara: sincera hasta el dolor. Entonces sintió una punzada de remordimiento que lo pilló por sorpresa y le congeló la sonrisa. «¿Tanto tiempo después?», se preguntó. Incómodo, se obligó a desecharla: no estaba dispuesto a que los recuerdos le amargasen la bienvenida. Durante más de

veinte años se había deslomado cada día para torcer su destino: había trabajado de sol a sol; había mentido y engañado siempre que había sido necesario y jamás le había temblado el pulso porque tenía un propósito, un fin. Lo había conseguido y ahora llegaba el momento tan ansiado de disfrutarlo.

—Bueno…, por lo menos no son ingratos —respondió con un punto de humor—. Tal vez no haya otro motivo para quererme que no sea el dinero…

Malena guardó silencio: tampoco tenía muchas razones para contradecirlo. El rencor aún pesaba en ella y sentía que la hundía a plomo. Mario la había alejado de Cuba, su único hogar, y eso era algo que no podía perdonarle.

—Recuerda lo pactado —dijo Melgar antes de recoger el distinguido *canotier* y el bastón con empuñadura de carey para apearse de la diligencia.

—No me costará ningún esfuerzo —afirmó ella poniéndose en pie. «El silencio será mi aliado —pensó—; siempre lo ha sido».

Mario descendió con soltura el trío de peldaños que separaban el vehículo del suelo. Estaba a punto de pisar de nuevo su tierra dos décadas después de la última vez que lo hizo. En la plaza le esperaba una colección de llaniscos de lo más variopintos y, a la cabeza del grupo, el alcalde acompañado de su mujer. La banda redobló su ímpetu al verlo aparecer. Mario se irguió y saludó como si fuera el mismísimo Alfonso XIII, luego se hizo a un lado y le tendió la mano a Malena. Su intención desde un principio era que todo el pueblo reparase en ella, un gesto innecesario, puesto que no podía ser de otro modo. La joven se quedó en lo alto de la escalera. Iba vestida de blanco impoluto de la cabeza a los pies. Su piel sedosa, del color del caramelo, destacaba bajo el níveo atuendo. Varias ristras de collares de cuentas y vivos colores le colgaban del cuello, y el turbante de criolla enmarcaba las facciones de un rostro tan bello que acaparaba el protagonismo al completo. Su hermosura despertó un murmullo de admiración y sorpresa.

La banda se detuvo. El pueblo dejó de ondear los banderines a

un tiempo; ni siquiera el alcalde se atrevió a moverse. La única excepción fueron Malena y Mario; los demás quedaron convertidos en estatuas de piedra. Si Melgar quería asombrarlos, lo había conseguido.

Malena se irguió más aún, orgullosa del legado de su madre.

* * *

Los demonios regresan tarde o temprano; siempre lo hacen. Esa maldad que llevan a cuestas como un camafeo repleto de agravios les impide mantenerse alejados del lugar donde causaron dolor. Mario Melgar no iba a ser la excepción a esa norma. A ojos del pueblo, se presentaba como un hombre rico, ejemplar, un ciudadano de pro. Pero Alba sabía, mejor que nadie, que tras aquella fachada de prosperidad y altruismo se escondía un ser despreciable. Los había comprado con dinero y deslumbrado con sus lujos, como aquel palacete azul con ínfulas de castillo. Tal vez se creyese el rey de Llanes, su soberano. Los indianos eran así: retornaban a la tierra que los vio nacer para restregarles su éxito a los demás, para demostrarles cuán lejos habían llegado en su aventura. Aunque Melgar era mucho peor que el resto.

«Hay pecados que arrastran condenas eternas», se dijo Alba, y por fin se acercaba la hora de que él pagase por los suyos. Las dos décadas de ausencia habían sido una tregua demasiado larga y piadosa.

Ella sería su memoria y su juez, ya que a Mario le había resultado tan fácil acallar y olvidar el pasado.

* * *

La Casa Azul aguardaba la llegada de su dueño silenciosa y vacía. Daba igual cuánto dinero se hubiera gastado Melgar en él, porque aquel palacete tenía la atmósfera de los lugares abandonados, olvidados por todos. O al menos esa fue la impresión que le dio a Malena. Los zapatos de charol de la joven resonaron como un eco sobre los azulejos de alabastro del vestíbulo: un inmenso tablero de ajedrez en blanco y negro. Tuvo que reprimir el impulso de saltar de una baldosa blanca a otra del mismo color, evitando tocar los bordes. Se trataba de un juego de niñas y hacía mucho ya que ella había dejado de serlo.

Al fondo del vestíbulo, se alzaba una escalinata de grandes dimensiones tapizada con una refinada alfombra carmesí que invitaba a pisarla. Sus zapatos se hundieron en la superficie mullida. Malena se incomodó. La opulencia que Mario había plasmado en cada rincón del palacete cumplía con todas las vulgaridades y clichés propios del nuevo rico. Saber que ella iba a beneficiarse de tanto fasto no aliviaba su malestar, sino al contrario, hacía que se sintiera más culpable.

—Te he reservado una habitación en la última planta —le dijo Melgar, como si hubiese intuido su necesidad de escapar de él—. La encontrarás al final de las escaleras. Les pediré a los criados que te suban el equipaje.

Malena miró hacia arriba y notó una repentina sensación de angustia en la boca del estómago. El vértigo era una de las debilidades que se afanaba en ocultar: una huérfana no podía permitirse el lujo de ser tan frágil. Se apoyó en la barandilla, de madera oscura, pulida y reluciente, y le echó un último vistazo a Mario antes de afrontar el ascenso. Su petulante sonrisa fue como un empujón que la animó a dejarlo allí.

Tras rebasar el último peldaño, Malena se encontró frente a una puerta de doble hoja guarecida bajo una arcada de piedra blanca. En la parte superior del arco habían instalado un par de angelotes esculpidos en mármol, tal vez con la intención de proteger la estancia. La joven asió el tirador de bronce, tan reluciente que podía

verse en él, y empujó la puerta con un punto de curiosidad en su ademán: nada la había preparado para la perfección que halló al otro lado. Los aposentos, ubicados en una de las torres del palacete, estaban amueblados con cierto lujo, pero cumplían rigurosamente con las indicaciones que le había dado a Mario. La ropa de cama era blanca; las cortinas, también. Lo que parecía ser un espejo de cuerpo entero estaba cubierto por una sábana que conjuraba la tentación de contemplarse en él. A ambos lados de una cama con dosel, sendas alfombras evitarían que sus pies descalzos tocasen el suelo al levantarse. La santería era un viaje, y sus reglas, estrictas. Cuando ella perdió a su madre, se agarró a esas reglas para no ahogarse de pena, como lo haría un náufrago con un salvavidas. Hasta ahora, la habían mantenido a flote.

Dejó las conchas de adivinación y el altar de los santos, de los que nunca se separaba, encima de una mesa redonda. Guardó las memorias de Amara en un cajón que rechinó al abrirlo por primera vez. Antes de cerrarlo, posó una mano sobre el diario con tapas de cuero para recordarse que algo de su madre seguía allí. Esbozó una sonrisa temblona y se encaminó hacia el formidable ventanal que aportaba luz a la estancia. Lo abrió y se asomó con cuidado al balcón protegido por una balaustrada de mármol. Las vistas a la villa de Llanes la dejaron sin aliento y por eso tardó unos segundos en asumir el lugar que ocupaba en la casa, el lugar que Mario había elegido para ella: un castillo de cuento erigido para lucir a una princesa mulata.

Desde el balcón los vería a todos, pero también la verían a ella. El vértigo, del que esta vez no tenía culpa la altura, la obligó a regresar al interior de su cuarto.

Fue la primera ocasión en que se sintió atrapada en la Casa Azul.

Después vendrían otras muchas.

DIARIO DE AMARA

Nací una noche de San Juan, cuando apenas daba comienzo el verano, pero ya se notaba la calima en el aire. Durante mucho tiempo, ese dato fue una de las pocas cosas que supe de mi nacimiento. Eso y que nací berreando a pleno pulmón, como si hubiese intuido desde el primer instante que la vida estaba llena de sufrimiento y me negase a afrontarlo. Mi madre, que lo sabía todo de los misterios vitales, no quiso decirme quién era mi padre. Esa laguna, que en el diminuto mundo de la plantación no parecía tener la menor relevancia, se convirtió en mi primera obsesión. Sin padre o sin conocer su identidad, sentí que me faltaba la mitad de mí misma; un hueco que no podía rellenar con nada. Ahora sé que si hubiera sido más lista, habría sufrido menos.

Mi madre siempre me animaba a observar la naturaleza: los ciclos de las plantas, los comportamientos de los animales… Leonor me decía que todo lo que necesitaba saber estaba allí, al alcance de mis ojos. Tendría que haberme centrado en observar a las personas. Ellas, empeñadas en guardar sus secretos, los revelaban con cada uno de sus actos.

Había que estar muy ciego para no ver.

Excepto una niña tonta que no sabía dónde mirar, ni dónde buscar.

No sé cuántos años había cumplido cuando me llevaron a la casa grande por primera vez. En la Hacienda Alvarado, esas cosas carecían de importancia: el tiempo se medía por tamaños; si se era

lo bastante alto y despierto para hacer cierta cosa, tenías la edad adecuada. Recuerdo que me sorprendió el silencio de la mansión en contraste con el jaleo que animaba los barracones, donde siempre había ruido. Ni siquiera se oía el sonido de mis pasos sobre aquellas alfombras tan gruesas. Me dejaron en una habitación, me ordenaron que aguardase sentada en una silla y que no tocase nada. Mis pies, que colgaban sin llegar al suelo, adoptaron para mí un protagonismo inesperado: estaban limpios, casi relucientes. Mi madre los había frotado una y otra vez hasta eliminar los restos de roña. Solo los criados de la casa grande tenían zapatos, pero no los envidiábamos por ello: el resto caminábamos libres de ataduras. Al menos, nos sentíamos libres en algo.

Sebastián de Alvarado apareció mientras yo seguía contemplando mis pies. Era un hombre muy alto, algo encorvado de espalda y muy atildado en el vestir. Su espeso cabello clareaba en las sienes y su barba se había rendido al paso del tiempo. A veces me pregunto si soy ecuánime al evocar su imagen, si el resto de los esclavos lo verían con los mismos ojos que yo. Mi relación con él siempre fue diferente —nunca me trató como a los demás—, aunque en aquel momento no era consciente de ello.

Alvarado me enseñó a leer y a escribir. Se sentaba a mi lado y, con mucha paciencia, desgranaba frases en palabras, palabras en sílabas y sílabas en letras. Leer era como jugar a las adivinanzas. El tiempo volaba; las horas semejaban minutos y me encontraban absorta en aprender a descifrar aquellos jeroglíficos tan fascinantes. Las puertas del conocimiento se abrían ante mí, una tras otra, para descubrirme un mundo nuevo y alejado de la plantación. Mi mente creció alimentada por la sabiduría de los libros.

Pasaron los años y, pese a que yo había nacido a estelado del océano, lejos de la desembocadura del Níger y de la madre África, escogí abrazar la fe de mis ancestros. Para aquel entonces, Olofi y el resto ya estaban escondidos tras los santos católicos y mi madre me ayudó a montar el primer altar, mi altar de los santos.

Fue el primer paso, la primera decisión que me llevó a ser lo que

soy ahora.

19
The long and winding road

Madrid, 1970

No quería estar ahí…; no quería, pero lo estaba y no podía hacer nada para evitarlo.

Caminaba por un estrecho sendero de lajas grises al tiempo que la noche y sus sombras se abatían sobre ella. El ocaso devoraba a bocados los exiguos restos de luz que le permitían intuir el camino. Percibió una presencia a su espalda. Se dio la vuelta para comprobar si estaba en lo cierto, pero no llegó a ver nada. Siguió avanzando y oyó una voz, un susurro inquietante que le exigía que se alejase del panteón. Tuvo miedo de la voz y de la sombra que la acechaba. Caminó más deprisa para escapar de la amenaza invisible. Como ya le había ocurrido más veces, no supo interpretar las señales.

Comenzó a padecer los efectos de una angustia invasora que le oprimía el pecho y la consumía por dentro. El temblor asomó a sus manos y ya no pudo controlarlas. Quiso parar, detenerse a pensar. No pudo; sus piernas funcionaban por sí solas. Entre tinieblas, divisó la silueta ahusada de un panteón: un mausoleo de granito blanco presidido por un ángel amenazante armado con una espada. La necesidad de huir se tornó perentoria, respaldada por la voz que le decía y le repetía, una y otra vez, que se alejase de allí.

Era demasiado tarde para eso.

Subió los peldaños de piedra. Sus extremidades, ajenas a su voluntad, se negaban a obedecerla. La puerta entreabierta la esperaba.

—¡No quiero morir! ¡Ayúdame a escapar! —le gritó a la sombra, que respondiendo a su reclamo trató de detenerla. La sujetó del brazo y tiró de ella con brío, pero el panteón, con una fuerza ciclópea, la absorbió. La puerta se cerró a su espalda y el resto del mundo quedó afuera.

El nauseabundo olor de la muerte se adueñó de sus sentidos. Percibió la humedad y la putrefacción que invadían cada esquina del mausoleo. El silencio resultaba opresivo; no obstante, cuando al fin se quebró, el pánico le amarró los pies al suelo. Algo siniestro y peligroso se arrastraba hacia ella, algo que quería dañarla, destruirla. Lo único que pudo hacer para defenderse fue gritar, gritar hasta que el alma se le escapó por la boca.

Y entonces se despertó.

Nuria volvió a la realidad empapada en sudor. El corazón le saltaba en el pecho. Se sentó en la cama, se frotó los ojos con fuerza y se esforzó en olvidar el sueño. Pese a ello, el miedo continuó adherido a su piel.

La idea de que aquella pesadilla era una suerte de advertencia se adentró en su mente y ya no pudo liberarse de ella.

Esa noche no volvió a dormir.

* * *

La Complutense era el lugar más parecido a un zoo que había conocido nunca. En la universidad se mezclaba gente de todo tipo de pelaje, dispuestos a exhibirse frente al resto para demostrar que ellos representaban lo más inteligente, lo más erudito y lo más vanguardista de la sociedad española. La élite de la élite. No obstante, la sensación de libertad —esa palabra prohibida y, aun así,

susurrada en cada esquina— tenía algo tan cautivador que se pegaba al alma y viajaba con ella de vuelta a casa. Nuria necesitaba esa dosis de libre albedrío, aunque tuviese mucho de impostada, y la necesitaba más que nunca tras la noche anterior, plagada de sueños funestos.

Regresó de la facultad un poco antes de lo esperado para descubrir que su padre había invitado a Julio Vallejo a comer con ellos.

—Le encontré en el club. Ya sabes que siempre anda muy ocupado, pero tuvo el detalle de aceptar —le explicó su padre un tanto ufano.

—Habría sido mejor que comieseis en el club —arguyó la joven.

—Creo que quería verte y… —la expresión de su hija, que abrió unos ojos tan enormes como desconcertados, frenó en seco las palabras de Abel.

—¡Padre…!, pero ¿qué dices? —protestó Nuria molesta.

—Vale, vale. Ya me callo —dijo alzando las manos en son de paz y escondiendo una sonrisa—. Ven a saludarlo. Está tomando el vermú en la galería.

La galería era el único lugar de la casa —tan decadente como su menguante fortuna— que conservaba parte de su encanto. Tal vez fuera por lo abigarrado de la decoración: una profusión de cojines de terciopelo, mesitas laqueadas, sillas de mimbre, jarrones con flores artificiales y velas a medio fundir repartidas sobre cualquier superficie que admitiese su presencia. Los cristales de la galería, que la propia Nuria había limpiado el día antes, dejaban pasar una luz dotada de vida propia. Solo el calor quedaba fuera de la estancia.

Julio Vallejo aguardaba sentado en una de las sillas de mimbre. En realidad, con Julio siempre tenía la impresión, aunque pareciera un sinsentido, de que él no esperaba a nadie. Había apartado los cojines, que ahora formaban una pequeña montaña en la silla de al lado, y se sentaba muy tieso con la vista perdida en los jardines. Nuria intuyó por su expresión que Vallejo detestaba con todas sus fuerzas la maraña de naturaleza que se extendía al otro lado de las

ventanas.

—¡Julio!, disculpa la tardanza. Estaba ultimando los preparativos del almuerzo —explicó Abel como si fueran a servir un banquete. Nada más lejos de la realidad.

—¡Nuria, cuánto tiempo sin verte! —El invitado se puso en pie y se acercó a ella. La joven dudó un instante, pero él, más resuelto, la sujetó del brazo y la besó en las mejillas. La energía de Julio recorrió su cuerpo como un latigazo—. ¿De dónde vienes? —preguntó interesado.

—De la universidad, tenía unas clases…

—Ya sabes que Nuria está estudiando Filología Inglesa en la Complutense —interrumpió el padre sin ocultar su orgullo.

Vallejo ignoró el comentario de Melgar y volvió a sentarse en la silla, que crujió renuente a recibirlo. Tras rescatar algunos cojines de la montaña, Nuria se sentó a su lado. Abel le sirvió a su única hija un mosto de color con mucho hielo y una buena cantidad de aceitunas. No acostumbraba a beber alcohol y, menos aún, entre semana.

Agotadas las trivialidades, pasaron al comedor: una estancia tan alargada como austera que recordaba al refectorio de un convento. El almuerzo que compartieron con el hijo del general Vallejo no disipó esa impresión: la comida era un quiero y no puedo mal cocinado y peor servido. Julio se esforzó en mantener la compostura y el buen humor. Cuando menos, el vino tinto, que el anfitrión servía con generosidad, hacía justicia al opulento pasado de los Melgar. No tardó en apartar la comida con un gesto de desdén, para concentrar toda su atención en el Vega Sicilia y en el hermoso rostro de Nuria.

La joven levantó la vista del plato, donde las patatas cocidas transmutaban en puré después de pasearlas de un lado a otro, y se encontró con la mirada de Julio, tan intensa que tuvo que apartar la suya. Se detuvo un instante en los desconchones de la pared, las manchas de humedad y los restos de polvo; la palmaria evidencia de la escasez de servicio doméstico. Miró a su padre y, por una vez, lo vio con ojos ajenos: la chaqueta raída y con coderas, la corbata

torcida, la mirada triste y ojerosa… Eran los últimos vestigios de un dandi que iba perdiendo fuste a marchas forzadas. Se sintió abandonada, sola e incapaz de tomar las riendas de su vida; se sintió más huérfana que nunca. La añoranza de su madre se volvió tan intensa, tan acuciante, que tuvo que esforzarse para contener las lágrimas.

Antes de irse, Vallejo la invitó a salir.

—Tengo exámenes, Julio —le dijo hastiada de la lucha por mantener las apariencias.

—Una mujer tan preciosa no necesita perder el tiempo estudiando —replicó él con voz persuasiva, como si pretendiera convencerla de ello.

Nuria frunció el ceño molesta. Estudiar era lo único que le aportaba cierta cordura y Julio no tenía ningún derecho a opinar al respecto. Iba a reiterar la negativa cuando su padre insistió. El general Orlando Vallejo era el único valedor que les quedaba a los Melgar en Madrid. Su reputación al completo pendía del hilo que sujetaba el militar. Si decidía soltarlo, acabarían en la ruina más absoluta, mancillados y olvidados por todos.

Ella no pudo negarse. Simplemente, no podía hacerlo.

20
El país del azúcar

Llanes, 1890

Oyó el rugido de sus tripas quejosas. Tenía un hambre voraz y recordó que llevaba muchas horas sin comer. En su aposento, situado en la planta superior de la casa, había un juego de campanillas para reclamar la presencia de los criados, otra de las extravagancias burguesas de Mario. Las ignoró a sabiendas. La hija de Amara Alvarado no necesitaba que nadie le sirviera. No lograría aprender nada por ese camino. Se vistió, se colocó los collares de cuentas y escondió un rizo rebelde bajo el turbante de raso. Descendió las escaleras con pasos discretos, silenciados por la mullida alfombra que cubría cada peldaño. Entre su cuarto y las cocinas de la Casa Azul cabía todo un mundo y la posibilidad de perderse en él, aunque Malena se dejó guiar por el olor de la comida, tan denso y dulce que, en esta ocasión, el que gruñó con verdadera codicia fue su estómago.

Malena se adentró en las dependencias del servicio y a punto estuvo de tropezarse con una joven, poco más que una niña, que salía de la cocina. La criada llevaba una cofia blanca, un vestido gris y, sobre él, un delantal tieso de almidón. Se disculpó de manera precipitada, pero, al descubrir quién era, abrió los ojos de manera desmesurada con una jocosa mezcla de susto y miedo. La joven

salió corriendo, con las manos en la boca y volviendo la vista atrás de continuo.

—¿Qué estás haciendo aquí, chiquilla? —La pregunta, formulada a su espalda, la cogió por sorpresa. Se dio la vuelta y se encontró frente a una mujer de mediana edad con el cabello dorado recogido en un moño y la frente tiznada de harina. En su juventud debió de ser muy hermosa, a juzgar por la belleza que aún conservaba.

—Creo que la he asustado —dijo Malena sin responder a la pregunta que le hacía.

La mujer se limpió las manos con un paño que dejó sobre la mesa y avanzó un par de pasos hacia ella.

—A veces nos asusta lo diferente, lo desconocido… —afirmó la mujer reflexiva—. Pero no te disgustes por eso: es más culpa de la ignorancia que del miedo. ¡Mírate! ¿Quién podría tenerte miedo con esa carita tan preciosa? ¿Hay algo que pueda hacer por ti? —Luego aguzó la mirada y añadió con una sonrisa— ¿Tienes hambre?

Malena asintió con vehemencia. La mujer sonrió más aún, cogió un plato de la alacena y se alejó hacia el fondo de la cocina. Regresó con un par de pasteles de hojaldre cubiertos de azúcar que le ofreció a la joven. Malena mordió el pastel y sintió una explosión de sabor en la boca: el hojaldre, tierno y untoso, los granos de azúcar y el suculento relleno de nueces formaban una combinación deliciosa. Cerró los ojos un momento y paladeó a conciencia. Desde niña, tenía verdadera debilidad por los dulces.

—¿Te gusta?

—Soy del país del azúcar —respondió con su primera sonrisa desde que había abandonado la isla—. Me llamo Malena —añadió antes de arrearle un nuevo mordisco a la casadiella.

—Yo soy la señora Lorenzo, jefa de cocinas de la Casa Azul, pero puedes llamarme Alba. Siéntate, chiquilla, que no hay que comer de pie —dijo haciéndole un guiño y, en cuanto la joven estuvo sentada, le preguntó—. Y dime, Malena, ¿qué haces tan lejos de tu hogar?

Malena la miró con sus grandes ojos oscuros y durante un breve instante sintió la pulsión de confesarse con ella, de explicarle qué la

había llevado hasta Llanes. «Es mejor que guarde silencio», se dijo por fin. Aquella buena mujer, tan ajena a cuanto significaban sus creencias, jamás podría entender que fue Amara, su madre, quien selló su destino al echarle las conchas.

Cómo podría entenderlo, si ni siquiera ella llegaba a hacerlo del todo.

* * *

Mario no había querido regresar a España hasta que el arquitecto encargado de la construcción del palacete le dijo que las obras habían terminado. No le apetecía soportar el desorden, los ruidos, la suciedad, ni las incomodidades que acarreaban. Ese era otro de los lujos que podía permitirse, aunque con dicha decisión también pretendía avivar la expectación y la curiosidad antes de su llegada. Impartió instrucciones precisas de cómo debían decorar cada rincón del inmueble y envió dinero a raudales. Tan solo quedó una cuestión pendiente, algo que quería supervisar en persona y que se ocultaba de las miradas ajenas en el jardín trasero de la Casa Azul.

La lluvia se había derramado sin parar durante toda la mañana y Malena se aburría sin remedio recluida en su habitación. Empleó gran parte de las horas muertas en orar ante el altar de los santos. Le rezó a Oshun[4] para que le diera paciencia, le rezó a Nana Burukú[5] para que le mostrase el camino, y aún tuvo tiempo de rezar a los Eggun para que velaran por el alma de sus padres. Su padre, Bruno Bastida, era español de pura cepa y católico por tradición. Jamás llegó a comulgar con el culto lucumí, la fe de su esposa, pero su hija creía firmemente que no podía hacerle daño que sus ancestros cuidasen de él, allá donde estuviese. Cuando terminó de rezar, y aunque todavía era temprano, pensó en bajar a las cocinas a recoger el almuerzo: de ser posible, prefería comer en su cuarto con la cuchara y el plato consagrados. Alba le sirvió el

guiso en la escudilla sin hacer preguntas. La organización doméstica de la Casa Azul era, cuando menos, singular. El propio Melgar llevaba una vida caótica entre homenajes, reuniones sociales y comidas de negocios.

—No es ninguna molestia —afirmó la cocinera con una sonrisa. La mujer parecía cansada y Malena no deseaba añadirle más trabajo al que ya tenía—. No te preocupes; no hay manera de hacer planes con el patrón y siempre sobra un montón de comida que nadie aprovecha.

Después del almuerzo, la lluvia cesó de pronto y el sol, que había permanecido oculto tras un manto de nubes grises, quiso reivindicarse mostrando todo su poderío. Malena cogió la sombrilla de encaje y salió al jardín. Necesitaba respirar aire fresco, pero la hierba aún tardaría un buen rato en secar y no quería mojarse los zapatos, así que decidió seguir el camino de lajas grises que conducía a la parte posterior de la finca. Allí se topó de frente con el ruidoso ajetreo de los hombres que trabajaban en la construcción de un pequeño edificio de granito blanco.

—¡Malena, qué agradable sorpresa! —dijo Mario acercándose a ella con los brazos abiertos.

—No sabía que fueses a construir un cenador… —repuso la joven un tanto desconcertada.

—No es un cenador, querida —le explicó Melgar, que carraspeó antes de añadir—, es un panteón.

—¿Un panteón? —preguntó Malena sin poder evitar que un escalofrío le recorriera el cuerpo.

—Sí. Es un lugar para que los difuntos reposen y…

—Sé lo que es un panteón, Mario —La joven le interrumpió con un deje de fastidio en la voz—. Lo que no sé es para qué muertos lo construyes.

—No me resulta agradable hablar de eso —alegó un tanto incómodo—. Supongo que para los venideros…, quienesquiera que sean. La finalidad de un mausoleo es que los vivos recuerden a los que ya no están.

La muchacha desdeñó sus palabras con un gesto. La vida no estaba hecha para perder el tiempo ensalzando a los muertos.

—Hay que cuidar a los seres queridos cuando aún están vivos; después ya será demasiado tarde para ellos…, y puede que para nosotros también —dijo pensando en su madre y en el tiempo que habían perdido.

Melgar sonrió, pero la suya fue una sonrisa cargada de tristeza. Apenas le quedaban vivos de los que ocuparse: la huérfana que tenía ante sí y los restos de una familia abandonada desde hacía mucho tiempo. Demasiado, quizás. Se preguntó si su hermano Simón sería capaz de perdonarlo y aceptarlo de nuevo en su vida. Seguro que no. La última carta que había recibido de él rezumaba rencor en cada una de sus frases. Luego se resignó a aceptarse tal como era, sin ambages ni remiendos. «Privilegios de la edad», rumió para sí.

—Es un panteón para que me recuerden a mí —confesó con cierto pundonor, apartando la vista de Malena.

Mario Melgar había tenido que ir muy lejos, en todos los sentidos, para conseguir su fortuna. No podía permitir que su triunfo, su gloria, cayese en el olvido. Ni siquiera después de su muerte.

Se lo había ganado con creces.

DIARIO DE AMARA

Si echo la vista atrás y repaso cada acontecimiento de mi pasado, solo puedo concluir que mi futuro estaba esculpido en piedra. Lo estaba incluso antes de nacer, como si fuese la suma del destino de mis padres, una mezcla de la fatalidad de ambos. Aunque pueda sonar absurdo y un tanto dramático, no hay nada que tenga más sentido para mí.

Los yoruba —la tribu de mi madre— veneraban la naturaleza y ella se trajo esa devoción consigo. Fue lo único que los negreros le dejaron traer a Cuba. En África, mi abuela le enseñó a conocer las plantas y sus virtudes. También la animó a experimentar con ellas y a probar nuevos remedios. Leonor adquirió fama de curandera, de sanadora…, lo que menos importaba era el nombre. Los esclavos de la plantación acudían a ella en busca de ayuda para curar sus males. Con el tiempo, su fama trascendió los lindes de la Hacienda Alvarado y fueron llegando hombres y mujeres desde otros lugares.

Al principio, yo solo la ayudaba a recoger las hierbas que necesitaba. Leonor quería mantenerme alejada del mal, del sufrimiento ajeno. Pronto comprendió que su pretensión era absurda, imposible. No podía apartarme de la enfermedad sin apartarme de ella. Cambió de estrategia. Me transmitió cuanto sabía sobre las plantas medicinales, los emplastos, los brebajes y los tiempos de curación. También me enseñó a leer el futuro en las conchas de cauri; en los patrones que dibujaban los caracoles al esparcirse por el suelo. No tardó en descubrir que podía interpretar

los mensajes de Orula[6] mejor que ella. Los dioses me habían bendecido con un talento natural para la adivinación.

Durante un tiempo, me obsesioné con ello. Me sentaba sobre la alfombra de cáñamo ignorando el picor que traspasaba la fina tela del vestido y me irritaba la piel. Apretaba las conchas entre mis manos. Percibía el frescor y la redondez de sus formas, el gustoso ruido que hacían al rozarse unas con otras. Las arrojaba sobre la esterilla con los ojos cerrados y una pregunta en los labios. Justo después de formularla, sentía que el futuro se precipitaba sobre mí como una avalancha. Lo que estaba por suceder formaba una maraña imposible de descifrar hasta que abría los ojos de nuevo. Entonces, las conchas me hablaban, me contaban sus secretos. Fue demasiado fácil engancharse a ellas, a todas las posibilidades que me susurraban. Leonor lo vio venir y le puso freno de inmediato. Me explicó que tenía un don para ver el futuro, pero que el porvenir aún estaba por llegar y que obsesionarse con él podía resultar peligroso.

Curar el presente era mucho más importante.

Jamás olvidé esa lección.

21
From me to you

Madrid, 1970

Nuria abrió las puertas del armario y revisó su ropa, moviendo las perchas de un lado al otro. Resopló y frunció el ceño molesta. No tenía nada que ponerse. Bueno, sí; tenía un montón de vaqueros, camisetas y vestidos informales que solo servían para ir a la universidad o a tomarse unas cervezas con la pandilla. Pero allí no había nada adecuado para el lugar al que iba a llevarla Julio.

Se sentó en el borde de la cama y observó con intensidad el interior del armario, como si pudiese transmutar las prendas con la mera fuerza de su mirada. No tardó en rendirse y se dejó caer sobre el colchón. Cerró los ojos un instante. Pensó en lo fácil que sería quedarse dormida y olvidarse para siempre de la dichosa cita. Una punzada de culpa la devolvió al dilema del atuendo. Tuvo una idea y se levantó de la cama arrastrando con ella una mezcla de expectación y tristeza.

En el cuarto de Inés, todo seguía exactamente igual que antes de que muriese, salvo que parecía más sucio y más viejo. Nuria se preguntó si pasaría lo mismo con los recuerdos; si, a medida que transcurriera el tiempo, se acabarían ajando como la habitación de su madre. Quiso pensar que no, que solo dependía de ella conservar ese recuerdo intacto. Se prometió que limpiaría a la mañana

siguiente, aunque el cansancio la contradijo y supo que, cuando llegase el momento, no lo haría.

Se acercó al tocadiscos que reposaba ajeno a sus cuitas sobre una mesita alta y cuadrada en una esquina de la habitación. Le quitó la funda que lo recubría para que no cogiera polvo. Buscó un disco en la estantería donde aguardaban apretujados y lo puso en el aparato. Era un álbum de los Beatles: *A Hard Day's Night*[7], el favorito de su madre. Inés le había inoculado su pasión por la banda de Liverpool y Nuria estaba contagiada a conciencia. Rememoró las acaloradas discusiones sobre si Lennon era mejor que Paul, algo en lo que nunca se habían puesto de acuerdo. Sonrió con tristeza.

Cuando logró reunir el valor necesario para enfrentarse al ropero de su madre, un armario enorme que se extendía de pared a pared, ya sonaban los primeros acordes de la canción que daba nombre al disco. La música camuflaba las ausencias, los silencios, que iba rellenando poco a poco con su dulce cadencia, y la ayudaba a sentirme mejor, más valiente. Aguantó la respiración y tiró de los pomos lacados en blanco, de los que colgaban sendas borlas de raso. Los vestidos de Inés Mendoza, la mujer con más *charme* de la alta sociedad madrileña, estaban cubiertos con fundas y conservaban un vago olor a alcanfor y al perfume de Inés. Bajó las cremalleras de las fundas hasta encontrar el espléndido Balenciaga de lentejuelas negras. Aún podía evocar la silueta de su madre con el vestido puesto: tan alta, tan delgada, la viva imagen de la elegancia. Jamás había conocido a una mujer más hermosa que Inés; tal vez por esa fragilidad que ya estaba presente en ella, como si la belleza buscase dónde hacerse fuerte.

Se acercó el vestido a la nariz. Olía a encierro, a humedad y, aun así, muy al fondo, permanecía un rastro del perfume de su madre. «¿Me quedará bien?», se preguntó dudosa. Se quitó la camiseta y, sin más protocolo, se probó el vestido encima de los vaqueros. A buen seguro era una aberración, pero no le importó. Se esforzó en subir la cremallera hasta donde pudo. Apartó la sábana que cubría el espejo de cuerpo entero y comprobó que el azogue había empezado

a desvanecerse por los extremos. Contempló su piel atezada, el cabello oscuro, los ojos verdes… Se recogió el pelo con las manos y alzó los talones para simular que llevaba zapatos de tacón. Los recuerdos la golpearon sin piedad: por un momento creyó que estaba viendo a Inés en el reflejo. Luego se acercó a la luna y la ilusión se disipó como una nube de humo. Compuso una mueca triste, casi afligida, y supo que el vestido cumpliría con lo que Julio esperaba de ella.

Se disponía a apagar el tocadiscos, cuando sonó la voz de Lennon cantando *Can't buy me love*[8], una de sus melodías preferidas que siempre le arrancaba una sonrisa. Sintió un escalofrío y se le erizó la piel.

Quiso pensar que su amor, como en la canción, no estaba en venta y nunca lo estaría.

* * *

Consultó el reloj apenas un segundo, sin llegar a ver la hora. Lo miró de nuevo —las ocho en punto— y se obligó a calmarse. Su inquietud resultaba de lo más absurda y molesta. Al fin y al cabo, Julio y ella se conocían desde niños. Cogió la chaqueta —un bolero negro de terciopelo—, el bolso de noche y, poco después, los soltó de nuevo. Le sudaban las palmas de las manos. Hizo amago de frotarlas en la falda del vestido, pero recordó que estaba cubierto de lentejuelas. Su padre apareció de improviso. Sonreía como un bobo y Nuria lo detestó por aquella sonrisa. Antes de que dijese nada —«¡gracias a Dios!»—, sonó el timbre de la puerta principal.

—Voy yo —dijo Abel. Nuria le paró con un gesto imperioso; algo tan inusual en ella, que su padre, obediente, se quedó muy quieto.

—Ya voy yo. No quiero alargar la noche más de lo necesario —se resistía a llamar «cita» a su encuentro con Julio.

Melgar arrugó el gesto y su sonrisa bobalicona se esfumó.

—Pásalo bien —le dijo, pero ella ya se alejaba de él y de sus palabras. No hubo beso de despedida.

Avanzó por el largo pasillo que conducía al vestíbulo. Las sombras devoraban las esquinas del recibidor y ayudaban a esconder el declive de los Melgar. Descartó encender la luz para espantarlas. Abrió la puerta y se detuvo bajo el dintel. Contempló a su acompañante, que lucía un distinguido esmoquin con pajarita. Su frondoso cabello, sometido por una ingente cantidad de gomina, encarnaba otra de las vanidades de Julio, que nunca racaneaba en soberbia. Tenía todo el aspecto de un triunfador pagado de sí mismo. Su mirada lobuna hizo que a Nuria le temblaran las piernas. No fue consciente de su propia belleza, de lo hermosa que estaba bajo el arco de la puerta, con el rostro nimbado por la luz de los faroles que presidían la entrada. Ella, al contrario que él, nunca era consciente de esas cosas.

Julio le plantó un beso en la mejilla mientras la sujetaba de la cintura. Sintió su mano caliente como si en lugar de la tela le tocase la piel.

—Mira lo que he traído para ti —le anunció Vallejo, y señaló un llamativo automóvil que gritaba «nuevo» por los cuatro costados.

—¡Vaya…! —acertó a decirle.

Él sonrió dichoso. Estaba muy satisfecho y se le notaba. En el fondo, seguía siendo aquel niño caprichoso y consentido que Nuria recordaba tan bien.

—¿Nos vamos? Tengo reserva para cenar en un sitio que te sorprenderá, pero antes pasaremos por el club a tomar una copa de champán —dijo empujándola con suavidad hacia el coche. Parecía dispuesto a quemar sus naves para conquistarla, y eso solo consiguió que ella se sintiese peor.

La cena fue exquisita y estuvo regada con vinos en consonancia. El entusiasmo de Julio crecía tras cada copa, al igual que lo hacía el alcohol en su sangre. Los ojos le brillaban y, por una vez, daba la impresión de estar relajado. Quizás en exceso, pues no reparó en que bajaba la guardia y, con ello, revelaba su verdadera cara.

—Mi despacho ha firmado un contrato millonario para la construcción de una barriada a las afueras de Madrid —afirmó muy ufano—. Es un proyecto del Ministerio de Vivienda para recuperar las zonas más devaluadas de la ciudad. Nos haremos de oro a costa de edificar pisos para los pobres. El margen es muy sustancioso. Ellos se conforman con poco, ya sabes… —Añadió con sorna.

Solo entonces fue consciente del gesto de rechazo de Nuria.

—¿Acaso te molesta? ¿Ahora te preocupan los pobres? —preguntó irritado—. No me seas tan mojigata, mujer. Si tu padre tuviera una pizca del coraje de los Vallejo, no viviríais así…

Nuria enmudeció por completo. Se sentía incapaz de pronunciar palabra, ni siquiera para defender el honor de su padre, el honor de los Melgar. Todas sus emociones —dolor, vergüenza y decepción— se amalgamaron formando una bola densa y pesada en la boca del estómago.

Y ya no pudo tragar nada más.

Julio le había arruinado la noche y la cena.

22
El tiempo no cura

Llanes, 1890

Con el regreso de Mario a Llanes, el deseo de vengar la muerte de Mina se tornó tan pujante, tan perentorio, que empañó el resto de las cosas que formaban parte de su vida. Todo lo demás pasó a un plano inferior, un plano casi invisible para ella. Alba aún no sabía cómo ejecutar el castigo ni hasta dónde sería capaz de llegar, pero las fantasías de venganza y los planes para ejecutarlas colmaban sus pensamientos y saturaban sus vigilias. Hubo un momento en que estaba tan obsesionada que necesitó liberarse de parte de la carga para poder avanzar. Solo vio una salida: la confesión con un sacerdote de confianza. El secretismo que llevaba aparejado el sacramento venció las pocas reticencias que le quedaban.

Dejó a sus hijos, Nel y Dimas, al cuidado de su esposo, aunque bien podría haber sido al revés: el bueno de Colas, agotado tras varias jornadas de pesca, dormitaba una plácida siesta de la que no se despertaría hasta bien entrada la tarde. Alba aprovechó las horas muertas de la sobremesa para ir a la iglesia. Tiempo atrás jamás se le habría ocurrido acudir a la capilla de San Roque, debido a la vieja rivalidad de los bandos, pero tras perder a su hermana nada de eso tenía la menor importancia. Ninguna importancia. ¡Qué felices habían sido cuando solo les preocupaban esas naderías! Su querido

Ismael había «heredado» el puesto del padre Aquiles en el templo y ella solo se veía capaz de confesarse con él. Abrir su corazón, después de mantenerlo tanto tiempo cerrado, suponía un esfuerzo titánico. También le daba miedo lo que pudiera encontrar allí.

Cruzó la plaza deprisa y empujó la puerta enrejada que daba acceso a la capilla. Se persignó ante el santo peregrino, aburrido en su hornacina, y avanzó por un lateral hasta llegar a la pequeña sacristía, donde encontró al padre Ismael. Los veinte años transcurridos desde la muerte de Mina le habían dejado un poso de serenidad en el rostro y un racimo de canas en las sienes. La vocación le sentaba muy bien.

—¡Alba Lorenzo! —exclamó sorprendido. Ismael se puso en pie y le estrechó las manos con afecto sincero. Ambos compartían el drama de haber perdido a Mina.

—He venido a verte porque necesito confesar… —le dijo sin más preámbulo, deseosa de que sus palabras y sus oscuros secretos quedasen amarrados por el sagrado silencio del sacramento.

Ismael agrandó la mirada, inspiró cuanto le permitían sus pulmones y asintió resignado. Recibir el dolor de otros formaba parte de su trabajo.

—Ave María Purísima —dijo la mayor de las hermanas Lorenzo y, como si su garganta fuese un barril al que le hubiesen retirado la espita, se lo contó todo a Ismael: los errores del pasado, la crueldad de los hombres y las dolorosas ausencias. Incluso le habló de su obsesiva necesidad de venganza. Al terminar su monólogo, se quedó totalmente vacía, como un fuelle desinflado—. No puedo soportar que la haya olvidado con tanta facilidad… —Añadió poco después, y se frotó los ojos con rabia. No quería llorar; detestaba sentirse tan débil—. A mí me duele como si hubiera sucedido ayer. Quiero que Mario sufra tanto como sufrimos nosotros.

—Alba…, no es bueno alimentar el rencor; es un veneno que te corroe por dentro. Deberías dejar el castigo de Mario en las manos de Dios… —respondió Ismael apartando los ojos de ella.

—¿Dios? ¿En serio, padre? Dios le ha premiado con prosperidad y

riqueza —razonó rabiosa, olvidando el lugar donde estaba—. ¿Esta es la justicia divina que debo esperar? ¿Cómo puedes decirme algo así?

El sacerdote miró hacia el suelo y se ocultó el rostro entre las manos. En realidad, miraba a un pasado en el que Mina era feliz; un pasado en el que aún podía alcanzar sus sueños, grandes sueños. Se negó a llorar por ella: esa pena, profunda y devastadora, le pertenecía a Alba y al resto de su familia.

Ismael guardó silencio. Si algo había aprendido durante el desempeño de su vocación era que un simple sacerdote no tenía todas las respuestas. Lo contrario hubiera sido un pecado de soberbia. No obstante, se recordó a sí mismo que Mina habría querido que cuidase de los suyos. Tenía que ayudar a Alba, protegerla de sus demonios. Se conmovió al descubrir que esa responsabilidad no le parecía una carga, sino más bien un propósito, algo que daba sentido a lo que le quedaba de vida.

* * *

Malena no terminaba de acostumbrarse a los días tan grises y deprimentes ni a la fastidiosa lluvia que la mantenía recluida en la torre almenada. Se asomó a la ventana de su cuarto y tuvo la sensación de que el firmamento estaba demasiado cerca, que la oprimía y apenas le dejaba espacio para respirar. La nostalgia por su paraíso perdido la golpeó con saña. Le faltaban los azules del cielo y del mar de Cuba rodeándola por todas partes. Se sintió triste y abatida. Cerró el ventanal y dejó los nubarrones fuera, pero la humedad de la lluvia se coló en la habitación con ella y la entristeció aún más. Solo un buen fuego lograría ahuyentarla.

Encendió los cirios del altar de los santos y la luz, vacilante y magnética, le devolvió buena parte del calor perdido. Al menos, las velas calentaban su espíritu. Cogió la bolsa de las conchas de

adivinación y se sentó en el suelo. La vació en las manos y acarició las redondeces de los caparazones de cauri, desgastados por el uso y el tiempo. Las conchas habían sido la posesión más preciada de Amara —su herencia espiritual— y ahora le pertenecían. No se atrevió a arrojarlas. No estaba lista. A veces tenía la sensación de que los Eggun trataban de comunicarse con ella, sobre todo en sueños, pero la última vez que habían hablado aquellas conchas, fue Amara quien interpretó su mensaje. Malena se limitó a creer lo que decía su madre. O a fingir que la creía, aunque le partiese el corazón.

—Estoy en un país extraño, ajeno a mí y a mis raíces; entre gentes extrañas con las que ni siquiera comparto el color de la piel —les contó a los cauris invirtiendo el orden natural de las cosas—. ¿Por qué me abandonaste, mamá? —preguntó alzando la vista al altar. Las velas titilaron con fuerza, nerviosas, como si los santos se enfadasen por lo irreverente de la pregunta. Ellos se ocupaban de custodiar su destino. Debía confiar.

Cerró los ojos para tranquilizarse y, cuando volvió a abrirlos, las velas habían recuperado su oscilación pausada. No obstante, le pareció que la estampa de la Virgen de las Mercedes la contemplaba con desdén. No debía olvidar que Obbatalá[9] vigilaba cada uno de sus pensamientos.

Pensó en su madre, Amara Alvarado, la famosa curandera que había sanado a tantos y que fue incapaz de sanarse a sí misma. Sus dones le permitieron anticipar el final y dejarlo todo bien amarrado. Ese «todo» representaba, más que nada, el futuro de su hija, lo único que de verdad le importaba. Mario la veló noche y día sin separarse de su lado. Malena no podía reprocharle nada en ese sentido. Durante años, Amara, Bruno y Mario formaron el triángulo perfecto: estable y triunfal. Se creían invencibles, pero Ikú les demostró que era más todopoderoso que ellos y que podía arrebatarles la vida cuando quisiera. Primero lo hizo con Bruno y después con Amara. Su madre tuvo que resignarse al destino que le gritaban las conchas. De nada servía ignorarlas. Al menos la muerte,

tan prematura y tan cruel, la devolvería a los brazos de su amado esposo.

—Cuida de Malena. Cuida de ella como si fuera tu hija… —le había pedido a Mario cuando se acercaba el final—. No la abandones —insistió y, entre susurros y palabras a medias, le recordó las cuentas pendientes.

Melgar cumplió su promesa: no la abandonó. De hecho, la arrastró con él a una tierra desconocida y chocante. Demasiado lejos de Cuba, de la arena y del sol.

Solo le quedaba el altar, el diario de Amara y las conchas de cauri que aún conservaba en las manos.

Anheló, más que nunca, que las conchas le hablasen. Su mensaje sería como oír de nuevo la voz de su madre.

DIARIO DE AMARA

A Sebastián de Alvarado no le quedaba familia en Cuba. Su esposa, el amor de su vida, había fallecido durante la primera epidemia de cólera que asoló la isla. Alvarado contrató a los mejores médicos que encontró, no escatimó en dinero ni en esfuerzos. Fue inútil. No pudo salvarla y perdió la fe en todo. Ya no creía, ni volvería a creer, en los milagros de la ciencia moderna. Tampoco creía en un Dios que, como un padre desalmado, había ignorado sus plegarias. Se quedó completamente solo, huérfano de amor y de convicciones, y para no volverse loco se centró en su negocio. La plantación de caña de azúcar le consumía cada hora del día: vigilaba los cultivos, reformaba los barracones, viajaba a Santiago de Cuba cada dos por tres para comprar más esclavos…

Me cuestioné muchas veces cómo era posible que un hombre esencialmente bueno tuviese esclavos. Nuestra voluntad sometida a la suya: amo y señor de cada uno de nosotros. ¿Por qué? No podía entenderlo. ¿Acaso no estábamos hechos de la misma carne, piel y huesos? Los que llevaban toda una vida trabajando con él le respetaban; incluso podría decirse que lo veneraban. Jamás era violento, ni abusador, ni avaro…; pero seguía siendo un esclavista.

Transcurrieron los años, crecí y me acostumbré a pasar los días como una sombra de Alvarado. Mientras él permanecía en la plantación, lo acompañaba a todas partes. Al caer la tarde, nos encerrábamos en la biblioteca para leer un libro tras otro. Me preguntaba mi opinión sobre ellos y escuchaba mis respuestas.

Jamás me sentí tan importante. Nunca cuestioné las razones de su interés por mí, tales eran mi candor y mi soberbia. Hasta que un día, más tarde que temprano, la vida por fin me abrió los ojos.

¿Cómo pude estar tan ciega?

Se acercaba la noche de San Juan y Sebastián quiso celebrar la festividad por todo lo alto. Alvarado jamás organizaba bailes, ni fiestas, ni nada similar en su casa; apenas algunas comidas y cenas con los amigos que venían de vez en cuando a visitarlo. Los esclavos nos dejamos llevar por su entusiasmo y arrimamos el hombro para que la celebración fuera un éxito. Al menos teníamos algo que hacer para escapar de la rutina.

Lo conseguimos. ¡Vaya que si lo hicimos! Los invitados hablarían durante varias semanas del magnífico baile de la Hacienda Alvarado.

Cuando el último de ellos se fue, Sebastián nos dio permiso para seguir con la fiesta un poco más, de modo que las tareas domésticas quedaron pospuestas a la jornada siguiente. Los criados abandonaron la casa grande y se fueron en busca de las hogueras que ardían frente a los barracones. Me habría ido también, pero antes quería encontrar a mi madre. Y la encontré. Los vi besándose en el jardín, ocultos tras las palmeras. Él la sujetaba por la cintura. Ella buscaba el hueco de su cuello. Existía una familiaridad entre ellos, una complicidad entre los dos, que yo no podía entender.

De pronto, el rompecabezas encajó: los secretos de mi madre; el interés de Alvarado; el color de mi piel, más clara que el resto… Las piezas estaban ahí, pero yo no había sabido juntarlas. Mis padres mantenían una doble vida a mi espalda y me habían ocultado quién era. Me sentí tan traicionada por ellos, que me faltó el aire, perdí el equilibrio y noté un dolor lacerante en el pecho. «Así es como se sufre cuando te rompen el corazón», pensé.

Los cubanos tienen un nombre para las mujeres como yo, para la hija de un hombre blanco y una esclava negra:

Esa palabra es «mulata».

23
I want to hold your hand

Madrid, 1970

—¿Qué tal te fue con Julio? ¿Adónde te llevó? —preguntó su padre mientras untaba mantequilla en la tostada.

Nuria eludió la primera pregunta y respondió a la otra, bastante más fácil para ella.

—Fuimos a cenar al Lhardy…

—¡Anda! ¡Pero si es uno de los mejores restaurantes de Madrid…! —dijo Abel con la tostada suspendida a mitad de camino.

—Sí —respondió ella lacónica. No tenía muchas ganas de hablar del tema. La cita le había dejado una sensación agridulce, más agria que dulce.

—¿Volveréis a salir?

Nuria detectó cierta ansiedad en la voz de su padre. Arrugó el ceño extrañada: ¿acaso se estaba tramando algo a su espalda?

—No lo sé. Él quiere que volvamos a vernos, aunque puede que no sea buena idea.

Abel se mostró confundido. Se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Las manos le temblaron al tratar de encender un cigarrillo.

—Creía que te gustaba Julio. Os conocéis desde niños…

—Sí, pero hace mucho que ya no somos niños. La verdad es que no sé si me gusta en ese sentido… —explicó lo más sincera que

pudo—. Tampoco sé por qué estamos hablando de esto.

Abel parpadeó incómodo. Se le veía perdido. Nuria percibió su desconcierto y algo parecido a la decepción. ¿Qué narices estaba pasando?

—¿Qué ocurre, padre? —Antes nunca lo llamaba así, antes siempre había sido papá, pero cada error de Abel, cada tropiezo, aumentaba la distancia entre ellos. Apenas les quedaba margen para acabar convirtiéndose en Nuria y Abel, dos extraños obligados a convivir y a entenderse.

—Sabes que debemos mucho dinero…

Ella dio un respingo y se apoyó en el respaldo de la silla, tiesa como un gato a punto de atacar. Le molestó profundamente que la implicase en sus fracasos.

—… pero no sabes hasta qué punto estoy comprometido —se le llenaron los ojos de lágrimas y apagó el cigarrillo en un cenicero rebosante de colillas muertas.

Nuria se quedó paralizada en la silla. Se sintió tan distanciada de las emociones de su padre que ni siquiera pudo compartir su dolor. De hecho, su llanto le provocaba un intenso rechazo. Él tendría que haber cuidado de ella y no a la inversa. Desde la muerte de Inés, no había vuelto a hacerlo; y no se había conformado con eso, sino que también la había puesto en riesgo.

Tuvo miedo de las palabras que vendrían a continuación. No quería escucharlas.

—Julio podría ser la solución a todos nuestros problemas —otra vez aquel plural odioso—. Con él tendrías… tendrás la vida que te mereces, hija. Podrás cenar cada noche en el Lhardy. Y nuestro apellido no caerá en desgracia. Ganaré tiempo para recuperar liquidez. Podría vender…

Nuria dejó de escuchar a su padre. Contempló las paredes del comedor, la pintura cuarteada, los rodetes de humedad, la penuria colándose por las rendijas y sintió que, como un titán desinflado, debía soportar el peso del mundo sobre su espalda. Les acechaba la soledad del pobre, la peor de todas las soledades. Tuvo miedo de no

ser lo bastante fuerte para soportarlo. Luego pensó en Vallejo: su rostro perfecto, su cuerpo fornido y la fascinación casi morbosa que despertaba en ella. Pensó también en el reverso de Julio: su carácter autoritario, su dudosa moralidad y aquella sensación de peligro que, como una suerte de advertencia, se agazapaba en su interior. No debía ignorarla.

Supo que, si decidía aceptar la solución que le proponía su padre, sería como lanzar una moneda al aire y apostar todo su futuro a cara o cruz.

24
La fuerza del destino

Llanes, 1890

La gratitud es una deuda que hay que saldar tarde o temprano. Don Lisardo lo sabía muy bien y necesitaba acallar su conciencia para poder disfrutar de su orejero, de un buen libro y de la calma del salón. Su gabinete —le gustaba llamarlo así para darse importancia — se ocupó de remitir las invitaciones a los personajes más influyentes de la comarca y también encargó el anuncio del homenaje a Mario Melgar en la primera página del diario local, *El Oriente de Asturias*; lo que hiciese falta para lograr que Llanes se volcase con Melgar y que el indiano siguiera gastando dinero a raudales en el concejo.

Los llaniscos no defraudaron a su alcalde y acudieron al reclamo. Una muchedumbre bulliciosa estaba reunida en la plaza de Santa Ana, donde habían colocado un estrado para que todos los presentes pudiesen ver y disfrutar del reconocimiento al acaudalado hijo pródigo. La banda municipal, convocada de nuevo, destrozaba las notas de una habanera que solo habían ensayado para aquella ocasión. Algunas parejas, poco exigentes con la calidad de la música, se animaron a bailar para matar el tiempo.

La aparición del indiano causó gran expectación entre el público, debida en buena parte a que venía acompañado de la joven mulata

cuya identidad mantenía intrigado a cada vecino de Llanes. Las conjeturas y suposiciones al respecto eran muchas, sí; no obstante, nadie albergaba la menor certidumbre sobre el vínculo que la unía a Melgar. Su singular apariencia —vestida de blanco inmaculado de la cabeza a los pies— contribuía a avivar los rumores de su origen ilícito o de un presente todavía peor. Las apuestas más maliciosas se debatían entre amante o bastarda.

Melgar, ufano como un pavo real en pleno cortejo, se dedicó a repartir saludos y abrazos entre los asistentes, mientras Malena ocupaba un discreto lugar a su espalda. De nada le sirvió. La joven se sintió abrumada por las miradas de la gente, tan inquisitivas que parecía que pretendían desnudar su alma. La curiosidad de los lugareños resultaba muy chocante, ya que nadie se atrevía a hablar con ella, ni siquiera a cruzar palabra. Aquella situación era culpa de Mario, claro estaba, empeñado en lucirla como una exótica perla cubana. El indiano disfrutaba dando pábulo a las habladurías y los rumores, que luego desdeñaba sin el menor sonrojo.

Don Lisardo, que se había enfundado su traje de gala, hizo un gesto para detener la música de la banda —¡gracias a Dios!— y le pidió a Melgar que subiera con él al estrado. Malena rechazó acompañarlos y, durante unos instantes, se quedó al pie de la escalera para escuchar el discurso del alcalde. Luego trató de encontrar un rincón más discreto, pues todo tenía un límite y ella no estaba dispuesta a ser el trofeo de nadie. El regidor se enredó en una perorata sin fin que pretendía loar las virtudes de Mario Melgar. El listado de obras benéficas y la prolija justificación del uso que habían dado a los fondos de Melgar ahuyentó a la joven, que se alejó para escapar del aburrimiento y de la morbosa curiosidad de la gente.

En la plaza de Santa Ana y en las calles aledañas olía a mar, pero Malena había descubierto que el Cantábrico también olía diferente al Caribe. Aun así, se dejó guiar por su olfato en busca de los acantilados y las playas doradas que custodiaban la villa. A punto de salir de la plaza, dejando atrás el gentío, se le aproximó un chiquillo

de rizos bermejos, más valiente que el resto:

—¡Hola! Yo te conozco —afirmó con desparpajo interponiéndose en su camino. Malena le sonrió. Todo lo que vio de él le pareció encantador y eso no era algo habitual en ella.

—¿Me conoces? —preguntó divertida—. A ver, cuéntame.

—¡Claro que sí! Eres la cubana que vive en la torre de la Casa Azul…

—Entonces no me conoces, pillín. Sabes lo mismo que sabe el resto del pueblo —bromeó ella guiñándole un ojo.

—Mi hermano mayor dice que eres muy guapa —le contó el pequeño, y le devolvió el guiño con la picardía de un adulto. Malena se quedó fascinada: desde su llegada a Llanes, no había conocido a nadie tan franco ni tan abierto.

—¡Vaya! Pues dale las gracias a tu hermano. No sé cómo te llamas…

—Manuel, pero todos me llaman Nel. Espera, no te vayas todavía y podrás darle las gracias tú misma.

El chiquillo se alejó unos pasos y se detuvo ante un joven que, distraído, hablaba con otros. Nel le tiró de la manga para captar su atención y se puso a gesticular en dirección a Malena. Ella, algo avergonzada, les dio la espalda y siguió caminando hacia la playa.

—¡Espera! —gritó Nel volviendo a su lado—. ¿Adónde vas? Te dije que no te fueras —le reprochó alzando los brazos—. Este es Dimas, mi hermano.

El joven era alto, espigado, y le recordó a las cañas de azúcar de la hacienda donde había crecido. Tenía el cabello encrespado y del color del caramelo. Sonreía feliz, confiado. Al contrario que ella.

—Disculpa a mi hermano —le pidió mirándola a los ojos—. Es un entrometido —añadió removiendo los rizos de Nel. El niño le arreó un manotazo y se tomó su venganza:

—Sí, sí… Dile lo que me dices a mí, ¡so listo! ¿A que te parece muy guapa…?

Dimas le fulminó con la mirada. Carraspeó y, durante unos instantes, no supo cómo seguir. Malena aguardaba expectante, como

si estuviera esperando que, en efecto, reconociese su belleza.

—Verás, solo… te conocemos de vista… —explicó, optando por un comienzo más convencional—. Nuestra madre trabaja en la Casa Azul. Se llama Alba Lorenzo.

—¡Vaya! ¡Qué me dices! —exclamó sorprendida—. Alba hace los mejores pasteles del mundo —y como no estaba dispuesta a soltar la pieza con tanta facilidad, añadió—. Así que piensas que soy muy guapa…

Dimas sonrió de nuevo. La suya era una sonrisa que calentaba el alma.

—Sí —reconoció con franqueza. Nel decía la verdad: la muchacha era tan hermosa que no podía dejar de pensar en ella.

Su sinceridad desarmó a Malena. No esperaba encontrar admiración y, mucho menos, atracción, en un lugar donde su piel decía «diferente» a gritos.

—Voy a dar un paseo —les dijo—, no sea que a la banda se le ocurra destrozar otra habanera…

—¿Podemos acompañarte? —propuso Nel. Ella les miró. Los hermanos la observaban con actitud expectante, a medio camino entre la esperanza y la decepción. Malena no quiso decepcionarlos. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía a gusto, tranquila. Fue algo tan parecido a regresar a casa, que no pudo negarse.

DIARIO DE AMARA

Sebastián se puso enfermo, muy enfermo, y en la plantación cundieron el pánico y el descontrol. Aquello era como un reino sin rey. Alvarado llegó a tener una fiebre altísima que le hacía delirar. Avisaron a su médico habitual. El doctor Megido descartó que se tratase del cólera y esa declaración nos permitió recuperar cierto sosiego. Los esclavos temían, más que nada, los estragos de una nueva epidemia. En la última habían muerto decenas de ellos. Megido empleó con Sebastián sus mejores artes, pero fueron inútiles. La fiebre no bajaba con nada y el enfermo no soportaba las terribles migrañas y la dolorosa rigidez del cuello. Con las primeras convulsiones y la pérdida de la consciencia, el doctor buscó ayuda entre los galenos más reputados de la isla.

Una mañana de septiembre, arribó a la plantación un equipo de cuatro doctores procedentes de Santiago de Cuba. Probaron en el amo todo tipo de remedios, desde los clásicos hasta los más avanzados. Tampoco consiguieron ningún resultado, más allá de martirizar al enfermo. Una semana después, viajaban de regreso a Santiago con las manos vacías y los bolsillos repletos. Dejaron a Sebastián abandonado a su suerte. Leonor, que no había podido acercarse a él hasta entonces, lo halló consumido por la fiebre y el dolor. Parecía haber envejecido diez años. Mi madre volcó toda su sabiduría en él: lo que había aprendido en África y perfeccionado en Cuba. Instaló su altar en la habitación de Alvarado y se entregó con fervor a preparar tisanas, emplastos y demás remedios. El resto del

tiempo rezaba a los Eggun para que lo mantuvieran con vida. Yo le buscaba las hierbas, las recogía en el momento adecuado y la ayudaba con la decocción, el filtrado y la destilación de las pociones. Viendo su desesperación por curar al enfermo, caí en la cuenta de la importancia de lo que hacía. Pese a mi buena memoria, me acostumbré a apuntar cada detalle en las últimas páginas de este diario.

Una mañana de otoño en que la lluvia torturaba la techumbre del barracón con su golpeteo incesante, mi madre irrumpió en el cuarto que aún compartíamos. Estaba empapada; el cabello mojado se le pegaba a la cara y sus ojos tenían un brillo febril. «Se ha curado», me dijo antes de caer desplomada a mis pies. La angustia se apoderó de mí. Creí que Sebastián le había contagiado su enfermedad y yo no podía asumir la responsabilidad de salvarla.

Me equivoqué.

Leonor estaba agotada y solo necesitaba dormir.

Cuando por fin se despertó, veinticuatro horas después, el propietario de la plantación —su amante, mi padre— ya había tomado una decisión que cambiaría nuestras vidas para siempre.

25
Chains

Madrid, 1971

Se observó en el espejo sin un ápice de ilusión en la mirada. Cerró los ojos y los apretó con fuerza. Cuando los abrió de nuevo, no había cambiado nada: ni en ella ni en su atuendo. «Este vestido no es para mí», se recordó a sí misma con dureza. El vestido, tan recargado y ostentoso, era para complacer a Julio y al mundillo elitista del que formaba parte. Jamás había soñado con ser el tipo de novia que le mostraba el espejo, pero hasta el último de sus deseos se había escondido en algún lugar de su interior. Habían enmudecido, los muy cobardes, plegándose a la voluntad de otros.

Abatida, se sentó en el butacón de terciopelo granate donde solía calzarse, apoyó la cabeza en el respaldo y notó que se hundía en el asiento. Poco a poco, los contornos de la habitación se fueron difuminando a su alrededor y la realidad perdió nitidez hasta adquirir las hechuras de un sueño. El pasado había venido a visitarla sin previo aviso y le traía de vuelta la sensación de humedad, el olor de la tierra pegada a las botas y la aspereza del *tweed*. Los recuerdos de su niñez se precipitaron sobre ella.

La expectación del grupo de cazadores se esparcía por la finca como

la niebla que se arrastraba a ras del suelo: lenta pero imparable. Los colmaron de advertencias y los dejaron atrás, junto al hijo del guardés, un muchacho de su edad, de mirada inocente y con el rostro arrasado de pecas. Julio desoyó las advertencias: las prohibiciones no iban con él; peor aún: siempre le causaban el efecto contrario. Encontró una escopeta que alguien había olvidado en un rincón y se dedicó a fingir que él era el mayor y que estaba al mando del resto.

—Deberías dejarla donde estaba —le reprendió el hijo del guardés, pero sus palabras solo sirvieron para que Julio se creciera más todavía.

—¡Tú no puedes darme órdenes! —le gritó y, apuntándole con el arma, añadió—. No eres más que un criado.

Nuria, asustada por la actitud agresiva de Julio, dio un paso atrás y pensó en buscar a un adulto. Él la miró y la sujetó de la muñeca con fuerza. Demasiada fuerza.

—¡Ven conmigo! —le dijo, al tiempo que la arrastraba del brazo. El otro chiquillo se interpuso en su camino.

Julio se enfadó. Sus ojos ardieron como la yesca. Soltó a Nuria de pronto y empujó al hijo del guardés que cayó hacia atrás desprevenido. La cabeza del niño rebotó al golpear con la piedra. Quedó tendido en el suelo, inmóvil, quién sabe si muerto. El silencio se extendió como un manto de asfixia que no la dejaba respirar. Nuria creyó que iba a ahogarse bajo su peso. Hasta que Julio lo rompió:

—¡Fue culpa suya! —chilló con una voz muy aguda—. Me atacó… Sí; eso es lo que vamos a hacer. ¡Tienes que decir que me atacó! —volvió a gritar desquiciado. Nuria comprobó que la furia de sus ojos se había transformado en miedo y el instinto le decía que ese miedo lo hacía más peligroso.

Cuando llegaron los adultos, alertados por sus gritos, se llevaron al hijo del guardés en parihuelas. El brazo del muchacho colgaba inerte, sin vida, y esa fue la última imagen que Nuria tuvo de él. Jamás podría olvidarlo.

Mintió. Nunca supo por qué. Tal vez por el miedo de Julio, tal vez por el suyo. Aún se avergonzaba de aquella mentira que había dejado una huella indeleble en ella. La cobardía siempre se cobraba un precio… y no era barato.

Irritada, se removió en su asiento. «¿Por qué me aferró a este recuerdo precisamente ahora? —se preguntó molesta—. Julio no era más que un niño; nadie debería juzgarlo por eso». Se puso en pie de pronto y se estiró el vestido con las manos, aunque la desazón siguió con ella y no parecía dispuesto a abandonarla.

—¡Qué dramatismo! —exclamó de vuelta al espejo—. Empiezo a parecerme a mi madre…

Apenas pronunciadas las palabras, se le erizó la piel y creyó notar un aliento frío en la nuca. Se giró con brusquedad: no había nadie más allí. Unos pétalos del enorme ramo de rosas que le había enviado Julio cayeron al suelo como arrastrados por un roce invisible. Quiso pronunciar el nombre de su madre, pero se mordió la lengua hasta hacerse daño. Las lágrimas rodaron por su rostro sin que pudiese evitarlo. Sacó un pañuelo de seda que había escondido en la manga del vestido y se las secó con cuidado. «¡Qué desastre!», pensó. Julio se enfadaría al verla con el maquillaje corrido. Su futuro marido había organizado la boda sin reparar en gastos. Lo más granado de la sociedad madrileña, la nobleza de rancio abolengo y los altos cargos afectos al régimen aguardaban en los Jerónimos su aparición. La ansiedad por no estar a la altura de lo esperado hizo que le temblasen las manos y se le desbocara el corazón.

Oyó un golpe en la puerta. Su padre venía a buscarla. Ya era tarde para huir, tarde para arrepentirse; aun así, tuvo que controlar el impulso de hacerlo.

Su mirada se dirigió a la ventana, como si todavía pudiera escapar por ella. Después miró la puerta.

Se armó de valor. Cogió el ramo de novia y salió.

Los pétalos de rosa quedaron alfombrando el suelo.

26
Los frutos del pasado

Llanes, 1890

Apenas contaba con una hora para recoger las hierbas que necesitaba para elaborar sus pócimas. Tenía que estar de vuelta antes de las doce, pero era importante que las plantas se recolectasen de noche para que mantuviesen sus propiedades. No debía olvidarse de llevar el chal de lana —tan blanco como el resto de su ropa—, porque en aquella población norteña la temperatura refrescaba tras la caída del sol, aunque todavía fuera verano.

No se molestó en ofrecer explicaciones de a dónde iba ni por qué. Mario no se ocupaba de sus idas y venidas. Mientras no se metiese en líos y fuese discreta, gozaba de libertad para organizar su vida a su albedrío. En realidad, habría sido difícil determinar qué tipo de autoridad tenía sobre ella y ninguno quería enzarzarse en esa disputa.

Caminó por la villa tratando de evitar a la gente; no era conversación lo que pretendía encontrar esa noche. Aún no estaba familiarizada con la geografía de Llanes, pero sabía que el mar bañaba la localidad por el norte. Olfateó el aire como lo haría un sabueso buscando su presa. El Cantábrico, poderoso en fragancias, olía a salitre y algas; aromas que le inundaban las fosas nasales y que, como un rastro infalible, marcaban el trayecto que debía seguir

para encontrarse con él. No se equivocó al hacerlo: apenas tardó en divisar el mar que, peleado con la costa, golpeaba con saña las paredes de roca. Se mantuvo alejada del borde del acantilado, repasando las plantas que ofrecía el sendero. Justo al final se encontraba la playa; donde crecían las flores que buscaba, plegadas sobre sí hasta que el nuevo día las inundase de luz y las devolviese a la vida. Tenía que cortarlas en aquel preciso instante, cuando encerraban en su interior todo el poder y los jugos.

Apuró el paso y oyó voces que subían por el camino que ella debía descender. Sonaban a risas, a fiesta y jarana, tal vez demasiada jarana. Se detuvo como un animalillo pillado en falta. No tenía donde esconderse. Habría sido más cauto que se alejase de los desconocidos, pero su atuendo relucía bajo la luna llena como la luz del faro que divisaba en la distancia. Continuó avanzando, resignada a lo inevitable, cuando aparecieron tres jóvenes ebrios que copaban todo el sendero.

—¡Mirad quién viene por ahí! —dijo uno de ellos elevando la voz.

—¡Eh, sí! ¡Vaya sorpresa! La bastarda de Melgar —añadió otro, que aderezó su infamia con una carcajada.

—O su ramera, quién sabe… —Los tres estallaron en risas—. Algo malo será, si se empeñan tanto en guardar el secreto.

—¡Que nos lo cuente ella misma! —gritó el primero arrimándose a Malena. Ella quiso retroceder, tomar distancia, pero el acantilado estaba a su espalda. La tenían cercada.

—¡Vamos, Marcial! Arráncale ese pañuelo de la cabeza. Quiero saber qué se esconde ahí debajo.

Malena sintió que la rabia la consumía por dentro. Quizás tendría que haber sido miedo, habría sido lo lógico, pero se parecía más a la ira. Su madre le había enseñado que una mujer debía tener el valor de afrontar sus batallas, incluso aunque las creyera perdidas. De lo contrario, estaría derrotada de antemano. La joven se preparó para luchar y…

… una voz les sorprendió.

—¡Dejadla en paz…! —La mano del hombre que se acercaba a

Malena quedó suspendida en el aire. Ella achicó la mirada para distinguir la figura que ascendía por el camino de la playa, pero sus acosadores lo reconocieron antes.

—¿Nos hemos perdido algo, Sanjuán? Qué calladito te lo tenías… —Sus carcajadas cortaron la noche.

Dimas Sanjuán, el joven que había conocido en el homenaje a Mario, rodeó a los otros y, dándole la espalda a Malena, se colocó delante de ella para protegerla.

—Portaos bien y no tendremos problemas —les advirtió muy serio, pese a que su tono sonaba conciliador.

—¿Nos amenazas? ¡Qué miedo, Sanjuán! ¿Sabes contar? Nosotros somos tres, amigo.

—Pero estáis borrachos, Julián. Mejor os portáis como caballeros y os vais a dormir la mona. ¡Venga, iros ya!

Malena vio el destello de un cuchillo que asomaba por el puño de Dimas. Los otros tres debieron advertirlo también. A buen seguro pensaron que una puñalada extraviada no era la mejor manera de terminar una noche de juerga. No merecía la pena. Se fueron entre risas, aunque Julián se encaró con Dimas antes de perderse en la noche. Malena se desinfló como un fuelle. Le temblaban las rodillas, pero no vio ningún lugar donde poder apoyarse.

—¡¿Estás loca?! —le gritó Dimas enfadado. La joven dio un respingo, le fallaron las piernas y acabó sentada en el suelo, sobre la hierba que alfombraba los lindes del camino. Dimas le tendió la mano y aprovechó la cercanía para seguir cuestionando su cordura —. ¿A quién se le ocurre hacer algo así? No deberías salir a estas horas sin compañía.

—En Cuba podía salir cuando me daba la gana… —afirmó la muchacha con cierto resquemor en la voz. Él torció el gesto, como si no la creyera del todo. Tampoco importaba. Las palabras que pronunció a continuación vinieron a constatar la realidad más desoladora de todas:

—Pero ya no estás en Cuba…

Malena asintió lentamente y, como si hubiera activado un resorte,

las lágrimas brotaron a borbotones y se le agolparon en las pestañas. Ella, que jamás lloraba en público, estaba gimoteando frente a alguien que era poco más que un desconocido.

—Lo siento… lo siento de veras —balbució ocultándose el rostro entre las manos.

Dimas se acercó más aún; tal vez demasiado. Malena percibió una especie de energía que fluía entre los dos y que los atraía como polos de un imán. Pensó en romper aquella atracción, pero le faltaban fuerzas. Dimas le tendió un pañuelo para secar el llanto. Pese a que llegaba de pescar, su pañuelo olía a limpio, a lavanda fresca.

—Yo también lo siento, Malena.

—¿Por qué? —preguntó extrañada—. Tú no tienes culpa de nada.

—Siento que estés tan triste —afirmó muy serio.

—Calla, no me conoces. No sabes nada de mí… —respondió algo incómoda. No estaba acostumbrada a tanta intimidad.

—Pero me gustaría saberlo —y alzó la mano para rozarle la mejilla. Malena se apartó de él y, con ese gesto, rompió el efímero vínculo que empezaba a establecerse entre ellos. Dimas suspiró. Había mucho de resignación en su suspiro—. Vamos; es tarde. Al menos, deja que te acompañe a casa.

* * *

El padre Ismael ya le había advertido que era el mismísimo diablo quien estaba tras su decisión de trabajar para Mario Melgar. Y tenía que ser cosa del maligno, porque ni siquiera ella podía hallar otra explicación para una idea tan retorcida como aquella. La tentación de compartir techo con el responsable de la muerte de Mina era demasiado fuerte para que pudiese vencerla. Alba aún no sabía cómo materializar su venganza. Entretanto, trataba de mantenerse alejada de él, aislada en las cocinas de la Casa Azul, pero tarde o

temprano tendría que enfrentarse a Melgar.

—El señor desea hablar contigo —dijo el ama, que apareció de repente en sus dominios. Sorprendida por su irrupción, Alba se cortó con el cuchillo que tenía entre manos. Doña Trinidad lo vio: la sangre carmesí brotaba abundante del dedo índice de la cocinera, pero el rostro del ama apenas se inmutó. Ella era así: rígida y antipática, a partes iguales—. Te está esperando en el salón —añadió, dándole a entender que no debía perder el tiempo con naderías.

Alba contuvo la sangre con un trapo y trató de imitar la indiferencia del ama:

—¿No ves que estoy ocupada con el almuerzo? No puedo abandonar las cocinas ahora.

—No hay excusas, Lorenzo. Son órdenes del señor —doña Trinidad siempre la llamaba por el apellido—. Si te sirve de consuelo, no creo que te retenga por mucho tiempo.

—Pero ¿qué necesita de mí justo ahora? —objetó la mujer, que comenzaba a estar más irritada que cualquier otra cosa.

—¿Pretendes que le pregunte al señor de la casa qué quiere de un miembro del servicio? ¡No me hagas reír! —El ama le dirigió una mirada reprobadora—. Me limito a cumplir sus órdenes. Y tú deberías hacer lo mismo si quieres conservar este trabajo…

Alba guardó silencio. No iba a continuar con aquella lucha de voluntades. Su enemiga no era el ama de llaves; su enemigo estaba más arriba, en el salón principal. Apenas lo había visto desde que regresó a Llanes y, en su mente, se asemejaba a un fantasma de otra época; una época tan dolorosa que teñía los recuerdos de negro, del color del luto y de la añoranza por los muertos… de la añoranza por Mina.

Se armó de valor para reunirse con Mario Melgar. No necesitaba el valor porque lo temiese a él, lo necesitaba porque se temía a sí misma.

* * *

Tras regresar de Cuba para instalarse en Llanes, se sorprendió al descubrir que extrañaba algunas cosas de la isla donde había hecho fortuna. Nunca llegó a sentirse como un verdadero isleño, ni siquiera al final, después de casi veinte años de sacrificio y lucha. Siempre pensó en regresar a Asturias. Quería hacer fortuna y, tiempo después, volver a Llanes para que sus parientes pudieran constatar de primera mano el alcance de su éxito. Parte del mismo residía en demostrarles a los demás cuán lejos había llegado. Cumplió ese doble propósito —¡vaya si lo hizo!—, pero echaba de menos la luz del Caribe y el azul intenso que bañaba los cielos y las costas de Cuba.

Animado por un impulso, se puso en pie y se acercó a los ventanales que daban acceso al jardín posterior. Al otro lado del cristal, se extendía un formidable vergel alfombrado de hierba, gran variedad de flores y exóticas palmeras. Mario deseaba que estas últimas hendieran sus raíces con fuerza. Tenían que sobrevivir en una tierra que les era ajena, como también debía hacerlo la hija de Bruno y Amara. Sabía que el suyo era un pensamiento absurdo, casi infantil, pero barruntaba que el éxito de las palmeras sería un buen augurio para ellos.

Regresaba a la butaca cuando alguien del servicio se adentró en el salón. Melgar la miró; primero, con cierta indiferencia; después, con toda su atención. El mundo se detuvo de repente y el corazón se le desbocó en el pecho. «Mina Lorenzo… —pensó ofuscado—. Se parece tanto a ella…, pero no lo es. Solo ha sido un espejismo», se obligó a decirse a sí mismo. Parpadeó varias veces y trató de sobreponerse a sus emociones. La mujer que tenía frente a él le recordaba a la joven que había abandonado para emigrar a Cuba. Aunque observándola bien, ella era una versión más ajada y

maltratada por la vida. Prefería conservar la imagen que tenía de Mina, razón por la que no se había molestado en buscarla. La memoria acostumbraba a ser mucho más generosa que la realidad. Un latigazo de culpa le recordó que tal vez hubiera un hijo suyo en algún lugar del pueblo. Lo desechó. Nadie se había presentado en la casa para reclamarle la paternidad y eso que la fortuna del indiano Mario Melgar representaba un incentivo muy poderoso.

—Usted es la jefa de cocina, ¿verdad? Me resulta extraño que trabaje para mí y no nos hayamos tratado antes… —La mujer apretó la boca y guardó silencio. Tenía el ceño fruncido y una arruga en mitad de la frente que crecía por momentos. Mario decidió seguir hablando—. Bueno, no importa… La he llamado porque deseo encargarle una tarta para el cumpleaños de la señorita Bastida. No celebraremos una fiesta al uso. A Malena no le gusta demasiado la gente y tampoco conoce a nadie aquí, pero sí que quiero un pastel especial para ella. Es muy golosa, ¿sabe?

Alba asintió, aunque su cuello estaba tieso como una tabla. Le temblaban las manos y las enlazó por la espalda para disimular el malestar. Apretó los dedos hasta que su rigidez la obligó a rebajar la tensión. Se preguntó si le sería posible retirarse sin llegar a cruzar una palabra con él. Lo deseó con todas sus fuerzas.

—Su cara me resulta familiar —dijo Mario—. ¿Nos conocimos antes de que emigrase a…?

—¡No! —replicó Alba ansiosa, un sonoro y tajante «no» que reverberó en las paredes del salón.

Mario acusó la hostilidad de la respuesta y se encogió como si le hubiesen arreado una bofetada en la cara. Se quedó desconcertado y, aprovechando su confusión, la cocinera se retiró del salón antes de que él pudiera indagar de dónde provenía su inquina.

De vuelta al ventanal y las palmeras, pensó una vez más en Mina Lorenzo y en la última conversación que mantuvieron antes de que él se fuera. Había sido cruel y egoísta con ella. Cuando partió rumbo a Cuba, quiso dejar el lastre del pasado enterrado bien profundo en Llanes, pero era muy posible que, con su regreso, hubiese llegado el

momento de desenterrarlo.

DIARIO DE AMARA

Sebastián congregó a los esclavos de la Hacienda Alvarado: los criados de la casa grande y los braceros que trabajaban en la plantación. Los reunió frente al porche y él se colocó al final de las escaleras, donde todos pudieran verlo, antes de comunicarles su decisión. Aún no se había recuperado por completo y las secuelas de la enfermedad se dejaban ver en su rostro enjuto y macilento. Las primeras palabras que pronunció sonaron en consonancia con su aspecto, pero, poco a poco, fueron ganando fuerza y determinación. Nos contó que no volvería a haber esclavos en la hacienda. Esa misma mañana había firmado las cartas de libertad que nos serían entregadas más tarde. Eramos libres de irnos o de quedarnos. Si decidíamos quedarnos, nos pagaría un salario por el trabajo, además del alojamiento y la comida que habíamos recibido hasta entonces.

Al principio, apenas hubo reacción entre los hombres y las mujeres que le escuchaban. Luego comenzaron a formar corrillos, hablando unos con otros mientras trataban de asimilar lo que acababan de oír. Confusa, me alejé de ellos. Mi madre me llamó, pero fingí que no la oía. Necesitaba pensar. Las palabras de Sebastián lo cambiaban todo.

Nací esclava porque un hombre así lo quiso. A partir de ese momento, sería libre porque el mismo hombre lo había decidido. No importaba que ese sujeto fuera mi propio padre… ¿O tal vez sí?

No creo que pueda perdonarle nunca que me ocultase mi origen; no creo que pueda olvidar que, pese a ser su hija, me concediera el

mismo destino que al resto. Esa es la verdad. Así me sentía y así me siento.

Regresé a los barracones y busqué las conchas que ocultaba bajo el jergón. Saqué la bolsa y, tratando de encontrar un rescoldo de serenidad en mi interior, las arrojé sobre la estera. Les recé a los Eggun para no errar al interpretar su mensaje. Al abrir los ojos, me sumergí entre los patrones que dibujaban los cauris. Ellos me hablaron y confirmaron lo que pensaba. Eso me aportó la confianza que necesitaba.

Fue en ese preciso instante cuando decidí que yo sería una de las que se iban de allí; que mi vida encontraría un nuevo propósito lejos de la Hacienda Alvarado.

«La libertad es un salto de fe», me dije; y yo estaba dispuesta a darlo.

27
I should have known better

La carretera que se extendía ante ellos atravesaba un páramo yermo y oscuro. La semejanza del paisaje con su estado de ánimo la removió por dentro. Se aguantó unas lágrimas que no serían bienvenidas y se concentró en descontar los kilómetros que quedaban para volver a casa. «Pero ¿qué casa?», pensó derrotada por el cansancio. Justo entonces, Julio pisó el acelerador a fondo y ella tuvo la certeza de que algo de su malestar había trascendido, pese a su esfuerzo por contenerlo. No dijo nada. ¿Para qué? Durante el viaje de novios había aprendido que era mucho mejor callar. Callar, asentir y sonreír formaban el triunvirato perfecto. Aunque no funcionaba siempre. También lo había aprendido en el viaje.

La luna de miel se inició en el cortijo cordobés propiedad de la madre de Julio. «No será una luna de miel al uso», le prometió su flamante esposo. Y no lo fue: cumplió con su promesa. Nuria descubriría —más pronto que tarde— que Julio no iba a cumplir con el resto, sobre todo, con ninguna de las que le había hecho ante el altar. Llegaron a la finca después de un largo trayecto y salió a recibirlos el matrimonio que cuidaba de la hacienda. La bienvenida fue un tanto seca, desabrida incluso, pues los guardeses no acostumbraban a tratar con la gente. El cortijo estaba razonablemente limpio y su habitación dispuesta, pero aquel era un lugar desangelado, decorado con muebles oscuros y cornamentas de

animales colgadas por todas partes. Nuria lo detestó desde el primer instante. Allí, aislados del mundo, la intimidad con su marido le resultó de lo más reveladora.

Los días previos al enlace, Julio se había comportado con una amabilidad que tenía mucho de impostada. Ella, que lo conocía desde siempre, sabía que esa gentileza era forzada y que no se alargaría en el tiempo. No se equivocó; en la misma noche de bodas, el dulzor del novio fue diluyéndose, como los azucarillos en el café caliente, para revelar su verdadera cara:

Nuria sintió que la ansiedad y los nervios la consumían por dentro. El vestido le oprimía el pecho y le costaba respirar. Quiso quitárselo, arrancárselo de la piel, pero necesitaba la ayuda de alguien para hacerlo. Se preguntó si, de estar viva su madre, las cosas serían de otro modo, más fáciles para ella. No pudo hablar con nadie de lo que iba a suceder esa noche y buena parte de su angustia nacía de la incertidumbre. Como tantas otras veces, supo que su orfandad volvía a dejarla coja para caminar por la vida. El rencor hacia Inés, insidioso e injusto, vino a sumarse al resto de emociones que la abrumaban.

—Quítate el vestido —le dijo su flamante esposo. Su voz sonaba ronca, oscura.

—Necesito que me ayudes con los botones —respondió dándole la espalda. Julio se acercó y ella percibió su aliento cálido en el cuello. Algo la removió por dentro. Su marido desabrochó los botones, uno a uno, y Nuria sintió que ese «algo» crecía y se propagaba por su cuerpo como una tormenta eléctrica cuajada de rayos. Se agarró al poste de la cama por no saber qué hacer con las manos, justo cuando Julio perdió la paciencia y le arrancó de un tirón el resto del vestido. Ella se dio la vuelta y se enfrentó a su mirada borrosa, fruto del deseo y del alcohol. Estaban tan cerca el uno del otro, que se vio reflejada en las pupilas de su marido, como si ella fuese un ser diminuto atrapado en su interior.

—Te he esperado mucho tiempo. Ya no lo haré nunca más… — Julio la empujó sobre la cama y se montó sobre ella. La besó con

pasión. Fue un beso con dientes, lengua y saliva; con todo lo que ofrecía su boca, pero sin la menor ternura. Las manos la recorrieron con avidez, apropiándose de su cuello, sus pechos, sus caderas… A Nuria le faltaba el aire y el espacio. Se sintió abrumada. La excitación inicial se transformó en rechazo y su cuerpo se tensó. Cerró las piernas como en un espasmo y las apretó sin ser muy consciente de por qué lo hacía. Julio se apoyó en su hombro, se incorporó un poco y la devoró con los ojos. Luego sonrió. Le bajó las bragas de un tirón y, empujando con la fuerza de sus caderas, se abrió camino y la penetró. El dolor la sacudió como un calambre que reverberó a lo largo de su espalda. Sofocó un grito de protesta que se le quedó atrapado en la boca. El primero de muchos. Julio confundió su reacción y, excitado, la embistió con fuerza. Una y otra vez, una y otra vez, con una cadencia in crescendo *hasta que por fin alcanzó el clímax. Solo pensó en él, en su placer. Cuando terminó, se dejó caer a plomo sobre ella, que quedó prisionera bajo el peso del cuerpo abatido.*

A partir de ese momento, se acabó la falsa delicadeza. Ya no era necesaria.

Durante algunas jornadas compartieron la soledad del cortijo y sus vastos espacios, pero era evidente que Julio se aburría alejado de Madrid, de sus amistades y los negocios. Se pasaba los días cazando perdices y las noches ahogando el tedio en alcohol. El primer fin de semana de su estancia allí, llegaron varios coches a la finca a mitad de mañana. El grupo estaba formado por los padres de Julio y los amigos más cercanos, algunos de ellos acompañados por sus esposas. El alborozo de los visitantes tuvo la virtud de sacarlos del letargo. Desde que pusieron un pie en la casa, la rutina cambió: se organizaron cacerías, almuerzos al aire libre y fiestas nocturnas en las que todos bebían hasta perder el control. Todos menos Nuria.

Al principio, se sintió aliviada: Julio disfrutaba de la compañía de sus amigos y ella pasó a un segundo plano, un lugar donde se

encontraba más cómoda y segura. Sacó la Leica M3 del fondo del equipaje y retomó la costumbre de captar los momentos de felicidad de otros. Por desgracia, el espejismo de paz duró un escaso lapso y luego se esfumó. El alcohol, los excesos y la falta de sueño les empezaron a pasar factura. Una noche, tras una fuerte discusión con su padre y bien cargado de *whisky*, Julio irrumpió en la habitación conyugal, donde Nuria leía alejada del alboroto. Hacía más de media hora que se había retirado del salón cansada de tanta juerga. Observó a su marido con interés y enseguida supo que tendría problemas: Julio estaba cabreado y borracho, una combinación peligrosa. Con un gesto inconsciente y un tanto ridículo, se cubrió con la sábana hasta el cuello, como si tan endeble barrera pudiera protegerla de él. Solo consiguió atraer su atención y su ira.

—¿Qué haces aquí leyendo? ¿No te han enseñado a cumplir con tus obligaciones de esposa?

Nuria no contestó. Esta era una de esas ocasiones en que resultaba mucho más seguro permanecer callada.

—¿No dices nada? —Reclamó acercándose a ella—. Una anfitriona jamás debe abandonar a sus invitados…

—No son mis invitados, Julio —respondió frustrada, olvidando su propio consejo—. Tu madre es la anfitriona aquí.

—¿Qué? ¿Cómo dices…? ¡Te atreves a contradecirme! —le gritó y, antes de darse cuenta, lo tenía sobre ella. La agarró del pelo y tiró con fuerza hacia atrás. Lo peor de todo no fue el dolor, ni siquiera el miedo; lo peor de todo fue la humillación. Con la mano que mantenía libre, Julio le apretó un seno hasta hacerle daño, un acto de deliberada maldad. Luego se le acercó aún más y, exhalando su hálito de borracho, le explicó lo que esperaba de ella: sumisión total adornada con una hermosa sonrisa.

—Eso es lo único que puedes darme. Y lo harás —declaró antes de soltarla y dejar la habitación dando un portazo.

* * *

Su padre había representado el papel de «enemigo» durante mucho tiempo. Abel Melgar había sido el culpable de tantas y tantas cosas que Nuria no sería capaz de enumerarlas: formarían una lista interminable. Él los había llevado hasta el borde del precipicio, empeñado como estaba en huir del dolor tras la muerte de Inés. Para evitar que se despeñasen, Abel la empujó a los brazos de Julio Vallejo, pero las cadenas del matrimonio —pese a ser nuevas y relucientes— resultaban ya demasiado pesadas. Muy en el fondo, Nuria sabía que su padre estaba perdido y avanzaba a ciegas por la vida, acumulando cada error sobre su espalda. Un vacuo consuelo para ella, que sufría el castigo por la equivocaciones de Abel.

La luna de miel, un término absurdo para describir lo que había sucedido entre Julio y ella, lo había cambiado todo. Se sentía atrapada, sometida, como un pájaro al que le hubiesen cortado las alas y solo pudiera avanzar a pequeños saltitos. Durante el viaje de regreso a Madrid, solo podía pensar en reunirse con su padre. Ansiaba contarle lo ocurrido en el cortijo, descargar en él la conmoción que la anegaba por dentro y le envenenaba la sangre. Había construido un dique de silencio y contención para protegerse de Julio, pero, al otro lado del muro, la superficie de las aguas embalsadas simulaba una tranquilidad engañosa: los monstruos se escondían en su interior. Necesitaba liberarse del silencio, abrir las compuertas y dejar que fluyesen las palabras. Puede que así lograse que los monstruos le parecieran más pequeños.

Llegaron a Madrid cansados, hartos del viaje, de la compañía y hasta de sí mismos. Antes de estrenar su casa, condujeron hasta el antiguo hogar de Nuria en busca de algunos enseres: la ropa, los apuntes de la universidad, los recuerdos de su madre… Toda una vida amontonada en varias maletas y cajas que la esperaban en el

vestíbulo. Podría haberlo dejado para el día siguiente o el otro. En realidad no era más que una excusa para ver a su padre.

Iba a buscar sus efectos personales y se encontró con una ambulancia que barría la calle con sus luces anaranjadas. Una pareja de sanitarios se llevaba a Abel Melgar en una camilla con ruedas. Nuria se tiró del vehículo y dejó tras de sí a su marido y las puertas abiertas. No le importó. Los sanitarios trasteaban con la camilla para introducirla en la ambulancia, cuando Nuria se arrojó sobre ella. Abel yacía inconsciente. En su rostro, un acusado rictus de dolor. Le llamó, le gritó, pero su cara no mudó de expresión. Su padre ya no estaba con ella.

—¿Está muerto? —preguntó desquiciada.

—No, señorita, pero está muy grave —le explicó el enfermero—. ¿Es familiar del enfermo?

Nuria le miró espantada, con los ojos muy abiertos. Le picaban, le escocían y supo que iba a llorar; supo que el dique de contención que había construido con tanto esfuerzo estaba a punto de desmoronarse. Trató de controlar sus emociones: el enfermero le había preguntado algo y aguardaba su respuesta.

—Su hija… Soy su hija —dijo con voz atragantada.

Acto seguido, se subió a la ambulancia y se aferró a la mano de su padre. Su calor le recordó que todavía estaba vivo.

Quiso amarrarse a la esperanza, aunque la experiencia le había demostrado que era una virtud muy ingrata.

* * *

Abel Melgar falleció a la mañana siguiente sin llegar a recuperar la consciencia. Su corazón se detuvo por segunda vez y ya no quiso latir de nuevo. Nuria no pudo despedirse de él; tampoco pudo contarle que la había encerrado en una jaula —de oro, pero jaula, al fin y al cabo— y que le había entregado la llave a Julio Vallejo.

Aquella muerte tenía tintes de abandono: ahora estaba completamente sola.

—Tranquila, Nuria; no estás sola —dijo su esposo invadiendo su mente sin permiso—. Te prometo que cuidaré de ti —añadió abrazándola con fuerza.

Sus palabras, pronunciadas con algo semejante al afecto, pretendían confortarla. Comprendió que su marido, magnánimo, le brindaba una tregua; un pequeño gesto de consideración por la muerte de Abel.

Sin embargo, no tardaría en descubrir que la promesa de cuidados de Julio estaba envenenada y contenía una amenaza en su interior.

28
El hijo pródigo

Llanes, 1890

Alba los vio cuando regresaba del mercado con las cestas repletas de pan, berzas y huevos. Tuvo la tentación de dejarlas caer, pero habría causado un destrozo, así que contuvo el impulso y se limitó a apoyarse en la pared. Con los años había aprendido que en eso consistía la fuerza de la costumbre: en aguantar, ocurriese lo que ocurriese, siempre aguantar. A veces se preguntaba si de verdad merecía la pena el esfuerzo. Luego le dio por pensar en todas las cosas que no sabía; en todo lo que aún le resultaba desconocido, invisible a sus ojos, hasta que un buen día le saltase a la cara y ya no pudiese mirar hacia otro lado. La relación entre Malena y su hijo le valía de ejemplo.

Era peligroso. Muy peligroso. No solo para Dimas que, junto a Nel y Colas, lo significaba todo para ella; también lo era para Malena. Apenas la conocía, pero daba la impresión de ser buena chica. Había sido muy fácil encariñarse con ella. No obstante, el misterio que enredaba a la joven, y en particular su relación con Mario Melgar, la mantenía siempre en alerta. Nada bueno podía venir de la mano de su peor enemigo.

Ni siquiera aquella muchacha tan dulce.

Al entrar en casa acarreando las cestas que cada vez le pesaban

más, ya había resuelto hablar con Dimas. Le buscó en su habitación, la misma que en el pasado habían compartido Mina y ella. Tras la muerte de sus padres, Alba había querido formar allí su propia familia. Ya no le quedaba nadie con quien compartir la herencia. En realidad, no era exactamente así, pero también se había acostumbrado a los secretos. De hecho, se había acostumbrado tanto, que los secretos y los silencios habían llegado a crear una segunda piel, casi un caparazón, bajo la cual se escondía.

Dimas no estaba en el cuarto, pero Alba se sintió atraída por la habitación. Estaba convencida de que los recuerdos permanecían adheridos a las paredes, negándose a abandonarlas. Volvió a ver a Mina tumbada en la cama, riéndose a carcajadas cuando las preocupaciones y los dramas aún les eran ajenos. Apoyó la palma de la mano en la pared y la dejó descansar allí un instante, como si pretendiera absorber parte de aquella felicidad de antaño a través de la piel. Fue un afán inútil y un tanto teatral, pero no se arrepintió de intentarlo. Cerró la puerta tras de sí.

Estaba preparando la cena cuando Dimas entró en la cocina. Desde niño, le gustaba merodear alrededor de ella para sisarle algo de comer al menor descuido. Apenas le importaba qué: lo mejor era el juego. Alba quiso aprovechar que estaban solos para preguntarle por su relación con la protegida de Melgar.

—Es una chica estupenda, pero no creo que este sea su lugar —arguyó inquieta, sin saber disimular su nerviosismo—. Jamás encajará aquí; no dejarán que encaje… —afirmó poniendo voz a sus miedos.

—Está muy sola, Alba —Dimas nunca la llamaba mamá, ni siquiera madre, y ella jamás lo corregía—. Solo nos tiene a Nel y a mí para hacerle compañía. Somos sus únicos amigos.

—¿Te gusta? —le preguntó a bocajarro.

—¡¿Quéééé?! ¡Pues claro que me gusta! Pero no es solo eso… ¿Cómo explicarlo? Malena es muy guapa, salta a la vista, pero también es inteligente, misteriosa…; tendría que gustarles a todos… y lo haría si no fuesen tan provincianos —su voz sonó molesta, casi

enfadada.

—¿Provincianos? —preguntó la mujer alzando una ceja. A veces le parecía que Dimas se alejaba de ella para formar parte de un mundo que le era extraño, un mundo que no le pertenecía. ¡Le recordaba tanto a Mina!

—Me refiero a que no son capaces de ver más allá de sus narices… Les asusta lo diferente. Malena es vida. Ella trae el sol y la luz consigo —afirmó en un arrebato poético del que se arrepintió al instante. Sus mejillas se tiñeron de rubor y farfulló una excusa precipitada para abandonar la cocina.

Alba se quedó paralizada, con el cuchillo detenido a mitad de camino. Lo dejó sobre la mesa despacio, con mucho cuidado. Le temblaban las manos y se dejó caer en una silla. Se sintió abrumada por el peso de los secretos que llevaba a su espalda.

La muerte de su hermana había dado un vuelco a su existencia hasta ponerla del revés. Las oscuras circunstancias que la rodearon le habían sellado la boca y la obligaban a guardar silencio. Desde entonces, solo podía gritar en su interior, pero ni era suficiente ahora ni lo había sido nunca. Estaba demasiado cansada y harta de los secretos, de las mentiras, de los pecados propios y ajenos.

Juntó las manos trémulas y le rezó a un Dios en el que ya no creía para no verse en la encrucijada de tener que acabar con todo.

Mina no habría querido eso para ella.

* * *

Había postergado la visita a conciencia. No se sentía orgulloso de ello, pero después de tanto tiempo tenía miedo de lo que pudiera encontrarse allí. A buen seguro, rencor, reproches y una considerable dosis de dolor…; puede que más y peor. En su ausencia, él les había enviado dinero, generosas cantidades de dinero, pero todavía quedaban algunas cosas que no se podían comprar con él. Melgar lo

sabía mejor que nadie.

A medida que se acercaba al hogar de sus padres, al que un día fue el suyo, una avalancha de emociones lo removió de arriba a abajo. Abrumado por la intensidad de sus recuerdos, tuvo la impresión de que no habían transcurrido veinte años desde que salió de Llanes para emigrar a Cuba. El tiempo se comprimió y se redujo a la nada, si bien, solo fue un espejismo fugaz que la realidad, poco dada a las componendas, disipó por completo. La casa familiar había envejecido mal, al igual que el banco que había construido con su padre y su hermano. Se dolió al verlos así, aunque no debía olvidar que también él era mucho más viejo; ni más ni menos que dos décadas de lucha y esfuerzos se interponían entre lo que albergaba su memoria y lo que tenía delante.

Golpeó el portón de madera y se sentó en el banco para contemplar el mar, como había hecho tantas veces en el pasado. El nordeste le trajo un intenso aroma a salitre y le agitó los cabellos. Mario le dejó hacer de las suyas. Oyó el ruido de la puerta al abrirse, cerró los ojos y suspiró hasta llenar los pulmones. Le urgía reunir el valor para enfrentarse a Simón. De hecho, acabó siendo su hermano quien se atrevió a romper el silencio. Siempre tuvo más facilidad que él para expresar lo que sentía:

—¡Vaya, vaya! Por fin el hijo pródigo se digna a volver a su hogar. Demasiado tarde, hermano. Lamento decirte que tus padres están muertos… Aquí no hay nadie que vaya a celebrar tu regreso.

Mario acusó el golpe. Ya lo sabía, por supuesto. Había llorado su muerte en Cuba. Había llorado por no poder despedirse de ellos. Ese era un lamento que aún llevaba en el corazón. La hostilidad de Simón consiguió hacerle sentir culpable.

—Lamento no haber venido antes… —afirmó contrito.

—Siempre has tenido mucha facilidad para olvidarte de lo que no te interesa —le reprochó su hermano.

—No seas injusto conmigo, Simón. Jamás me olvidé de vosotros. Le escribí a nuestra madre hasta que murió y os envié dinero desde Cuba…

—¡Nos enviaste dinero! Gracias, hermano; mil gracias por tus limosnas… —Aquellas palabras, cargadas de ironía, rascaban como el esparto. Simón hizo un gesto en derredor, hacia las paredes tiznadas de humedad y la pintura devorada por el salitre. El abismo entre sus vidas, la del humilde pescador llanisco y la del indiano opulento, resultaba más evidente tras el regreso de Mario a Asturias.

Melgar tenía muy claro que el dinero servía para comprar voluntades y despertar gratitudes, pero no lograría nada de eso con Simón. Con su hermano sería más difícil. Se resignó a aceptar que su relación era como un barco con una vía de agua: tarde o temprano, se hundiría sin remedio.

—Me gustaría preguntarte una cosa —dijo tratando de sacar algo en claro de la visita—. ¿Te acuerdas de Mina Lorenzo? Ella era… —Iba a darle más información, cuando vio que su hermano torcía el gesto. Simón tomó aire y negó con la cabeza varias veces. Luego le dio la espalda y avanzó un par de pasos en dirección al mar. Mario aguardaba expectante.

—Mina Lorenzo se suicidó —las palabras de Simón, tan rotundas como eran, le llegaron empujadas por el viento—. Sucedió unos meses después de irte. Se tiró por un acantilado cercano a la ermita de la Virgen de la Guía.

Mario no pudo hablar. Tampoco pudo evitar que su mente imaginase el aspecto de Mina bajo el agua: el cabello ondulante, esparcido en derredor como un halo de oscuridad; el semblante abotargado y los ojos muy abiertos, deseosos de escapar de las cuencas donde habitaban. Los rostros de los ahogados formaban parte de sus peores pesadillas y, ahora, el de Mina se uniría a ellos para siempre. No tuvo que preguntar por qué. No quiso preguntar por qué.

—¿Sabes si llegó a tener un hijo? —Eso fue lo único que consiguió decir.

Simón se dio la vuelta sorprendido. Aquella era una pregunta que, sin duda, no esperaba. Se tomó un tiempo antes de contestar, como si se estuviese esforzando en hacer memoria.

—Yo no sé nada de eso —afirmó sin despegar la mirada de su hermano.

Mario asintió varias veces, abrumado por el peso de las emociones. La culpa y el remordimiento por la muerte de Mina le dolían como una herida fresca, pese a haber sucedido veinte años atrás. De hecho, si se detenía a pensarlo, para él acababa de ocurrir ahora mismo. Sin embargo, no podía arrepentirse de la decisión que había tomado en su día: de no haber emigrado a Cuba, la vida de su hermano habría sido la suya. Abatido, se puso en pie y se despidió de Simón.

Ninguno de los dos quería alargar su encuentro y él tenía un misterio por resolver: necesitaba averiguar si Mina Lorenzo había tenido a su hijo antes de arrojarse por el acantilado.

DIARIO DE AMARA

Soy una mujer libre. Libre. Esa palabra, que resuena en mi boca y hasta me produce un poco de vértigo, no refiere una cuestión baladí. Hasta la libertad tiene un precio, si no es económico, es afectivo, y hay que estar dispuesta a pagarlo. Necesitaba distanciarme de mis padres, separar mi vida de ellos y alejarme de sus mentiras y sus secretos. No lo entendieron. Sebastián creyó que la libertad que nos concedía nos colmaría de gratitud y lealtad hacia él. Eso sirvió para algunos, para los que no conocían otro mundo o no tenían el valor necesario para conocerlo. Yo no estaba entre ellos. Ni siquiera el llanto de mi madre me disuadió de irme. Preparé un hatillo con mis posesiones más valiosas y me fui. No quise hacer promesas porque no sé si lograré perdonarlos algún día. Solo el tiempo lo dirá. Sebastián me llenó de reproches, de advertencias amargas. Ignoré sus palabras y me marché sin mirar atrás.

Durante algunos días viajé junto a un grupo de hombres y unas pocas mujeres de la Hacienda Alvarado. Para mí, representaban un vínculo con el pasado que hacía menos abrupta la ruptura; para ellos, la tranquilidad de saber que contaban con los servicios de una sanadora. Se dirigían a La Habana en busca de aventuras y un trabajo con el que ganarse el sustento, por ese orden de prioridad. Eran unos soñadores: creían que la vida fuera de la plantación sería mucho más próspera, que las oportunidades aguardaban a la vuelta de la esquina.

De camino a La Habana, recalamos en algunos poblados de

esclavos liberados y, poco a poco, se fue diluyendo ese optimismo que los había animado a dejar la hacienda. Durante el trayecto descubrieron que la grandeza estaba reservada a unos pocos afortunados; que nunca había sido tan fácil de alcanzar como ellos pensaban. La pobreza, el hambre y las enfermedades conformaban nuestro día a día y, por desgracia, unas expectativas más realistas sobre lo que sería la vida.

Nada de eso ha cambiado. Sin embargo, yo he encontrado un nuevo sentido a mi viaje, al tiempo que ellos lo perdían.

He decidido quedarme en el último pueblo que visitamos. Voy a socorrer a los contagiados por lo que parece ser una nueva epidemia de cólera.

Mis compañeros seguirán su camino.

Creo que lo único que lamentan es quedarse sin curandera.

29
There's a place

Madrid, 1971

Cuanto había sucedido desde el fallecimiento de Abel Melgar guardaba demasiadas semejanzas con una pesadilla. No parecía real, al menos no del todo, pero dejaba tras de sí un poso de sufrimiento que no se desvanecía ni un solo instante. Nuria sufrió al tener que despedirse de su padre: el cuerpo sin vida le resultó extraño, ajeno a ella; aunque, al mismo tiempo, se consumió de tristeza al separarse de él. Sufrió durante el funeral, con la iglesia abarrotada de gente, pues la muerte tiene la curiosa virtud de borrar los agravios inferidos en vida. Sufrió el calvario del entierro: la crudeza del ataúd, la lobreguez de la tumba y lo definitivo del adiós. Fue egoísta con sus emociones, no le importaba reconocerlo. En realidad, no tenía a nadie con quien compartir la pena. La muerte de Abel la dejaba sola, sin familia, y su matrimonio no le aportaba el menor consuelo.

Julio le concedió una tregua. Cuando estaban en público, su marido la apoyaba, la sostenía; representaba el papel de esposo con corrección, sin aspavientos. No obstante, en privado se mantenía apartado de ella ajeno a su pérdida y al dolor que le causaba, y Nuria agradecía en silencio que le diera su espacio. En aquella soledad encontraba las fuerzas para afrontar cada día. No miraba

más allá, no pensaba más lejos; la tristeza no le permitía hacerlo.

Unas semanas después del entierro, acudieron a una notaría de la calle Serrano para la apertura del testamento de Melgar. Se sentaron alrededor de una mesa ovalada que parecía diseñada para mantener a las personas alejadas unas de otras. El notario, que se presentó unos minutos más tarde, estrechó la mano de Julio, se sentó presidiendo la mesa y, con voz solemne y pausada, fue desgranando las estipulaciones del testamento de Abel Melgar. Durante la tediosa lectura, Nuria tuvo la impresión de que el notario se esforzaba por ajustarse a lo que se esperaba de él, como si fuese un actor que no quisiera salirse de su papel.

—… y lega a su única hija y heredera la propiedad del inmueble denominado Casa Azul, sito en la villa de Llanes, provincia de Oviedo…

Nuria reparó en la mirada inquisitiva de Julio. Imaginó que la curiosidad de su esposo guardaba relación con la inesperada referencia a la Casa Azul, el palacete de indiano que formaba parte de la herencia de los Melgar. Comprendió su extrañeza: hasta ella misma se había olvidado de él. Se trataba de un lugar que no había visitado jamás, pese a que pertenecía al patrimonio de su familia desde hacía un centenar de años.

—A mi padre no le gustaba nada el norte. Siempre se quejaba de que allí llueve demasiado y de que los veranos son muy frescos —le explicó a su marido mientras tomaban café en una distinguida terraza del centro—. Su madre era oriunda de Cádiz y, aunque él pasó toda su vida de adulto en Madrid, se sentía más andaluz que otra cosa —añadió encogiendo los hombros.

—Abel nunca supo sacar partido de su legado. Lo único que hizo fue dilapidarlo jugando. Tendría que haber vendido la mansión para pagar sus deudas —le reprochó Julio con excesiva acritud.

—No entiendo por qué no lo hizo… —murmuró pensativa, más bien para sí. Apenas sabía nada sobre la situación de aquel inmueble asturiano. Ignoraba cuál era su estado y su valor. Puede que solo fuera un caserón en ruinas. Su padre había silenciado la existencia

del palacete durante varias décadas, como si pretendiera borrarlo de la historia familiar. Aun así, no se había desprendido de él. Cuando menos, resultaba intrigante.

La semilla de la curiosidad germinó en su interior.

¿Qué misterios escondía la Casa Azul para mantener a su padre tan alejado de ella?

* * *

Rebuscó entre las fotografías a sabiendas de que la herida, aún tan reciente, le haría sangrar de dolor. Las imágenes de sus padres le recordaban, una y otra vez, su absoluta y definitiva orfandad. Podía entender que ella no era precisamente Jane Eyre —el personaje de Charlotte Brontë— abandonada a su suerte en un orfanato brutal; pero estaba sola y amarrada a un matrimonio que no había elegido, al menos no del todo. Y ahora que conocía a Julio más a fondo, su futuro no le parecía nada envidiable.

Encontró las viejas fotos de su padre: un chiquillo con pantalones cortos que posaba orgulloso en alguna playa del sur. Volteó la instantánea de bordes dentados. La elegante letra inclinada de su abuela desvelaba el pequeño misterio: *Playa de la Victoria, Cádiz*. Una sonrisa radiante iluminaba el rostro del niño. El fotógrafo había capturado ese instante para que Abel pudiese conservarlo toda la vida; un recuerdo constante de que ser feliz era una aspiración posible. Siguió buscando entre decenas de fotografías, pero no halló ni rastro de la Casa Azul. Le extrañó la ausencia y se preguntó si sería intencionada. Entonces descubrió una fotografía suya con Sol, su tata. Nuria estaba sentada en su falda y la mujer le peinaba un par de coletas altas. Aún se acordaba de los muchos tirones que sufrió para desenredarle el cabello y dejárselas bien prietas. La imagen había sido captada con la Leica M3 que tenía justo a su lado; una foto que había hecho su madre. Inspiró muy hondo y la sujetó

con ambas manos. Añoraba a las dos mujeres que la cuidaron y que ya no estaban con ella. Su pecho acusó el latigazo de la nostalgia. Cerró los ojos para encajar el dolor y de pronto recordó la historia que, aquel mismo día, le había relatado Sol:

Érase una vez —no importaba lo que contase, siempre empezaba así — un llanisco llamado Melgar que emigró a Cuba…

—¿Qué es un llanisco?

—Vamos a ver, nenita… Si empezamos con las preguntas, no acabaremos nunca —la regañó, apretando una sonrisa—. Un llanisco es una persona de Llanes, el lugar donde nació tu abuelo Mateo. ¿Me dejas seguir? —Nuria asintió con vehemencia—. Bien, pues vamos allá…

El llanisco emigró a una isla del Caribe y, muchos años después, regresó a la villa que lo vio nacer con los bolsillos repletos de oro y acompañado de una hermosa mulata que se convirtió en la comidilla de toda la comarca. Melgar ordenó construir una casa tan grande que parecía un castillo, y escondió a la mulata en la torre más alta. Cada noche, la muchacha se asomaba al balcón para ver las estrellas y sus lágrimas caían al suelo, como el orbayu sobre Llanes. Un joven del pueblo se enamoró de ella, pero Melgar quería a la mulata solo para él. El joven se enfrentó al villano y tuvo que matarlo para liberar a su amada. Los dos enamorados huyeron del castillo y jamás quisieron regresar allí. Aquel lugar había sido una cárcel para ella…

—… Y vivieron felices y comieron perdices —añadió Sol, dando por finalizado su cuento al modo tradicional.

Nuria se planteó cuánto habría de cierto en la historia de Sol. La mujer era muy dada a mezclar partes de realidad y partes de ficción para que sus relatos tuviesen un toque especial, en particular, si iban dirigidos a ella. Tendría que separar la paja del grano, si pretendía conocer la verdad.

La curiosidad había dejado de ser solo una semilla. Nuria notó que brotaba con fuerza, transformándose en un estímulo para seguir adelante. El primero en mucho tiempo.

¡Cuánta falta le hacía!

30
El dije de plata

Llanes, 1890

«Dieciocho años», musitó al abrir los ojos. El ramalazo de nostalgia que acompañó a dicho pensamiento la trastocó por completo. Tenía que acostumbrarse a cumplir años sin la presencia de Amara o sería una desgraciada para el resto de sus días. Deseaba lograrlo con todas sus fuerzas, pero añoraba a su madre y añoraba la isla, la arena y el sol con una intensidad abrumadora. Aquella tierra asturiana, regada por la lluvia y sembrada de hierba y humedad, le resultaba tan ajena como la piel de otro. También tendría que acostumbrarse a ella.

Se levantó de la cama, pisó la alfombra de yute con los pies descalzos y tensó cada músculo de su cuerpo para llenarlo de vida. Pensó en Dimas y parte de su desazón se esfumó, diluida por los sentimientos de amistad que la unían a él. «¿Amistad?, se preguntó. ¿Lo suyo solo era amistad?». El hormigueo en la boca de su estómago decía lo contrario. Desechó la idea como algo absurdo y se estiró un poco más para agarrar la bolsa de las conchas que reposaba al pie de la cama. Aquel era un buen día para tratar de recuperar su conexión con ellas. Se sentó en la esterilla, con las piernas cruzadas, y se concentró en sus dudas para formular la pregunta más adecuada. Las preguntas eran tan importantes como

las respuestas. Su madre le había vaticinado que su futuro estaba en Llanes, al lado de Mario, pero Malena sospechaba que la visión de Amara había estado condicionada por la enfermedad y la proximidad de su muerte. En el fondo, Mario era lo más parecido a un padre que le quedaba a Malena y el único que podía cuidarla.

Arrojó las caracolas, que quedaron desperdigadas por el suelo adoptando patrones, en apariencia, caprichosos. Nada más lejos de la verdad. Le rezó a Orula para que le hablase con claridad a través de ellas. Su silencio duraba ya demasiado. Al contemplarlas con atención, un estremecimiento la sacudió por dentro. El miedo le recorrió las venas hasta alcanzarle la punta de los dedos. Sus manos empezaron a temblar. Cerró los ojos para no ver y dispersó las conchas de cauri a ciegas.

Encerrada en la oscuridad, les rogó a sus Eggun que la protegiesen del mal que la acechaba. La tormenta se cernía sobre ella.

* * *

Salió al jardín en busca de luz y aire fresco. Necesitaba disolver el nudo de angustia que la atenazaba por dentro. El inicio de la primavera había cubierto los arriates de flores. Sus radiantes colores, en contraste con el intenso verdor de la hierba, tuvieron la virtud de reconciliarla con el paisaje asturiano; la lluvia también tenía sus ventajas. Se alejó del sendero de lajas que conducía hasta el panteón de Mario: aquel no era un día para seguir pensando en la muerte. Caminó hacia el enrejado donde el jardinero había plantado unas rosas cuyas semillas provenían de Francia. La abundancia de pétalos, el perfume embriagador y su color sonrosado habían atraído la atención de los amantes de las flores. Muchos de ellos se acercaban a la finca para verlas y olerías. No le extrañaba.

—¡Holaaa! —Nel, el hermano de Dimas, asomó la cabeza por

encima del enrejado. Luego desapareció durante un breve instante hasta que volvió a saltar de nuevo—. ¡Feliz cumpleaños, Malena! —gritó desde detrás de los macizos de rosas.

Sonrió como una niña. Si Nel sabía que celebraba su cumpleaños, tenía que ser porque su hermano se lo había contado. Volvió a notar un cosquilleo en el estómago.

—Acércate a la cancela y te abro para que puedas pasar —le dijo al chiquillo. Los dos caminaron en la misma dirección y se encontraron a un tiempo. La sonrisa de Nel resultaba contagiosa y se le pegó a la cara. El niño le mostró un paquete envuelto en papel dorado y adornado con un lazo escarlata.

—Te traigo un regalo de parte de Dimas —afirmó muy ufano—. Él no puede venir a verte porque está pescando con nuestro padre. ¡No quería que creyeses que se había olvidado de ti! —le explicó sujetando la risa.

Malena rio de nuevo y estiró la mano para coger el regalo.

—Tú no hablas mucho, ¿verdad? —le espetó Nel sin la menor vergüenza, mientras ella se afanaba en deshacer el envoltorio sin romperlo.

—Aquí no tengo mucha gente con la que hablar —le respondió, aunque sabía que el pequeño estaba en lo cierto.

—Me tienes a mí…, y a Dimas también —añadió pocos segundos después.

—Tienes razón. Tendrás que venir a verme más a menudo. A ver, a ver… ¿Qué tal si me cuentas algo sobre tu hermano?

—¡Ja! ¡Qué tramposa! Así me haces hablar a mí. Pero vale, tú ganas. Será mi regalo de cumpleaños para ti —dijo con picardía—. Mamá quiere que estudie. Es muy listo, ¿sabes?, solo que en casa no tenemos suficiente dinero para pagarlo. Por eso mi madre decidió volver a trabajar de cocinera. Ella dice que hay que ahorrar para que Dimas pueda estudiar y convertirse en un hombre de provecho —explicó orgulloso.

Malena terminó de desenvolver el regalo. Era una cajita forrada de terciopelo negro. En su interior había un pequeño dije de plata

con forma de pez. Las lágrimas se le agolparon en las pestañas. Trató de disimular la emoción, pero el esfuerzo fue completamente inútil.

—¡Te ha gustado! —exclamó Nel con satisfacción.

—Es precioso —reconoció Malena acariciando el dije con el índice —, pero no debió gastarse tanto dinero…

—Lo hizo porque le gustas mucho —sentenció el chiquillo antes de guiñarle el ojo con descaro.

* * *

Su pastel de cumpleaños era una impresionante tarta de tres pisos bañada en chocolate y recubierta de trocitos de avellanas y nueces. Alba se había empleado a fondo y a Malena le conmovió su afán por agradar. La joven contempló el pastel de cerca. El untoso olor del bizcocho y del cacao excitó sus jugos gástricos hasta hacerla salivar de gusto. Partió un pedazo muy generoso, tan grande como su pasión por el dulce, y lo probó. Los sabores y las diferentes texturas se fundieron en su boca formando una combinación deliciosa. Cerró los ojos dejándose arrastrar por el placer.

—¿Te gusta?

La pregunta de Mario la obligó a regresar. La observaba con una sonrisa entre picara y complaciente. Seguro que había sido él quien encargó que le preparasen la tarta; al fin y al cabo, la conocía desde que vino al mundo.

—Hummm… está deliciosa —reconoció mordisqueando el bizcocho.

—Tu madre siempre decía que os corre azúcar por las venas —al recordar a Amara, la expresión de su rostro mudó de la alegría a la nostalgia—. Tengo un regalo para ti —dijo entregándole un paquete.

A regañadientes, la joven abandonó el plato de tarta sobre la mesa. Apenas tardaría en recuperarlo. Con el pastel de cumpleaños habría sido suficiente, pero no quería despreciar el regalo de Mario. Lo abrió con prisa: una joya —otra joya—, aunque no tan especial para ella como el dije de plata. Eran unos pendientes de perlas, tan blancos como su atuendo y con aspecto de ser carísimos.

Malena supo reconocer el esfuerzo de Mario por cuidarla, por hacerla feliz. Por lo menos lo intentaba. Tras la muerte de sus padres, Melgar quiso asumir la imposible tarea de sustituirlos, aun cuando él nunca podría ser Bruno ni Amara. Por eso le resultaba tan fácil enfadarse con él: alguien tenía que cargar con la culpa.

La añoranza era un nudo que apretaba con saña y todavía apretaba más en días tan señalados como aquel. No la harían desaparecer con dulces y joyas.

En realidad, el regalo de Dimas, el humilde pececillo de plata, había sido lo único que consiguió calentar el corazón de Malena.

DIARIO DE AMARA

La epidemia de cólera ha curtido mi piel y mi alma de enfermedad, angustia y dolor. Con ella he aprendido que el sufrimiento puede ser infinito, eterno, que se extiende en oleadas que te sacuden una y otra vez hasta dejarte consumida por fuera y por dentro. No sé cómo logré sobrevivir cuando había tanta muerte alrededor. Solo los dioses lo saben. Me concentré en cuidar de los contagiados y en facilitarles el trance si no podía curarlos. Apunté en las últimas páginas de este diario cada uno de los síntomas, los tiempos de la enfermedad y los remedios que aliviaban el sufrimiento de los enfermos; también los errores, los fracasos. De esos hubo muchos. Al menos han servido para que la soberbia me abandone para siempre. Confío en que algún día mis anotaciones también sirvan para salvar vidas. No quiero ser pesimista, pero me temo que el cólera volverá a atormentarnos. Tal vez sea el sino de esta isla llena de esclavos.

Enfrentarme a los terrores del mundo me ha vuelto más espiritual que antes. Apenas he tenido tiempo para orar ante el altar de los santos ni para echar las conchas de cauri, que quedaron relegadas en un rincón de la humilde cabaña donde vivía. Mi madre acertó al decir que es más importante curar que anticipar un futuro que llegará, tarde o temprano. Aun así, rezaba cada día junto al lecho de los enfermos, mientras me esforzaba en bajarles la fiebre o en limpiar sus cuerpos de las inmundicias de esta enfermedad odiosa.

Ahora que ha pasado lo peor, voy a darme un tiempo para recuperarme: mi cuerpo y mi mente lo reclaman a gritos. Después seguiré mi viaje.

Iré a La Habana en busca de nuevos conocimientos, medicinas y hierbas; en busca de cualquier cosa que me ayude a avanzar en mi camino de curación.

31
Let it be

Llanes, 1971

Viajaron por carreteras enroscadas, devoradas por la bruma y asediadas por una vegetación que parecía aguardar su paso para lanzarse a conquistar los caminos y borrarlos del mapa. Era un derroche de naturaleza en estado puro; un verdor de todos los matices que provocaba una especie de síndrome de Sthendal, aunque la mano del hombre no hubiera intervenido en su creación. Aun así, el paisaje también tenía algo de inquietante y empujaba a preguntarse qué se escondía tras el follaje.

Llegaron a su destino una tarde de principios de agosto. Estacionaron el coche en las proximidades del puerto y, al bajar del vehículo, Nuria inspiró el aire de Llanes: olía a mar, a salitre y algas. Volvió a inhalar, hasta llenarse las fosas nasales, para descubrir que la villa olía a algo más, a una singular mezcla de rusticidad y abolengo. Le gustó de inmediato, como un amor a primera vista. Pasearon por las calles del casco antiguo, plagado de capillas, casonas con blasón y mansiones solariegas; de continuo, con la sensación de estar inmersos en otra época suspendida en el tiempo. Tuvieron que preguntar un par de veces a los lugareños, hasta dar con el palacete de los Melgar, situado en el paseo de Posada Herrera. La reconocieron por el color que teñía sus paredes: la Casa

Azul era un inmueble imponente. Ambos se quedaron muy quietos, mudos de asombro y admiración, pese al aura de lugar olvidado del edificio. La grandeza con que había sido concebido pervivía en sus muros.

Julio fue el primero en romper el silencio:

—Es el mejor regalo del mundo para un arquitecto —afirmó fascinado.

Nuria le miró sorprendida, incluso molesta. La Casa Azul no era un regalo para Julio. No lo era ni lo sería. «Es mía —pensó—, esta casa forma parte del legado de los Melgar, del linaje de mi padre, ese que tanto desprecias». No se atrevió a decírselo a él. Su marido quería apropiarse de algo que había pertenecido a los Melgar desde hacía casi un siglo. No tenía ningún derecho. ¿O sí?

Habían viajado a Llanes con la idea de arreglar los papeles de la herencia y hasta de vender el palacete si conseguían un buen postor. Ese era el plan original, pero a veces los planes se tuercen, se rompen. Ninguno de los dos imaginó que Julio se encapricharía de la Casa Azul. La previsión que llevaban cambió en el instante en que él decidió, sin consultarlo con ella, que se quedarían allí.

Atravesaron unos jardines frondosos, colonizados por la maleza y las plantas trepadoras. Abrieron la puerta principal, que rechinó sobre los goznes oxidados, como si llevase cientos de años cerrada. Se adentraron en la mansión, donde todo crujía y protestaba a su paso. El polvo, aliado del tiempo, formaba una espesa capa grisácea que cubría cada superficie del lugar y la suciedad de las ventanas apenas dejaba pasar la luz al interior. La sensación de que el día tocaba a su fin resultaba más perentoria entre las paredes de aquel edificio abandonado.

—Nos quedaremos unos días en el hotel. Entretanto, habilitaré una pequeña zona de la mansión y viviremos aquí mientras reformamos la casa —la determinación de Julio, tan repentina como firme, no dejaba resquicio a dudas y Nuria estaba demasiado cansada para plantear objeciones. Se alejó de él y recorrió la planta baja del palacete tratando de ordenar sus ideas. El desconcierto le

nublaba la mente y le impedía pensar. Su vida, o algo parecido a una vida, estaba en Madrid. No tenía nada claro que quisiese mudarse a Llanes, ni siquiera de manera temporal. Por otro lado, su curiosidad crecía alimentada con cada nuevo detalle que se revelaba ante ella. «¿Por qué nunca me hablaron de esto? ¿Por qué tengo tantas lagunas sobre el pasado de mi familia? ¿Qué querían ocultar?».

Las preguntas se fueron amontonando en su mente hasta sentar las bases de un misterio:

¿Qué pudo suceder tras los muros de la Casa Azul para que los Melgar levantasen semejante pared de silencio?

* * *

El despacho del letrado formaba parte de una casona medieval de sillares de arenisca presidida por un escudo nobiliario. En el blasón, desgastado por el paso del tiempo y de los elementos, figuraba un león rampante enfrentado a una cruz templaria. Nuria lo observó con atención, pese a que no estaba familiarizada con los símbolos de la heráldica. Más adelante supo que era el escudo de Llanes. Se adentraron en el vestíbulo, decorado con un sinfín de macetas de geranios rojizos, y subieron unas escaleras de piedra hasta llegar a la primera planta. La puerta del bufete, de madera vieja y labrada, aparentaba tener tantos años como el resto del edificio. Alguien había cometido la aberración de atornillar sobre ella un letrero de latón que rezaba: *Don Luis Herrera, Abogado*. El letrero se había herrumbrado por las esquinas, como si envidiase la vetustez del inmueble y pretendiese imitarla. Pulsaron el timbre de plástico —también demasiado moderno para aquella atmósfera tan medieval— y tuvieron que esperar un buen rato hasta que una mujer de mediana edad les abrió la puerta del bufete. Iba vestida de negro, llevaba un pañuelo de seda anudado al cuello con estilo y unos zapatos de salón repulidos. Tenía el aspecto que se esperaba de una

secretaria eficiente y discreta. Primero detuvo su atención en Julio, al que miró varias veces de arriba abajo. A Nuria, sin embargo, solo le echó un vistazo fugaz, desprovisto de verdadero interés. La mujer se hizo a un lado y, con ademán indolente, los invitó a pasar al despacho.

—Tenemos una cita con don Luis Herrera a las cinco —explicó Nuria al entrar.

—Aguarden en la sala de espera, por favor. Don Luis los recibirá en breve —les explicó, señalando una habitación amueblada con varias sillas de madera y una mesita baja oculta bajo un montón de viejas revistas.

Apenas habían transcurrido unos minutos, cuando bajo el umbral de la sala apareció un hombre canoso ataviado con un traje formal y una corbata de llamativos colores. Saltaba a la vista que ya no era joven, pero su energía al moverse transmitía vitalidad por los cuatro costados.

—¿Nuria Melgar? —preguntó acercándose a ella con la mano tendida. Nuria asintió y le estrechó la mano con fuerza. Notó que la energía de Herrera le corría a través del brazo y le ascendía hasta el pecho. Le gustó de inmediato—. Un placer conocerte. Y este es tu marido, supongo. Seguidme los dos, por favor.

El abogado los acompañó a su despacho y se sentó en una silla que parecía sacada del mismísimo *Quijote*: madera oscura, labrada y robusta, a juego con el resto del mobiliario de la habitación. Una alfombra granate, cuyo estampado dibujaba una filigrana de arabescos, tapizaba el suelo de roble. Herrera los observó sin esconder su curiosidad mientras tomaban asiento.

—Querida Nuria, antes de empezar, déjame decirte que lamento la muerte de tu padre —declaró el letrado con gesto compungido y sincero—. Igual no lo sabes, pero los dos nos conocíamos desde niños. En cierta ocasión, mi padre, que era fanático del Sporting, me regaló un balón de fútbol reglamentario y Abel y yo lo rompimos a patadas. Ese verano fuimos los más envidiados del pueblo —recordó con añoranza.

—No sabía que mi padre hubiera vivido en Llanes…

—Vivir, lo que se dice vivir, no. Vinieron a pasar algunos veranos. Pero ya sabéis cómo es eso para un niño: los veranos parecen eternos hasta que un buen día terminan —afirmó sonriendo—. Los recuerdos de esa época nunca se olvidan. En fin, no quiero ponerme demasiado nostálgico —y, como volviendo al presente, agregó—, supongo que necesitarás alguna explicación para entender por qué soy el albacea del testamento de Abel…

—Necesitamos explicaciones para muchas cosas —terció Julio, que no se resignaba a quedar relegado a un segundo plano—. Por ejemplo, me gustaría saber por qué razón el palacete se encuentra en semejante estado de abandono. ¡Es vergonzoso!

—Por supuesto, señor Vallejo —aceptó el abogado, habituado a lidiar con todo tipo de clientes—. Empecemos por ahí, si lo prefiere. A decir verdad, la Casa Azul lleva cerrada mucho más tiempo del que estuvo abierta. Es una lástima, ¡claro que sí!, pero fue una decisión de la familia. Tu bisabuela —dijo dirigiéndose de nuevo a Nuria— nunca quiso vivir allí y, cuando heredó, compró una casa en las inmediaciones de la playa del Sablón. Vivir cerca de la arena y del mar le recordaba a su Cuba natal…

—¿Su Cuba natal? —preguntó Nuria confusa—. Sé que mi tatarabuelo era un indiano llanisco que hizo fortuna en Cuba, pero no sabía que su hija hubiera nacido en la isla.

Herrera, que parecía algo incómodo, se removió en la silla. Durante unos segundos, perdió el aplomo que había mostrado desde el primer momento. Se llevó la mano a la boca y se rascó el cuello con fruición. Su silencio, unido a cada uno de sus gestos, avivó el interés de Nuria. Solo la impaciencia de Julio, que pensaba que todo aquello era una pérdida de tiempo, salvó al letrado de dar más explicaciones.

—No creo que nada de eso tenga importancia —afirmó su marido molesto—. No es momento de ahondar en la historia familiar. Vayamos al grano.

—Sí, bueno…, en realidad, la historia es más compleja, pero su

marido tiene razón. Deberíamos ocuparnos de los asuntos urgentes. Tengo un montón de papeles para revisar y firmar —dijo desplegando una hilera de documentos ante ellos.

Nuria miró los papeles y contuvo un suspiro. Su cabeza bullía repleta de dudas, de preguntas que exigían respuestas. La necesidad de saber se tornó más pujante al verse alimentada por la obstrucción de Julio. Su presencia en la reunión, aun cuando era inevitable, solo hizo que se sintiese insegura y coartada. Odiaba que las mujeres no pudiesen resolver sus asuntos sin la tutela de un hombre.

—He oído decir que vais a reformar la Casa Azul. ¡Me parece una idea magnífica! —exclamó Herrera sonriente—. Esa maravilla merece una segunda oportunidad para ser vivida.

Nuria levantó la vista de los documentos, que para entonces formaban un borrón de letras, y le devolvió una sonrisa desganada. La idea de rehabilitar la mansión era cosa de Julio. Él, como dueño y señor de las vidas de ambos y de todo lo que formaba parte de ellas, había decidido que ese sería su próximo proyecto, y su mujer no tenía ningún derecho a cuestionarlo. Cuando le preguntó qué iba a suceder con la barriada de Madrid —el que fuera su último plan antes de contraer matrimonio—, Julio aventó la mesa donde estaban sentados hasta dejarla atrapada contra la pared. La vajilla de porcelana y la cristalería fina, regalo de sus suegros, se derramaron por el suelo y estallaron en pedazos. Ella no se atrevió a moverse. Se quedó paralizada de miedo, como los animales indefensos ante el acecho de un depredador.

Guardó silencio y aprendió una nueva lección: no debía formular preguntas, a menos que conociera la respuesta.

* * *

Las evasivas de Herrera, motivadas en parte por el inoportuno

arranque de Julio, no hicieron más que avivar el interés de Nuria. Lo sucedido desde la muerte de su padre la empujaba a investigar sobre la Casa Azul y la historia de su familia. Tanto hermetismo solo podía obedecer a una razón: el deseo de ocultar algo. Pero ¿qué podía ser ese «algo»? Nunca se había preocupado del pasado de los Melgar, al menos, no del más remoto. Apenas sabía nada de sus bisabuelos, de sus tatarabuelos… El suicidio de su madre y la deriva emocional de su padre consiguieron absorber por completo su capacidad de obsesionarse, aunque ahora le parecía una cobardía seguir cerrando los ojos. Puede que fuera la soledad la que impulsaba su necesidad de conocimiento en aquel entonces. De ser así, no le importaba. Quizás hallase algún consuelo en los fantasmas del pasado, en los espíritus de los Melgar. Al fin y al cabo, ellos representaban la única familia que le quedaba.

Sopesó la posibilidad por un tiempo, hasta que tuvo una idea para empezar a indagar: podía consultar los periódicos de la época en busca del rastro de los Melgar. Estaba convencida de que habría alguna hemeroteca en la ciudad.

Su marido se había reunido con el contratista que iba a ejecutar las obras y llevaba días dibujando croquis y bocetos a lápiz de la reforma que quería afrontar. Julio tenía un brillo febril en la mirada, como si el palacete se hubiese convertido en su nueva obsesión, su absoluta prioridad. Aquel capricho de su esposo la había relegado a un segundo plano, pero también le concedía unas horas de libertad para poder investigar a gusto, sin tener que dar explicaciones a nadie.

Antes de salir, se acordó de coger la Leica M3 de su madre y se la colgó del cuello. Aún no había hecho ni una fotografía de Llanes. Luego rodeó la casa para recorrer el jardín posterior. Su primera visita la había decepcionado: una selva reseca y mustia repleta de matojos, maleza y ramas muertas. Lo único salvable allí eran las palmeras que el indiano ordenara traer de Cuba. Seguían en pie aunque, como el resto de la finca, acusaban el paso de los años y, sobre todo, el olvido. Un camino de lajas grises, semienterrado por

las malas hierbas, captó su atención. Le resultaba vagamente familiar. Se detuvo ante él, justo al principio, y entonces le vino a la mente la pesadilla del panteón, la siniestra amenaza que se escondía en el interior del mausoleo de mármol. Sus pies se negaron a avanzar y tampoco quiso mirar más allá. Un movimiento a su derecha la asustó y, de pronto, recuperó la misma sensación de miedo que había tenido mientras soñaba. A un par de metros de ella, un hombre arrancaba hierbajos ajeno a su presencia. Vestía un mono de trabajo azul añil, similar a los que usaban los mineros. Nuria reparó en la carretilla donde se amontonaban las plantas desechadas y su tensión se rebajó. El tipo cogió un brazado de malas hierbas e iba a depositarlo en la carretilla, cuando la vio. Se quedó parado durante unos segundos, pero su rostro apenas cambió de expresión. Era un hombre joven —apenas habría cumplido los treinta—, alto y delgado, aunque su espalda y los antebrazos que asomaban bajo las mangas del mono estaban bien definidos.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy el jardinero, señora —respondió encogiendo los hombros, como si la respuesta fuera evidente. Y lo era; claro que sí. ¿Quién iba a ser, si no?

Nuria no pudo evitar un ramalazo de irritación.

—Mi marido no me advirtió de que hubiese contratado un jardinero —arguyó enojada con Julio.

La Casa Azul le pertenecía, el jardín también, pero su esposo tomaba todas las decisiones sobre la propiedad sin tenerla en cuenta. Es más, ni siquiera le había informado de esta. Se sintió impotente.

El jardinero la miró a los ojos y no los apartó de allí; los de él estaban tristes. Nuria se quedó atrapada en aquella mirada melancólica y en la curiosidad que despertaba, aunque el lazo, demasiado frágil para resistir, se quebró en un instante y fue como si nunca hubiera existido. Él prosiguió con su labor y posó los hierbajos sobre el montón apilado en la carretilla.

—Quizás debería hablar con su marido —le dijo en un tono muy

bajo, esta vez sin mirarla.

Nuria se sintió tan pequeña, tan absurda, que no supo qué decir ni cómo despedirse. Se limitó a alejarse, agarrada a la Leica como a un salvavidas. Apuró el paso sin echar la vista atrás.

* * *

La redacción de *El Oriente de Asturias* se hallaba al otro extremo de la ría que cortaba la villa como un tajo. Apenas conocía Llanes, pero no tardó en advertir que todo se reducía a seguir los cursos del agua: el salvaje litoral custodiado por el mar y los márgenes del río Carrocedo.

La recepcionista del periódico, una mujer de mediana edad con gafas de pasta y un rostro agradable, mostró gran entusiasmo cuando le contó que era descendiente de Mario Melgar. El indiano había dejado tal impronta en la ciudad, que a nadie le resultaba ajeno. La mujer le confirmó que existía una hemeroteca que se remontaba nada menos que al año 1885. *El Oriente de Asturias* había sido y seguía siendo la memoria de Llanes, le explicó con orgullo.

—Apenas sé nada del pasado de mi familia —reconoció Nuria un tanto avergonzada—. Ni siquiera se me ocurre por dónde podría empezar…

La mujer la observó por encima de los lentes. Su expresión recordaba a la de una madre atribulada por las dudas y los titubeos de su hija adolescente.

—Hummm… —musitó pensativa—. En eso a lo mejor podría ayudarte Román. Espera un momento, que ahora mismo lo llamo.

Antes de que Nuria tuviera tiempo de preguntarle quién era Román, la recepcionista ya estaba marcando un número en el teléfono de disco.

—¿Román? Soy Nati. ¿Puedes bajar a recepción? —…

—…

—Síííí, claro que quiero que bajes ahora; para eso te llamo —respondió la mujer levantando la mirada al cielo—. Tenemos a una Melgar en *El Oriente de Asturias* —le guiñó un ojo a Nuria con complicidad—. Vale, no tardes —dijo alargando mucho la «a» del vale. Luego colgó—. Si no lo tenemos aquí en menos de un minuto, es que no entiendo nada de hombres… ni de periodistas.

—Disculpe mi ignorancia, pero ¿quién es Román?

—Es uno de nuestros periodistas de siempre. Lo que Román no sepa de Llanes, no lo sabe nadie. Él te dirá por dónde empezar a buscar.

Nuria le agradeció la ayuda. La mujer hizo un gesto con la mano para restarle importancia y atendió una llamada mientras esperaban al periodista. Un hombre de unos sesenta años, cabello ralo y orejas de soplillo bajó las escaleras con agilidad y se acercó a ellas con una ceja enarcada y los ojos repletos de preguntas.

—Soy Román Cueto —dijo a la vez que le tendía la mano.

—Nuria Melgar…

—¿De los Melgar de la Casa Azul? —preguntó el periodista muy interesado.

—De los Melgar de la Casa Azul —reconoció ella, repitiendo sus palabras.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué grata sorpresa! Ha estado abandonada tanto tiempo… que casi olvidamos que tenía dueño. ¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Señora —le aclaró—, pero llámeme Nuria, por favor. Mi padre, Abel Melgar, falleció recientemente y, al abrir el testamento, descubrí que la Casa Azul formaba parte de la herencia. Supongo que él fue su último dueño. Mi marido y yo viajamos a Llanes para verla en persona. Julio es arquitecto y se enamoró del palacete en cuanto le puso el ojo encima, así que decidimos quedarnos aquí para reformarlo.

—No me extraña el romance de tu esposo con la Casa Azul —afirmó el periodista—. Y eso que ya la conoció en decadencia. Si

conseguís devolverle parte de su esplendor, no tendrá parangón en toda la comarca. Y te estoy hablando de un entorno repleto de palacetes de indiano.

—¿Tantos hay? —preguntó curiosa.

—Pues sí. Se extienden por todo el oriente de Asturias: Llanes, Ribadesella, Colombres… Son un auténtico placer para quien ama la arquitectura o para quienes, simplemente, aman la belleza —el periodista hizo una pausa y sonrió. Sus ojillos, de un azul desvaído, brillaban de excitación—. Podría pasarme horas hablando de los indianos y su legado, pero no creo que hayas venido a eso. Dime, Nuria, ¿qué puedo hacer por ti?

—Me avergüenza reconocer que apenas sé nada sobre el pasado de los Melgar. Ni siquiera conocía la Casa Azul. Mi padre jamás me trajo a visitarla. Es más, tampoco recuerdo que me hablase de ella —tragó saliva con esfuerzo; se le había formado un nudo en la garganta y no quería llorar—. Su albacea me contó que había pasado algunos veranos aquí. Necesito saber por qué mi familia le dio la espalda a la casa. Es difícil de entender…

Gueto permaneció en silencio unos instantes y Nuria comenzó a sentirse incómoda. Era consciente de que sus emociones estaban a flor de piel y se transparentaban en cada una de sus palabras. Las del periodista, sin embargo, consiguieron romper aquel compás de espera, tan absurdo como embarazoso.

—Nati ha estado muy acertada —afirmó haciéndole un guiño a la recepcionista—. Discúlpame si resulto algo pedante por decirlo así, pero soy la persona que mejor conoce el pasado de Llanes. Me he convertido en lo más parecido a un cronista que tiene la villa. A ver qué puedo contarte de memoria… Sé que Melgar ordenó construir la Casa Azul en 1889 y que regresó a Llanes apenas un año después. La ciudad se puso de gala y lo recibieron en la plaza Mayor como a un rey. En cierto modo, lo era. Melgar les había donado una cantidad ingente de dinero y con ella pudieron ampliar el hospital, construir una escuela y reparar el faro… Date cuenta de que Llanes siempre ha sido una villa marinera, de modo que sin el faro en uso habrían

perecido centenares de hombres. Pero ven, acompáñame a los archivos y podrás verlo con tus propios ojos.

Nuria lo siguió fascinada. Cueto, como buen periodista, tenía una maravillosa habilidad para contar historias y envolver con ellas a quien tuviera delante. Descendieron las escaleras que conducían hasta el sótano y el hombre sacó un copioso manojo de llaves para abrir la puerta, encendió unas luces que titilaron varias veces hasta adquirir consistencia, y le cedió el paso al interior de una sala de gran tamaño. El lugar estaba abarrotado de estanterías que rozaban el techo, repletas de cartapacios, legajos y archivadores de cartón. Parecían a punto de caer una sobre otra, como las piezas de un dominó. La sala olía a humedad y a papel polvoriento.

—No te asustes —recomendó Román con una sonrisa traviesa—; a la hemeroteca del *Oriente* solo le quedan quince años para ser centenaria y, desde el primero hasta el último, todos los diarios están almacenados aquí —se detuvo ante uno de los primeros armarios y se subió a una escalera de tres peldaños. Tuvo que estirarse un poco para alcanzar el archivador que buscaba. Lo sacó con esfuerzo, dado que habían aprovechado el espacio a conciencia —. Creo que deberías empezar con 1889 y de ahí en adelante. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo —dijo cogiendo el archivador que le entregaba—. ¿Hay algún lugar donde poder consultarlo? —preguntó tras echar un vistazo alrededor.

—Aquí no, desde luego; estarías muy incómoda. Tenemos una especie de biblioteca en la planta de arriba. Quizás sea una obviedad decirlo, pero los diarios no deben salir de nuestras oficinas. Algunos serían imposibles de reponer.

—Por supuesto. No se me ocurriría…

—Lo sé, lo sé —dijo agitando la mano para restarle importancia —. El director nos obliga a decirlo —añadió en tono jocoso—. Te acompañaré arriba y podrás rebuscar a gusto en el pasado de tu familia.

Las publicaciones de *El Oriente de Asturias* se remontaban a un

tiempo donde los avances tecnológicos solo formaban parte de las novelas de Julio Verne: carecía de imágenes y tanto el papel como la impresión revelaban su solera. Buscó con avidez entre las páginas de un periódico que mostraba una evidente predilección por las aventuras y desventuras de los indianos que regresaban a Llanes con los bolsillos repletos y muchas ganas de vaciarlos. No tardó en encontrar la huella de su tatarabuelo. Parecía un buen comienzo. El titular, impreso en tinta negra como la noche, le saltó a la cara:

«EXPECTACIÓN POR LA LLEGADA A LLANES DE DON MARIO MELGAR Y SU ENIGMÁTICA ACOMPAÑANTE».

—¿Enigmática acompañante? —murmuró intrigada. Nuria continuó leyendo para descubrir que su tatarabuelo se había apeado de la diligencia junto a una mulata, de nombre desconocido, que había despertado la curiosidad y las habladurías de todo el pueblo. El diario no explicaba nada más.

Consultó un ejemplar tras otro: esquelas, muchas esquelas; noticias sobre los indianos oriundos de Llanes, retornados o no; anuncios de todo tipo, pero ni rastro de Mario y la mulata. Ni rastro hasta que descubrió el obituario de Mario Melgar. Una página entera del periódico ensalzaba las virtudes y proezas de aquel ciudadano ejemplar. Se sorprendió al comprobar la fecha: jamás habría imaginado que la presencia de su tatarabuelo en Llanes hubiera sido tan breve. Su huella parecía estar por todas partes, dando una impresión equívoca. Es más, no había ninguna referencia a su mujer e hijos. Se sintió atrapada por las peculiaridades de la historia de sus antepasados y continuó investigando: una página más, otro ejemplar, un nuevo diario…; y entonces se encontró con la auténtica sorpresa, lo impensable, una noticia en primera plana que, ochenta años después, resultaba igual de inconcebible: «LA POLICÍA DETIENE A MALENA BASTIDA, LA CUBANA SOSPECHOSA DEL ASESINATO DEL INDIANO MARIO MELGAR».

Leyó el artículo con avidez, devorando cada una de sus palabras. Malena Bastida, la mulata cuya identidad había sido la comidilla de todo el pueblo, era la principal sospechosa del asesinato de Mario

Melgar. Se hablaba de venenos, de herencias polémicas, de maldad y codicia desmedida. La animadversión del periodista hacia la joven Malena se traslucía en la forma de redactar la noticia; tal vez por ser foránea, tal vez por el color de su piel. Solo él podía saberlo y hacía mucho tiempo que estaba muerto. Nuria quiso conocer el desenlace del suceso, pero se le agotó el material que le había facilitado Cueto. El resto de la historia aguardaba acumulando polvo en el sótano. Tuvo la tentación de buscar al periodista para pedirle más ejemplares de *El Oriente de Asturias*. Consultó el reloj: se le hacía tarde y sus ojos protestaban martirizados por las letras del diario, que eran como hileras de hormigas. Además, tenían un compromiso para cenar. Julio estaba empeñado en codearse con lo mejor de la ciudad. Se frotó los ojos con fuerza.

El misterio de Melgar y Malena, como tantos otros, tendría que quedar pospuesto para un nuevo día.

32
El faro

Llanes, 1890

Trinidad, el ama de llaves de la Casa Azul, le había comunicado el día anterior que el alcalde y el cura vendrían a merendar. Melgar, que aspiraba a convertirse en adalid de la ciudad, ordenó que les preparasen una merienda sustanciosa, a la par que distinguida. La glotonería de don Lisardo era un secreto a voces y, con la boca llena y ocupada en masticar, el edil tendría menos tiempo para pedir limosna. En las cocinas, aprovecharon la mañana entera —el señor comía fuera— para elaborar las empanadas y los pastelitos que degustarían los invitados. Alba pintaba la superficie de las empanadas con yema de huevo al tiempo que vigilaba que sus ayudantas no se despistasen con sus tareas. En particular, debía vigilar a Toya, la última en llegar a las cocinas, que se movía entre los fogones como pollo sin cabeza. Alba ignoraba dónde la había encontrado Trinidad, pero estaba segura de que en otra cocina no. Si hubiese tenido que apostar, habría dicho que se trataba de otra de las «filantropías» de Melgar, empeñado en borrar sus pecados a golpe de buenas acciones. No le sería tan fácil: ella sería su juez y su memoria.

Alba le ordenó a la nueva aprendiza que batiese la nata para decorar los pasteles. Solo obtuvo un líquido blanquecino repleto de

grumos y nada apetitoso. Trató de reprimir la irritación que iba en aumento y le encomendó una tarea sencilla en la que no podía fallar:

—Limpia y recoge todo lo que no estemos usando —dijo haciendo un gesto hacia el batiburrillo de cuencos, botes y demás utensilios que sembraban las superficies de la cocina. Siempre había detestado el desorden.

Toya se acercó a su puesto y se puso a revolver entre los tarros de hierbas con los que Alba había aderezado el relleno de las empanadas. Alba separó uno de ellos y la muchacha fue colocando el resto en la alacena. Limpió los posos con un trapo y, al coger la saca de harina para guardarla, derribó el recipiente que su jefa había apartado. El olor de las hierbas, acre y penetrante, ascendió hasta ellas. La muchacha arrugó la nariz y se agachó para poner remedio al desaguisado —otro más—, pero Alba la aventó de muy malos modos. Su paciencia tenía un límite y Toya lo había sobrepasado con creces.

—¡Sal de aquí! —le gritó con acritud—. ¡Y no regreses a mi cocina hasta que aprendas a hacer algo bien…! —Se mordió la lengua antes de decirle nada de lo que pudiera arrepentirse más tarde y le dio la espalda. Luego se apuró en retirar los restos de hierbas.

Mientras limpiaba, tuvo la extraña sensación de que alguien la vigilaba. Alzó la vista un instante y miró hacia atrás, pero solo alcanzó a ver una sombra que se desvanecía tras la puerta.

* * *

Ismael se remangó la sotana para no ensuciarse los bajos con los charcos de barro que se acumulaban en los bordes del camino. Un aguacero se había derramado sobre Llanes con más saña de la habitual, recordándole la importancia de la visita planeada por el

alcalde: había afanes mucho más perentorios que los suyos. La tormenta cesó de repente —tan pronto como vino, se fue— y el sol salió de nuevo. En la villa la habrían olvidado con igual rapidez, de no haber sido por los charcos y el poso de humedad que dejó sobre todas las superficies.

Don Lisardo le esperaba ante la cancela de la Casa Azul, como si no se atreviese a entrar sin compañía. Probablemente fuera así. Ismael se había preguntado muchas veces qué razones podían impulsar a un hombre tan parsimonioso a ser alcalde de Llanes, y sospechaba para sí que la ambición de Brígida y su afán por figurar estaban detrás. Don Lisardo sufría el purgatorio del matrimonio en vida; una lástima, porque era un buen hombre. En el cielo lo recibirían con los brazos abiertos en cuanto llegase su hora.

—Supongo que vienes cargado de razones —dijo Ismael antes de cruzar la cancela.

—Me incomoda hacer de pedigüeño —reconoció el alcalde quejumbroso.

—Y por eso me has pedido que te acompañe, porque soy el cura y estoy acostumbrado a mendigar… —le espetó el sacerdote con sarcasmo. Lisardo se limitó a encogerse de hombros, pues sabía que, en el fondo, tenía razón.

Una sirvienta vestida de negro y cubierta de puntillas blancas los acompañó hasta el salón. Ismael reparó en que el uniforme de la criada encajaba a la perfección con el tablero de ajedrez que reproducía el suelo del vestíbulo. Melgar los recibió en pie. Primero saludó al alcalde, con quien mantenía una relación bastante cordial, y después le tendió la mano a él, acompañada de una sonrisa que parecía sincera. El sacerdote se esforzó en ocultar su aversión, a pesar de que no le resultaba nada fácil. Se obligó a recordar que no estaba allí por él, que había vidas en juego y que debía cumplir con los dictados de su conciencia. Mientras les servían la merienda, aprovechó para observar a Mario con atención: el indiano mantenía el porte de antaño, pero sus facciones acusaban los veinte años transcurridos desde que emigró a Cuba. «El tiempo pasa para todos

—pensó Ismael—; para todos menos para Mina, que yace muerta extramuros desde hace dos décadas». El rencor añejo se transformó en un reguero de bilis que le inundó el estómago. Ya no sería capaz de probar bocado, por delicioso que estuviese.

—El faro se averió durante la última galerna que asoló la costa de Llanes y los expertos afirman que la reparación será costosa. El ayuntamiento carece de recursos para sufragarlo. Los pescadores no pueden faenar de noche y, si no le ponemos remedio, no tardará en ocurrir una tragedia —dijo el alcalde, que traía el discurso preparado de casa.

Mario asintió como el que oye llover. Ya le había donado al pueblo una pequeña fortuna: el colegio para niñas, la ampliación del hospital… Estaba comprando la gloria a precio de oro y nunca parecía ser bastante.

—Tú fuiste pescador antes de emigrar… —afirmó el sacerdote fijando sus ojos en él. Esa mirada, que lograba desnudar el alma, lo removió por dentro. Mario recordó la noche en que naufragó en las proximidades de la Roca del Diablo junto a su hermano Simón y lo cerca que llegaron a estar de la muerte.

—Y estuve a punto de hundirme en una noche huérfana de luna y estrellas —señaló más bien para sí mismo.

—Entonces, comprenderás la falta que hace reparar el faro y la de vidas que salvará tu buena obra —añadió Ismael, y tuvo que emplearse a fondo para evitar que se le atascasen las palabras.

—El pueblo siempre necesita dinero para algo —replicó Melgar, pese a que ya estaba convencido: su hermano era uno de esos pescadores que se beneficiaría de la reparación. No obstante, se le ocurrió que podía cobrarse el favor. ¡Qué menos! Seguro que entre el alcalde y el sacerdote manejaban más información que el común de los mortales. Se animó a preguntar; no perdía nada por intentarlo —. Hace veinte años, antes de emigrar a Cuba, conocí a una joven que se llamaba Mina Lorenzo. Mi hermano Simón me contó que, por desgracia, Mina falleció muy joven, pero me gustaría saber si tuvo algún descendiente y, de tenerlo, si vive en Llanes.

Don Lisardo abrió unos ojos enormes, fruto de la extrañeza, y se removió de lo más incómodo en la silla. El padre Ismael no se inmutó: su rostro era una máscara carente de emoción. Ambos guardaron silencio y Melgar lo entendió. Mina se había arrojado por un acantilado y, en los lugares pequeños, tragedias como la suya pervivían a pesar del tiempo transcurrido. Las heridas se mantenían abiertas y jamás llegaban a cicatrizar por completo. Pero él necesitaba saber. Se sorprendió al percatarse de esa realidad: de lo mucho que necesitaba saber. Solo el alcalde se atrevió a responder:

—Fue una desgracia tremenda —narró con voz apagada—. Todavía recuerdo el dolor de su hermana. Por aquel entonces, yo era carabinero y estaba patrullando en la playa cuando encontraron el cuerpo. Las olas lo condujeron hasta la orilla. Avisaron a la familia y su hermana llegó poco después. No quería soltarla. No paraba de gritar: «¿Por qué me dejas tan sola?, ¿por qué…?».

Mario apretó los ojos para tratar de borrar la imagen que, fruto de la imaginación, cobraba forma en su mente. Sin embargo, la culpa era una emoción muy poderosa y no bastaba con mirar hacia otro lado para vencerla. Había llegado el momento de enfrentarse a los fantasmas del pasado y de saldar sus deudas con la vida.

—¿Tenía hijos? —preguntó, sintiendo que las palabras formaban una bola de esparto atascada en su garganta.

El padre Ismael abandonó su mutismo y negó con la cabeza. De repente parecía molesto, incluso enfadado, como si intuyese que Mario tenía alguna responsabilidad en la muerte de Mina. No era posible; no lo creía. ¡Qué podía saber un cura de pueblo de la vida de los hombres!

Al indiano se le olvidaba que los sacerdotes conocían mejor que nadie el lado oscuro de las personas.

Fue don Lisardo quien habló de nuevo:

—Creo recordar que estaba soltera, pero su hermana Alba tiene dos hijos… Ella podría informarte mejor —el regidor miró a Ismael buscando su aprobación. El cura frunció el ceño; un gesto que no le pasó desapercibido a Melgar. De pronto, todas las piezas encajaron

en su memoria: las hermanas Lorenzo bailando juntas en las fiestas de la Magdalena. Mina y Alba, Alba y Mina. Lo difícil que le había resultado separar a la una de la otra; los reproches de Alba cuando supo que iba a emigrar a Cuba; la noticia del supuesto embarazo de Mina; su huida… Pero no había ningún rastro del hijo de Mina, de su hijo… ¿Dónde estaba?

Una idea descabellada, una posibilidad incierta, penetró en su mente y ya no pudo liberarse de ella. Cruzó la mirada con el sacerdote y la apartó veloz temiendo que pudiese leer en él. Necesitaba tiempo para pensar.

—De acuerdo. Pagaré la reparación del faro —concluyó poniéndose en pie con inesperada agilidad. El alcalde tragó a duras penas el último pastelito de crema y le imitó. Antes de irse, y a modo de presente, le entregó al indiano una botella que contenía un líquido rojizo.

—Licor de guindas —explicó—. Es un manjar del cielo —bromeó señalando a Ismael. Melgar lo aceptó sin darles las gracias, dejó el recipiente sobre el escritorio y los acompañó a la puerta del salón. Al verlos partir, un nuevo interrogante acudió a su cabeza, aunque esta vez se lo guardó para sí:

«¿Por qué sabe el cura que fui pescador?».

DIARIO DE AMARA

La Habana que me encontré era como un polvorín a punto de estallar. Me entristece pensar que no fui consciente de la situación política de Cuba hasta que puse un pie en sus calles. Mi vida se había reducido a lo que sucedía tras los lindes de la Hacienda Alvarado, pero aquel mundo, tan pequeño y limitado, dejaba demasiadas cosas afuera. Empecé a verlo mientras recorría la isla y lo confirmé cuando llegué a una capital en plena ebullición.

La ciudad está dividida entre los partidarios de la independencia y los leales a España, la madre patria. Dos bandos irreconciliables condenados a convivir, al menos de momento. Las discusiones, las injurias, incluso las peleas físicas, forman parte del día a día. Una mujer sola y, para más inri, mulata y liberada, debe moverse por la ciudad con todos los sentidos alerta.

Lo primero que hice al llegar, fue buscar un alojamiento digno de mí. Las familias pudientes viven en las mansiones y los palacetes de La Habana vieja. Los negros libres y los blancos pobres lo hacen en los barrios nuevos, construidos más allá de una muralla que, una vez derribada, solo existe en la mente de los hombres. Después de mucho callejear, encontré acomodo en La Criolla, una pensión regentada por una estadounidense que solo admite a mujeres sin importarle la raza. La propietaria me cobró una semana por adelantado y no hizo preguntas sobre mi origen. Se limitó a soltarme una retahíla de normas que, como los diez mandamientos, se resumen en dos: cuidarás de la habitación como si fuera tu casa y

no permitirás que ningún varón entre en ella. Más adelante supe que Lorna —así se llama la americana— renegaba de los hombres a causa de un desengaño amoroso que le rompió el corazón. Los metía a todos en el mismo saco y no era capaz de perdonar una traición que la había dejado marcada a fuego.

Animada por las corrientes políticas y sociales que agitan la ciudad, frecuenté los cafés, las tertulias y los teatros donde tenían lugar encendidos debates. Llegaba tarde, cuando las discusiones ya habían comenzado, y me ocultaba en una esquina, en la penumbra, para evitar las atenciones de los hombres. Absorbía cada frase y cada argumento que allí se exponía. Descubrí muchas cosas, aprendí otras, pero no tardé en decepcionarme: las ideas de ambos bandos están teñidas de una violencia carente de sentido.

Yo vine a La Habana para instruirme, para sanar a la gente y construir un mundo mejor. Ellos solo pretenden destruir al adversario; sin darse cuenta de que, en ese proceso, también se destruyen a sí mismos. No existe ideal que pueda sostener la violencia. Después de un tiempo, olvidé la política y regresé a mis orígenes. He recorrido las calles, los mercados, las casas de cura y los hospitales. He visitado a los curanderos, los medicastros, los sacamuelas y las parteras. Aprendí de todos ellos, aprendí hasta de sus trampas. También he hecho acopio de hierbas, polvos, ungüentos, bálsamos y sanalotodos. Mi bolsa guarda tesoros más valiosos que las joyas. Le curé a Lorna un sarpullido que tenía en los muslos que la estaba consumiendo con su comezón; salvé al niño de una vecina que se había intoxicado con carne en mal estado; ayudé a una anciana para que su tos crónica la dejase dormir por las noches. Su hijo, que regenta la taberna más popular y concurrida de extramuros, se ocupó de divulgar mi fama de sanadora entre toda su clientela. También me asignó una mesa fija en el Morronegro, su local, para que pudiera reunirme con todo aquel que reclamase mis servicios.

Apenas llevo seis meses viviendo en La Habana y ya he formado una pequeña familia a mi alrededor. Me cuidan, como yo lo hago con

ellos, y me siento agradecida. Paso los días sanando y las noches bailando y tomando ron en el Morronegro. No sé cuál será mi siguiente etapa, pero prolongar esta me parece la mejor de las ideas.

Por primera vez, me siento joven, libre y llena de vida.

No quiero perder esa sensación tan maravillosa.

33
The fool on the hill

Llanes, 1971

Nuria desconocía las circunstancias concretas que habían reunido a su marido y a Rafael Sancristóbal. Ni siquiera quiso profundizar en ello. ¿Para qué? Ambos habían forjado algo parecido a una amistad basada en intereses comunes. La caza, por supuesto; la pesca también y, por encima de cualquier otra cosa, la afinidad al régimen de Franco y su ideario. Mentar al general Orlando Vallejo abría puertas y torcía voluntades, tal era el poder y la influencia del padre de Julio.

Sancristóbal los invitó a cenar en su casa y Julio aceptó de inmediato, sin consultarle, cómo no, pues buscaba congraciarse con él. Rafael ostentaba el cargo de comandante de la Guardia Civil y su esposo sabía que socializar con el «cuerpo» solo le aportaría ventajas.

El comandante Rafael Sancristóbal vivía, junto al resto de su familia, en una vieja casita de pescador cercana al puerto. Si se dejaba a un lado la humedad y el pestilente olor que emanaba de la ría durante las mareas bajas, se podía encontrar cierto encanto en la rusticidad y el apiñamiento de las viviendas. Sus balcones y corredores habían sido colonizados por las macetas de geranios y la ropa tendida.

La pareja subió unas escaleras estrechas y empinadas, cuya única virtud consistía en que eran pocas. La puerta de la casa estaba pintada de azul cerúleo y tenía por aldaba un puño de bronce. La madera se veía abollada y la pintura algo descascarillada en el lugar donde descansaba el puño. Julio lo golpeó con fuerza y, poco después, les abrió una mujer con una niñita en brazos.

—¡Hola, hola! Pasad, por favor. Rafael está terminando de cambiarse. No le gusta cenar con el uniforme puesto. Os acompaño al salón —dijo la mujer un tanto aturrullada. La niña, que se agitaba con fuerza, se echó a llorar justo entonces. Su berrido, *in crescendo*, les taladró los oídos y provocó la aparición del padre al final del pasillo.

—¡Carmen, deja a la chiquilla en la habitación! —gritó haciendo aspavientos con las manos.

Carmen se azoró y se quedó atascada en mitad del pasillo. Miraba a los invitados, miraba a su esposo, sin terminar de decidirse. Sancristóbal la agarró del brazo y la empujó de malas maneras. La perdieron de vista, pero aún se oía el llanto de la pequeña.

—¡Maldita sea mi estampa! —Blasfemó el comandante con los brazos en jarras. Luego observó a Julio, dibujó una sonrisa lobuna y se acercó negando repetidamente con la cabeza—. ¡Bienvenido a mi casa, amigo! —Añadió, y le estrechó la mano con fuerza.

—Esta es Nuria, mi mujer.

Nuria se estremeció levemente: aquel «mi» le había sonado más posesivo que nunca. Se esforzó en sonreír a pesar de la tensión del ambiente. El aspecto de Rafael —el prototipo de guardia civil con mostacho abundante y mirada inquisitiva, casi acusatoria— no la ayudaba a relajarse.

—Gracias por invitarnos a cenar —dijo, y sin olvidar sus buenos modales, agregó—, tenéis una casa muy bonita, muy pintoresca. —Y era verdad: las vigas de madera del techo, las paredes de piedra y las baldosas del vestíbulo, con tanta solera como bien conservadas, conformaban un entorno hogareño y acogedor. La presencia de Sancristóbal era lo único que diluía esa impresión.

—¡Para casa, la vuestra! —exclamó jocoso, palmeando la espalda de Julio.

—Tengo mucho trabajo por delante hasta que consiga dejarla como quiero…

Las palabras de su marido, pronunciadas con una naturalidad pasmosa, consiguieron incomodarla de nuevo. La Casa Azul formaba parte de la herencia de su padre, pertenecía a los Melgar, su linaje, pero Julio se la había apropiado, como hacía con todo. Un intenso malestar ascendió por su cuerpo y se le agolpó en la garganta hasta formar una bola densa y pesada. Cerró la boca. Guardó silencio. Si hablaba, sería para escupir su amargor y eso solo le causaría problemas. Callar daba mejor resultado, aunque con ello se envenenase por dentro.

La tensión se mantuvo durante toda la cena como una especie de efluvio que emanase de sus cuerpos e impregnara la estancia. Carmen se esforzaba en agradar, pero la sopa estaba insípida y el pescado seco, pasado. Los hombres se excedieron con la bebida, perdiendo el poco control que tenían, y Sancristóbal apartó el último plato con un gesto despótico cargado de desprecio. Una copa de vino tinto se derramó sobre la mesa y Carmen sofocó un grito. Se retiró a la cocina en busca de un paño.

—Disculpad a mi mujer…; no sé qué coño le enseñó su madre. No sabe hacer nada bien, ni siquiera la cena —declaró sirviéndose más vino—. Julio soltó una carcajada forzada y arrimó su copa. Nuria, incómoda, se removió en la silla. Detestaba cada segundo, cada minuto y cada hora de aquella cena impuesta por su marido. Y no era por la comida, no —la bola de malestar crecía en su garganta y apenas podía tragar—, sino por la prepotencia de los dos hombres sentados a la mesa.

—¿Piensas que tú lo harías mejor? —preguntó impelida por la rabia y el hartazgo. Se arrepintió de inmediato.

Julio dio un golpe en la mesa y ella se asustó. La cristalería de los Sancristóbal también se agitó. Nuria mantuvo la mirada baja, detenida en la superficie del mantel y en la mancha escarlata, como

una niña pillada en falta.

—Deberías disculparte con Rafael. —Julio sonaba tenso, lleno de aristas.

La rebeldía pujó por salir a la superficie, pero la doblegó. Aun así, le sorprendió su fuerza. Tragó bilis y, antes de hablar, sintió cómo se depositaba en el fondo de su estómago.

—Lo siento, Rafael. Ha sido un error…

—Cada error tiene su penitencia —afirmó su esposo con una amenaza latente en la voz.

El resto de la velada transcurrió entre silencios y alcohol. El matrimonio regresó caminando, envuelto en una nube de hostilidad y sin decir ni una sola palabra. Una vez que atravesaron la puerta de la Casa Azul, la furia de Julio estalló en cientos de astillas puntiagudas y Nuria supo que tendría que pagar un precio por su «error». Rezó para que no fuese muy alto.

—¡Que sea la última vez que me avergüenzas en público! Eres una maleducada. No puedes hablarle así a mi amigo —gritó sujetándola del brazo. Los dedos de Julio se le clavaron en la piel como tenazas calientes. El dolor avivó la llama del rencor y ya no pudo esconderlo.

—¿Amigo? ¿Qué amigo? Si acabas de conocerlo… Rafael es un tipo despreciable. ¡Le detesto! —En realidad le despreciaba por ser el vivo reflejo de Julio. Todo lo que odiaba de uno, lo encontraba en el otro. Pero eso no podía decírselo a su esposo.

—¿Cómo te atreves? ¡Serás zorra! —La bofetada vino de repente, dura y lacerante; aunque fue mucho peor la indignidad que trajo con ella. La humillación le impulsó a devolvérsela. Ni siquiera era consciente de lo que hacía. Le arreó un golpe torpe y desmañado, pero suficiente para despertar a la bestia. Y Julio la soltó— solo un instante —para deleitarse en lo que iba a hacer.

Saltó como un depredador sobre ella. Le pegó un puñetazo en el estómago. Nuria se plegó sobre sí misma para superar el intenso dolor. Julio, ciego de ira, no tuvo compasión. La agarró del pelo, tiró con fuerza y le arreó una patada en el pecho. El mundo de Nuria

explotó y su cuerpo también. Quiso gritar, pero se había quedado sin aire. Derramó lágrimas de aflicción, de rabia y de miedo frente a un futuro que no dejaba ningún resquicio a la esperanza.

—Es culpa tuya —le dijo su marido desde arriba. No había el menor remordimiento en sus palabras; más bien lo contrario—. No vuelvas a desafiarme, Nuria. Tienes todas las de perder.

* * *

¿Cómo enfrentarse a la vida después de algo así? ¿Cómo atreverse a abrir los ojos para descubrir que la pesadilla es real, que el sufrimiento es real y que abarca toda la aflicción del mundo?

A la mañana siguiente, apenas podía moverse. Cada ademán, cada gesto, venía acompañado de una descarga de dolor y de recuerdos. Permaneció acostada, quieta, con la cabeza cubierta por la sábana y el odio envenenando su sangre y expandiéndose por todo el cuerpo. Aborrecía a su marido, pero a su padre también. Abel la había empujado al matrimonio con Julio para morirse poco después y dejarla sola con su verdugo; su egoísmo no tenía perdón. El resentimiento se extendió hasta su madre, aunque sabía que ese era un pensamiento injusto. No le importó, en aquel instante no. Las ideas grandilocuentes, como la justicia, la equidad o la mesura, se habían esfumado bajo el peso de su viacrucis.

Pensó en Malena, la joven acusada del asesinato de Mario Melgar. La imaginó recluida en una cárcel de finales del siglo pasado: la penumbra, la humedad y el frío devorando cada esquina de la celda y de su vida. Ella había sufrido su propio calvario. Nuria se preguntó si los secretos de los Melgar tendrían su origen en aquel crimen tan antiguo. Necesitaba saber cómo se había resuelto. O quizás necesitaba una razón para levantarse de la cama y no rendirse para siempre.

Trató de incorporarse. El dolor ascendió en oleadas, cada cual

más intensa que la anterior, hasta que consiguió ponerse en pie. Fue su primera victoria. Se contempló en el espejo. La bofetada de Julio le había dejado un rastro de humillación en la cara. Se maquilló para ocultarlo, pese a que el poso del maltrato en la piel no desaparecía por arte de magia. Bajó las escaleras como si tuviese cien años y se preparó un café en la cocina. Le añadió un poquito de leche, azúcar y lo removió con la cucharilla. Lo dejó sobre la encimera. Todo lo cotidiano, todo lo que haría cualquier día normal, le recordaba que su vida ya no lo sería nunca más. Nunca sería normal. Sus manos temblaron y tuvo que entrelazarlas para controlar el temblor. Las lágrimas acudieron a sus ojos dotadas de voluntad propia. Un gemido, similar al de un animal herido, le brotó de las tripas y se le atascó en la garganta.

Lo reprimió. Como había aprendido a hacer con tantas cosas que se quedaban atrapadas en su interior. Apretó los ojos con fuerza. Respiró. Se dejó acunar por el ritmo de su respiración, por el latido del corazón. Cuando estuvo preparada, los abrió de nuevo. El café humeante la esperaba. Agarró la taza y miró más allá de las ventanas, hacia el jardín. El jardinero, de espaldas a ella, rastrillaba las hojas vencidas por el viento. Se dio la vuelta y la vio. Nuria le saludó con la mano, como habría hecho una niña pequeña. Él se quedó parado unos segundos, pero no le devolvió el saludo. Ella se azoró y se retiró de la ventana. Se tomó el café. Pese al calor y al azúcar de la bebida, su amargor se le hizo hiel en el estómago.

Abandonó la casa por la puerta principal. Al salir, echó un vistazo al cielo: el azul intenso, tan esquivo en el norte, reinaba en solitario. Ni una nube cuestionaba su hegemonía. Dio un paso sin mirar dónde pisaba, tropezó y se habría caído de bruces de no ser porque alguien la sujetó. Los culpables: una manguera y el jardinero de nuevo. Ella no supo disimular su sufrimiento: se extendía por todo su ser como olas indómitas.

—¿Se encuentra bien, señora? —le preguntó el hombre extrañado.

Guarecida bajo sus enormes gafas de sol, al más puro estilo

Jackie Kennedy, creyó que iba a desmoronarse de nuevo. Se esforzó en contener las lágrimas. No debía confiar en un hombre contratado por Julio. Tarde o temprano habría de pagar esa debilidad y el precio sería muy alto.

—Estoy bien —contestó antes de desembarazarse del brazo del jardinero. Se irguió, encontrando fuerzas donde ya no le quedaban, y se alejó de él con paso doliente.

34
La revancha del amor

Llanes, 1890

La visita del alcalde y el sacerdote le había dejado una sensación extraña e incómoda de la que ya no pudo librarse. El pasado, relegado al olvido durante más de veinte años, cobraba de repente un protagonismo inesperado. La incertidumbre sobre la existencia de un hijo desconocido o nonato iba camino de convertirse en obsesión. Quizás le vendría bien dar un largo paseo por la costa; respirar aire fresco siempre le había funcionado para aclarar las ideas. Cogió el *canotier*, el bastón y se marchó sin despedirse de nadie por la puerta de atrás. Atravesó el camino de lajas grises y se detuvo frente al panteón. Tan solo quedaba un pequeño andamio en pie que usaba el escultor para dar los últimos retoques a la efigie del ángel armado con una espada. Alguien había retirado la tela que la cubría. El realismo de la estatua lo perturbó y se sintió juzgado y condenado por su mirada acusadora. Mario se preguntó si el juicio final sería así de intimidante. No tenía respuesta. Apuró el paso, pero no pudo evitar que un escalofrío le sacudiera el cuerpo.

Se alejó por los caminos que rodeaban la parte posterior de la finca. Los siguió en dirección al Paseo de San Pedro, una extensión de arbolado y hierba que lindaba con los acantilados y ofrecía unas sobrecogedoras vistas al Cantábrico. La brisa olía a mar y el aire

estaba cargado de gotitas repletas de agua y sal. Impelido por sus viejos fantasmas, tuvo la tentación de acercarse a la cabaña de pescador donde había seducido a Mina Lorenzo. Descendía por el sendero que llevaba a la cabaña, cuando vio a dos personas paseando de la mano por la playa. Reconoció a Malena de inmediato: el color de su piel y los atavíos de criolla resultaban inconfundibles. ¿Quién era el joven que la acompañaba? Aguzó la mirada para verlo mejor. Parpadeó confuso, extrañado. Tuvo la sensación de que el mundo se le caía encima. Negó con la cabeza varias veces. Cerró los ojos y los apretó con fuerza. Al abrirlos de nuevo, la realidad no había cambiado: el muchacho era igual que su hermano Simón veinte años atrás. Ofuscado por el singular parecido, tardó unos segundos de más en darse cuenta de que la pareja dejaba la playa y se dirigía al camino. Tomó una decisión osada y se colocó justo en medio, donde Malena pudiese verlo. Esperó, aunque tuvo la impresión de que el tiempo se detenía para él. Casi deseó que fuera así.

—¡Mario…! —gritó Malena sorprendida—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Ella apuró el paso para ser la primera en alcanzarlo. Su mirada estaba repleta de dudas, pero tendrían que aguardar un momento mejor, puesto que él se le adelantó.

—¿Quién es el joven que te acompaña? Ignoraba que tuvieses amigos aquí…

—Es el hijo de la cocinera —contestó; esa era la respuesta más fácil. No quería mentir y tampoco quería abrirle su corazón a Mario.

—¿De mi cocinera? —preguntó perplejo. Entretanto, su cerebro se afanaba en atar cabos.

Malena asintió.

—Sí, el hijo de Alba…

—¡¿Alba?! ¡Qué dices! ¿Su madre se llama Alba Lorenzo? —preguntó agarrándola del brazo.

—¿Qué pasa, Mario? Me estás asustando.

Melgar reaccionó justo a tiempo. Lo último que pretendía era asustar a Malena. Ella no tenía nada que ver con sus errores del

pasado. Necesitaba tiempo para pensar. Necesitaba enfrentarse a la hermana de Mina para aclarar las cosas de una vez por todas. No podía tomar ninguna decisión sin conocer la verdad.

—No pasa nada, querida. No te preocupes… —dijo antes de irse, pese a que fuera mentira.

Si estaba en lo cierto, su vida estaba a punto de dar otra vuelta de tuerca.

Nada volvería a ser como antes.

* * *

Mario Melgar solo había amado una vez. Había jugado con sus mejores cartas, apostado fuerte y, aun así, perdió. Él, que había ganado tantas veces en los asuntos del corazón sin darle la menor importancia, tuvo que conocer la amargura de la derrota. Fue un trago duro. Todavía notaba el resquemor en el fondo de la garganta. Jamás podría olvidar a Amara Alvarado, la mujer más maravillosa que había conocido nunca. Ni siquiera la muerte había logrado borrar su impronta. Solo tenía que cerrar los ojos para volver a ver su rostro: el óvalo perfecto, la mirada ambarina, la piel sedosa… Por no decir que tenía a Malena, casi una réplica de su madre, para recordársela cada día. Abrió el cajón de su escritorio y sacó la bolsita de arpillera que, entre tanta riqueza, se había convertido en su posesión más valiosa. Deshizo la lazada, la aflojó y volcó un puñado de cauris en la palma de la mano. Las conchas eran un regalo de Amara. Ella sabía que él no tenía talento para ver el futuro, ni siquiera para intuirlo, pero al menos su magia lo ayudaba a pensar.

Lo habría dado todo por conseguir a Amara, pero también se sentía orgulloso del modo en que la había perdido. Ella eligió a Bruno, su mejor amigo. Bruno Bastida había sido un hombre ejemplar: generoso con las personas, optimista con la vida y luchador hasta su último aliento. La suerte le había sonreído cuando

sus caminos se cruzaron a bordo del bergantín Habana. Los dos se enriquecieron a golpe de entusiasmo y esfuerzo. Fue mucho más que un hermano, un compañero de aventuras. Nadie mejor que él para entender la elección de Amara. Le costó asumirlo, sí. Durante un tiempo se apartó de ellos y sufrió el desengaño como un animal herido. Pero aceptar la relación de sus amigos y seguir a su lado fue la cosa más honorable y menos egoísta que había hecho en toda su existencia, y lo único que le reconciliaba con el dolor que había causado antes.

Enfrentado a sus dilemas, se preguntó qué habría esperado Amara de él. Ella siempre fue como un faro en la tormenta, su brújula moral. Su ejemplo le servía de inspiración, le decía lo que tenía que hacer, cómo y cuándo. Los hijos, quisieran o no, heredaban las vidas de sus padres, pero sería demasiado injusto que también tuviesen que pagar el precio de sus pecados. Malena no tenía la culpa de nada y su único deber era protegerla. Se lo había prometido a su madre.

Melgar tomó una determinación y devolvió los cauris a su lugar: ya habían cumplido con su misión.

Esperaba no errar.

No quería causar más daño.

DIARIO DE AMARA

¿Cómo saber dónde reside el amor?

Esta es una pregunta que no he tenido que hacerme hasta ahora, aunque creo que la respuesta no será más sencilla por el mero hecho de haberla pospuesto. Mi ignorancia en lo que respecta al amor y sus efectos se equiparaba a mi incultura sobre temas políticos y sociales. Lo malo es que lo relativo a los sentimientos no podía solventarlo acudiendo a tertulias y conferencias. Escuchaba a las mujeres cuando hablaban de sus maridos y sus amantes. Retenía en mi memoria las quejas, siempre las mismas, y las expresiones mordaces. Las mujeres formaban una especie de hermandad en la que el varón parecía ser el enemigo y, sin embargo, no concebían una vida sin él. No tenía sentido, pero no me atrevía a juzgar: solo sabía lo que me contaban.

Conocí a Mario y Bruno en el Morronegro. No fue un buen comienzo, ni siquiera prometedor: el primero estaba borracho y el segundo inconsciente. Tomás, el propietario del local, iba a echarlos a la calle, donde no tardarían en robarles el dinero y hasta los zapatos, si no oponían resistencia. No sé por qué me apiadé de ellos. ¿Tal vez porque eran jóvenes y guapos a rabiar? No diría que no. Le pedí a Tomás que me ayudase a llevarlos al almacén. Protestó, pero lo hizo. Les preparé un tónico, otro de mis inventos, que había demostrado tener un efecto vigorizante. Esperaba que tuviese la misma eficacia para disipar los efectos del alcohol. Apreté la nariz del desmayado y, cuando abrió la boca para respirar, le

introduje el líquido en la garganta. Sin piedad. Tragó a duras penas y parte del brebaje se le escapó entre toses y estornudos. Luego me ocupé del otro que, aunque me miraba muy fijo, tenía los ojos vidriosos y no paraba de agitar las manos ante sí, como si pretendiera espantar una mosca. «Confía en mí», le dije con ternura y, curiosamente, se aplacó. Se bebió el tónico con idéntica avidez que el ron del Morronegro. Decidí que lo mejor sería dejarles descansar un rato en el almacén, donde estarían seguros, y volver más tarde para comprobar si habían superado la borrachera. Antes de irme, el más sobrio de los dos me agarró de la mano y tiró de mí hasta dejarme a un palmo de su rostro. «Eres preciosa», me dijo y sonrió tratando de resultar seductor. El aliento le olía a alcohol, estaba desaliñado y sus rasgos distorsionados por culpa de la bebida. Aun así, sentí que se me cortaba la respiración. Algo se me removió por dentro y esa inquietud me llevó a liberar mi mano con presteza. Él me soltó sin oponerse y, cuando ya me marchaba, me gritó a la espalda: «Vuelve pronto, por favor».

Regresé media hora después y el tónico había obrado su milagro. Ambos permanecían sentados donde los había dejado, apoyados en una barrica de ron, pero se les veía más lúcidos y despejados. Cuando repararon en mi presencia, los dos se pusieron en pie como impulsados por un resorte. Tenían una altura y complexión física similar. Se acercaron y se presentaron con modales de caballero. No pareció importarles que fuera mulata, pero eso no resultaba tan raro en La Habana, donde la escasez de mujeres reducía los prejuicios de los varones. En la isla se formaban parejas, incluso matrimonios, que habrían sido impensables en la madre patria.

«Me llamo Mario, Mario Melgar», dijo el más espabilado de los dos. «Y yo soy Bruno Bastida», añadió el otro con una timidez encantadora. Los amigos, que según me contaron se habían conocido en el barco que les trajo a Cuba, vivían en una hacienda cercana a La Habana. Asumiendo mi papel de sanadora, les regañé por sus excesos, como haría una madre con sus hijos. Bruno se mostró más arrepentido que Mario. La mirada de este, entre picara y

divertida, logró que me pusiera nerviosa. Los saqué del almacén de Tomás y me despedí de manera precipitada. Fui desabrida a conciencia y les reproché haber malgastado demasiado tiempo en ellos. Pensé que no volvería a verlos nunca más. De hecho, una parte de mí deseaba no volver a verlos.

Claro está que me engañaba.

La noche siguiente regresaron al Morronegro.

35
Ask me why

Llanes, 1971

Podía sentir las miradas de la gente sobre su piel, aunque nadie la estuviese mirando. Su vergüenza, a sabiendas de que ella no era culpable de nada, encendía un fuego que la consumía por dentro. Las emociones se estrellaban unas con otras y se rompían en esquirlas afiladas que le hacían más daño. Abrumada, se detuvo a la orilla del río Carrocedo, justo antes de cruzar el puente. Se apartó a un lado. Cerró los ojos, ocultos tras las gafas de sol, y apretó los puños con fuerza. Aflojó la presión al notar las uñas clavándosele en la piel. Su cuerpo se desinfló, perdió el equilibrio y se dejó caer sobre un banco. Una gaviota, compañera de asiento, emprendió el vuelo enojada tras soltar un graznido. Nuria agachó la cabeza para sofocar el desmayo y su pesar se diluyó en un mar de lágrimas que cayeron al suelo como si viajaran atraídas por el curso del agua.

Se concedió un tiempo para recobrarse: así no podía seguir. Se recostó en el banco, dejó que la brisa le acariciase el rostro y que las vidas de otros la envolvieran y la apartasen de la suya. El puerto de Llanes bullía de actividad: pequeños barcos pesqueros que zarpaban y atracaban; marineros que revisaban las nasas; mujeres que reparaban las redes; camareros que atendían las mesas de los bares cercanos, todos ellos entretenidos en sus afanes diarios. Quiso

contagiarse de su fortaleza, de sus esfuerzos, de esa apariencia de vidas corrientes y rutinarias que la mayoría de las veces resultaba tan falsa.

La gaviota regresó para reclamar su sitio. Estiró el cuello y balanceó el pico. Desplegó las alas y las agitó en dirección a ella. Su primer instinto fue recular, pero no iba a tener menos agallas que un pájaro para defender lo que era suyo. La espantó chillando y moviendo los brazos. No le importó parecer una loca.

No se dejaría vencer sin oponer resistencia.

Desechó las lágrimas con el dorso de la mano y se puso en pie de nuevo.

* * *

Natividad la recibió en la redacción de *El Oriente* como a una vieja amiga. Nuria se quitó las gafas de sol —lo contrario sería muy raro— y reunió el valor necesario para enfrentar su mirada. La recepcionista le devolvió una sonrisa cariñosa, abierta y sincera. A pesar de sus recelos, no se le notaba en la cara que era una mujer maltratada. Suspiró aliviada. Hasta ella misma podría olvidarlo por unos minutos.

—¡Nuria, qué alegría verte de nuevo! ¿Vienes a consultar la hemeroteca? —Nuria asintió varias veces—. Bien, dame un minuto que aviso a Román.

Nati cogió el teléfono y marcó la extensión del periodista. Pocos minutos después, Cueto bajaba las escaleras para reunirse con ellas.

—Me gustaría consultar los diarios que siguen —explicó—. La última vez me fui con prisa, pero antes de irme descubrí algo… diría que muy sorprendente.

—¿Algo sorprendente sobre Melgar? —preguntó Román como buen periodista.

—Sí, sí, sobre Melgar. Al parecer, cuando Mario regresó a Llanes

venía acompañado de una joven mulata. Se llamaba Malena Bastida. Nadie sabía quién era, ni qué tipo de relación mantenía con él, pero todo el mundo especulaba al respecto. Se convirtió en la comidilla del pueblo.

—Eso que dices resulta muy interesante…

—Sí, aunque me temo que no es más que el principio. Tiempo después, vuestro periódico publicó el obituario de Melgar.

—Creo recordar que tuvo una muerte violenta —dijo Román frunciendo el ceño.

—¡Exacto! —exclamó complacida—. Veo que estás bien informado. ¿Y sabes a quién detuvieron por el asesinato de mi tatarabuelo?

—¿¡A la mulata!? —La respuesta del periodista era mitad afirmación, mitad pregunta.

Nuria abrió unos ojos enormes y enmudeció de asombro hasta que Cueto la sacó de su error:

—Nooo, no lo sabía —le aclaró riendo—. Solo es una manía que tengo: sumar dos y dos. La mayoría de las veces me equivoco por hablar demasiado; esta es la excepción.

—Tengo que seguir buscando, Román.

—¡Claro que sí! —afirmó Cueto comprensivo—. Espera en la biblioteca; ya sabes dónde está. Te subiré los archivadores en un periquete.

El periodista regresó poco después con dos cajas de cartón repletas de diarios. Se disculpó con ella por no poder acompañarla en la búsqueda. Tenía que redactar un «apasionante» artículo sobre la recogida del ocle, dijo, el alga de moda y la última obsesión de su jefe.

Nuria consultó un periódico tras otro. *El Oriente de Asturias* continuaba siendo un registro minucioso de los sucesos de la comarca, loas a personajes célebres y anuncios de los negocios locales. Buscó sin encontrar nada. Absolutamente nada. Ni una sola referencia a los Melgar. Ni una sola palabra sobre Malena. Volteó las páginas a un lado y al otro. Arrugó la frente extrañada. El rastro de

su antepasado no podía haber desaparecido así como así. Comprobó las fechas de los periódicos: 1892 y 1893. Cueto se había equivocado con los archivadores. Faltaban los diarios de 1891.

Inquieta por no poder avanzar en sus pesquisas, se puso en pie. No quería molestar al periodista, pero cualquier referencia a la muerte de Melgar tenía que estar en la prensa de aquel año. El resto era perder el tiempo. Tomó una decisión. Quizás abusaba de la buena voluntad de los empleados de *El Oriente de Asturias*, pero en tal caso tendrían que ser ellos mismos quienes se lo dijeran.

Natividad no le puso ningún reparo y telefoneó a Román de nuevo. Cueto la acompañó de vuelta a la biblioteca y revisó la fecha de los documentos. Comprobó los archivadores: 1892 y 1893. Guardó silencio y negó con la cabeza varias veces.

—Lo lamento —dijo con expresión compungida—. No has tenido suerte. Nuestra hemeroteca tiene pocas lagunas, pero me temo que nos hemos topado con una de ellas.

—¿Qué quieres decir?

—Ni el periódico se publicó todos los años, ni conservamos todos los ejemplares —afirmó con cierto pundonor.

—Y falta todo 1891 —dijo Nuria sin dar crédito a lo que oía.

—No sé qué decirte… Sigue buscando —propuso—. Puede que, años más tarde, encuentres alguna referencia a lo ocurrido. Es lo único que se me ocurre.

Aceptó el consejo de Román sin demasiado entusiasmo. Le latían las sienes y en algún lugar de su cabeza comenzaba a gestarse una migraña. Pasaba las hojas sin prestar interés. Las palabras se desleían como en una sopa de letras. Agarró un nuevo ejemplar de *El Oriente de Asturias*; ese sería su último interno. Revisaba la portada del diario cuando un titular en la esquina inferior derecha captó su atención:

«LOS HEREDEROS DE MELGAR CIERRAN LA CASA AZUL».

La noticia, escueta, se desarrollaba en estos términos:

«La muerte violenta de don Mario Melgar, notorio benefactor de la villa, fue un acontecimiento dramático y luctuoso. La apertura del testamento del indiano y el posterior juicio por asesinato causaron gran revuelo entre los habitantes de Llanes. Desde entonces, ha transcurrido más de un año, pero los herederos no superan la pérdida de tan insigne ciudadano. Don Dimas Melgar y su esposa han trasladado su residencia permanente a Villa Amara, un magnífico inmueble situado en las inmediaciones de la playa de Estacones».

Eso era todo. Maldijo la discreción del periodista, tan ajena a su profesión.

Lo releyó para descubrir que ofrecía más preguntas que respuestas. ¿Quién era Dimas Melgar? ¿Y su esposa? ¿Acaso la buena mujer no merecía un nombre y apellido? ¿Y la polémica del testamento? ¿Qué contenía para provocar tanto revuelo en Llanes?

Pero lo peor de todo era la sombra proyectada sobre el juicio por asesinato, ese pasar de soslayo sin proporcionar un nombre o alguna vaga explicación de lo ocurrido. Ni una sola mención sobre Malena Bastida y su aciago destino.

Se enfadó. Mucho. Tuvo que reprimir el impulso de arrugar la página y tirarla a la papelera. La angustia, dura como una pelota de goma, serpenteaba desde su estómago hasta presionarle en el pecho, en la garganta; dolía.

Quiso gritar, pero su grito era un lamento que iba mucho más allá de la frustración por no obtener respuestas. El silencio de la biblioteca la disuadió de hacerlo. Si se portaba como una desequilibrada, perdería el favor de Román y de Natividad.

Regresaba al punto de origen, a la casilla de salida. Se sentía perdida. ¿Quién podría responder a sus preguntas después de tantos años? Necesitaba darse un tiempo para reflexionar…

Una idea prendió en su mente. ¿Cómo era posible que no se le

hubiera ocurrido antes?

Tenía la fuente primigenia en sus manos, a su disposición.

Tenía que buscar las respuestas a sus dudas en el interior de la Casa Azul.

* * *

Los ruidos la arrancaron del sueño. De golpe, como si hubieran surgido de la nada, la casa se llenó de albañiles, fontaneros, carpinteros y demás gremios de la construcción, todos trabajando a un tiempo y a pleno rendimiento. Aquel concierto de percusión sin ritmo ni pausas resultaba insufrible. Bajó las escaleras con sigilo —algo innecesario entre tanto jaleo— y vio a su marido repartiendo instrucciones a diestro y siniestro. Se escabulló de él subiendo los escalones de nuevo. Se llevó la mano a la cara en un gesto instintivo. Su rostro seguía tumefacto y dolorido y, por si fuera poco, los hematomas violáceos habían aflorado a su piel para delatar lo ocurrido. No se sentía preparada para enfrentarse a Julio. De hecho, dudaba si llegaría a estarlo en algún momento y, aunque su cuerpo clamaba por un café, se resignó a esperar hasta que la calma reinase de nuevo.

Continuó escaleras arriba, hacia el torreón del palacete. Por increíble que pudiese parecer, todavía no había visitado esa parte de la Casa Azul. Julio le había echado un vistazo cuando revisó el estado del inmueble y descartó que tuviese algún interés. Ahora, Nuria quería sacar sus propias conclusiones.

La puerta de la habitación permanecía entreabierta. La empujó con cuidado y, pese a ello, los goznes rechinaron molestos, acostumbrados al largo reposo. La exigua luz de la estancia, como efímeros latigazos a la oscuridad, se filtraba a través de unas contraventanas desvencijadas. Las abrió con el vago temor de que se vinieran abajo y aplasta sen a algún obrero. La claridad reveló

una miríada de molas de polvo que se agitaron por la repentina irrupción en su feudo. El cuarto tenía planta hexagonal, grandes ventanales y un pequeño balcón que invitaba a asomarse al mundo. Los muebles estaban cubiertos con sábanas, como fantasmas del pasado que se negaban a desaparecer. Retiró las telas despacio para no remover más el polvo y las dejó en el suelo. Dio un paso atrás y contempló el efecto. Visto así, era un lugar sin carácter, huérfano de efectos personales u otros enseres, más allá de los aparatosos muebles que ocupaban grandes espacios. Se acercó a un escritorio que reposaba apoyado en la pared. Abrió cada uno de sus cajones con la esperanza de encontrar respuestas en su interior. Nada. Acarició la superficie con la yema de los dedos. Un desnivel en el tacto rugoso le llamó la atención. Se agachó para verlo de cerca y encontró un nombre de mujer grabado en la madera: Malena.

El pulso se le aceleró: estaba en la habitación de Malena Bastida. Aquel misterio absorbente había dirigido cada uno de sus pasos hasta llevarla allí. Contempló el cuarto de nuevo, aunque esta vez con una mirada diferente:

«Qué extraña debió sentirse en un lugar como este», pensó. Al fin y al cabo, la muchacha venía de Cuba, de la tierra de la arena y el sol, y Asturias era la antítesis de todo aquello.

Buscó con más empeño.

Armarios desnudos. Cómodas vacías. Un dosel ajado del que colgaban telas de araña cubiertas de polvo. Abrió la mesita de noche, tan desierta como el resto. Al agacharse, creyó ver una sombra en el suelo. Se arrodilló a sabiendas de la huella que quedaría impregnada en sus vaqueros. Atrapado entre la pata de la cama y la pared, encontró un trozo de papel con forma rectangular. Tiró de él con miedo de romperlo. Lo frotó entre el índice y el pulgar hasta quitarle la suciedad acumulada. Era la estampa de un santo cristiano: san Juan Bautista con el báculo rematado en cruz en una mano y la concha en la otra. El paso del tiempo había desvaído la imagen y sembrado marcas de humedad sobre el papel perlado.

Nuria se preguntó si sería de Malena, si le habría pertenecido a

ella. En alguna parte había leído que los cubanos practicaban una especie de religión que llamaban santería. Usaban el santoral católico para ocultar las deidades importadas desde África por sus ancestros. De esa manera, trataban de evitar la persecución de la Iglesia.

¿Qué dios africano escondía el Bautista? Y lo que era más importante aún: ¿alguno de los dos atendió las plegarias de la joven Malena, o la abandonaron a su suerte?

Lo único que tuvo claro fue que allí no encontraría la respuesta.

Guardó la estampa en el bolsillo trasero del pantalón y dejó la habitación cerrando la puerta con cuidado.

36
Un océano de distancia

Llanes, 1890

Algunas veces saber era mucho peor que seguir viviendo en la ignorancia. Tal vez por eso, porque su instinto le advertía con un grito silencioso, evitó el desayuno y la comida. También tenía intención de evitar la cena, sin embargo, al pasar frente al salón, el caminar errático de Mario la atrajo como el canto de las sirenas. Se detuvo en la puerta y percibió la inquietud que lo consumía por dentro. La curiosidad pudo más que la prudencia.

—¿Qué te ocurre? —preguntó a sabiendas de que no le gustarían las respuestas.

—¡Malena! No te he visto en todo el día. Necesito que hablemos. Estoy preocupado por ti…; no sé, puede que me equivoque…

—¿Qué dices? No te entiendo.

—Tu madre se empeñó en que te trajese conmigo a España… —arguyó un tanto errático; hasta él fue consciente de ello. Le costaba explicar sus razones sin exponer los secretos de otros.

—Sí, lo sé. Ella tenía la certeza de que mi destino estaba aquí —respondió Malena y, justo en ese instante, supo que era Dimas Sanjuán quien daba significado a los vaticinios de su madre. Por fin tenían sentido para ella.

—Eso solo son tonterías —dijo Mario con excesiva acritud. Le

pesaban sus errores como redes repletas de peces y ese peso avivaba su irritación.

Malena enmudeció de asombro. Mario jamás había cuestionado los poderes de Amara. Su lealtad estaba por encima de todas las cosas. Esa certeza fue lo único que la sostuvo en los peores momentos. Uno de sus pilares se desmoronaba y sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies.

—¿Cómo te atreves a dudar de mamá? Después de tanto tiempo…

—Te quiero como a una hija. Lo sabes, ¿verdad? Solo deseo lo mejor para ti. Debí dejarte en Cuba. Tendría que haberte apartado de mis pecados y mis secretos.

—Pero ¿de qué estás hablando ahora? ¡Si ya no me quedaba nadie en Cuba! —chilló la joven, que comenzaba a estar asustada por la deriva emocional de Mario.

—Te equivocas —declaró Melgar con una calma que presagiaba tormenta—. Todavía tienes a tus abuelos maternos: Sebastián y Leonor de Alvarado. Sebastián es dueño de una plantación próxima a Santiago de…

—¡¿Quéééé?!

El grito de Malena reverberó en el salón. Su estupor iba en aumento. Aun así, pudo advertir el paso fugaz de un par de criadas que huían espantadas por la disputa. No le importó.

—Amara se enemistó con ellos al descubrir su origen. Alvarado la dejó crecer como esclava, a pesar de que era su hija. Se fue de la plantación para no volver… Al saber que se acercaba su final, arrojó las conchas y me pidió que te trajera conmigo a Llanes. Y yo no podía negarle nada, ya lo sabes… —Reconoció abatido.

El resentimiento de Malena creció en su interior como una ola a punto de romper. No quiso ponerle un dique para contenerlo.

—¡Te detesto! ¿Cómo pudiste ocultarme algo así? ¡Todo este tiempo creyendo que estaba sola, que no tenía a nadie salvo a ti…! No podré perdonarte jamás.

—No te preocupes; le pondré remedio —afirmó con gesto

contrito—. Ya les escribí una carta a tus abuelos. Si están conformes, volverás a Cuba con ellos.

Malena parpadeó perpleja. Su primer pensamiento fue para Dimas. No podría soportar que un océano de distancia los separase.

—No lo haré —fue lo único que consiguió decir. Era suficiente.

Melgar la contempló un instante con la mirada clavada en ella. En sus ojos había pena y parecía sincera, pero Malena vio también algo mucho peor: determinación.

—Soy tu tutor. Tendrás que hacer lo que te diga —concluyó tajante.

Ya no pudo resistirlo más. Cada palabra de Mario le resultaba más inasumible que la anterior, hasta formar un túmulo de infortunios que amenazaba con aplastarla.

Se marchó de la Casa Azul sin mirar atrás.

Solo sus gritos la acompañaron.

* * *

Corrió cegada por el llanto. Aunque su mente no lograba asimilar lo ocurrido, su corazón anticipaba el sufrimiento que estaba por venir. Pesaba como una piedra que la empujaba hacia abajo y le quitaba hasta las ganas de vivir. Necesitaba refugiarse en Dimas, amarrarse a su cuerpo para convencerse de que Mario no podría separarlos. Tan solo encontraría consuelo en él.

Golpeó la ventana de la habitación de Dimas. No se atrevió a molestar a Alba y al resto de la familia. El joven asomó el rostro, que se iluminó de alegría y sorpresa. Al percatarse del llanto de ella, su expresión mudó de inmediato. Apenas tardó un instante en salir.

La abrazó. Entre lloros e hipidos, Malena le contó los planes de Melgar. Dimas la cogió de la mano con fuerza, entrelazando sus dedos hasta confundirlos. Nadie podría romper el vínculo que tenían. No lo permitiría. Era una promesa.

—Te llevaré a un sitio —dijo animado por un propósito. Ella asintió.

Avanzaron por las calles desnudas de gente. Caminaron en silencio hasta llegar al lugar elegido. Se detuvieron frente a una puerta de arco apuntado y contemplaron la solitaria campana, muda a esas horas tan tardías. Se adentraron en el templo y, de inmediato, se sintieron contagiados de la atmósfera milagrosa del lugar.

—Es la capilla de La Magdalena —explicó Dimas hablando casi en susurros—. Mi familia siempre ha sido muy devota de la santa. Para nosotros, este es un lugar sagrado.

Malena admiró la talla. La imagen de María Magdalena era hermosa hasta perder el aliento: el rostro agraciado, su larga melena y la túnica ocre que silueteaba las formas del cuerpo; todo ello ensalzado por los claveles púrpuras y reventones que le servían de peana.

—Nos uniremos aquí para siempre —musitó el joven emocionado. Elevando la voz, añadió—: Te prometo, ante todo lo que significa algo para mí, que no dejaré que nos separen.

Malena sonrió y se le endulzó la mirada. Quería creer en las palabras de Dimas. Necesitaba creer en las palabras de Dimas.

Se acercaron un poco más y leyeron la verdad que había en los ojos del otro. En esa verdad encontraron mutuo consuelo.

A los pies de la santa, la pareja selló su unión con un beso.

La Magdalena recibió su beso como una ofrenda.

DIARIO DE AMARA

Mario, Bruno y yo somos inseparables, una familia. Cuando se atravesaron en mi camino, estaban perdidos. Llevaban un par de años viviendo en la isla y habían trabajado en todo lo que podía reportarles un beneficio inmediato. Aunque Bruno había aportado más dinero, con los ahorros de ambos compraron unos terrenos a las afueras de La Habana. Allí plantaron caña de azúcar —como hacía media isla por aquel entonces—, pero explotar una plantación requería más conocimientos y más inversión de la que ellos podían permitirse. Por si el reto no era lo bastante complejo, a Mario se le había metido entre ceja y ceja que una destilería de ron también sería una buena oportunidad de negocio. Y fue probando el producto de la competencia como acabaron borrachos en el Morronegro.

Mario y Bruno no pueden ser más diferentes. Mario es osado, listo y no conoce la vergüenza ni el miedo. Bruno es serio, culto y reflexivo. Desde el principio, los dos trataron de ocultarme una parte de su personalidad, la más íntima y reveladora, pero eso lo descubrí más tarde. Si hubiera tenido que elegir al poco de conocerlos, algo que les habría encantado a ambos, no hubiera podido hacerlo. Ellos conforman las dos caras de una misma moneda y para mí no tiene sentido la una sin la otra. A veces me pregunto si siempre será así.

Tras conocer mi pasado en la Hacienda Alvarado, me pidieron ayuda con el negocio. No me resulta ajeno que solo pretenden que no me separe de ellos, que forme parte de sus vidas, y así han encontrado la excusa perfecta. Ningún hombre, y menos tan joven,

pensaría de verdad que una mujer puede sacarle las castañas del fuego. ¡Qué equivocados están! Las mujeres de esta isla hemos sobrevivido a la esclavitud y no hay nada peor que eso. Aun así, les expliqué que soy curandera, sanadora, que mi futuro está enfocado al mundo espiritual y no a los negocios. Mario se rio a carcajadas y me recordó las noches de fiesta y borrachera en el Morronegro. Nada menos espiritual que eso. Bruno adoptó una expresión compungida y apenas se atrevió a mirarme a los ojos. Si pretendía fingir que estaba sufriendo por mi negativa, lo hacía muy bien. Mis respuestas a las sucesivas propuestas de los asturianos fueron: «Estáis locos», «No me vais a convencer», «No funcionará» y «Tengo que pensarlo». Esta última representaba, a todas luces, un paso atrás. Ellos lo celebraron como una aceptación y comenzaron a hacer planes para el viaje de vuelta. No sé qué fue lo que acabó de convencerme del todo. Quizás mi afán por quemar etapas, por seguir buscando aventuras que den sentido a mi existencia. O tal vez las emociones que sacuden mi corazón y lo hacen aletear con fuerza, como si hubiese descubierto de pronto que estaba vivo.

Nada me vincula a La Habana salvo un puñado de amigos.

Además, tampoco me voy tan lejos.

Mario y Bruno fracasarán sin mí. Lo sé. Tendrán que regresar a España derrotados. Cuando los sueños te elevan por encima de las nubes, resulta demasiado doloroso asumir el fracaso.

Y yo no quiero eso para ellos.

Yo quiero verlos triunfar.

37
Got to get you into my life

Llanes, 1971

El sol salió por fin, brillante y rabioso, para reclamar su efímera hegemonía. Nuria encontró una hamaca oxidada en un pequeño edificio apartado del palacete, que recordaba a una cochera. Junto a ella, más trastos —viejos, pero no tanto— que demostraban que la Casa Azul tuvo algo de vida después de ser abandonada por los Melgar. Se preguntó si alguno de esos enseres, olvidados por el tiempo y sus dueños, habría pertenecido a su padre. Se prometió volver en otra ocasión para tratar de averiguarlo. Por el momento, ya tenía suficientes misterios acumulados.

Limpió la hamaca con un trapo que competía en mugre con ella. La colocó en un espacio del jardín recién segado, donde el sol dibujaba sombras chinescas sobre la hierba. Huía de la casa, de los ruidos y, sobre todo, de Julio, en busca de una paz que le era esquiva. Se quitó las gafas y se contempló en el reflejo de los cristales. Allí estaban las primeras señales de los golpes, los cardenales delatores. Acercó la mano a la cara. Sus dedos rozaron la piel sin atreverse a tocarla. Se puso las gafas de nuevo. Parapetada tras ellas, tenía la equívoca impresión de que un muro la protegía del mundo o de que al menos la mantenía aislada.

Se reclinó en la tumbona y sacó la estampa de San Juan Bautista

del bolsillo trasero del pantalón. En su día debió de ser una pequeña joya. Así lo atestiguaba la calidad del papel, los bordes dentados y el nimbo de pan de oro que orlaba la cabeza del santo. ¿Cuántos años llevaba perdido, extraviado en una esquina del cuarto? ¿Todavía atendía plegarias o pagaba con indiferencia su prolongado olvido? Tal vez debiera intentarlo…

¿Qué podía perder?

Se disponía a rezarle al santo cuando oyó el ruido de unas tijeras. El jardinero podaba el seto que había a su espalda. Se incorporó con excesiva premura y los golpes de Julio le dolieron. El movimiento captó la atención del jardinero. Sus miradas se cruzaron, se enredaron y el tiempo se le hizo eterno, como si los segundos le hubieran robado el peso a los minutos. Sintió una descarga que hormigueó por todo su cuerpo. Miró en derredor: ni rastro de Julio ni de ninguno de los peones. Se puso en pie y se acercó para hablar con él. Puede que el hombre supiera algo de Mario y Malena.

Solo era una excusa para entablar conversación con él, pero en el fondo le daba igual.

—¡Hola! El seto está quedando precioso —dijo en un derroche de originalidad—. Buen trabajo… —Añadió sintiéndose un tanto ridícula. No tenía claro cómo seguir, así que fue directa al grano—. Ayer estuve curioseando en el torreón de la casa. Creo que era la habitación de Malena Bastida, la mulata que vino de Cuba con mi tatarabuelo, Mario Melgar…

El jardinero se detuvo y frunció el ceño, probablemente extrañado por el curso que tomaba la conversación. Ella le estaba hablando de sus antepasados, de su familia, y ni siquiera sabía cuál era su nombre.

—Me llamo Nuria, Nuria Melgar. —Se presentó con la esperanza de que él hiciese lo mismo.

—Yo soy Esteban, Esteban Carcedo —dijo él repitiendo la fórmula. Nuria creyó detectar una chispa de ironía en sus ojos.

—Nos mudamos aquí desde Madrid. Mi padre falleció recientemente y yo heredé la casa —dijo haciendo un gesto en

derredor—. Pertenece a los Melgar desde hace casi cien años y, aun así, tengo la sensación de que cualquier habitante de Llanes sabe de ella más que yo.

—No lo crea —afirmó Esteban lacónico, embebido de nuevo en su tarea.

—¿No? Lástima. Pensé que usted podría contarme algo de mi familia o del pasado de la Casa Azul. Mi padre siempre fue tan hermético…

—¿Quién? ¿Yo? No, no, no… —El jardinero alzó las manos y rechazó la posibilidad como si fuera un dislate.

—¡Vaya! Disculpe. No quería incomodarlo.

—No me incomoda —dijo Esteban sonriendo por primera vez—. Lo que ocurre es que yo no soy muy bueno con las palabras y tampoco con los secretos…

—¿Los secretos? —preguntó interesada.

Esteban guardó silencio antes de seguir. Podó un par de ramas del seto, como si el trabajo manual le ayudase a organizar sus ideas.

—La historia de la Casa Azul sigue siendo una de las favoritas del pueblo. Tanto tiempo después, no resulta nada fácil saber qué parte es verdad y qué parte es leyenda. Supongo que cuenta con todos los ingredientes para encandilar a la gente, pero me temo que nunca he mostrado mucho interés por los detalles —concluyó encogiendo los hombros.

—Lo entiendo…

—Siento defraudarla…

Las frases de ambos, pronunciadas a un tiempo, se mezclaron y, de algún modo, quedaron entrelazadas. Nuria se sintió ligada al seto y al hombre situado al otro extremo del mismo. Era una idea ridícula, absurda, pero tuvo que hacer un esfuerzo para moverse de allí. Les dio la espalda y logró dar unos pasos que la alejaban de ambos.

—Mi abuela llegó a conocer a Malena Bastida. Era amiga de su hija…

Nuria se paró en seco.

—Ella podría contarte mucho más que yo.

Esa afirmación y el tuteo que la acompañó consiguió que se diera la vuelta.

—¿Tu abuela aún vive? —preguntó sorprendida, olvidando la delicadeza por un instante.

Otra sonrisa alumbró el rostro de Esteban.

—Al menos lo estaba hoy antes de que viniese a trabajar. La dejé en casa preparando un bizcocho.

Nuria asintió atolondrada: no sabía qué decir. Esteban la sacó del aprieto. No era tan torpe con las palabras como había insinuado antes.

—Estoy seguro de que le encantará conocerte.

38
Un adiós inesperado

Llanes, 1890

Elvira era la primera en entrar al salón cada mañana. Su rutina se repetía de manera invariable, como las avemarías que rezaba para que Fermín se decidiera a casarse con ella. Se emocionaba al recrear en su mente una vida de ama y señora de su propio hogar, sin tener que trabajar a diario como una esclava ni soportar los desplantes de doña Trinidad. Pero hasta que eso ocurriese, debía conformarse con su empleo de sirvienta en la Casa Azul. Se consolaba diciéndose que era el palacete más distinguido del pueblo.

Empujó las puertas del salón y se dispuso a abrir las contraventanas, que cada noche cerraba otro miembro del servicio. La estancia contaba con una larga hilera de miradores que daban acceso al jardín, así que lo que podía parecer una tarea sencilla conllevaba una buena cantidad de tiempo y esfuerzo. Siempre seguía el mismo orden: abría las contraventanas de derecha a izquierda y la luz de un nuevo día animaba las esquinas del salón disolviendo las sombras. Iba justo por la mitad, cuando reparó en las rosas que en pocos días se habían transformado de capullos en flor. Pensó en salir para deleitarse con su intensa fragancia. Apenas sería un instante. Aquello suponía romper con sus hábitos, pero nadie podría censurarla por ello. Al menos, nadie que hubiese olido las

rosas de la Casa Azul.

Apreció el perfume antes de acercarse a ellas. Extendían su efluvio por el jardín sofocando el aroma del resto de las plantas. Se detuvo frente al arbusto y reprimió el deseo de acariciar los pétalos. Las flores ofrecían su mejor cara, pero también simulaban una fragilidad engañosa. O no. En cualquier caso, ella no quería ser la responsable de deshojar las rosas. Inhaló una vez más y se resignó a volver al salón y a sus faenas.

Fue precisamente al entrar cuando lo vio: un cuerpo retorcido como una marioneta olvidada en el suelo. El rostro azulado y la lengua abultada, grotesca, desterrada de la boca. El grito acudió a su garganta y brotó con fuerza. La propia Elvira se sorprendió de su potencia, como si su cuerpo quisiese evidenciar que, aun cuando tenía un cadáver ante sí, ella estaba viva, muy viva. Recuperó parte de su aplomo —ya oía los pasos que se acercaban— y se agachó para observarlo mejor. No había que desestimar el poder de la curiosidad.

Mario Melgar yacía muerto a sus pies. La mente de Elvira trazó un panegírico improvisado. El amo y señor de la Casa Azul había sido el indiano más respetado de toda la comarca, uno de los hombres más ricos de Llanes y su benefactor más preciado. Sin embargo, su reinado había resultado demasiado efímero. Melgar había regresado de Cuba como un hijo pródigo al que todos recibieran con los brazos abiertos, pero, entre tanta adoración, alguien ocultaba el rencor suficiente como para convertirse en su asesino.

* * *

La dotación de la Guardia Civil adscrita a Llanes se presentó al completo: las tres parejas de guardias, el cabo y el alférez al mando. Como si formaran parte de un conciliábulo, se agruparon en torno al

cuerpo y lo examinaron con atención, incapaces de disimular su desconcierto. El cadáver de Mario Melgar se había endurecido en pleno espasmo: los músculos tensos, las extremidades torcidas y las manos crispadas. Su semblante amoratado se alejaba de la lividez que mostraban otros muertos. El alférez Quintana chasqueó la lengua, que era la muestra más evidente de que no le gustaba lo que tenía ante sí: problemas y de los gordos.

—No parece que haya sido una muerte natural —dijo el cabo Llavona, poniendo voz a los pensamientos del resto.

Quintana elevó la vista al cielo; en este caso, al techo cubierto de artesonados del salón principal de la Casa Azul. Ni siquiera su belleza lo consoló. «¡Qué va a ser de mí!», pensó, anticipando lo que se le venía encima. El indiano más influyente de toda la comarca yacía muerto a sus pies y tendría que ser él —¡sí, él!— quien dirigiera la investigación, porque Llavona estaba en lo cierto: solo había que observar el cadáver de Melgar para concluir que aquello era un asesinato. Comenzó a sudar en frío, pero se esforzó en fingir todo el aplomo que le faltaba.

—Habrá que avisar al alcalde —sugirió el cabo Llavona acercándose más al difunto.

«¡Maldita sea!», se reprochó Quintana reprimiendo el gesto de golpearse la frente. Se había olvidado de don Lisardo, el alcalde de la villa, y ahora tendría que ponerle remedio. La muerte de Melgar iba a convertirse en una tragedia local, no en vano se le consideraba un benefactor altruista y dadivoso. Su fama era tal, que solo faltaba que le erigieran una estatua en una de las plazas del pueblo. Quizás lo hiciesen ahora.

—Parece que tiene algo en el puño, ¿no? —apuntó Llavona, que esa mañana parecía sembrado.

El alférez Quintana se agachó y agarró la mano de Melgar. Dio un respingo involuntario por el contacto, tan frío que le traspasó la piel, y trató de disimularlo en loor de su buena fama. Tuvo que hacer fuerza para abrir el puño a causa del *rigor mortis* que, para aquel entonces, era muy acusado ya. En su interior, como la perla de una

ostra, asomaron un puñadito de conchas blancas.

—¡Qué extraño! —murmuró Quintana.

—¡Extrañísimo! —exclamó el cabo, acompañando las palabras con un golpe en el brazo de su jefe. El alférez aplacó el impulso de devolvérselo. Tenía que salir de allí cuanto antes; se le estaban crispando los nervios.

—¡Bien! Pongámonos en marcha. Llavona, tú encárgate de recoger las conchas y no permitas que nadie se acerque al cadáver hasta que llegue el médico. Acebal y Lastra, vosotros os ocuparéis de hablar con el servicio. Hablad con todos, no solo con la criada que lo encontró. Fanjul, Pendás, echad un vistazo a la casa y no os dejéis ni un rincón…

—Pues tienen para rato… —apostilló Llavona. Luego silbó por si no les había quedado claro lo que quería decir.

—No me interrumpa, cabo —a estas alturas ya estaba pensando en pedir la expulsión de Llavona por cansino. O su suspensión durante un periodo indeterminado. Se deleitó con la idea—. Montero, Calleja, vosotros dos os acercaréis a avisar al alcalde, pero mucho cuidado con lo que contáis… —Elevó la palma de la mano—. No le deis ningún detalle. —Quintana exhaló un suspiro y se sintió desfondado. Tenía la impresión de que se le olvidaba algo. ¿Qué podía ser?

—¿No habría que hablar con la mulata, jefe?

El maldito Llavona otra vez, solo que en esta ocasión había dado en el clavo. ¿Dónde estaba la joven cubana que vivía con Melgar? ¿Tendría alguna implicación en lo ocurrido? Antes de seguir, decidió pararle los pies a su subordinado.

—Alférez, Llavona; mejor dígame alférez —respondió irritado—. A ver si respetamos los galones. Yo me ocuparé de la joven. ¿Alguien sabe cómo se llama?

DIARIO DE AMARA

Bruno y Mario llevaban demasiado tiempo alejados de la plantación y, de pronto, la necesidad de regresar a sus obligaciones se planteó como algo apremiante. Sus prisas desecharon mis últimas reticencias. Sentí que mi futuro estaba ligado a esos hombres y, por una vez, no quise arrojar las conchas por si ellas contradecían mi intuición. Esa ha sido la mejor prueba de dónde reside mi corazón. Preparé un baúl donde había más bálsamos, remedios y elixires que ropa. Guardé la mitad de mi dinero en una faltriquera que sujeté con un imperdible a mi ropa interior. El resto lo dejé a buen recaudo en la caja fuerte de Lorna. Confiaba más en ella que en mi propia familia. Hasta entonces, Lorna no me había engañado nunca. ¡Ojalá pudiese decir lo mismo de mis padres!

Nos fuimos una luminosa mañana de septiembre. La propiedad de Bruno y Mario apenas distaba medio día de viaje, algo más con el carro y las monturas tan repletas de trastos. Como no les había gustado ninguna combinación de sus nombres y apellidos para la finca, le habían puesto Hacienda Buenaventura con el único afán de atraer la suerte hacia ellos. Adoré ese nombre en cuanto lo conocí, pero los asturianos no debían engañarse: la buena suerte, por sí sola, no sería suficiente para sacar adelante la plantación. Tendrían que deslomarse a trabajar y aprender algo del oficio si querían hacerse ricos antes de regresar a su tierra.

Mi primera visión de Buenaventura fue desde una loma a una milla de distancia. La vivienda no alcanzaba el tamaño de una

mansión señorial, pero me pareció lo bastante digna para un par de hacendados que buscaban hacerse un nombre en el negocio de la caña de azúcar. Estaba pintada de blanco y lucía con orgullo cuatro pomposas columnas en el pórtico de entrada. A su alrededor, se desplegaba una vasta extensión de terreno de la que solo se había cultivado una pequeña parte. Al traspasar los lindes de la propiedad, descubrí que la distancia había sido muy generosa con la hacienda: la casa estaba en un estado de conservación lamentable y el examen de los cultivos me desveló que la caña de azúcar soportaba el mismo abandono que el resto de la plantación. Al ver mi decepción, Mario y Bruno agacharon la cabeza avergonzados. ¿Cómo se atrevían a perder el tiempo bebiendo ron en La Habana? Les reñí como habría hecho una madre con sus hijos. Les amenacé con regresar a la capital si no se tomaban el negocio en serio. Lo prometieron, pero no me convencieron sus palabras; lo que me convenció fue lo que vi en sus miradas: la ambición de Mario y el orgullo herido de Bruno. Decidí darles una oportunidad.

Tenemos todo un reto por delante.

¡Que los Eggun nos ayuden!

39
In spite of all the danger

Llanes, 1971

Esteban Carcedo vivía junto a su abuela en una casita de pescador situada al borde de un pequeño acantilado. Unas escaleras labradas burdamente en la roca conducían hasta un embarcadero destartalado y huérfano de barcas, dando la impresión de que nadie se atrevía a descender por ellas. La vivienda estaba recién encalada y los marcos de las ventanas pintados de añil. Nuria la adoró desde la distancia, pero todavía más al comprobar que su honesta sencillez no le robaba ni un ápice de hermosura. Lo mismo le sucedió con Flavia, la abuela de Esteban, una mujer de cabellos blancos y ojos azules que relucían de inteligencia.

Nada más cruzar la puerta de la cocina, la asaltó el aroma a café y a bizcocho de anís. Su estómago protestó enojado para que ella supiera que seguía allí. No recordaba cuándo había comido por última vez, aunque tampoco había reparado en ello hasta ese preciso momento. Se sentaron en torno a una mesa camilla con mantel de cuadros y ribete de ganchillo a juego. Flavia les sirvió el café y una generosa porción de bizcocho.

—Me resulta más fácil recordar lo que ocurrió cincuenta años atrás que lo que hice hace una semana —dijo Flavia, concentrada en remover el azúcar de la bebida con parsimonia, como si los

recuerdos acudieran con cada giro de la cucharilla—. Supongo que la memoria es selectiva y decide quedarse con lo que de verdad nos importa. Yo era amiga de Candela Melgar. Déjame pensar un momento… Soy muy mala con los parentescos, pero ella debía de ser tu tía abuela. Tu abuelo paterno se llamaba Mateo, ¿verdad?

Nuria asintió levemente, sin demasiada convicción. Apenas le habían hablado de su familia paterna. Su querida abuela Julia siempre había sido viuda, o al menos esa impresión le había dado a ella. No llegó a conocer otra cosa. Sintió una punzada de remordimiento porque parte de la culpa le pertenecía. Vivir de espaldas al pasado parecía una elección de los Melgar que se propagaba como una plaga de generación en generación.

—Mateo era un niño… —Flavia se detuvo un instante. Daba la impresión de que quería elegir las palabras con mucho cuidado. Cruzó una mirada con Nuria y sonrió. Aquella sonrisa colmó su rostro de bondad—, digamos que un tanto peculiar. Siempre estaba pegado a su padre. Tenía verdadera adoración por él. Lo pasó mal en la escuela, ¿sabes? Candela también, pero ella tenía el carácter de su madre; podía con todo.

—¿Por qué lo pasaron mal? —preguntó Nuria interesada.

—¡Vaya! Vamos a ver… ¿Cómo te lo explico? Ni siquiera hoy día hemos aprendido a aceptar lo diferente —dijo apretando la mano de su nieto—. ¡Imagina entonces! Los Melgar tenían mucho dinero, pero no podían cambiar el color de su piel… De puertas adentro, gozaban de una vida privilegiada. Lejos de la protección de sus padres, las cosas no eran tan fáciles para ellos. A Mateo le pegaron más de una vez —confesó transformando su voz en un susurro.

—No entiendo nada —admitió Nuria confusa—. ¿El color de su piel? ¿Qué color era ese?

Flavia frunció el ceño extrañada y le lanzó una mirada fugaz a su nieto. De seguido, se puso en pie y partió otra porción de bizcocho, como si el dulce pudiera ayudar a aclarar las ideas. En realidad, solo se tomaba un tiempo para ordenar las suyas.

—Parece que sabes muy poco de tu familia —Nuria se removió

algo molesta, pero Flavia le sujetó la mano para tranquilizarla—. No te preocupes, querida; seguro que no es culpa tuya. Los adultos solemos ocultar lo que nos duele. Pensamos que así hacemos bien, que callando podremos evitar el sufrimiento de los nuestros. No suele ser verdad. Has oído hablar de Malena Bastida, ¿verdad?

Nuria asintió de nuevo; esta vez con más vehemencia. Malena Bastida era la joven cubana acusada del asesinato de Mario Melgar, su tatarabuelo.

—¿Qué tiene que ver conmigo? —preguntó.

Flavia miró de nuevo a Esteban, que se encogió de hombros como si no quisiera saber nada de las viejas historias del pasado.

—Querida mía, siento ser yo quien te lo diga: Malena Bastida era tu bisabuela, la madre de Candela y Mateo.

* * *

No quiso contemplar las huellas que iba dejando al avanzar por la arena. Su familia le había enseñado, a fuerza de ignorarlo y nunca hablar de él, que el pasado debía quedar atrás, sepultado y casi olvidado por el transcurso del tiempo. Así dolía menos, o eso pensaban ellos.

Esteban caminaba a su lado. Su silencio —esta vez convertido en virtud— le permitía pensar, repasar en su mente los detalles del relato de Flavia. Mateo Melgar, su desconocido abuelo paterno, fue un niño acomplejado por el color de su piel, una mezcla del color de sus padres. Sin embargo, su hermana Candela honró la herencia materna y la defendió con orgullo. La niña tuvo las agallas necesarias para enfrentarse con todos, pero solo consiguió empeorar la situación de su hermano. A ojos del resto, Mateo era un cobarde. Se fue de Llanes y de Asturias en cuanto tuvo oportunidad de hacerlo. Vivió unos años en La Habana, donde trató de hacer fortuna, como Mario Melgar. Tampoco encontró su lugar en Cuba. A

la vuelta recaló en Cádiz, conoció a la abuela Julia y su corazón maltratado por fin halló un hogar. Regresó algunas veces a Llanes, sobre todo en verano, pero jamás pudo olvidar el daño que le habían hecho allí. También le contó que la tía abuela Candela había muerto durante la guerra civil. Un bombardero alemán había destruido el hospital donde ejercía de enfermera.

Nuria se preguntó si habría sido el dolor del abuelo, para entonces revestido de rencor, lo que motivó el distanciamiento de su padre con el pueblo y la Casa Azul.

—Espero que las historias de mi abuela te hayan servido de algo —dijo Esteban acompañando sus palabras de una sonrisa vacilante.

—Lo han hecho, por supuesto que sí, y, más que nada, me ha gustado escucharla. ¡Es una mujer fantástica!

—Lo sé. ¡Ella lo ha sido todo para mí! —exclamó emocionado—. Mis padres murieron poco después de acabar la guerra. Fusilaron a mi padre y mi madre falleció de tifus en la cárcel. Mi abuela fue a buscarme. Estaba recogido en un hospicio de Oviedo y me reclamó. De no ser por ella, habría acabado al cuidado de un matrimonio de fascistas que no pudiesen tener descendencia propia. Gracias a Dios, mi abuela contaba con las influencias necesarias para llevarlo a cabo. Había trabajado muchos años como cocinera del obispo y le abrieron todas las puertas. Me trajo de vuelta a casa y con ella recuperé mi vida, o lo que me quedaba…

—¡Qué duro debió de ser perder a tus padres!

—Si te soy sincero, apenas los recuerdo. Yo era muy pequeño cuando sucedió, aunque mi abuela dice que tardé mucho tiempo en volver a hablar.

—Y sigues siendo muy callado —le dijo en son de burla.

Él se esforzó en sonreír, pese a que sus ojos reflejaban tristeza. Ella pensó que nunca había visto un hombre tan guapo y vulnerable.

—El asesinato de mis padres y el hospicio me mostraron el peor rostro del mundo: los rencores enconados, el afán de venganza, la crueldad sin límite ni mesura… Me asomé al borde del precipicio y mi abuela me rescató antes de que cayera. Aun así, jamás podré olvidar

el profundo vacío que había al otro lado. Lo siento…, no sé explicarlo mejor. El silencio es mi refugio; así me siento más cómodo.

—Entiendo tu dolor. Yo también perdí a mis padres —le explicó conmovida—. Solo puedo decirte que eres muy afortunado por tener a tu abuela. La verdadera soledad se descubre cuando ya no queda nadie que cuide de ti.

—Tú tienes a tu esposo…

Nuria creyó detectar una sombra de duda en las palabras de Esteban, como si estuviera formulando una pregunta en lugar de una afirmación. Su dura realidad, de la que había conseguido distanciarse por un momento, la golpeó con fuerza. ¿Qué demonios hacía compartiendo su intimidad con un hombre al que apenas conocía? ¿En qué pensaba?

—Tengo que irme —su voz sonó desabrida, pero no le importó. Tenía que cortar de cuajo con aquel desatino.

—Lamento haberte molestado —se disculpó Esteban confuso. Nuria se marchaba y él la agarró del brazo. Necesitaba saber que todo iba bien, que no había dicho ni hecho nada inconveniente. El jardinero percibió un gesto de dolor en el rostro de la joven, pese a que apenas le había apretado el brazo.

—¿Qué ocurre, Nuria? No lo entiendo…

Las lágrimas acudieron a sus ojos, imposibles de contener. Ella se dio cuenta de que tenía miedo, mucho miedo. Sin embargo, no quería complicarle la vida a Esteban. Él ya había sufrido bastante. Su marido era un hombre sin escrúpulos, capaz de lo peor.

—Debo marcharme. Déjame ir, por favor —repitió obstinada, sorda a cualquier argumento.

En cuanto Esteban aflojó la mano, Nuria echó a correr para alejarse de él, como si todo su futuro dependiera de ello.

40
Sospechas y prejuicios

Llanes, 1890

Las letras se desdibujaban, perdían nitidez y se mezclaban unas con otras hasta volverse ilegibles. El alférez Quintana apartó los informes a un lado y se frotó los ojos con fruición. Estaban secos y tirantes como cuerdas de esparto. No fue una de sus mejores ideas: al abrirlos de nuevo, los objetos que le rodeaban se habían contagiado de la misma borrosidad. Se resignó a dejarlo por un rato. Tal vez había llegado la hora de reflexionar sobre todo lo averiguado hasta entonces. Se levantó de la silla —incómoda como un maldito dolor de muelas— para estirar las piernas y abrir una ventana. La noche cálida y estrellada invitaba a estar en cualquier lugar que no fuera el trabajo, pero le tocaba hacer guardia en el puesto y no iba a desperdiciarla. Se asomó a la ventana e inspiró una bocanada de aire fresco. Solo tenía que despejar la mente y ordenar sus ideas sobre el asesinato de Mario Melgar. Dudó si sería capaz de hacerlo.

Acebal y Lastra habían interrogado al servicio largo y tendido. Quintana confiaba en ellos porque eran discretos y muy meticulosos. Sus guardias descubrieron que, con la única excepción del ama de llaves, el personal de la Casa Azul no era enemigo del comadreo. Les contaron que Malena Bastida había tenido una fuerte pelea con Melgar la noche antes de que apareciera muerto. Los motivos de la

discusión estaban por aclarar, pero una de las criadas afirmó que el indiano quería mandarla de regreso a Cuba. La mulata se fue del palacete dando voces y maldiciendo la estampa de Melgar. Por otra parte, la tercera ayudante de cocina les habló de la inquina de la cocinera hacia el amo. La señora Lorenzo se negaba a verlo y a hablar con él. Siempre se comunicaban a través de doña Trinidad, el ama de llaves. También les contó que su jefa se había enfadado con ella cuando derramó sin querer unas hierbas un tanto extrañas que la cocinera había añadido al aderezo de las empanadas. Luego les preguntó, muy oportunamente, si Melgar había muerto envenenado.

«Buena pregunta», pensó Quintana, que todavía esperaba las conclusiones del médico. Todo indicaba que sí, pero dicha afirmación planteaba un sinfín de nuevas cuestiones que tendrían que resolver una a una. Notó que la desazón se apoderaba de él como una plaga silenciosa. Temía que el caso le quedase grande, y el temor y las dudas —lo sabía de sobra— nunca daban buenos consejos.

Lastra se encargó de interrogar a Alba Lorenzo, la cocinera principal de la Casa Azul. La mujer se limitó a negar la mayor: no le guardaba ningún rencor a Melgar y las hierbas eran un condimento inocuo que ya había empleado multitud de veces antes. Su opinión sobre la ayudante de cocina no la dejó en buen lugar. Le había pedido a doña Trinidad que la despidiese, pero la inútil de Toya era una de las filantropías del indiano y en su hogar había otros diez hermanos que alimentar. Fue el ama de llaves quien les reveló que Malena preparaba cada noche una tisana para Melgar. La mujer no se atrevía a afirmar si llegó a hacerlo la noche de la discusión. Ella sufría una migraña espantosa y se había retirado tras la cena.

La visita de Moreno y Calleja al alcalde de Llanes también reveló alguna sorpresa. Don Lisardo y el cura de San Roque habían visitado la Casa Azul poco antes de la muerte de Melgar. Al regidor le extrañó el interés del indiano en una vieja tragedia local: una joven que se había suicidado arrojándose desde el acantilado veinte años atrás. El filántropo estaba empeñado en averiguar si la mujer había llegado a tener descendencia. Ninguno de los dos le pudo ayudar, o eso les

dijo el alcalde.

Quintana se preguntó cuántos secretos se habría llevado a la tumba el ilustre Mario Melgar, incluidos los motivos que provocaron su muerte.

Al repasar su reunión con Malena Bastida, llegó a la conclusión de que no había sido muy provechosa; tan solo le había servido para desvelar la naturaleza de su relación con el muerto. El alférez se sonrojó al recordar algunas de las conjeturas difundidas por el pueblo. Nada más lejos de la realidad: Malena solo era la pupila de Melgar, su protegida. La joven no guardaba ningún parentesco con él y, mucho menos, una relación indecente. Le sorprendió su capacidad de control: no derramó ni una sola lágrima en su presencia, aunque su pesar parecía sincero. Tras sentarse de nuevo, más bien a desgana, abrió un cajón del escritorio y sacó la bolsita donde habían guardado las conchas que el difunto apretaba en su puño izquierdo. Aflojó los nudos y las dejó caer en la mesa. Pendás, el más joven de la dotación, había encontrado una especie de altar formado por estampas de santos y velas a medio consumir. Frente a él, como una especie de ofrenda, una bolsa de yute que escondía en su interior una colección de conchas idénticas a las que habían aparecido en la mano del muerto. Tal vez formaban parte de un conjunto.

El alférez no quería ser perjuicioso. En la academia le habían explicado varias veces que un buen investigador no debería serlo jamás. Lo fácil era culpar a la forastera, la mulata que venía de otro continente. Pero tampoco podía dejarse llevar por la compasión que le inspiraba la muchacha. Debía comportarse como si fuera una balanza que solo se inclinase por el peso de las pruebas.

A la vista de las declaraciones y los hallazgos del resto del equipo, tendría que interrogarla de nuevo.

* * *

No quiso asistir al funeral en la basílica. El pueblo al completo se congregaría allí y Malena no les daría la satisfacción de verla sufrir. Se quedó sola en la Casa Azul, recluida en la habitación que Mario había dispuesto con tanto mimo para ella. Ignoraba por cuánto tiempo seguiría siendo suya, así que se preparó para despedirse. Se agachó frente el altar de los santos, que tuvo que recomponer tras el registro de la Guardia Civil, prendió los cirios uno a uno y rezó por el difunto. Invocó al espíritu de Amara. Si había alguien que pudiese velar por él, esa sería ella. Su padre, su madre y Mario habían formado una verdadera familia; peculiar, sí, pero familia, al fin y al cabo. El alférez Quintana le había contado que el cadáver de Mario tenía un puñadito de cauris enterrado en una de sus manos. No eran de ella; no le pertenecían. Seguro que el investigador pensaba que sí, pero se equivocaba. Malena estaba convencida de que los cauris eran de Amara. Melgar nunca le comentó nada al respecto y, tras su muerte, ya no podría saber si habían sido un regalo de su madre antes de fallecer o un arrebato sentimental de Mario.

Terminó de orar por el alma del indiano y se preparó para despedirse de su cuerpo. Sopló las velas. Se cambió de ropa y se puso un vestido blanco. Sabía que la costumbre del lugar era vestir de negro, el color del luto, y que el blanco causaría estupor y rechazo. No le importó. Debía aferrarse a su fe, a sus creencias, como a una tabla de salvación. Los rituales del culto la ayudarían a conocer su *orisha*, su espíritu protector. Y ahora que estaba tan sola, lo necesitaba más que nunca. Sin esa protección no tendría nada.

Consultó su reloj de pulsera. Se armó de valor —precisaba de una buena coraza— y salió al jardín trasero de la Casa Azul. Paso a paso, avanzó por el camino de lajas grises que conducía al panteón. En cuanto el edificio se perfiló ante ella, recordó la conversación que

en su día mantuvo con Mario. Melgar le había explicado que aquel panteón se construía para honrar a los muertos de su familia, pero al final solo iba a servir para recordarlo a él. Tal vez no le parecía bastante con la enorme sombra que se cernía a su espalda para dejar su impronta en la memoria de todo el pueblo. La vanidad siempre había sido su mayor defecto.

El cortejo fúnebre estaba formado por un grupo de ciudadanos selectos: el alcalde, el notario y algunas de las nuevas amistades que Mario había establecido desde su regreso a Llanes. En segundo plano, vestidos con sus mejores galas y tan firmes como si el ama fuera a pasar revista, aguardaba el servicio del palacete al completo. Malena se había empeñado en contar con su presencia y, entretanto se solucionaban las cuestiones relativas al testamento, era ella quien tomaba las decisiones sobre la casa y el personal.

Sintió las miradas de los asistentes sobre la piel. El rechazo, las sospechas, incluso el desprecio, se acumulaban capa tras capa sobre su espalda y la oprimían hasta hacerla sentir cada vez más pequeña. Le costaba mantenerse en pie y plantarles cara, aunque fuese desde la dignidad del silencio. Solo la presencia de Dimas, al lado de Alba, la ayudó a seguir avanzando. Le habría gustado estrechar su mano, abrazarlo, pero no iba a dar más pábulo a las habladurías. Otra victoria de los miserables. Se colocó junto al féretro y cruzó una mirada aquiescente con el sacerdote para que diese inicio a la ceremonia. Mientras el cura pronunciaba el responso, Malena buscó refugio en su interior. Necesitaba escapar, alejarse de tanta incertidumbre. Antes de morir, Mario la había amenazado con mandarla de regreso a Cuba. Quizás solo fue un arrebato porque no quería aceptar su relación con Dimas, aunque ella no lograba entender el motivo. Ignoraba quién decidiría sobre su destino de ahora en adelante. Tampoco se atrevía a consultar su futuro en las conchas. Desde la última vez que las arrojó, les había cogido miedo. Se negó a creer en sus presagios. Prefirió pensar que todavía no estaba lista para interpretarlas.

La muerte se ocupó de demostrarle lo equivocada que estaba.

Conocer el futuro podía ser mucho peor que ignorarlo. Si su madre hubiese tenido tiempo, le habría advertido de ello.

El cura dejó de hablar y unos hombres rodearon el ataúd. Malena se acercó un poco más y posó una mano sobre la madera pulida. Su mente se saturó de preguntas: ¿quién había asesinado a Mario?, ¿por qué razón?, ¿qué pecados fueron los que cometió veinte años atrás para merecer semejante venganza? Las apartó a un lado. Ya tendría ocasión de averiguarlo. Pese a sus diferencias, era lo mínimo que le debía a su segundo padre. Pero ahora había llegado el momento de decirle adiós. La muerte era la más definitiva de las despedidas. Lo sabía porque ya se había despedido antes.

Un vacío desolador la anegó por dentro.

Levantó la mano muy despacio y le dio la espalda al féretro, al panteón y a toda aquella gente que jamás entendería lo que Mario había significado para ella.

DIARIO DE AMARA

Estoy contenta. Mucho. Mario y Bruno han demostrado estar a la altura. Mario, que parece infatigable, trabaja codo a codo con los jornaleros y sigue mis instrucciones al pie de la letra, como un niño obediente, aunque no hay nada más alejado de su carácter. Bruno se encarga del abastecimiento y las cuentas. Es tan disciplinado y meticuloso en todo lo que hace, que sospecho que fue Mario quien lo arrastró hacia el caos.

Convivimos como una extraña familia. Al principio, con cierta reserva; escrupulosos en los modales y las palabras. Creo que los dos esperaban que yo me ocupase de la casa, que fuera una especie de ama de llaves. De ser así, se equivocaban: no volveré a ser la esclava de nadie. Le encargué a Bruno una larga lista de reformas y busqué a una mujer adecuada para el puesto. Mi misión es sacar adelante la hacienda, convertirla en un negocio rentable y ganar mucho dinero, el suficiente para que cada uno de nosotros tenga la mejor vida posible.

Mi plan, porque por supuesto que tengo un plan, consiste en comprar los mejores esquejes de caña de azúcar que podamos encontrar en la isla. Alvarado siempre decía que «sin buenas plantas no hay azúcar» y él sabía cuanto hay que saber del negocio. También debemos optimizar la extensión del cultivo. No tiene sentido dejar tanto terreno baldío. Para ejecutar mi plan necesitamos dinero y no basta con el que podemos reunir los tres. Ni siquiera con el que dejé en manos de Lorna. Bruno ha escrito a España para

solicitar el apoyo económico de su padre. Me contó que detesta la idea de pedirle ayuda, pero más aún fracasar en su aventura y verse obligado a regresar con los bolsillos vacíos y la vergüenza en la cara. Me pregunto qué le llevó a huir de una vida acomodada en busca de su propia fortuna. Tal vez algún día se anime a contármelo.

Entender a Mario resulta más sencillo. Él proviene de una humilde familia de pescadores que debía arriesgarse a diario para poder poner un plato de comida en la mesa. Harto de penalidades y miserias, aprovechó un golpe de suerte para emigrar a Cuba. Aun así, también es reticente a hablar del pasado, de la vida que dejó atrás.

A veces tengo la impresión de que algo le atormenta. Leo el remordimiento en su cara, pero ¿qué puedo decirle yo?

¿Quién está libre de agravios propios o ajenos?

41
Please, please me

Llanes, 1971

Cada vez le resultaba más difícil regresar a la Casa Azul, como si los espíritus de sus ancestros se apoderasen de su estado de ánimo y se empeñasen en alejarla de allí. En realidad no era cosa del indiano o de su abuelo Mateo; no creía que sus sombras fueran tan alargadas, ni ella tan sugestionable. Todo se debía a Julio y no quería engañarse al respecto. Cuando ya no pudo prolongar su ausencia por más tiempo, aceptó que el palacete de los Melgar era su único hogar. Lo realmente duro pasaba por asumir que el hogar no siempre podía considerarse un lugar seguro.

Julio la esperaba en el salón principal meciendo una copa de coñac en las manos. El brillo húmedo de su mirada demostraba que no había sido la primera y eso lo volvía mucho más peligroso.

—¿Dónde estabas? —preguntó a bocajarro, sin perder el tiempo en tonterías.

—Paseaba por la playa —respondió con vaguedad. Si tenía que mentir, no lograría sonar convincente.

—Ha debido de ser un paseo muy largo… —dijo Julio sin darle más importancia. Nuria soltó el suspiro que tenía atrapado y su tensión se rebajó un poco—. Mañana me voy de viaje. Estaré unos días fuera. Necesitamos algunos materiales para reformar la casa y

quiero elegirlos en persona.

Nuria se limitó a asentir. Como le sucedía a Esteban, se sentía más protegida tras el silencio.

—Tengo hambre… —Las palabras de Julio la trajeron de vuelta a la realidad.

—Te prepararé algo de cenar —le ofreció por inercia. Cuando iba a darle la espalda, Julio la sujetó de la muñeca. Justo en el lugar donde Esteban había puesto su mano antes. Notó un cosquilleo extraño, como si su piel pudiera recordar la caricia del jardinero. Su marido tiró de ella, esta vez con suavidad, para que se agachase a su lado.

—Lamento lo que pasó… —dijo Julio con su hablar vacilante.

Nuria tuvo la sensación de que toda la sangre le huía de las venas para agolparse en su rostro. No supo qué decir: las disculpas de Julio no solían ser sinceras y podían convertirse en un arma de doble filo. En el fondo, su marido solo pretendía que se sintiese culpable. Bajó la mirada mientras preparaba una respuesta que no terminaba de acudir a sus labios.

—No volverá a pasar…

Eso sí que era nuevo. Esta vez no había reproches ni exigencias, nada de cuanto hubiera podido estropear un perdón. Levantó la cara y se encontró con los ojos de Julio. Reconoció la lujuria en ellos y tuvo que reprimir la necesidad de alejarse, tan intensa que le provocó un estremecimiento. Él la rodeó con su brazo y la atrajo hacia sí. Le dio un beso húmedo, libidinoso. Julio tenía hambre, pero su necesidad era más primitiva, más visceral. Nuria quiso huir, gritarle que no la tocase, que no la mancillase de nuevo, pero él tenía todos los derechos sobre ella. Solo se concedió escapar de sí misma, de su piel. Tuvo que conformarse con eso.

Dejó que su alma volase muy alto mientras Julio se apropiaba de su cuerpo.

* * *

Se sumergió en la bañera y permitió que el agua arrastrase las lágrimas de impotencia y las barriese de su rostro. Así se mezclaban y desaparecían diluidas unas en otras. Lástima que el agua no pudiese llevarse la pena. Siempre quiso tener descendencia. Había imaginado que sería una madre bien distinta de la suya: presente, consciente, capaz de entregarse al completo por la felicidad de sus hijos… Ahora rezaba por que esos hijos no llegasen nunca. No podía permitir que un niño formase parte de un matrimonio que era cualquier cosa menos una familia. Para ello, se había esforzado en eludir la intimidad con Julio. Le evitaba a conciencia, aunque sus esfuerzos resultaban inútiles: él decidía en exclusiva cómo, cuándo y dónde. Así había sucedido la noche anterior. Indignada, agarró la esponja y frotó su piel y sus entrañas para eliminar todo rastro de Julio en su cuerpo. Se dejó la epidermis enrojecida, pero había un rastro que no podía eliminar. Le enfermaba pensar que en su útero, justo en ese preciso momento, podía estar gestándose una vida sobre la que Julio tendría todos los derechos. La frustración y el miedo la hundieron a plomo, como si la hubieran fabricado con dicho material.

Se sumergió en la bañera de nuevo y aguantó la respiración mientras se preguntaba si podría quedarse allí, bajo el agua, y poner fin a su sufrimiento. Entonces recordó a su madre, que se rindió y dejó tras de sí más dolor del que se llevó consigo. ¡Se había prometido tantas veces que no seguiría su ejemplo! ¡Qué fácil le parecía ahora romper su promesa! Acuciada por las emociones, abrió los ojos y, a través del fluido, distinguió una sombra que se acercaba a ella y agitaba los brazos con aspavientos, como si pretendiese advertirle de algo. Se asustó, se atragantó con una bocanada de agua y se incorporó tosiendo para no ahogarse. Clavó las uñas en el

borde de la bañera y miró alrededor, justo cuando el líquido desbordaba la tina en pequeñas oleadas provocadas por ella.

No había nadie allí. Estaba sola.

Hizo esfuerzos por calmarse, pero el cuerpo todavía le temblaba cuando consiguió ponerse en pie. Sus piernas apenas la sostenían. Se apoyó en la pared y se cubrió con una toalla porque desnuda aún se sentía más expuesta. Quiso pensar que la vista la había engañado y, sin embargo, la sombra con silueta de mujer quedó grabada para siempre en sus retinas.

42
La hora de la verdad

Llanes, 1890

—Tienes que dejar de verla —le dijo Alba cuando ambos regresaron del entierro de Melgar. Tenía la mirada oscura, velada de ansiedad, y su cuerpo estaba hecho un manojo de nervios. Dimas se preocupó: nunca la había visto tan alterada. Alba siempre se comportaba como una roca firme en la que todos se apoyaban, pero desde la llegada del indiano algo había cambiado en ella.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —preguntó en parte extrañado y en parte molesto.

Sabía que Alba no estaba a favor de su relación con Malena, pero esto era ir demasiado lejos. Necesitaba que le explicase sus razones para pedirle algo así.

—No me obligues a hablar… —respondió tan evasiva como siempre.

—Pues deberías hablar de una vez porque callar no ayuda —replicó enojado. En esta ocasión no se rendiría con tanta facilidad; había demasiado en juego—. Si no sacamos a la luz todos los secretos, nos asfixiarán con su peso —dijo sujetándole la mano—. Y no hace falta que me sigas protegiendo. Ya no soy un niño…

Un espasmo violento sacudió el cuerpo de Alba, que tensó su brazo para separarse de Dimas, pero él la mantuvo agarrada con

firmeza. No permitiría que se le escapase de nuevo y menos sin responder a sus dudas. Tiró con suavidad de ella y la miró a los ojos. En la mirada del joven había una honestidad que la desarmó por completo: compartía el alma pura de su madre. Dimas tenía razón: se había acabado el tiempo de los silencios, de los secretos. De las mentiras también.

—No sé si podrás perdonarme algún día… —dijo, y se percató de que estaba poniendo el vendaje para una herida que aún no había causado. Guardó silencio y trató de reunir el valor que le faltaba para seguir. Necesitaba mucho valor para confesar su secreto más oscuro—. Yo no soy tu verdadera madre, Dimas. Soy tu tía. Eres hijo de mi hermana Mina y de Mario Melgar…

Se lo soltó así, a bocajarro. Más tarde se dio cuenta de que no habría encontrado otra forma mejor de hacerlo: había que arrancar las vendas de cuajo con la esperanza de que así dolieran menos. Dimas se dejó caer en la silla y su cuerpo se hundió, todo el lastre de las mentiras depositado sobre sus hombros. Su pasado formaba un cúmulo de patrañas y eso debía ser difícil de aceptar. Ni siquiera el amor de Alba podría aliviarlo. Ella se sentó a su lado y se preparó para el dolor que le causaba recordar a Mina. Los años no habían reducido ni un ápice de su intensidad. Se preguntó si llegaría el día de enterrar para siempre esa historia, tal y como había hecho con Mario. Seguramente no. Tan solo le pedía a Dios que remover el pasado no tuviera las mismas consecuencias para su querido Dimas. Y le habló como nunca pensó que lo haría:

—Melgar emigró a Cuba y dejó a mi hermana embarazada y sola. Él lo supo antes de partir, no vayas a pensar que no, pero no le importó. Quería escapar de la pobreza y le daba igual lo que dejase atrás. Mina vio que su vida se desmoronaba y que no podía hacer nada para evitarlo. Solo contaba conmigo. Lo hablamos y tomamos una decisión. No íbamos a permitir que nuestros padres, que la tenían en un pedestal, sufrieran el escarnio de un embarazo ilegítimo, así que nos fuimos juntas a trabajar a Oviedo. Mina aguantó un tiempo, pero ni la barriga ni su estado de ánimo le

permitieron seguir trabajando. Tuvo a su hijo, a ti, a principios de junio.

»Te dejamos en el hospicio a finales de agosto. No fue nada fácil. De hecho, fue muy difícil. Los pobres no toman sus decisiones para hallar la felicidad, sino que hacen lo que hacen para sobrevivir. Solo para eso. Y se supone que debemos conformarnos con ello. Se nos rompió el corazón. No es una excusa, no; es una realidad que explica mucho de lo que sucedió después. Regresamos a Llanes sin mirar atrás. Yo había renunciado a mi empleo en casa del doctor Argüelles y el buen hombre falleció durante nuestra estancia en Oviedo. Tuve que volver a trabajar para el marqués de Posada. Lo que voy a decirte jamás se lo he contado a nadie. El marqués me violó. Fue un acto despiadado, brutal. El maldito bastardo me destrozó y Mina no pudo soportar el dolor de verme así. Hasta entonces, yo había sido el sostén de ambas. Nos quedamos desnortadas, perdidas en un mundo demasiado cruel cuyas reglas no acabábamos de entender. Supongo que la venció el peso de todas las desgracias: Mario la abandonó y con él se esfumó la ilusión del primer amor, tuvo que renunciar a su hijo y ver a su hermana romperse en dos. Se arrojó desde uno de esos acantilados que nunca he vuelto a ver con los mismos ojos. A veces le reprocho que no pensase en mí, en lo sola que me dejaba. Otras veces creo que sí lo hizo y que solo quería liberarme de su carga. De ser así, ¡qué equivocada estaba! ¿Por qué no habló conmigo…?

Por primera vez en todo el relato, Alba se atrevió a levantar la cara y mirar a Dimas de frente. El rostro de su sobrino había empalidecido y tenía la mirada vidriosa, emocionada. No se acercó a consolarlo; no habría soportado su rechazo. Hizo acopio de valor para continuar. Ahora que había empezado, tenía que seguir hasta el final:

—Cuando bajó la marea, unos pescadores encontraron el cadáver de Mina sobre las rocas. Quise verla para despedirme de ella. Corrí hasta la playa y me abracé a su cuerpo. No podían separarme de mi hermana. Soltarla era como perder para siempre la mitad de mí

misma. De no haber sido por mis padres, la habría seguido en su locura. Durante un tiempo jugué con la idea de compartir su destino, pero no dejaba de pensar en el niño que abandonamos en la inclusa, lo único que me quedaba de ella. Se lo conté a tus abuelos. Ellos estuvieron de acuerdo y fui a buscarte. Ya no me importaban las habladurías, los infundios… La vida se había cobrado un precio muy alto y todo lo demás perdió importancia; se volvió insignificante, ridículo. Lo supe en cuanto te estreché entre mis brazos: eras el hijo de Mina, eras mi hijo. No volvería a dejarte. Años más tarde, conocí a Colás. Él era un hombre bueno, sencillo, incapaz de decir una mala palabra o cometer una mala acción. Enseguida supe que era el padre ideal para ti y para los hijos que Dios me diera. Colás, Nel, tú y yo formamos una familia, una verdadera familia…

El silencio los envolvió como un manto protector que atenuó su desasosiego. Los reproches y los lamentos de Dimas quedaron atascados en su mente y no hallaron cauce en su garganta. No se sentía preparado para asumir las repercusiones del discurso de Alba y el presente lo acuciaba mucho más que el pasado. Haciendo una elipsis sobre todo lo narrado, optó por retomar el principio de la conversación:

—Te preocupa que Malena y yo seamos hermanos —afirmó sacando sus conclusiones—. Puede que yo sea hijo de Melgar —aceptó a regañadientes—, pero Malena no lo es. Su padre se llamaba Bruno Bastida y era el mejor amigo de Mario. Bruno falleció en un naufragio y Mario se quedó con su vida: su negocio, su mujer y su hija. Desde entonces, se consideraba responsable de ellas. Lo que lo llevó a cuidar de Malena fue el amor y la culpa, no el parentesco. No hay ninguna razón para que deba mantenerme alejado de ella.

Cuando acabó de hablar, Dimas se sentía exhausto, derrotado por la intensidad de sus emociones. Aun así, supo que estaba dispuesto a luchar por Malena, fuera cual fuese el precio que tuviese que pagar por ello.

* * *

Malena decidió presentarse sola en el despacho del notario. En algún momento pensó en pedirle a Dimas que la acompañase, pero debía acostumbrarse a afrontar sus problemas en solitario. Él tenía una vida feliz y ella no quería perjudicarlo con las vicisitudes de la suya. Le costó reunir el coraje necesario —eso no iba a negarlo—, pero se preparó a fondo para afrontar las miradas de la gente y el menosprecio que se escondía en ellas. Conocía el lugar donde se hallaba la notaría por haber acompañado a Mario en otra ocasión: un palacio con mampuestos de piedra caliza, escudo de armas erosionado por el paso del tiempo y macetas de geranios en los balcones. Tras el entierro de Mario, don Hipólito se había acercado a la Casa Azul para comunicarle, con cierta solemnidad, que debía asistir a la lectura del testamento. La citó para el día siguiente y, antes de irse, tuvo el detalle de darle el pésame y preguntarle si necesitaba alguna cosa de él. Junto a Dimas y su madre, fue el único en mostrar un poco de consideración hacia ella.

En las dependencias de la notaría la recibió un joven taciturno, con un bigotillo ridículo. El pasante la condujo a la sala de espera sin cruzar palabra. Estaba a punto de encontrarse con una de las mayores sorpresas de su vida: Dimas y Alba, sentados muy tiesos, aguardaban en el interior de la estancia.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó extrañada al tiempo que Dimas se ponía en pie.

—Don Hipólito nos citó —dijo Alba, que también se puso en pie.

Malena cruzó una mirada con Dimas. Le extrañó la intensidad que había en sus ojos. Como en una revelación inspirada por sus Eggun, supo que las sorpresas no se terminaban ahí. Frunció el ceño confusa. Iba a reclamarles más explicaciones, cuando el pasante regresó acompañado de un hombre de mediana edad y aspecto

humilde. Malena habría afirmado que se trataba de un completo desconocido, de no ser porque Dimas y él eran como dos gotas de agua.

—¿Simón…? —preguntó Alba dudosa.

—¡Alba Lorenzo! ¿Qué haces aquí…? —Al parecer esa era la pregunta que se hacían todos, pero el empleado apareció una vez más para acompañarlos al despacho del notario y los interrogantes quedaron en el aire.

Don Hipólito los recibió sin levantarse del sitio. Malena no se lo reprochó: a la vista estaba que tenía la edad y las hechuras de un anciano. El notario carraspeó con fuerza, como si necesitase desatascar las palabras de su garganta. Luego le echó un vistazo a los pliegos que tenía ante sí: él guardaba todos los secretos del difunto.

—Las disposiciones testamentarias de don Mario Melgar no ofrecen mayor complejidad que la que conlleva explicar lo inesperado —dijo levantando la cabeza de los papeles para contemplarlos por encima de sus lentes—. Don Mario, que en paz descanse, acudió a mi despacho hace días para modificar su testamento. El anterior, según me comentó, lo había redactado en La Habana tras el fallecimiento de doña Concepción de Alvarado. El caso es que durante su estancia en Llanes tuvo conocimiento de unos hechos que ignoraba…

Volvió a carraspear, pero esta vez solo para ocultar lo incómodo que se sentía.

»Bien, será mejor que vayamos al grano. En sus últimas voluntades, don Mario Melgar reconoce y asume la paternidad de don Dimas Castro Lorenzo, aquí presente, otorgándole el derecho a usar el apellido Melgar y demás privilegios inherentes a dicha condición paternofilial. Asimismo, le cede en herencia la mitad de todas sus posesiones, de las que puede disponer libremente. La otra mitad será dividida, a partes iguales, entre su hermano, don Simón Melgar y su ahijada, doña Malena Bastida de Alvarado. Además, esta última recuperará el uso y disfrute de todos los bienes que forman

parte de la herencia de sus padres… Eso quiere decir que ya no estará sometida a tutela —le explicó el notario a Malena, mientras encogía la cara como si le diese una mala noticia.

Ella se limitó a asentir, incapaz de asimilar lo que escuchaba. ¡¿Dimas era hijo de Mario?! Pero…, ¿por qué no se lo habían dicho? ¿Acaso Dimas lo sabía y se lo ocultó a conciencia? A juzgar por su expresión avergonzada, la respuesta tenía que ser un sí. Se agarró con fuerza a los reposabrazos de la silla para no gritar y clavó las uñas en la superficie de madera hasta sentir que se astillaban. El secreto de Mario y Dimas dolía demasiado.

—Al menos hizo algo decente antes de morir —concluyó Simón poniéndose en pie. Luego se acercó a Dimas y le tendió la mano—. Lo siento, sobrino; no sabía nada de ti. Haz lo que quieras con tu apellido. Me temo que no hay ningún honor en ser un Melgar, por mucho que mi hermano creyera lo contrario. Aunque puede que tú consigas cambiarlo… —Simón se fue sin añadir palabra.

Malena tenía cientos de preguntas para Dimas.

Ninguna de esas preguntas acudió a su boca. Las silenció a propósito, pues le asustaban las posibilidades que abrirían cada una de ellas.

Ojalá pudiese desvanecerse sin más, sin dar ni exigir explicaciones. Pero no sería tan sencillo: tarde o temprano llegaría el momento de tener que afrontar la verdad, pero no lo haría ahora. Ahora necesitaba tiempo para pensar.

—Tenemos que hablar —le dijo Dimas compungido. Ella negó con la cabeza y se desprendió de la mano que le agarraba el brazo. Fue un gesto brusco, doliente. Se sentía como una intrusa que hubiera perdido el último anclaje que la mantenía unida a una tierra extraña. Estaba sola, abandonada y traicionada por todos.

Entonces comprendió que desaparecer solo dependía de ella. Por primera vez era libre para hacer lo que quisiera.

Podía irse, regresar a Cuba, y nada ni nadie la reclamaría de vuelta.

* * *

Arrugó la página del periódico, hizo una pelota con ella y la arrojó con rabia al otro extremo de la habitación. La bola de papel rebotó contra el espejo, que seguía oculto bajo una sábana blanca, y fue a parar al suelo. Librarse de ella había sido así de fácil. Olvidarla sería mucho más complicado. *El Oriente de Asturias* informaba con todo lujo de detalles sobre la muerte de Mario Melgar, el avance de las investigaciones y el sorprendente contenido del testamento del indiano. Todo ello formaba una amalgama de datos que, hábilmente orquestados por el periodista, señalaba en una sola dirección: la suya. Malena comprendía que era el blanco más obvio: su apariencia y su conducta decían *forastera* a gritos; nadie la quería allí. Esa certeza le contagió un miedo que fue creciendo, día a día, alimentado de soledad y tristeza. Añoraba a Dimas, pero los secretos habían tejido una red de desconfianza entre ellos y ya no sabía qué podía esperar de él. Tal vez todo, tal vez nada; solo el tiempo podría decirlo. Había preparado una maleta pequeña por si tenía que abandonar el palacete de inmediato. Jamás llegó a gustarle la Casa Azul, pero, si la obligaban a dejarla, no sabría dónde ir; ni siquiera si la acogerían en algún sitio.

Estaba agotada y le hacía falta dormir. Se tumbó en la cama, se estiró y trató de alejar su cabeza del presente. Regresar a Cuba sin Dimas había sido su peor pesadilla. Por culpa de esa idea, cuando no era más que eso, se había peleado con Mario y sus últimas palabras estuvieron colmadas de reproches amargos. Sin embargo, después de todo lo ocurrido no le parecía tan grave. Su cambio de opinión bebía del desconcierto y la pena. Lo sabía, pero no le importó. A veces en la vida era preciso rendirse. Cerró los ojos para volver a la playa y al mar, al sol radiante que lograba teñir de luz cada espacio.

Unos golpes insistentes sonaron en la puerta principal y el sueño

se le escapó como la arena entre los dedos.

El miedo regresó de nuevo, alimentado de soledad y tristeza.

DIARIO DE AMARA

Bruno me ha pedido que me case con él. Lo sé, lo sé, parece una verdadera locura… Y, sin embargo, acepté en cuanto él pronunció las palabras. Ni una duda, ni una vacilación. Yo misma me sorprendí por la claridad de mi convicción. Mi segundo pensamiento fue para Mario. Imaginé la decepción nublando su rostro. Me pregunté si conseguiría doblegar sus emociones o nuestra familia de tres se rompería para siempre. Bruno sonrió feliz, aliviado. Sus ojos resplandecieron de ilusión y ya no pude pensar en nada más. Yo también sonreí feliz, más ligera: el amor por fin tenía sentido para mí.

Pero he corrido mucho para llegar hasta aquí. Ahora quiero ir más despacio; merece la pena. Bruno y yo nos enamoramos durante el viaje que hicimos para comprar los esquejes de caña de azúcar. Dejamos a Mario al frente de la plantación y nos escapamos unos días. Tomás, el propietario del Morronegro, había convencido a un agricultor de la zona para que nos vendiese las plantas. Además de un precio cuantioso, el vendedor puso otra condición: debía curar a su hija. Supongo que esto último fue culpa de Tomás y de su verborrea. Viajamos a la finca y, antes de comprobar la calidad de los esquejes, visité a la niña, aquejada de unas fiebres de origen desconocido que la consumían poco a poco. Era una chiquilla preciosa. Su rubia melena se extendía como un nimbo dorado en torno a la almohada. Tenía el rostro macilento, ojeroso. De sus ojos azules se desprendía un brillo febril y no lograban detenerse en

nada. Ya lo había visto antes, en la Hacienda Alvarado. Sabía lo que necesitaba y cómo curarla. Preparé el bebedizo para expulsar los parásitos que la devoraban por dentro. La velé durante toda la noche, hasta que la fiebre fue bajando. Al mediodía, pudo tomar un caldo de ave sin vomitar. Poco a poco, su rostro se serenó y tres días después de nuestra llegada a la hacienda, la niña se puso en pie. Su padre, agradecido, nos hizo una considerable rebaja en el precio de la caña de azúcar. Yo les dejé un par de frascos del bebedizo por si las fiebres se repetían.

De regreso a la hacienda, agotada tras las noches en vela, me dormí sobre el hombro de Bruno. Soñé que estaba embarazada y feliz. Las manos de un hombre se posaban sobre mi vientre abultado con una delicadeza rayana en la devoción. Luego, una de ellas se movía hasta detenerse en mi rostro. Sentí una paz inmensa, como si hubiera encontrado mi hogar. Ese hombre y la niña que se gestaba en mi vientre representaban mi lugar en el mundo. Lo supe como se saben las cosas en los sueños: con una certeza absoluta. Un bache en el camino me despertó. Abandoné el hombro de Bruno y le miré a los ojos. Tenía una mirada tímida, pero conmovedora y sincera. Acercó una mano vacilante a mi cara y se atrevió a colocar un rizo rebelde detrás de mi oreja.

Sonreí emocionada: yo sabía algo y él no.

Sonreí porque Bruno Bastida era el hombre que aparecía en mi sueño.

Por eso no dudé y dije sí.

43
Another girl

Llanes, 1971

Nuria se sentía desbordada por todo lo ocurrido. Necesitaba espacio para respirar y diluir la angustia acumulada. Agarró la Leica y salió a la calle. El verano se agostaba, aunque Llanes seguía repleto de turistas. Gente elegante ataviada con sombreros de paja y gafas de sol a lo Jackie Kennedy, que paseaba a niños expertos en comer helados de cucurucho sin mancharse los pantalones cortos. Familias perfectas, siquiera en apariencia, pero aquellas fachadas modélicas fueron suficiente para incomodarla. A veces, la felicidad de otros resultaba demasiado apabullante para poder soportarla.

Bajo el sol benévolo de finales del estío, Nuria reparó en que apenas había recorrido la villa desde su llegada. Le quedaba mucho por conocer del lugar donde había nacido su abuelo y, sin duda, Llanes merecía el esfuerzo. En realidad, ni siquiera conocía la casa donde sus bisabuelos formaron un hogar. Esteban le había explicado que seguía en pie, presidiendo uno de los flancos de la playa del Sablón. Frente a ella, una linde de roca y mar; esta última, inabarcable.

No le resultó difícil localizarla, pues respondía fielmente a la descripción del jardinero. Se trataba de una vivienda más modesta que la Casa Azul, pero podía entender que Malena se hubiera

sentido a gusto allí, y más, después de lo sucedido en el palacete. Apoyó la Leica en un muro de piedra devorado por las hierbas salvajes; esas plantas que lograban sobrevivir donde ni siquiera había tierra, solo viento y sal. Retrató la casa con el mar desenfocado al fondo. Los colores —el azul del océano, el verde de la vegetación y el carbunclo de las paredes— brillaban con toda su intensidad, en exclusiva para ella. Los guardó en la cámara para que no se perdieran en su memoria. Encontró parte del sosiego que buscaba y reunió el valor necesario para visitar el viejo hogar de su bisabuela.

Rodeaba el jardín posterior cuando oyó que un perro ladraba desde el otro lado del murete de piedra. Se asomó con cuidado y, justo enfrente, vio a un anciano que fumaba en pipa recostado sobre una hamaca de lona. Ella se paró de pronto, como pillada en falta. El hombre la saludó con la mano, se levantó de la hamaca sin ningún esfuerzo y se le acercó con un caminar pausado. Nuria trató de explicar quién era.

—¡Madre mía! ¿Eres la bisnieta de la mulata? —preguntó entre admirado y complacido—. Disculpa la confianza; lo digo desde el cariño. Tu bisabuela hizo mucho por Llanes, igual que su tutor…

—¿Se refiere a Mario Melgar?

—Sí, aunque a él no llegué a conocerlo. Creo que murió antes de que yo naciera.

—Ni siquiera sabía que mi bisabuela era mulata… —confesó en un arranque de sinceridad.

El anciano levantó las cejas extrañado. Luego se encogió de hombros, como si le restase importancia: a aquellas alturas de la vida podía entenderlo casi todo.

—Nunca tuve la impresión de que fuese motivo de vergüenza para los Melgar. Puede que Mateo, tu abuelo, sufriese más de lo que dejaba ver. No sé… Se fue de Llanes en cuanto tuvo oportunidad de hacerlo. Solo regresaba en verano y, cuando murió su madre, dejó de venir de una vez por todas. Conocí a tu padre de niño. Siempre estaba pegándole patadas a un balón con Luis Herrera, el abogado

—de pronto tomó conciencia de que la conversación se alargaba y ni siquiera se había presentado—. Disculpa, Nuria; soy un maleducado. Me llamo Víctor, Víctor Antuña. Lo mínimo que puedo hacer es invitarte a pasar. Te enseñaré la casa de tus bisabuelos mientras hablamos.

Nuria aceptó encantada: la hospitalidad de Víctor era mucho más de lo que hubiese podido esperar. El anciano la paseó por todo el inmueble, al tiempo que le contaba anécdotas de las dos familias.

—Malena y mi madre fueron buenas amigas. De mayores, ambas se quedaron viudas a un tiempo y se hacían compañía. Se sentaban en la galería con vistas al mar y…, bueno…, ellas se entretenían con sus cosas.

—¿Sus cosas? —cuestionó intrigada.

Víctor ignoró la pregunta y continuó caminando. Nuria insistió en la pregunta: estaba harta de silencios y evasivas.

—A ver, creo que no soy el más indicado para hablarte de los Melgar. Si acabamos de conocernos…

—Lo sé, y de veras que entiendo su prudencia, pero no tengo a nadie más que pueda hablarme de ellos. El resto están muertos.

Aquella verdad, tan dura y aplastante, fue lo que terminó de convencerle. Víctor sonrió de manera peculiar y su mirada se alejó del presente. A Nuria le pareció que viajaba en el tiempo y deseó poder acompañarlo en su viaje.

—Mi madre fue una mujer bastante peculiar para la época en que le tocó vivir. No sé… Supongo que el pueblo se le quedaba pequeño, muy pequeño. Pienso que por eso le gustaba tanto conocer otras gentes, otras culturas. Malena vino de Cuba, del otro extremo del mundo, y trajo con ella sus costumbres, sus creencias, tan diferentes a las nuestras. Nunca olvidó sus raíces, ¿sabes? Estaban destinadas a ser amigas —añadió con una sonrisa—. Al caer la tarde, se sentaban en el corredor para contemplar la puesta de sol. Encendían un montón de velas y se quedaban muy quietas, como si estuvieran rezando en silencio… —Víctor trataba de atinar con las palabras—, y cuando alguna de las dos estaba intranquila, Malena echaba las

conchas para ver el futuro…

—¡¿Qué?! ¿Mi bisabuela era vidente?

Antuña hizo un gesto para quitarle importancia.

—No sé lo que podía haber de cierto en ello. Yo solo era un niño y siempre me ahuyentaban cuando quería fisgonear lo que hacían. Lo que sí sé es que ellas formaban una especie de hermandad, una alianza en la que hallaban mutuo consuelo. Su amistad las acompañó hasta el día de la muerte de Malena. Mi madre nunca dejó de visitar su tumba en el cementerio…

—¿Y por eso acabó viviendo aquí?

—Lo de la casa fue idea de Julia, tu abuela. Cuando Mateo falleció, a ella ya no le quedaba nada en Llanes. Prácticamente quería regalarla, pero tenía que velar por el bienestar de su hijo y yo no quise lucrarme con su dolor. Jamás volvieron por aquí. Al menos que yo sepa…

—Mi padre nunca hablaba de Llanes, tampoco de la Casa Azul. Me parece increíble… Es un lugar difícil de olvidar.

—Apenas conocí a Mateo, pero, de joven, fui amigo de Candela, tu tía abuela. Ella era un bellezón, divertida y más sociable que su hermano. En una ocasión le pregunté por qué no vivían en la Casa Azul. Verás, por aquel entonces, llevaba más de veinte años cerrada y nadie en el pueblo entendía por qué. Hasta podría decirse que les molestaba el abandono en que había caído el inmueble. Candela sonrió resignada, me acuerdo muy bien, supongo que se había acostumbrado a que le hicieran esa pregunta. ¿Y sabes qué me respondió? Me dijo que el palacete estaba maldito, que su madre lo había abandonado a sabiendas y que ella entendía de esas cosas. No quiso contarme más —concluyó encogiéndose de hombros.

—Y ahora vivo allí… —musitó Nuria para sí misma.

—Lo sé. Aquí lo sabemos casi todo de todos —reconoció Antuña, a quien la edad no había privado del buen oído—. Espero que tu bisabuela estuviese equivocada, o que al menos el tiempo haya barrido todas las maldiciones de la dichosa Casa Azul. Han pasado muchos años…

Nuria asintió ensimismada. No quería dejarse impresionar por las palabras de Víctor. Su realidad ya se había vuelto bastante dura sin necesidad de viejas supersticiones. Pese a ello, un estremecimiento le sacudió el cuerpo al recordar la sombra con silueta de mujer que había visto a través del agua.

44
La celda aguarda un culpable

Llanes, 1890

Sus superiores le habían enviado varios telegramas urgentes exigiendo resultados en la investigación. Tenía que detener al responsable del asesinato de Mario Melgar cuanto antes o rodarían cabezas. De hecho, insistían tanto en ello, que parecía más importante detener a alguien —en realidad, a cualquiera— que resolver el crimen. Por si fuera poco, el cabo Llavona hacía méritos para llegar a ser el subordinado más cargante de todos los tiempos. Se le pegaba como una sombra incómoda y no cesaba de repetir que Malena Bastida era la asesina del indiano. Quintana no estaba tan convencido como Llavona, de ahí sus reparos, pero la última revelación —que para más inri venía en la mismísima portada de *El Oriente de Asturias*— inclinaba la balanza en contra de la mulata. Trató de ordenar en su cabeza los indicios que señalaban a Malena Bastida como sospechosa del crimen: la discusión con Melgar, el desencuentro sobre su regreso a Cuba, la tisana que le preparaba cada noche y el testamento que la convertía en una mujer muy rica. Rica y libre de hacer y deshacer con su vida sin tener que rendirle cuentas a nadie. Dinero y libertad eran dos motivos muy sustanciosos para matar. Y entonces, ¿por qué le costaba tanto creerlo? La mulata tenía a todo el pueblo en contra. Los prejuicios, la

envidia y el miedo a lo desconocido conformaban un terreno fértil y en extremo peligroso. Quintana sentía lástima por ella —la imaginaba sola en el torreón de la Casa Azul, como una princesa olvidada—, pero no debía permitir que sus escrúpulos morales le impidieran ser objetivo.

El alférez estaba obligado a tomar una decisión, pese a que tuviera muy presente la posibilidad de equivocarse. De ser así, tendría que cargar con ello. Unos golpes acuciantes sonaron en la puerta. Quintana supo que era Llavona; solo él se atrevía a llamar así. Se recreó, una vez más, en la idea de solicitar su traslado a un lugar muy pero que muy lejano. El cabo se empeñaba en cavar su propia tumba. O puede que en robarle el puesto, quién podía saberlo.

—Adelante —dijo con el único afán de poner fin al ruido.

—Buenos días, mi alférez. Lastra me ha informado de que nos enviaron un telegrama desde Oviedo —se palpaba su satisfacción por las malas noticias. Quintana reprimió el exabrupto que le venía a la boca. Seguramente se equivocaba de estrategia: sacar a relucir su genio habría sido lo mejor para pararle los pies a Llavona.

—En efecto —respondió circunspecto, sin darle explicaciones—. Avisa a Acebal y a Lastra para que estén listos.

—¿Listos para qué? —preguntó el cabo un tanto descolocado.

El alférez Quintana se concedió unos instantes para disfrutar del desconcierto de su subordinado. Solo unos segundos, porque la decisión que había tomado, presionado por unos y por otros, no era de su agrado. Desventajas del cargo a las que no terminaba de acostumbrarse. Finalmente pronunció las palabras con desgana, a sabiendas de que con ellas sellaba el destino de una mujer abandonada a su suerte:

—Vamos a detener a Malena Bastida.

* * *

La encerraron en un calabozo lóbrego y frío. Las paredes rezumaban humedad, como pequeños ríos de lágrimas que simulaban llorar su desgracia. Los guardias no le permitieron que se llevase nada de la Casa Azul, ni las conchas de cauri ni el altar de los santos. Sin ellos, se sentía desprotegida y le resultaba más difícil encontrar algún consuelo. Tenía la sensación de que los Eggun y los dioses estaban tan lejos de ella, que no podrían atender sus rezos. Pero no quería mostrarse débil, no quería que la viesen desfallecer, así que se retiró a un rincón de la celda y se encerró en sus pensamientos.

«¿Por qué estoy aquí? ¿Para esto me hiciste venir, mamá? ¿Qué futuro puedo tener yo en estas tierras verdes?». Prisionera entre cuatro paredes, añoró más que nunca el sol, la arena y la vida que había dejado en Cuba, pero aquella vida sin su madre ya no tenía sentido. El pasado estaba cerrado a cal y canto y el futuro formaba una nebulosa tan confusa como incierta. Se amarró al recuerdo de Amara: una mujer hermosa, vibrante y compasiva. Ella se entregaba con pasión a todos sus proyectos, derrochaba su energía y su saber en curar a las personas, en socorrer a los desamparados… Amara y Mario reñían con frecuencia, como un matrimonio mal avenido. Melgar la regañaba porque gastaba su dinero en hierbas, medicinas y demás remedios; porque acogía en Buenaventura a los enfermos y los parias, a los seres olvidados por una sociedad impía. Fue así como se contagió. Lo había hecho tantas veces que se creía inmune, bendecida por los Eggun y protegida por Babalú Ayé, el *orisha* sanador. Se equivocaba: en algún momento tenía que ocurrir. Las pócimas curativas no surtieron efecto, tampoco las plegarias. Los dioses dejaron de escucharla. No pudo superar la enfermedad; el cólera, su némesis, ganó la última batalla. Oyá[10] le abrió la puerta del cementerio y la recibió con los brazos abiertos.

«Me quedé sola, completamente sola, y ahora me pudriré en esta celda oscura». La sensación de vacío, tan desoladora que la estremeció, avanzó a través de su cuerpo y su mente. De no ser por el silencio del calabozo, habría gritado hasta sacarla fuera. Fue entonces cuando oyó un abrir y cerrar de cerrojos, el sonido de pasos y voces amortiguadas. Alguien venía a verla. Malena se puso en pie bajo el estrecho ventanuco que daba batalla a las sombras. Dimas asomó su rostro, que quedó recortado por los barrotes. Unos pasos detrás de él, surgió la figura del alférez Quintana. El joven lo miró un instante y el alférez asintió conforme. Se alejó y Malena lo perdió de vista.

Dimas se agarró a los barrotes y se esforzó en sonreír. Fue una sonrisa volátil, como un espejismo, que se esfumó aplastada bajo el peso de tanta aflicción. Ella avanzó hacia la puerta de la celda para contemplarlo más de cerca.

—Lo siento —se disculpó tremendamente abatido—. No sabía que Melgar era mi padre y no tuve tiempo de advertirte de ello.

Había tanta sinceridad en sus palabras, que le perdonó de inmediato. Malena había sufrido en su propia piel el dolor que podían causar los silencios, las mentiras… Él no tenía la culpa; los errores de sus padres no le correspondían. Emocionada, se acercó más aún hasta descubrir la pesadumbre que asomaba a los ojos de Dimas: toda una declaración de su amor por ella.

Su rostro era luz entre tanta oscuridad.

DIARIO DE AMARA

A veces la vida se asemeja a una pesadilla y solo deseas despertar y que termine de una vez. Otras veces adopta los mimbres de un sueño, mi sueño, y entonces querrías que no acabase nunca. Los sueños felices no deberían tener final, deberían ser eternos.

Bruno y yo nos casamos una mañana de junio y poco después me quedé embarazada. Nuestra dicha habría sido completa de no haber sido por Mario. Fuimos cobardes y tardamos demasiado en contarle que estábamos enamorados. No queríamos que nada enturbiase nuestra relación, aunque aprendimos muy pronto que vivir a escondidas es como vivir a medias. Cuando por fin nos decidimos, nuestros peores temores se hicieron realidad: Mario se sintió traicionado por ambos y, profundamente herido, se marchó de Buenaventura en mitad de la noche. Al principio creímos que solo sería un arrebato, pero a la mañana siguiente aún no había regresado. Nos preocupó que hubiese tenido un percance. Cogimos los caballos y lo buscamos por todas partes. Volvimos con las monturas exhaustas y la moral por los suelos. Semanas más tarde supimos que estaba en La Habana, ahogando sus penas con el ron más fuerte que servían en el Morronegro. Tomás nos lo contó y Bruno fue a buscarlo. Pensamos que sería mejor así. Ellos habían empezado su aventura juntos y tenían que terminarla juntos también. Yo no podía ser la responsable de su ruptura.

No sé qué le dijo, no sé qué acordaron; lo importante es que Mario regresó a la hacienda. Aun así, no volvió a ser el mismo de

antes o no lo fue conmigo. En la medida de lo posible, se mantenía alejado de mí. Se volcó en el trabajo. Pasaba los días en la plantación, entre cañas de azúcar que, bajo su atenta vigilancia, parecían crecer más rápido. Tampoco volvió a beber, al menos delante de nosotros. Creo que temía lo que pudiera hacer o decir bajo los efectos del alcohol. Mario siempre ha sido muy orgulloso.

Nada cambió hasta que nació Malena. Mi hija tiene la piel tostada y unos rizos oscuros como la noche. Es la bebé más hermosa que he visto nunca; una versión mejorada de mí misma, por pretencioso que pueda sonar. Todos rendimos nuestro corazón a sus pies y Mario no fue la excepción, más bien al contrario. Se sentaba frente a la cuna y, mientras velaba el sueño de la criatura, su expresión se ablandaba y las arrugas de su ceño se desdibujaban, como si ella le hiciese olvidar poco a poco el rencor que nos distanciaba.

Mi pequeña Malena nos trajo de regalo la reconciliación y la mejor cosecha de caña de azúcar.

Esa es la magia que obra mi hija.

45
Hold me tight

Llanes, 1971

Al final del día, el sol se rindió, dejándose caer poco a poco. Ya no quería seguir luchando, al menos, no por hoy. Animado por la capitulación del astro, el viento se aprestó a soplar con fuerza. Unas nubes oscuras y amenazantes se amontonaron sobre la Casa Azul y se quedaron allí como un inquietante rebaño de ovejas negras.

Los albañiles, fontaneros y demás oficios ocupados en la reforma del palacete se habían retirado a mitad de tarde, ahuyentados por el clima adverso. El capataz de la obra vino a despedirse y, cuando cerró la puerta tras de sí, la casa se sumió en la calma. Nuria lo agradeció. Después de soportar la cacofonía de ruidos sin hallar refugio en ningún rincón, el silencio le devolvió parte de la paz que tanto anhelaba.

La calma no duró demasiado: se avecinaba tormenta y todas las señales indicaban que iba a ser de las fuertes. Nuria se afanó en atrancar las puertas, ventanas y contraventanas de la Casa Azul, pero por más empeño que puso, las contraventanas se agitaban nerviosas, inquietas, pues ellas tendrían que afrontar el envite de los elementos. No obstante, el continuo golpeteo le recordó la existencia de los andamios que los pintores habían colocado en la fachada principal y le inquietó que el vendaval pudiera derribarlos y que

provocasen destrozos. Como ya no podía hacer nada por evitarlo, se refugió en la cocina y se sirvió una generosa copa de vino. Mientras paladeaba el licor, uno de aquellos tintos con renombre que tanto le gustaban a Julio, se preparó una cena ligera. Necesitaba beber mucho más que comer. Llenó la copa de nuevo, sacó los cubiertos y, cuando iba a sentarse a la mesa, sonó un fuerte chasquido y se fue la luz. La casa quedó sumida en la oscuridad más absoluta. Un trueno retumbó justo encima, sobre las torres almenadas que coronaban el palacete, acompañado de un fugaz resplandor. De repente, el firmamento se abrió para verter a capricho toda la lluvia en él contenida. Nuria cerró los ojos en busca de sosiego y un plan de acción. Todavía sentía la casa como algo extraño, ajeno a ella. Se acordó de que guardaban un manojo de velas y las cerillas en un cajón de la alacena, apenas unos metros más allá. Se preguntó si sería capaz de llegar sin tropezarse con nada. Mientras pensaba en ello, el aguacero le brindó una tregua y los sonidos de la madera tomaron protagonismo: se oía el crujir y el rechinar de una casa que protestaba lastimeramente, vapuleada por las inclemencias que sufría. Entonces recordó la inquietante aparición en el cuarto de baño: la sombra amenazante que se cernía sobre la bañera. Y también la reciente conversación con Víctor Antuña. Candela le había contado que, según afirmaba su madre, la Casa Azul estaba maldita. En lugar de calma, solo halló nuevas razones para la inquietud.

Unos golpes retumbaron en la puerta de atrás de la cocina, la que en su día fuera la entrada de servicio. Nuria se sobresaltó, pero los golpes se repitieron, esta vez, con más contundencia. Se acercó despacio, a tientas, y abrió la puerta con cuidado. Frente a ella, vio a un hombre guarecido bajo la capucha de un chubasquero. Cuando la figura alzó su rostro, Nuria descubrió que era Esteban. Iba equipado con una potente linterna que, tras tanta oscuridad, a punto estuvo de cegarla. El jardinero chorreaba agua por todas partes; la lluvia se había ensañado con él.

—Lo siento, te he asustado. Me acerqué para comprobar que estabas bien… —explicó un tanto azorado—. Te imaginaba sola en

esta casa tan enorme, la tormenta, los andamios… No sé; me preocupé —concluyó encogiéndose de hombros, como si hubiese tomado conciencia de que nada de lo que decía tenía sentido. No tenía ningún derecho a preocuparse por ella.

—Estaba bien hasta que se fue la luz —le contó haciendo un gesto en derredor—. Tuve la precaución de cerrar todas las ventanas y las contraventanas… Espero que haya servido de algo, porque no ajustan bien. Pero pasa, por favor; te estás mojando.

—Creo que el apagón ha sido general. No hay luz en toda la calle. Podrían tardar un tiempo en arreglarlo. Lo mejor sería encender fuego en la chimenea y prender unas velas.

—Adelante. Ayúdame a buscar las velas.

Esteban le cedió la linterna. Se adentró en la cocina y fue dejando un rastro de lluvia y barro tras de sí. En cuanto reparó en ello, se quitó el chubasquero y lo posó sobre la encimera de la cocina. Mientras Nuria repartía las velas por todo el salón, Esteban se ocupó de encender la chimenea. Por suerte para ellos, Julio había ordenado que la limpiaran a fondo para comprobar si el tiro seguía funcionando. Una vez que terminaron con sus respectivas tareas, la atmósfera de la estancia había cambiado por completo: confortable, cálida, incluso acogedora; algo que Nuria jamás había sentido en la casa.

—Te traeré una copa de vino y una manta de lana. Necesitas entrar en calor o mañana estarás resfriado.

Colocaron las mantas en el suelo y se sentaron frente al fuego. Bajo el hechizo de las llamas, Esteban le contó historias de su infancia en Llanes. Había sido el huérfano de dos republicanos convencidos y orgullosos de serlo. Para la minoría que mandaba, el hijo de un traidor; para una mayoría silenciosa, muda a golpe de garrote, el hijo de un héroe, un mártir de la libertad. Pero Esteban aprendió muy pronto que esa mayoría no importaba nada, que debía callar y soportar los insultos, los golpes, las humillaciones… Había demasiados huérfanos de héroes para que el pueblo pudiera ocuparse de ellos. Su abuela Flavia se convirtió en su refugio; la

única con el valor necesario para defenderlo cuando otros niños, o incluso sus padres, se metían con él.

—Las cosas han cambiado mucho… —dijo Nuria, que venía de un Madrid más grande y más moderno, donde los universitarios se atrevían a plantarle cara a los grises.

—¿Tú crees? —preguntó Esteban descreído.

Nuria pensó en Julio y en su amigo Rafael Sancristóbal, comandante de la Guardia Civil, en cómo seguían manejando los hilos de la sociedad, extendiendo su poder a través del miedo y la coacción. En el fondo, Esteban tenía razón: nada había cambiado tanto; los cambios apenas rozaban la superficie. Se emocionó. El sufrimiento era infinito. No se terminaba nunca. Ella misma, sin ir más lejos, estaba presa bajo las garras de su esposo.

—Supongo que no… —musitó a duras penas, esforzada en contener las lágrimas.

Esteban la observó con curiosidad. Guardó silencio y extendió su brazo despacio para coger el de Nuria. Lo acercó a la luz de la chimenea, que reveló el rastro cárdeno de los golpes de Julio. Con un movimiento reflejo, fruto de la vergüenza, ella tiró de su extremidad. Esteban la soltó y dejó pasar unos segundos antes de atreverse a hablar:

—Fue mi abuela… Ella reparó en las marcas cuando la conociste —explicó—. Yo le dije que no era posible, que se equivocaba… Luego me puse a repasar lo ocurrido: tu marido tiene mal genio y me consta que pierde los papeles con bastante facilidad. Recordé algunas situaciones extrañas, que no me encajaban, y todo cobró sentido. ¿Estoy equivocado?

Nuria se quedó callada. Las palabras se le amontonaron en la garganta. Necesitaba escupirlas y contarle a Esteban cuán grande era su pesar, pero la prudencia y el miedo se lo impedían. Él se acercó, apenas unos centímetros, puesto que no quería intimidarla. Fue precisamente esa cercanía tan respetuosa lo que derribó la barrera de Nuria. Las lágrimas rompieron un dique construido a base de humillaciones, soledad y silencios.

—¡Maldito miserable! —Renegó Esteban. No necesitaba más confirmación que el llanto de Nuria.

La abrazó mientras ella se rompía. La sujetó con fuerza porque no iba a permitir que, entre tanto dolor, se perdiese ni un pedazo más de una mujer magnífica. El llanto de Nuria se fue apaciguando y levantó la cabeza. Se atrevió a cruzar la mirada con él, una mirada acuosa y enternecida que pedía a gritos el cariño que Julio le negaba. Esteban se sintió atrapado por esa necesidad de amor, atraído por un deseo tan pujante que iba más allá de cualquier precaución. Le acarició el arco de la mandíbula con la yema de los dedos, apenas un roce fugaz. La belleza de Nuria le impedía pensar con claridad. Ella se inclinó hacia él: le brillaban los ojos, más verdes aún a la luz de la chimenea. Abrió la boca como si fuera a decir algo y sus labios adoptaron forma de corazón. Él lo tomó como una invitación y acertó. Se besaron despacio, tanteándose con cuidado, pero no tardó en llegar la pasión, el anhelo de ir más allá, de poseer al otro para fundir dos cuerpos en una piel.

No hubo ni un solo instante para la lucidez, para ahuyentar el peligro que, como ave de presa, se cernía sobre ellos. Esa noche, su noche, ni siquiera les importó que el mundo se estuviera rompiendo por encima de sus cabezas.

* * *

Nuria se asomó a la ventana mientras la cafetera terminaba de borbotear y expulsar el codiciado brebaje. El nuevo día amaneció como si el cielo hubiese olvidado sus cuitas nocturnas. Solo los restos de unas nubes grisáceas le recordaron que la felicidad nunca era perfecta. Aún notaba sobre la piel el poso de los besos de Esteban, el recuerdo de sus labios. Jamás había sentido nada igual: no solo la intensidad del placer, sino también la libertad de ser ella misma. Quería salir al jardín y gritar a los cuatro vientos que por fin

estaba viva. Quería ir en busca de Esteban para escapar con él y ni siquiera le importaba adónde. Pero no iba a hacerlo. No podía poner patas arriba la vida de un hombre que apenas conocía. En un esfuerzo por ser honesta consigo misma, se preguntó qué le pesaba más: sus sentimientos por Esteban o la necesidad de huir de Julio. Porque esto último no sería fácil. Su marido la perseguiría hasta el fin del mundo. La mataría antes de dejarla ir. Lo supo con una certeza tan absoluta como aterradora. También supo que no podría soportar que la poseyese de nuevo. Le resultaba más tolerable el castigo físico, por doloroso que fuera, que aceptar la intimidad con él. Solo de pensarlo, se le erizó la piel.

Se apartó de la ventana. De tanto pensar, había conseguido envenenarse con sus propias ideas. Esteban regresaría en un par de horas. Tras la galerna, el jardín lo necesitaba más que nunca y ella también. Un escalofrío le sacudió el cuerpo y dejó un nuevo poso de malestar en su mente. Por primera vez tomó conciencia del peligro que correrían si Julio llegaba a enterarse de lo ocurrido. Estaba loca y su locura la llevaría a la tumba.

La cafetera terminó su trabajo con un último estertor y Nuria se sentó en el escaño para tomar el primer café de la mañana. Agarró la taza y le dio un sorbo con cuidado. Estaba muy caliente, justo como a ella le gustaba. El calor y la intensidad del aroma le devolvieron parte del valor que iba a necesitar para afrontar una nueva jornada y la compleja realidad que traía consigo.

46
Por favor, no la abandone

Llanes, 1890

Tardó un tiempo en decidirse a entrar, en encontrar las palabras justas para defender la inocencia de Malena; de hecho, tardó tanto, que había desgastado sus pasos en una danza que solo había conseguido marearlo. Hastiado de sus dudas y titubeos, atravesó las puertas del puesto de la Guardia Civil armado con una determinación que tenía mucho de impostada. Si no estaba seguro, qué menos que parecerlo.

Preguntó por el alférez Quintana; la persona que estaba al mando de la investigación. Un guardia, con aire arrogante, le dijo que el alférez estaba ocupado y le preguntó qué quería de él. Dimas no estaba dispuesto a desperdiciar su tiempo con subalternos. Si alguien podía ayudarlo, ese hombre era Quintana. Además, él había sido el único en mostrar cierta consideración hacia Malena y sus circunstancias; casi diría que la detuvo a regañadientes.

—¡Quiero hablar con su jefe! ¡Necesito reunirme con él! —exclamó sin darse cuenta de que elevaba la voz por encima de lo correcto. Una puerta se abrió y, a través del hueco, asomó el rostro de Quintana con el ceño fruncido.

—¿Qué está pasando aquí? —voceó mientras se acercaba a ellos.

—Necesito hablar con usted. Este guardia afirma que no puede

recibirme, aunque ni siquiera se ha molestado en preguntarle…

—¡No soy un simple guardia, soy el cabo del puesto! —protestó Llavona tan necio como siempre.

—¡Llavona, por Dios! No es momento de sacar los galones a relucir —dijo Quintana amonestándole con un dedo—. Puedo concederle unos minutos, señor… —Las recientes revelaciones sobre la filiación de Dimas provocaban el mismo efecto en todos: no sabían si apellidarlo Castro o Melgar.

—Llámeme Dimas —sugirió, pensando que eso era lo único que no había cambiado en los últimos tiempos.

—De acuerdo, Dimas. Pasé a mi despacho, por favor. —Llavona hizo amago de acompañarlos, pero su jefe lo detuvo con un gesto que no admitía réplica y, por una vez, el cabo se conformó.

—Tiene a una inocente entre rejas —soltó sin más preámbulo—. Malena no lo hizo. Ella no asesinó a Melgar. No debería dejarse llevar por los prejuicios…

—Despacio, Dimas. Cálmese, por favor. ¿Qué tal si se sienta primero? —El joven aceptó obediente y tomó asiento—. ¿Prejuicios, dice? Por mi parte, le aseguro que ninguno. Son las pruebas que hemos obtenido las que señalan a Malena Bastida.

—Pero usted no la considera culpable —arguyó Dimas desesperado.

—No sé de dónde saca esa conclusión. En cualquier caso, mi opinión no es relevante; debo cumplir con mi deber…

—Su deber es encontrar al asesino de mi… —No pudo terminar la frase. La palabra «padre» refiriéndose a Mario Melgar le causaba un rechazo instintivo. No sabía si llegaría a superar esa aversión y tampoco le importaba. Ahora solo podía centrarse en conseguir la libertad de Malena—. Tiene que haber otros sospechosos.

Quintana carraspeó con intención. Claro que había otros sospechosos. Entre ellos, todos los que se beneficiaban con la muerte de Melgar y su cuantiosa herencia: el propio Dimas, hijo ignoto hasta la fecha, y Simón Melgar, el hermano del finado. Y no debía olvidar a Alba Lorenzo, que contaba con motivo y oportunidad

para cometer el crimen. De hecho, la señora Lorenzo era la principal sospechosa de Quintana, aunque eso no iba a decírselo al que, hasta hacía unas semanas, era su primogénito. El alférez se preguntó cómo podía soportar alguien tan joven el peso de tantas mentiras.

—En efecto los hay, pero no puedo hablar de eso; y menos con usted —explicó Quintana muy serio.

Dimas supo leer en los reparos del alférez. Ni siquiera él tenía muy claro por dónde seguir, de ahí sus vacilaciones. Temía que, en su empeño por liberar a la mujer que amaba, acabase inclinando la balanza de las sospechas hacia Alba. Las dudas lo atormentaban y no le dejaban dormir. Alba culpaba a Melgar del suicidio de Mina: Mario le rompió el corazón y la abandonó sin futuro ni esperanza. Ahora que conocía la historia completa de las hermanas Lorenzo, sospechaba que su tía habría sido capaz de cualquier cosa por vengar la muerte de Mina. Solo le quedaba rogar para que sus peores temores no se hiciesen realidad. No podía ni pensar en privar a Nel de su madre. Jamás se lo perdonaría.

—No la abandone —le pidió al alférez antes de tenderle la mano para despedirse.

Llavona se la estrechó con fuerza. La pareja formada por Dimas y Malena contaba con toda su simpatía, pero, mientras no se descubriera nada más, estaba atado de pies y manos.

Lo único que podía hacer por ellos era seguir investigando.

DIARIO DE AMARA

Hace mucho que no escribo en las páginas de este diario y no será porque no haya sucedido nada importante: Malena ha crecido y la plantación también. Mario se ha convertido en experto en el cultivo de la caña de azúcar y apenas necesita mi ayuda. Incluso diría que ahora sabe más que yo. Bruno viaja a menudo para tratar con los clientes y ampliar el mercado. Se ha revelado como un buen negociante, tal vez porque los compradores son capaces de ver la honestidad en su cara.

Gracias a ellos, he podido centrarme en la educación de mi hija. Quiero que Malena conozca la fe de su madre. No debemos perder nuestras raíces: ellas son las que nos mantienen agarrados a la vida. En una ocasión, mi pequeña me preguntó por qué su padre y el tío Mario tienen la piel mucho más clara que nosotras. Le hablé de África y le conté que nuestro color procede de allí. Le dije que los orígenes de su familia son mágicos, que podemos sanar y ver el futuro, y eso deja un poso en la piel, una especie de señal para que los demás puedan reconocernos. Sonrió y se le iluminó la mirada, pero supe que solo se creía mi historia a medias, como sucede con los cuentos que le leo cada noche. Malena tiene mucho de su padre.

Mi marido se considera católico, aunque no sea más que por tradición familiar, que es un motivo que ya pesa bastante: las creencias y los ritos que uno aprende de niño se suelen quedar pegados al cuerpo y al alma. Sin embargo, él nunca se ha entrometido en mi forma de educar a Malena. Creo que, cuando nos

ve rezar ante el altar de los santos, piensa que no tiene importancia quién escuche nuestras plegarias siempre que alguien lo haga. Tampoco protestó cuando le regalé a mi hija sus primeras conchas de cauri. Le enseñé a leerlas, a interpretar sus patrones. Por ahora, son poco más que un juego para ella. Da igual: lo trascendente es no olvidar lo que somos.

Mario dice que la niña debería asistir a un colegio de señoritas, pero su padre y yo no queremos separarnos de ella. Malena equilibra nuestro mundo y le da estabilidad, como si hubiéramos pasado de ser un triángulo a ser un cuadrado. Me preocupa que, si falta alguno de nosotros, ese equilibrio desaparezca.

A pesar de nuestra prosperidad, y la felicidad que trae consigo; la inquietud se ha apoderado de mí como una especie de premonición sombría que no me deja conciliar el sueño. Quizás por eso he retomado las páginas de este diario: para tratar de exorcizar mis miedos. Ni siquiera me atrevo a leer el futuro, nuestro futuro, en los cauri. Temo lo que podrían revelarme las conchas, aunque sé que, por el mero hecho de ignorarlas, no cambiará mi destino. Ellas no deciden nada, solo cuentan lo que va a pasar.

Pero ¿por qué me angustio tanto? ¿Por qué no puedo relajarme de veras, si todo va bien?

Tal vez porque me asusta perder la felicidad cuando por fin la tengo atrapada en mis manos.

Me niego a soltarla.

47
She loves you

Llanes, 1971

Julio Vallejo regresó a Llanes tan satisfecho como se lo permitía su temperamento, que no era mucho precisamente. Había localizado los materiales que buscaba y estaba convencido de que, gracias a él, la Casa Azul iba a recuperar su viejo esplendor. El palacete saldría en las revistas de arquitectura y le devolvería el prestigio que había perdido con el proyecto de la barriada de Madrid. El ministro de Vivienda había caído en desgracia tras el sonado escándalo por sus dispendios en juergas, fulanas y otros vicios que no eran del agrado del Generalísimo, y que, para más inri, había sufragado con dinero del ministerio. Su padre no le perdonaba su implicación en el escándalo, ni que hubiese tenido que dar la cara por él. El general le sugirió, sin el menor reparo, que se alejase de la capital por un tiempo. La muerte de Abel Melgar y su inesperada herencia llanisca resultaron de lo más oportunas: una excusa perfecta para escapar de Madrid. Lo que nadie le dijo es que iba a enamorarse del palacete y que su exilio le brindaría una segunda oportunidad. No le gustaba fracasar, pero tenía que reconocer que había cierta épica en volver a ponerse en pie.

Julio dejó el equipaje en el vestíbulo y se dirigió a la cocina. Supuso que encontraría a Nuria allí. El carpintero que reparaba los

desperfectos en las contraventanas —desencajadas tras el último temporal— le había informado al llegar que su mujer estaba en casa. Hacía varios días que no tenían ningún contacto. Durante el viaje ni siquiera se había molestado en llamarla: necesitaba tiempo y espacio para sí mismo, además, había descubierto que el matrimonio era una trampa monótona y aburrida. Lamentaba profundamente haberse dejado atrapar en ella.

Encontró la cocina vacía, pero la puerta que daba al jardín estaba entreabierta. La empujó, se asomó a través de la abertura y vio a su esposa hablando con el jardinero que él mismo había contratado unas semanas atrás. No le dio mayor importancia hasta que reparó en la actitud distendida de ambos; algo que le resultó, cuando menos, extraño. Por lo que sabía, Nuria apenas conocía a aquel tipo. Les observó curioso y su recelo fue en aumento hasta teñirse de enojo. Su mujer había conseguido barrer toda su satisfacción de un plumazo.

Cruzó el jardín en cuatro zancadas.

—¡Nuria! —gritó justo antes de agarrar a su mujer del brazo. Apretó a conciencia, a sabiendas de que ella no sería capaz de disimular el gesto de dolor. Levantó la barbilla desafiante y se midió con el jardinero. El tipo le apartó la mirada, aunque, antes de hacerlo, Julio pudo ver el disgusto en sus ojos. Lo dejó correr. No quería precipitarse. Ya tendría tiempo de ponerle en su sitio—. ¡Vamos adentro! —ordenó tirando de Nuria sin ninguna delicadeza.

Ella no se resistió y tampoco se despidió del jardinero. Avanzaron silenciosos por el jardín, hasta que entraron de nuevo en la casa y Julio cerró la puerta de la cocina con un sonoro portazo.

—¡Maldita zorra! ¡Te dejo sola un par de días y te follas al primero que encuentras! —vociferó furioso.

La ira, convertida en un río de lava, se apropió de él y se extendió por todo su cuerpo hasta alcanzar las terminaciones nerviosas. La dejó correr. Zarandeó a su mujer con violencia. Quería hacerle daño; necesitaba hacerle daño para expulsar la rabia que, como la sangre en las venas, palpitaba en su interior. Entonces oyó

que alguien gritaba su nombre con mucha insistencia. Le había dicho al carpintero que lo avisara en cuanto llegase el capataz. Tenía que ponerle al día de las últimas novedades en la reforma. Fruto de la distracción, parte de su furia se esfumó y la pulsión violenta pasó a un segundo plano, a la espera de que llegase su hora.

—Ya ajustaremos cuentas más tarde —le advirtió, poco dispuesto a soltar la presa.

Desmayada de angustia, Nuria se dejó caer en el primer lugar que encontró. Sofocó un sollozo. Se negaba a llorar. No permitiría que Julio se alimentase de su fragilidad. Estaba demasiado cansada, harta de ser tan débil. El miedo, tan venenoso que lograba anular el resto de emociones, se hizo a un lado y dejó vía libre al rencor, a un odio visceral, profundo. Se estremeció al percatarse de que quería verlo muerto. Jamás había sentido nada igual. Le costó dominar los temblores y la flojedad de sus piernas para poder ponerse en pie. Quería que Esteban supiese que estaba bien.

Cuando por fin salió al jardín, no halló ni rastro de él. Lo buscó por la finca y, mientras lo hacía, se sorprendió por la magnitud del sentimiento de abandono. Fue tan devastador que llegó a pensar que había sustituido un miedo por otro: su peor pesadilla era estar sola en su matrimonio con Julio.

Pese a toda su lucha por mantenerse firme, el llanto acudió a sus ojos y terminó venciéndola.

* * *

Transcurrieron varios días sin que Esteban regresase a la Casa Azul. Ni siquiera regresó a los jardines que, sin él, se veían más abandonados que antes. Tal vez fuera lo más seguro, lo más prudente, pero Nuria no lograba acostumbrarse a su ausencia. Ella pensaba que la intimidad compartida había establecido un vínculo entre los dos, aunque, visto lo sucedido, ese lazo invisible parecía

ser mucho más fuerte por su lado. Contra todo pronóstico, Julio le brindó una tregua de cordialidad que resultó tan inesperada como inquietante y a la que tampoco lograba acostumbrarse. Su mente le advertía a gritos que algo peligroso se ocultaba en el cambio de actitud de su esposo: le recordaba a la calma chicha que precede a las peores tormentas.

Dedicó buena parte de la tarde a pasear por el casco antiguo de Llanes y tomó café en la terraza del Casino, un hermoso edificio con ese aire parisino que estaba tan en boga a principios de siglo. Pese a que el verano daba sus últimos coletazos, la villa rebosaba de turistas melancólicos por tener que despedirse del estío. Su primer impulso fue acercarse hasta las oficinas de *El Oriente de Asturias* para seguir rebuscando en sus archivos. No se atrevió. Después de todo lo ocurrido, no estaba lista para aparentar una normalidad de la que carecía por completo. Se limitó a quedarse en el margen izquierdo del río Carrocedo, sin llegar a atravesar el puente. Aprovechó la ocasión para comprar un buen pedazo de empanada en la confitería Vega, que le resolvería la cena de esa noche.

En cuanto estuvo de vuelta en la Casa Azul, se encontró con Julio: su marido y el albañil revisaban el estado de las baldosas del vestíbulo. Los azulejos de alabastro formaban un patrón de blanco y negro que le recordó al tablero de ajedrez de su padre y al tiempo en que ambos lo habían utilizado para tratar de llenar el vacío que dejó la ausencia de Inés. ¡Como si eso hubiera sido posible! No obstante, aquellos fueron sus mejores momentos compartidos; un espejismo de normalidad que duraba lo que se alargaba el juego. Se preguntó dónde estaría ahora; a buen seguro, cogiendo polvo en algún rincón de Madrid.

Julio se le acercó con paso resuelto y ella retrocedió asustada: el miedo dejaba su impronta en todo.

—No olvides que tenemos una cena pendiente con Sancristóbal y su esposa.

Ni siquiera se molestó en recordar el nombre de la mujer de su amigo, así de irrelevantes eran Carmen y ella.

—La casa aún no está lista para recibir invitados. Lo sabes mejor que nadie… —comentó sin pretender que sonara a reproche.

Su marido torció el gesto y afiló la mirada. Fue la primera señal de alarma, como si oyese el tintineo de la campana de advertencia. Resultaba complicado no enfadar a Julio, cuando cualquier objeción despertaba su mal humor. Era como un perro rabioso, siempre presto a atacar.

—Deja de buscar excusas —le ordenó—. Es cuestión de poner buena voluntad, mucho más que otra cosa —objetó, insinuando que era ella la que daba problemas. Nuria no quiso seguir por ese camino. Si tensaba la cuerda, acabaría pagando los platos rotos. La frustración se amontonó en su interior hasta formar una bola densa y pesada, que le atascó la boca del estómago. Se quedaría allí durante horas dando guerra.

—Está bien —aceptó sumisa. ¡Cómo lo odiaba!—. Prepararé una cena para Carmen y Rafael —añadió sin saber dónde había encontrado la entereza para pronunciar las palabras.

48
Confesión

Llanes, 1890

Sus hábitos ondearon al viento, maltratados por un nordeste feroz. Se agitaban y sonaban a un tiempo, como si tuviesen vida propia y se quejaran por estar allí. No era la primera vez —aunque sí la última— que visitaba aquella tumba extramuros, alejada de los buenos cristianos que habían aceptado la voluntad de Dios. Ellos, los que aguardaron su muerte con paciencia y resignación, habían recibido como recompensa final una sepultura en el cementerio. Mina, que no pudo esperar, yacía enterrada bajo un túmulo cubierto de maleza y hierbas salvajes. Esas plantas indómitas que lograban sobrevivir en cualquier lugar y en cualquier condición habrían de ser sus fieles acompañantes en el eterno descanso. Había cierta justicia poética en ello.

Ismael le traía un ramo de flores silvestres, sus favoritas. No se atrevió a dejarlas sobre la tumba de Mina: el viento se las llevaría volando en cuanto las posara en el suelo. «Irán a parar al mar, pensó, al sepulcro que ella eligió y donde siempre reposará una parte de su alma». Sin embargo, no le pareció una idea tan mala y, cediendo a un impulso, las dejó sobre la hierba. Cumpliendo con su predicción, el nordeste las barrió sin clemencia, deshizo el ramo y las empujó hacia el mar.

—Querida Mina, vengo a confesarme contigo —dijo con poco más que un susurro. Él, que había escuchado tantos pecados veniales, capitales e incluso mortales, la buscaba a ella para contarle los suyos—. Ni siquiera Dios podrá perdonarme si guardo silencio… Sabes que te amé más que a nada, ¿no?, pero por desgracia tuve que asumir que mi amor no sería bastante para poder protegerte —Ismael calló un momento y se agachó para arrancar parte de la maleza que afeaba la tumba—. Hay una mujer en peligro…, bueno, en realidad, poco más que una niña, y está prisionera en la cárcel, retenida entre cuatro paredes y acusada de un delito que no cometió. La enjaularon los prejuicios, la ignorancia y el miedo. Mina… —Titubeó un tanto perdido—, no consigo dormir por las noches —hizo una pausa para frotarse los ojos. Las lágrimas acudieron a ellos, pese a que no quería llorar. Lo que quería era despedirse de Mina por si ya no podía regresar nunca más—. Tu fantasma se me aparece en sueños y me reprocha con la mirada que haya sido tan cobarde. Tú más que nadie conoces las injusticias que se cometen con las mujeres. Yo no quiero formar parte de eso… Le pondré remedio. Te lo prometo. Igual no vuelvo a pisar esta hierba, a ver este mar tan espléndido… Añoraré hasta este viento indómito que agita mis cabellos, pero no importa, Mina, ya estoy acostumbrado a perder. ¡Te he extrañado tanto! Por fin olvidaré el rencor —Ismael se arrodilló y tocó con las manos la tierra bajo la que reposaba el cuerpo de Mina Lorenzo; su primer amor, su único amor. Por Mina, habría sido capaz de renunciar a todo, incluso a sus creencias. Y, aun así, no había podido hacer nada para evitarle el dolor ni para mantenerla con vida. La decepción y el fracaso pesaban como una losa de granito que había cargado sobre su espalda durante toda su existencia. Estaba derrotado, demasiado cansado para continuar luchando.

Al final del viaje, solo le quedaba una pequeña satisfacción, una luz con la que iluminar las sombras que le acosaban y amenazaban con devorarlo.

Él se había condenado para siempre, sí; pero todo lo que hizo fue

para salvar de la ruina al verdadero amor de Mina: su hermana Alba. Ella habría asesinado a Melgar si él no se le hubiese adelantado. Tarde o temprano habría sucedido así. Estaba seguro. El rencor de Alba era un fuego que había permanecido encendido durante más de veinte años. Es más, tenía la sospecha, casi la certeza, de que había sido ella quien ocultó la botella de licor de guindas para protegerlo.

Ismael quería convencerse de que ese había sido su móvil, su único motivo para matar a Melgar, pero el rostro de su primer amor acudía a su cabeza para desmentirlo.

—Adiós, Mina. Ya puedes descansar tranquila. Tu familia está a salvo —musitó en son de despedida, antes de ponerse en pie de nuevo.

El nordeste, que no sabía lo que era la piedad, empujó sus pasos hacia el camino de la redención y lo mantuvo en él.

No le concedió la menor oportunidad de arrepentirse.

DIARIO DE AMARA

¿Acaso es posible invocar la desgracia con el pensamiento y atraerla hacia ti? Si lo es, mi madre jamás llegó a contármelo. ¿Había imaginado una vida de esclava antes de que la capturasen a la orilla del Níger? Supongo que no. Es difícil imaginar un terror que se desconoce. Sin embargo, yo conozco la muerte muy bien. La he visto a mi alrededor, como un miasma que se extiende y se apodera del alma de los hombres hasta aniquilarlos por completo. La he visto en todos los que no logré salvar, a pesar de mis esfuerzos.

No quise contaminar nuestra felicidad con mi pesimismo, así que me abstuve de arrojar las conchas de cauri por un tiempo. Tuve miedo de que confirmasen mis peores presagios. Bruno me animaba a hacerlo; deseaba saber si la próxima cosecha de caña sería tan buena como la anterior. Le hacía ilusión. Me negué en redondo y él se sorprendió, aunque no insistió de nuevo. Sabía que ese era mi mundo y que yo marcaba las reglas.

Mi marido debía viajar al otro extremo de la isla. Siempre que podía, lo hacía en barco. Al contrario que Mario, atormentado por su pasado de pescador, mi esposo adoraba el mar y sentir el viento salado en su rostro. Desde el primer instante recelé del viaje. Les rogué a ambos que Mario fuera en su lugar. Ahora veo cuán egoísta era mi petición, pero el amor no entiende de injusticias. Bruno se negó. Los tres sabíamos que mi marido negociaba mejor: contaba con la mesura y el temple necesario para desarmar al contrario.

El día anterior a su partida, Malena se puso enferma. Tenía algo

de fiebre y vomitó un par de veces lo poco que había comido. Decidí acostarme con ella para velar su sueño. Esa noche no compartí la cama con mi esposo. Bruno vino de madrugada para despedirse de nosotras. Entró en la habitación de Malena y nos dejó dos besos: uno en mis labios y otro en la frente de nuestra hija. Tuve la tentación de retenerlo, de impedirle que se fuera, pero no habría sido razonable. Siempre me arrepentiré de ello.

Una tempestad y un naufragio acabaron con la vida de Bruno. El barco en el que navegaba se hundió en las aguas del Caribe. Hubo supervivientes, pero mi marido no estaba entre ellos. No sabría decir cuándo fue la primera vez que soñé con su rostro pálido y desdibujado. El cabello le flotaba alrededor de la cabeza como un nimbo dorado y su cuerpo se sacudía en espasmos descontrolados. Quizás lo vi antes de que ocurriese, pero prefiero pensar que no. Prefiero pensar que solo es mi imaginación desbocada y que Bruno no sufrió al morir.

Pasaron días, tal vez semanas, antes de que me atreviese a contarle a mi hija que su padre ya no volvería con nosotras. Salió corriendo y, desesperada, se refugió en los brazos de Mario, como si él pudiese ejercer de sustituto de Bruno. Reprimí el impulso de gritarle que no lo era ni lo sería jamás. Me amarré la boca y callé porque nadie necesitaba que ahondase en su herida. No quería causar más dolor.

He necesitado mucho tiempo para poder plasmar nuestra tragedia en las páginas de este diario. Aunque sabía que la muerte de Bruno era definitiva, creo que no lo había aceptado del todo hasta que lo he escrito aquí. Y ahora es cuando empiezo a hacerme preguntas a pesar de que no aportan consuelo, más bien, al contrario. No entiendo por qué la vida nos castiga con tanta dureza. ¿Fue por mi cobardía al desechar las señales o por relegar mis creencias en pos de la felicidad personal?

Si esos fueron los motivos, no volverá a pasar.

No permitiré que nada malo le ocurra a Malena.

49
All together now

Llanes, 1971

Desde que tenía conciencia, ya fuese con Sol o en alguna rara ocasión con Inés, siempre le había gustado cocinar. Enfrascada en las elaboraciones, siguiendo cada paso de la receta, conseguía relegar sus inquietudes a un segundo plano. Merecía la pena si por un momento podía olvidarse de los problemas. Le sirvió de terapia cuando perdió a su madre y también la ayudaba ahora. Lástima que la ventresca de bonito, que chisporroteaba en el horno de leña envuelta en un baño de aceite de oliva y vino blanco, estuviese destinada a alimentar a dos seres humanos tan indignos de ella. Miró el reloj de pulsera para consultar el tiempo que le quedaba. Aún tenía que cambiarse, pero el resto de la cena estaba listo y dispuesto en las bandejas que serviría más tarde. Abrió la alacena y se echó una generosa copa de vino a sabiendas de que no sería la estrategia más acertada: necesitaría todos sus sentidos y alguno extra para salir indemne de la reunión. Aunque, pensándolo mejor, también le haría falta un valor que solo podía aportarle el alcohol. Tras el último trago, que se tomó de una vez como las medicinas amargas, cogió las manoplas y sacó la bandeja del horno. Los ingredientes se habían amalgamado hasta conformar un olor delicioso que abría el apetito. Su estómago rugió anticipando el

placer que vendría. Dejó la ventresca sobre la encimera y subió a cambiarse.

Pese a tener la certeza de que su actitud molestaría a Julio, apenas se esforzó en arreglarse. No le rendiría pleitesía a alguien tan mezquino como Rafael Sancristóbal. Odiaba todo lo que representaba aquel tipo y le odiaba más porque el guardia civil era el vivo reflejo de su esposo. Se limitó a recogerse el cabello en un moño informal y a cambiar los vaqueros y la camiseta que había usado para cocinar por un sobrio vestido negro. No se puso ninguna de las joyas que le había regalado su marido. Ni siquiera el collar de perlas, tan gruesas como canicas, que reposaba sobre la cama en una clara indirecta. Supo que le traería problemas, pero por una vez la rebeldía fue mucho más poderosa que el miedo. En su lugar, se puso la cadena de oro de Inés con un sencillo colgante en forma de corazón. Sonó el timbre y comprendió, con cierta resignación, que había llegado el momento de enfrentarse a las fieras. Acarició el corazón metálico con la yema del pulgar. Estaba frío, aunque el dedo le transmitió parte de su calor y pronto cambió de temperatura. Fue un simple gesto para recordar que su madre siempre estaba con ella, pues el coraje que le brindaba el alcohol ya se había evaporado de sus venas.

Sancristóbal y Carmen entraron abastecidos con una docena de pasteles de la confitería Vega —¡cómo no!— y una botella de Johnnie Walker etiqueta negra.

—¡Perfecta para hacer honores a los habanos que guardo en el gabinete! —exclamó Julio con un entusiasmo que tenía mucho de fingido. Luego agarró los pasteles de las manos de Carmen y se los endosó a su mujer sin el menor miramiento: ese era el comienzo de su venganza.

—Los dejaré en la cocina —musitó Nuria más bien para sí.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó su invitada.

Nuria reparó por primera vez en el rostro de Carmen. En su primer encuentro, le había parecido una mujer un tanto insegura, nerviosa, pero con afán de agradar. Ahora estaba triste, abatida,

demasiado cansada para esforzarse en fingir que no pasaba nada en su hogar. Tenía una sombra oscura bajo el arco del ojo, el párpado inflamado, la esclerótica enrojecida… Nuria podía reconocer los signos del maltrato como si los viese en su propia cara.

—Claro que sí —dijo tratando de dominar sus emociones para que no tiñeran sus palabras—. Ven conmigo —y la agarró del brazo, poniendo en serios aprietos la integridad de los pasteles. No le importó. ¿Qué podían importar unos dulces cuando había tanto en juego?

—Dios, ¡qué bien huele! —expresó Carmen olisqueando el ambiente—. No te hacía una cocinera tan buena…

—¿Es un cumplido? —cuestionó Nuria en broma. En cuanto pusieron distancia con sus parejas, parte de su ansiedad se esfumó —. Porque para ser un cumplido es bastante flojito —añadió rematando la frase con una sonrisa.

—Disculpa, Nuria. ¡Qué desastre por Dios…! No te ofendas, pero tenía una idea distinta de ti. Pensé que le encargarías la cena a alguien del pueblo.

—¿Y por qué pensaste eso? ¿Tan estirada me ves?

Carmen afirmó con la cabeza muy despacio, casi a desgana. Luego soltó una carcajada, tan espontánea que logró contagiársela a Nuria también.

—Si he de serte sincera, sí. Verás, es fácil de entender: la propietaria de la Casa Azul regresa de la capital al pueblo… —explicó haciendo un gesto que englobaba a la anfitriona y al palacete—. Te veo a ti y me siento tan provinciana —reconoció en un arranque de honestidad.

Nuria elevó la mirada al techo para evidenciar que el argumento de su invitada era una tontería. Se lo decía precisamente a ella, que huía de toda pretensión. No podía concebir que despertase esa incomodidad en la gente. Julio sí, por supuesto, pero ella no.

—Últimamente no hago más que repetir la misma cantinela, aunque no por eso deja de ser cierta: mi familia apenas me habló de este lugar. Jamás había estado en Llanes, no que yo recuerde. Tomé

conciencia de lo que representaba la Casa Azul al llegar aquí. Desde entonces, todo lo sucedido en torno a ella me ha parecido muy extraño. No dejo de descubrir misterios, secretos y escándalos sobre el pasado de los Melgar y no consigo entender por qué me mantuvieron al margen.

Nuria sintió cómo se desinflaba al terminar la frase. Demasiada información para una mujer, casi una desconocida, que tenía que estar desbordada por sus propios problemas. No era justo para Carmen.

—¡Vaya…! —exclamó su invitada colocando una mano encima de las suyas. Luego la apretó para mostrarle su afecto—. No te preocupes, Nuria. Todos tenemos algún secreto que guardar.

Nuria cruzó una mirada con ella. Así, tan cerca la una de la otra, las marcas de los golpes resultaban más nítidas. No quiso decirle nada; no quiso obligarla a inventarse una excusa que únicamente iba a servir para verla humillada. Se limitó a asentir y a esconder su frustración bien adentro, para que, al menos por esa noche, no saliese a la superficie. Ver cómo sufría otra mujer era mucho peor que soportar su propio sufrimiento.

La cena transcurrió entre las bravatas de Julio y Rafael, las risas nerviosas de Carmen y los silencios de Nuria. Los hombres vaciaron sendas botellas de tinto y, cuando acabaron con la comida, se retiraron a fumar los habanos al cuarto que Julio había habilitado como despacho privado. Al parecer, aquella habitación había sido el gabinete de Mario Melgar. Aún se conservaban algunos libros mohosos y una caracola de mar que el indiano debió de traerse de Cuba. Vallejo, en su papel de amo y señor de la Casa Azul, así como de su contenido, se lo había apropiado sin consultar la opinión de su esposa. Las mujeres se entretuvieron con los cafés y con una conversación intermitente, fruto del cansancio. Con el paso de las horas, las ojeras de Carmen se acentuaron y se hicieron más oscuras. Tras ver que su invitada consultaba el reloj varias veces, Nuria se percató de que quería marcharse ya a su casa. Ella también deseaba ponerle fin a la cena.

—Siento ser una compañía tan mala, pero Covadonga apenas me deja dormir. Tengo tanto sueño atrasado, que creo que podría dormirme de pie —explicó sofocando un bostezo.

—No te disculpes, por Dios. Se nos ha hecho tarde y tú no eres la única que está cansada. Voy a buscar a Rafael…

—¡Pero no le digas que soy yo la que quiere irse! —le pidió sujetándola del brazo. Carmen la soltó de repente, como si la piel de su anfitriona quemase, y agachó la cabeza avergonzada.

—No te preocupes. Es cosa mía —dijo para tranquilizarla.

Nuria se alejó pensando que conseguir que una mujer adulta viviese con miedo era una forma de tortura sutil, pero tremendamente efectiva. Cada vez le resultaba más difícil asumir que el resto de su vida sería así. Distraída como estaba, golpeó la puerta del gabinete y la abrió sin aguardar respuesta. Lo que vio al otro lado la dejó muda de asombro: su esposo fumaba con indolencia uno de sus habanos, mientras Rafael le rodeaba los hombros con un brazo y posaba su mano libre sobre el pecho de Julio, justo encima del corazón. El comandante le susurraba algo al oído, cuando se vieron interrumpidos por la sorpresiva aparición de Nuria. Había tal complicidad entre ambos, que su presencia solo sirvió para incomodarlos a los tres. Julio alejó a Sancristóbal con un movimiento brusco, violento, y Rafael, medio borracho, tropezó con el viejo anaquel donde se apilaban los libros del indiano. La lluvia de polvo le hizo estornudar. La situación tenía algo de cómico, pero nadie rio. Julio se puso en pie como impulsado por un muelle y, sujetando a su mujer del brazo, la sacó del gabinete a empellones.

—¡¿Qué demonios haces aquí?! —gritó desquiciado, a un centímetro de la cara de Nuria. El tufo a alcohol y a tabaco le penetró en las fosas nasales. La repulsión le provocó una arcada. No creía que pudiese contenerla. Quiso separarse de él, pero Julio la tenía bien sujeta—. ¿Nadie te ha enseñado a llamar antes de entrar…? —preguntó agarrándola del pelo—. Pues yo te enseñaré a hacerlo —y, de seguido, golpeó la cabeza de su esposa contra el marco de la puerta. Ella sintió un dolor tan intenso y arrollador, que

su cuerpo se aflojó y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Echó mano a la sien. La encontró caliente y pegajosa. Se asustó y se miró los dedos que se habían convertido en bultos borrosos. Sus ojos lloraban lágrimas que se mezclaban con la sangre y le abrasaban el rostro. A su alrededor, las cosas se desdibujaban y perdían nitidez, y el mundo se apagó para ella.

50
El relato de Ismael

Llanes, 1891

Ismael acudió al puesto de la Guardia Civil para confesar el asesinato de Mario Melgar, tal y como había prometido ante la tumba de Mina. Su confesión provocó gran estupor entre los investigadores, ya que el sacerdote jamás se encontró entre los sospechosos del crimen. Tenían que reconocer, en su desdoro, que ni siquiera se habían planteado tal posibilidad; no solo por su condición religiosa, sino porque, en apariencia, el cura no obtenía ningún beneficio con la muerte del indiano. Tampoco existían viejos agravios que vengar, o eso pensaban ellos. Tras el relato del sacerdote, de lo más pródigo en detalles y explicaciones, descubrieron lo errados que estaban.

Amparado por la curiosidad y la infinita paciencia del alférez Quintana, el padre Ismael desgranó su historia, que solo cobraba sentido si se contaba desde el principio. Su declaración, transcrita —palabra por palabra— por el joven Pendás, quedó recogida en el acta policial de la siguiente forma:

Conocí a Mina Lorenzo en la escuela. Durante algunos años fuimos compañeros de clase. Yo tengo la misma edad que Alba, su

hermana. Como nosotros éramos mayores que Mina, terminamos de estudiar antes que ella, pero ya no nos separamos nunca. Era la persona más inteligente y menos pretenciosa que he conocido en mi vida. Su familia pensaba que llegaría muy lejos, que seguiría estudiando y que algún día sería maestra. Por eso se quedó bajo la protección de don Mauro, nuestro maestro. No sé si era una aspiración posible. Puede que fuera demasiado buena para enfrentarse al mundo real y sus miserias. En cualquier caso, ninguno de nosotros se atrevió a romper su sueño, más bien, la animamos a luchar por ello. Si he de ser sincero, me habría conformado con que fuera mi esposa. Pero ese fue mi sueño, no el suyo. Creo que la quise desde la primera vez que la vi: con sus dos trencitas bien peinadas, los ojos muy abiertos y la pequeña pizarra reposando en su regazo. Don Mauro la felicitaba por todo: su caligrafía perfecta, su pulcritud y su aritmética sin fallos. Cada pormenor relacionado con los números tenía sentido para ella; incluso nos explicaba a su hermana y a mí lo que no comprendíamos…

Con el paso del tiempo, me enamoré tanto de ella, que ya no pude callarme. Me rechazó. Lo peor que puede suceder cuando amas a alguien es descubrir que siente pena por ti. No hay forma de darle la vuelta a eso. Hasta la indiferencia es mejor. En fin… Por aquel entonces me propusieron ingresar en el seminario. El padre Aquiles me convenció de que tenía madera de sacerdote. ¡Si me viese ahora se avergonzaría de mí! Me agarré a esa oportunidad como si yo fuera un náufrago y me arrojasen un salvavidas. Me retiré al seminario a lamer mis heridas. Dicen que el tiempo lo cura todo. Otra mentira. Las heridas y el dolor siguen ahí para siempre. El tiempo solo nos permite seguir adelante. O quieres creer que es así. En el fondo, continúas anclado en el pasado; amarrado por recuerdos y rencores, a partes iguales…

Me mantuve alejado todo lo que pude, pero mis estudios terminaron. Me ordené sacerdote y me destinaron a la capilla de San Roque, junto al padre Aquiles. Al poco de estar allí, me enteré de lo sucedido entre Mario y Mina. Alba vino a contármelo; la

preocupación por su hermana la consumía. El malnacido de Melgar había dejado preñada a Mina y después huyó como una rata cobarde. Las ayudé en todo lo que pude. O al menos lo intenté. Les encontré trabajo en Oviedo —lejos del pueblo y de las habladurías— y un lugar donde recogerían a la criatura sin hacer preguntas. Me gustaría haber hecho más, mucho más… De no haber pronunciado los votos, me habría casado con ella.

Desde el principio supe que no iba a funcionar: Mina no podía soportar la culpa, el remordimiento por haber abandonado a su hijo. Sus esfuerzos por seguir adelante se pudrían, se envenenaban y cada día que pasaba era peor que el anterior. Regresaron a Llanes, pero eso no mejoró las cosas. Fue Alba, una vez más, la portadora de las peores noticias. No sé de dónde sacó las fuerzas. «Han encontrado a Mina en el fondo del acantilado»; esas fueron sus palabras exactas, jamás las olvidaré. Con ellas detuvo mi corazón, que nunca volvió a latir del mismo modo. No pude consolarla. No se puede consolar a quien ha perdido a la persona que más ama en el mundo. Lo sé porque a mí me sucedió lo mismo.

Aguanté la compostura hasta que Alba se marchó y, una vez solo, me dejé caer a los infiernos. De poco me sirvió la fe. De nada, en realidad. Para salir de allí, tenía que encontrar un culpable de la muerte de Mina. Eso fue lo más fácil de todo: ella seguiría viva de no haberse cruzado con Mario Melgar. Él la rompió. Pero Mario estaba demasiado lejos para pagar el precio de su infamia. Y tuvieron que pasar veinte años para que regresase a Llanes. Entretanto, él había disfrutado de su vida ajeno al dolor que había causado, a la muerte de la mujer que lo amó y al hijo que había abandonado a su suerte. Veinte años es mucho tiempo, ¿verdad?; tal vez no sea suficiente para perdonar, pero sí para someter las emociones, para no permitir que lo dominen a uno. Supongo que, de no ser por Alba, le habría permitido vivir.

Sin embargo, el dolor y el rencor de la hermana de Mina eran más profundos que los míos. Supe lo que pretendía en cuanto empezó a trabajar de cocinera en la Casa Azul. ¿Quién querría servir

a la persona que más odia en el mundo, si no es para vengarse de ella? No podía consentir que Alba arruinase su vida. Ella tenía mucho que perder; yo nada. Mi última demostración de amor por Mina sería salvar a su hermana. Debía pasar a la acción antes de que fuera demasiado tarde.

Fue precisamente el alcalde quien me brindó la oportunidad de hacerlo; no se lo tengan en cuenta. ¡Pobre bendito! Don Lisardo me pidió que lo ayudase a recaudar dinero para la reparación del faro. Una galerna lo había averiado y los marineros no se atrevían a faenar a ciegas. La cofradía lo visitaba a diario y los pescadores y sus mujeres le increpaban por la calle. El alcalde no quiso ir solo a la Casa Azul. Temía que Melgar se enojara con él: ya le había entregado mucho dinero para lavar su conciencia. Don Lisardo pensaba que mi asistencia podía decantar la balanza a su favor o que al menos le evitaría la bronca. ¡No sabía lo equivocado que estaba! Llevé conmigo una botella de licor de guindas. Lo preparo desde hace años y tiene una acogida excelente entre los lugareños: el padre Aquiles no perdonaba una copila tras el café. Es bastante intenso, amargo, capaz de ocultar otros sabores. Hice un destilado de bayas de acebo y lo mezclé con el licor.

Reconozco que fue un regalo envenenado, como suele decirse. Al irme, estuve tentado de llevarme la botella. ¿Qué sentido tenía vengarse ahora? Melgar parecía otro hombre y estaba haciendo una labor impagable por Llanes. Las dudas me atormentaban, pero ya era tarde para arrepentirse. En mitad de la noche, se me ocurrió una cosa que no había pensado hasta entonces: ¿y si otra persona se bebía el licor de guindas? Solo puedo achacar mi fallo a la ofuscación del momento. La aterradora posibilidad de matar a un inocente me heló la sangre. Tenía que recuperar la botella. Me presenté en la Casa Azul a la mañana siguiente. Convencí a la criada para que me dejase pasar al salón arguyendo que el día anterior me había olvidado la boina. No encontré ni rastro del licor de guindas. Me desesperé. Le clamé a un Dios que ya no me escuchaba. ¿Cómo iba a escuchar a un asesino? Me fui. ¿Qué más podía hacer? ¿Confesar?

Sí, puede que sí…, pero no lo hice.

Me encerré en mi casa. Me aislé del mundo. Temblaba como una hoja cada vez que acudían a llamar a mi puerta. Alguien insistió más de lo normal, me gritó que su padre se moría y reclamaba la extremaunción. Le respondí que estaba enfermo, que buscase a otro sacerdote. Me explicó que su padre me quería a mí, que era devoto de San Roque; me suplicó y no tuve más remedio que acompañarlo. Jamás se debe subestimar la fuerza de la costumbre. Le seguí a su hogar y acompañé al buen anciano hasta que se dejó morir. Mientras me quitaba la estola morada, aparecieron los primeros vecinos que venían a dar el pésame a la familia. Ellos nos contaron que habían hallado el cadáver de Mario Melgar en el salón principal de la Casa Azul. Había una excitación insana en sus miradas. Los pobres encuentran cierta justicia en la muerte prematura de los ricos. Me gustaría decir que sentí lo mismo que ellos, pero mentiría: desde entonces solo he sentido remordimiento, culpa… ¡Qué vano consuelo trae consigo la venganza! No habrá paz para mí; no la merezco. Ni los hombres ni Dios podrán perdonarme.

El alférez Quintana sí que encontró consuelo en la confesión del padre Ismael. Ahora podría liberar a Malena Bastida y devolverla a los amorosos brazos de Dimas. Seguro que el joven hallaba la forma de compensarla después de tanta congoja. Su conciencia y su corazón, por poco profesional que sonase esto último, quedaron más aliviados. Además, Quintana tuvo la inmensa satisfacción de demostrarle al cabo Llavona lo errado que estaba. Y por una vez, consiguió callarle la boca. ¡Qué placer tan fantástico! El mutismo de su subordinado tenía visos de ser transitorio, pero al alférez no le importó. Iba a disfrutar de cuanto durase, como si la vida le hubiera hecho el mejor de los regalos.

DIARIO DE AMARA

Le estoy enseñando a mi hija todo lo que sé: lo que aprendí de mi madre, lo que ella, a su vez, aprendió de su familia en África. A veces tengo la tentación de regresar a la Hacienda Alvarado para que Leonor conozca a su nieta, pero la muerte de Bruno ha endurecido mi corazón. Perdonar ya no forma parte de mis virtudes, si en algún momento lo fue.

Malena se ha refugiado en nuestra fe para suplir la ausencia de su padre. Supongo que se limita a seguir mi ejemplo. A veces pienso que está seducida por la parafernalia que rodea nuestro culto: las imágenes de los santos, los cirios, los vistosos collares y las conchas de cauri. Otras veces creo que lo que despierta su fascinación son las historias que le cuento. En el fondo, es poco más que una niña y los niños prefieren vivir en un mundo repleto de fantasías. Malena tiene una habilidad innata para leer las conchas, para descifrar los patrones que forman e interpretar sus mensajes. Como hizo mi madre conmigo, trato de enseñarle la importancia de sanar, de esforzarse en resolver el presente antes de que el futuro nos atrape en un bucle de ensoñaciones. Es difícil, pero la entiendo… ¡Vaya que si la entiendo! Resulta demasiado tentador pensar que habría podido evitar la muerte de su padre. Tentador y muy doloroso. Sin embargo, ver el futuro no implica poder cambiarlo.

Mario ha sido y sigue siendo un apoyo fundamental para las dos. La gestión de la hacienda ha recaído en sus manos, con magníficos resultados. Compramos más tierras y contratamos más personal

para aumentar la producción de caña de azúcar. Mario dice que debemos aprovechar la bonanza, aunque, en el fondo, lo que quiere es hacer fortuna y volver a España. Si lo hubiese elegido a él, tal vez no pensaría en regresar a su tierra, pero ahora es tarde para cambiar de elección: los dos sabemos que no sería más que un sustituto. Y ninguno quiere que nadie sustituya a Bruno.

Aunque a veces, en la soledad de la noche, tengo la tentación de dejarme ir en busca de un poco de cariño.

Me pregunto si él sentirá lo mismo.

51
Within you without you

Llanes, 1971

Un nuevo día alboreaba cuando Nuria recuperó la conciencia. Al principio, se sintió desorientada: no sabía qué hora era ni dónde estaba. Su mente daba vueltas como una noria descontrolada. Una náusea sacudió su cuerpo y la hizo desfallecer. Trató de abrir los ojos, solo una rendija, y los primeros filamentos de luz fueron como arañazos en la cara. Los cerró de inmediato. Poco a poco, fueron volviendo las imágenes de lo sucedido la noche anterior. La cabeza le latía mucho más fuerte que el corazón, pero no se atrevió a alzar la mano y palpar el golpe en la sien. Dolía sin necesidad de hacerlo. El miedo se le adhirió a la piel, formando una segunda capa que la aprisionaba, le oprimía el pecho y no la dejaba respirar. Estaba encerrada en su interior, muy dentro de sí misma; aunque tampoco se encontraba a salvo allí. Solo era un lugar donde resistir un minuto más.

Se esforzó en serenarse, aunque el latido en la sien lo complicaba bastante. No recordaba nada de lo ocurrido después de la agresión de Julio y apenas entendía lo que había sucedido antes. Ignoraba qué explicaciones le habrían ofrecido a Carmen; lo más probable era que no se hubiesen molestado en decirle nada.

La brutalidad de su esposo iba en aumento y tomaba una deriva

muy peligrosa. Si quería sobrevivir a su matrimonio, tendría que huir de su propia casa. Podía recurrir a Esteban, pero el jardinero seguía desaparecido. Quizás había malinterpretado sus intenciones y para él había sido un mero divertimento. Las dudas la atormentaban y la hundían más aún en el pozo de emociones oscuras donde se escondía. «Otro minuto más», se pidió a sí misma y, al mismo tiempo, maldijo su debilidad. Necesitaba coraje para actuar, pero ni su mente ni su cuerpo fueron capaces de reunir fuerzas para moverse de la cama. Pensó en su madre, atrapada por las fauces de la depresión, incapaz de escapar de su influjo dañino. Cada día, Inés se había esforzado en vencer la enfermedad, ofrecer una sonrisa, escuchar a su marido o mostrar interés por las actividades de su hija. Sin embargo, ese esfuerzo diario terminaba apagándose y solo dejaba un poso de tristeza y decepción. Cada empeño frustrado le arrebataba un trocito de vida. Al final, no pudo soportarlo más y se fue; los dejó. Nuria se había prometido que no seguiría los pasos de Inés, que no causaría el mismo dolor que había provocado su madre. Pero ¿quién sufriría por ella?, ¿quién iba a extrañarla? Su muerte no suscitaría ninguna pena… Esa idea, que al principio le resultó liberadora —como abrir una ventana en el pozo donde se escondía—, removió un atisbo de rebeldía en su cabeza. Solo fue el principio.

«¿Por qué tenía que ser ella la que muriese?», se preguntó. No había hecho nada malo.

Se atrevió a moverse pese al dolor. Se atrevió a abrir los ojos para enfrentarse a la realidad, por odiosa que fuera. Se puso en pie y se vistió, con cuidado de no hacer movimientos bruscos. Ignoraba qué encontraría al dejar la habitación, pero necesitaba salir de allí para averiguarlo.

No pensaba allanarle el camino a su marido ni a ponérselo tan fácil.

* * *

Nuria logró dejar el palacete sin cruzarse con su esposo. Era muy probable que Julio estuviese discutiendo con alguno de los operarios que seguían trabajando en la Casa Azul. Su día a día se había convertido en una batalla campal y el batiburrillo de ruidos hacía imposible la estancia en la casa. Caminó deprisa, con la angustia empujando sus pies y la congoja pegada al alma. Avanzaba sin atreverse a mirar a la gente, como un caballo con anteojeras. Le inquietaba que pudiesen reparar en el golpe que lucía en la sien y que había tratado de ocultar con el pelo. Resultaba humillante verse obligada a esconder la maldad de otro, pero en eso consistía el poder del maltratador: en aislar a su víctima del mundo y sellar su voz bajo el peso de la vergüenza.

Demasiado nerviosa para vagar por Llanes en busca de Esteban, decidió que el mejor lugar para localizarlo sería la casa de su abuela. Si no estaba allí, al menos Flavia podría decirle dónde encontrarlo. Le urgía hablar con él, aunque solo fuese para aceptar que no desempeñaba ningún papel en su vida; que estaba sola y que debía afrontar el futuro desde esa soledad.

Cuando por fin atisbo la casita de pescador, coronada por un tapiz de nubes de algodón, se le aligeró parte de la pesada carga que soportaba su espíritu. La vivienda de Flavia y Esteban le inspiraba una paz y una seguridad que tal vez no fueran reales, pero que conseguían parecerlo. Deseaba creer que los dramas y las tragedias no podían atravesar sus muros, a pesar de que Esteban le había confirmado lo contrario. Aun así, sus moradores habían sabido construir un hogar con los restos de su familia. Puede que eso fuera lo que emanaba la casa: aquella capacidad para mantenerse erguida y orgullosa por encima de los envites del viento y del mar.

Nuria golpeó la puerta consciente de la premura que impulsaba

cada una de sus acciones. Trató de serenarse, pero entonces cayó en la cuenta de que no sabía qué iba a decirle a Esteban. Sus pensamientos formaban una maraña sin orden ni concierto, las palabras se amontonaban en su mente y su ofuscación solo hizo que todo fuera aún peor. La puerta se abrió mientras continuaba sumida en las dudas. Al otro lado aguardaba Flavia. Sus acogedores ojos azules se agrandaron de sorpresa al verla.

—¡Nuria, qué alegría que estés aquí! Pasa, pasa, no te quedes fuera. Estoy preparando café y llegas justo a tiempo de tomar una taza.

La anciana la agarró del brazo y tiró de ella hacia el interior. Nuria quiso protestar, explicarle que buscaba a su nieto y que no era el momento para visitas de cortesía. Pero no hizo nada de eso. Flavia interpretó su silencio como aquiescencia y la empujó con suavidad a lo largo del estrecho pasillo. Al cruzar el umbral de la cocina, descubrió a Esteban vigilando la cafetera, que ya burbujeaba con el oro líquido en su interior. Ambos se miraron, paralizados el uno frente al otro, sin saber muy bien cómo debían comportarse.

—¡Mira quién ha venido a visitarnos! —exclamó la abuela, que parecía la única capaz de tomar las riendas de la situación—. Siéntate, querida —dijo señalando una silla—. Esteban, retira la cafetera del fuego, que si el café hierve, ya no hay quien se lo beba.

—¿Saco una taza más? —preguntó su nieto antes de soltar un juramento y la cafetera. Se había quemado con el borde, por no haber tomado precauciones.

—¡Madre mía! ¡No dejes que un hombre haga nada, si puedes hacerlo tú! Date prisa, niño. Mete la mano bajo el grifo.

—No es nada, abuela —replicó Esteban un tanto azorado.

—¡Uy! Y no saques más tazas, que no harán falta. Acabo de recordar que tengo que recoger dos docenas de huevos que le encargué a Virtudes. Voy a aprovechar el paseo hasta allí para tomarme el café con ella, que anda algo fastidiada del reuma y apenas puede salir…

—Pero, abuela… —protestó Esteban.

—No te importa, ¿verdad, querida?

—No, claro que no…

Dando por sentado el permiso, la anciana había cogido su chal y el monedero de boquilla a una velocidad de vértigo y ya salía por la puerta. El jardinero acalló sus reparos, se sentó en el borde de una banqueta y reprimió el suspiro que acudía a sus labios. Tardó un buen rato en reunir el valor para afrontar la mirada de Nuria. Cuando por fin lo logró, se sintió desbordado por las dudas y los anhelos que se acumulaban en el rostro de la mujer. «¡Qué hermosa es! ¡Y qué vulnerable!», pensó, antes de hablar.

—Lo siento. Parece una encerrona, pero te aseguro que no tengo nada que ver…

—Lo sé —repuso Nuria abatida—. Por eso estoy aquí. He venido a verte porque no has regresado a la casa. El jardín sigue siendo una maraña de malas hierbas; necesita cuidados, y más, tras la galerna. No puedes haber terminado tu trabajo allí…

—Tu marido me despidió —dijo él, interrumpiendo un discurso que tenía visos de ser errático—. Me dejó muy claro que no quería volver a verme en la Casa Azul. Incluso envió a un tipo, uno de los peones que trabajan allí, con mi caja de aperos.

—¿Y te dejaste convencer así de fácil? —preguntó molesta, pese a ser consciente de lo irracional que era su pregunta.

Esteban no respondió de inmediato; se limitó a servir el café en las sencillas tazas de porcelana blanca. El aroma de la bebida, caliente y humeante, saturó la estancia con efluvios de hogar y de familia. Sin embargo, los dos fueron dolorosamente conscientes de que ellos no formaban nada de eso.

—Julio y tú estáis casados; sois marido y mujer ante la Iglesia y los hombres, y ya sabes lo que significa un matrimonio en este país. Solo la muerte lo rompe. No tenemos nada a nuestro favor… —Esteban se calló de repente. Dio un sorbo al café y se animó a seguir—, aunque no hay nada que perder cuando todo está perdido… Si no hubiera sido más que eso, habría encontrado la manera de reunirme contigo, pero ese hombre ha cruzado todos los

límites. No puedo poner en peligro la vida de mi abuela.

—¿Tu abuela? ¿Qué tiene que ver Flavia en todo esto?

—Sancristóbal vino a hacerle una visita —le explicó, y su voz se tiñó de rabia—. Sabía perfectamente que yo no estaba en casa; se había informado antes. Lo hizo para intimidarla, para meterle el miedo en el cuerpo. El muy canalla pinchó en hueso. No la conoce. No sabe la fuerza que tiene. Por eso se puso tan contenta cuando te vio llegar. Llevaba días insistiendo en que fuera a buscarte y te contase lo ocurrido.

—¿Qué le dijo Sancristóbal? ¿La amenazó?

—El tiparraco no se molestó en ser sutil. ¿Para qué? Le dijo que nada ha cambiado, que las personas siguen desapareciendo cuando ellos quieren. La amenazó con que no volvería a verme jamás o que quizás sucediera al revés. En cualquier caso, iba a asegurarse de que uno de los dos sobreviviese al otro, para que el vivo supiera lo que es sufrir como un perro.

—¡Maldito bastardo! Julio solo sabe rodearse de escoria… —Tras la imprecación, Nuria guardó silencio unos segundos. Tenía que calmarse y ordenar sus ideas. A pesar de detestarlo con todas sus fuerzas, tocaba resignarse a lo inevitable. Y lo inevitable era que Julio y Rafael tenían las de ganar—. No debes ignorar sus amenazas. Les conozco demasiado bien y me temo que son capaces de todo — de manera instintiva, se llevó la mano a la frente. Amagó el gesto de dolor que, aun así, no le pasó desapercibido a Esteban.

—Ha vuelto a pegarte —afirmó frunciendo el ceño indignado. Luego derramó la bebida de un manotazo. Nuria logró atrapar la taza antes de que cayese al suelo y se rompiese en pedazos—. Lo siento…; lo siento mucho. Todo este asunto me tiene desquiciado. No soporto que sigamos fingiendo que podemos compartir un café como dos personas normales…

—Nosotros somos normales. Los monstruos son ellos… y, por desgracia, forman parte de mi vida. ¡No sabes cómo comprendo que quieras alejarte de mí! —Reconoció compungida.

—¡No! ¡No digas eso, por favor! No me conviertas en un triste

cobarde. Si solo fuera por mí, hubiese ido esa misma noche a buscarte. Habríamos cogido un barco, un tren, y nos habríamos ido bien lejos, donde ni Julio ni la Guardia Civil tuvieran ningún poder sobre nosotros. Pero no puedo abandonar a mi abuela. Le harían pagar el precio de nuestra culpa.

Nuria no supo qué decir. Esteban acertaba de pleno: su marido jamás perdería la oportunidad de vengarse. Si no conseguía atraparlos a ellos, volcaría su ira en la persona cuyo sufrimiento les hiciera más daño. A ella no le quedaba nadie a quien proteger y, por primera vez, pensó que eso podía ser una ventaja. Sin embargo, Esteban tenía a Flavia, la persona más importante de su vida. Su abuela le dio un hogar cuando él lo había perdido todo. Estaba en deuda con ella y la suya era una deuda eterna.

—Tranquilo, Esteban. Lo entiendo —afirmó, aunque su voz sonaba cargada de pesar.

—¿Lo entiendes? ¿De verdad? Ni siquiera lo hago yo. ¿Cómo se puede decidir algo así? ¿Cómo elegir entre la mujer que amas y la que te ha salvado la vida? Mi abuela lo ha dado todo por mí…

—Yo te ayudaré a decidir: debes proteger a Flavia. Ella no tiene la culpa de nada y no debe pagar por nosotros.

—Así de fácil, ¿verdad? Pero no lo es, Nuria. Si te dejo en manos de Julio, un día me levantaré para descubrir que estás muerta.

La brutalidad de la afirmación de Esteban la dejó muda, conmocionada. A pesar de que ella pensaba lo mismo, escucharlo en boca de otro le otorgaba el peso de una premonición. Un escalofrío le sacudió el cuerpo y tuvo que posar la taza para no verter el café. Tardó un tiempo en encontrar el valor y las palabras que pudieran sacarlos del pozo de negatividad en el que ambos se habían metido.

—Tomaste la decisión correcta; la única posible. De seguir a mi lado, te pondrás en peligro y la arrastrarás a ella contigo. Y es un peligro serio, real. Julio tiene poder, contactos políticos, policiales… No podemos ganar —su voz se fue apagando poco a poco. Odiaba rendirse, lo odiaba con toda su alma, la debilitaba, y ya se sentía demasiado débil. No quiso despedirse así de él, con la sensación de

que eran un par de títeres que su marido manejaba a su antojo—. Ven. Acompáñame. Daremos un último paseo por la playa —le pidió, pese a saber que ni el mar sería suficiente para diluir tanto pesar.

—No me gustan las despedidas —arguyó Esteban reticente.

Nuria le tendió una mano y compuso una sonrisa triste.

—No pensemos en ello. Pensemos que hoy es un día cualquiera y que ser felices solo depende de nosotros.

52
Un montón de piedras

Llanes, 1891

El asesinato de Mario Melgar tuvo una resolución tan repentina como inesperada. Un sacerdote llanisco había envenenado con un destilado de bayas de acebo al filántropo más generoso y respetado de toda la comarca. El cura de San Roque, como aquel, era un hombre bien considerado entre sus feligreses, incluso podría afirmarse que muy querido por el pueblo. Malena, que no daba crédito a lo ocurrido, seguía prisionera en la cárcel, en tanto llegaba el auto de libertad del juez. Allí, encerrada entre cuatro paredes, no podía hacer otra cosa que pensar y pensar, tratando de asimilar la versión del padre Ismael. La joven se preguntaba una y otra vez cómo se sentirían los lugareños enfrentados a la verdad sobre la muerte de Mario. ¿Cómo tomar partido entre el indiano y el sacerdote? La elección les plantearía unos dilemas morales que jamás se habrían dado en su caso. Ella habría sido un chivo expiatorio mucho más propicio: una mujer, forastera y mulata, que ni siquiera se había esforzado en conocerlos ni en adaptarse a sus costumbres. Una extraña para ellos. Hasta su atuendo —la vestimenta blanca de iniciada— la señalaba a ojos de los llaniscos como alguien diferente al resto. Y lo diferente, ¡bien lo sabía ella!, siempre daba miedo. ¡Quién no querría hacerlo desaparecer de su

vida! Pero no tendrían esa suerte.

La confesión del padre Ismael no dejaba el menor resquicio de dudas. Por más que lo interrogasen —y el alférez Quintana lo hizo varias veces—, el sacerdote no se apartaba ni un ápice de su versión inicial, firme como los pilares de su iglesia. Antes de que la liberasen, Malena y el cura tuvieron la oportunidad de intercambiar unas palabras. Fue una larga conversación, casi una confidencia, a través de los barrotes de sus celdas. La joven le preguntó el porqué de su confesión. No lo entendía.

—No iba a permitir que Alba fuese a la cárcel… —le dijo Ismael, cansado de dar explicaciones que no ayudaban a nadie.

—Pero nadie sospechaba de ella…, ni tampoco de ti. Podrías haberlo dejado así. Te aseguro que no les habría costado nada condenarme. De hecho, ahora estarían más contentos… —afirmó Malena, convencida de la triste verdad que encerraban sus palabras.

—No todos, chiquilla; no todos… —negó Ismael, que compuso un amago de sonrisa a pesar de su tristeza—. Tú eres lo más importante del mundo para Dimas. Él te quiere de verdad y no estaba dispuesto a dejarte aquí encerrada.

—¿Cómo lo sabes?

—Alba me lo contó. Ella tenía miedo de que fueses hija de Mario. Dimas le dijo que no. Fue entonces cuando le explicó que estaba enamorado de ti.

—Sé que Dimas me quiere, pero también quiere a su madre. Jamás la habría puesto en peligro para salvarme a mí.

—¿Y querrías verlo enfrentado a una decisión como esa? ¿Tener que elegir entre la mujer que ama y la que había sido su madre hasta ayer?

El sacerdote tenía razón. En las pocas ocasiones en que Dimas pudo visitarla en la cárcel, la joven percibió la intensa desazón que le embargaba. No era solo por verla entre rejas, no. También lo atormentaba el peligro que, como un espeso manto de niebla, se extendía en torno a los suyos. Y el responsable de tamaño sufrimiento estaba allí, frente a ella.

—No sé qué decirte, Ismael… Ha pasado mucho tiempo desde la muerte de Mina. Mario ya no era el mismo de entonces. Mi madre lo cambió. Lo hizo con todos los que se cruzaron en su camino. Alba y tú deberíais haber cerrado esa herida, de verdad, la venganza ya no tenía sentido…

—Y menos a manos de un sacerdote, ¿no es cierto? Se supone que nuestra misión es perdonar los pecados, no cometerlos. Ya me he explicado muchas veces, Malena. He repetido mi historia hasta la saciedad. Volver a hacerlo no cambiará las cosas. Mina está muerta; Mario, también. Si no puedes ver la justicia en eso, yo no podré ayudarte a comprenderlo —concluyó el sacerdote, antes de esconderse en un rincón del calabozo. Las palabras perdían valor si no servían para entenderse.

El tiempo transcurrió con una lentitud pasmosa hasta que uno de los guardias del destacamento descorrió el cerrojo de la celda y le franqueó el paso. Recuperaba la libertad, su ansiada libertad. La sensación habría resultado plena de no haber sido tan fácil perderla. El miedo, como una ponzoña, se pegaba a la piel, la traspasaba, se mezclaba con la sangre y ya no parecía posible desprenderse de él.

Dimas la esperaba a la entrada del puesto, su rostro animado por una sonrisa nerviosa. El alférez Quintana, un tanto ceremonioso, la acompañó hasta la puerta y se la entregó al joven. A Malena le recordó al padre de la novia cuando la conduce al altar. Ella trató de contener su emoción, pero al instante se vio entre los brazos del hombre que amaba. Si en algún lugar podía sentirse segura, era allí. Sus lágrimas empaparon la chaqueta de Dimas.

Quintana se mantuvo un poco apartado. Su estado de ánimo fluctuaba entre la satisfacción por el feliz desenlace y la vergüenza por haber mantenido a Malena en prisión. Una inocente entre rejas suponía un oprobio que su exigente conciencia no podría olvidar. El alférez se deshizo en disculpas, en nombre propio y del cuerpo; disculpas que fueron aceptadas por la pareja, que solo deseaba alejarse de aquel tormento.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Dimas en cuanto se

distanciaron del puesto de la Guardia Civil.

—A la Casa Azul —respondió ella sin vacilar.

—¿Estás segura? —cuestionó el joven, mirándola a los ojos.

—Ahora es nuestra, ¿verdad?

—Sí, Malena; ahora es nuestra; aunque pensaba que no querrías regresar allí, que te traería malos recuerdos.

—No importa, Dimas. El palacete no es más que un montón de piedras apiladas una sobre otra y los malditos recuerdos me acompañarán allá donde vaya —arguyó reflexiva—. Pero en el fondo tienes razón: solo deseo volver para recuperar mis pertenencias más valiosas.

Malena necesitaba volver a la Casa Azul para recoger el diario de Amara, el altar de los santos y las conchas de cauri; no tenía ninguna intención de quedarse. Puede que ahora les perteneciese, pero aquel lugar era el sueño de Mario Melgar, no el suyo. Y Malena no deseaba amarrarse a los sueños de otros.

Lo que quería era perseguir sus propios sueños.

* * *

Entraron juntos, cogidos de la mano, necesitados ambos de alguien a quien agarrarse. Entraron convertidos en flamantes propietarios de cuanto se extendía ante sus ojos, aunque Malena se sentía exactamente igual que antes. No, no era cierto. Se sentía más vieja, más resentida y escéptica, como si la alegría se le hubiera escapado por los poros de la piel durante el tiempo que estuvo encerrada en la cárcel. Lo que en verdad pensaba era que convertirse en dueña de la Casa Azul no le afectaba en absoluto. Se preguntó si para Dimas sería igual o se dejaría impresionar por la ostentación plasmada en cada rincón del palacete. Le observó con atención: tenía los ojos tan abiertos como los peces al sacarlos del agua. Se preocupó: no deseaba que la Casa Azul ejerciese sobre él un embrujo al que ella

era inmune. Solo quería recoger sus pertenencias más valiosas y buscar un lugar donde formar un hogar con Dimas. Apuró el paso. Distanciada de aquellos objetos, había sentido que se alejaba del espíritu de su madre. Mientras subía las escaleras, rezó una breve oración para que todo estuviera tal y como lo había dejado.

Empujó la puerta de su habitación con Dimas pegado a su espalda. El cuarto los recibió con una lluvia de motas de polvo, engañosamente brillantes. Malena se acercó al altar de los santos: gran parte de las estampas y las velas yacían esparcidas por el suelo, aunque le alivió comprobar que los guardias no habían causado demasiados destrozos. Las recogió con cuidado, con la misma veneración que tendría si llevase a los propios dioses entre sus manos, y buscó la bolsita de las conchas de adivinación. Repasó cada rincón del cuarto, pero no la encontró. El desasosiego creció en su cuerpo hasta formar una bola de angustia que la volvió presa de un gran desvalimiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dimas, percibiendo su malestar.

—No encuentro los cauris —respondió a punto de llorar. Las caracolas no solo le revelaban el porvenir, también representaban una conexión con Amara y su pasado en Cuba. No podía imaginar una vida sin ellas: sería como perder a su madre por segunda vez.

—Tal vez las tenga la Guardia Civil. Sé que encontraron algunas conchas escondidas en el puño de Mario. Puede que se las llevaran todas como pruebas…

—… y no se acordaron de devolvérmelas —concluyó Malena, sintiendo que parte de la angustia se desvanecía.

—Iremos a buscarlas en cuanto guardes tus cosas.

—¡Eres el mejor! —exclamó casi eufórica, antes de plantarle un beso en la boca.

Malena se dio prisa en recoger sus pertenencias. Apenas llenó un par de maletas. En realidad, el altar, el diario y las conchas eran sus bienes más preciados; lo único que necesitaba. El resto podía sustituirse, y a lo que podía sustituirse no le daba demasiada importancia. Eso también se lo había enseñado Amara.

Cargados con el equipaje, los dos regresaron al vestíbulo y le echaron un último vistazo a la casa, que tenía visos de despedida.

—¿Qué vas a hacer con ella?

La pregunta de Dimas la cogió por sorpresa. No se había planteado que tuviera que tomar una decisión tan pronto. No obstante, la joven descubrió que no tenía que pensar demasiado: sabía lo que quería hacer con la Casa Azul, pero también quería contar con la opinión de Dimas.

—¿Qué quieres hacer tú? —preguntó a su vez. Al fin y al cabo, el palacete les pertenecía a ambos.

—Es mucho más tuya que mía —dijo con aquella bondad que avasallaba el corazón de Malena—. Prefiero que lo decidas tú.

—Yo no la siento así, no la siento mía. Sé que no quiero vivir aquí y sé que no quiero venderla. Jamás será mi hogar, pero desprenderme de ella me parece demasiado injusto con la memoria de Mario. Él adoraba esta casa. Era la prueba de que había alcanzado sus sueños.

—Lo entiendo y lo respeto —afirmó Dimas muy serio—. Los restos de mi padre reposan en el panteón —añadió con dificultad. La palabra «padre» todavía se le atascaba en la garganta—. La Casa Azul pertenece a los Melgar…

—Y seguirá perteneciendo a los Melgar —concluyó Malena, que lo abrazó con ternura antes de abandonar el inmueble.

DIARIO DE AMARA

¿Por qué razón vuelvo a escribir aquí después de tantos años? ¿Qué sentido tiene hacerlo ahora? Tal vez porque un círculo no es perfecto si no se cierra. Aun así, dudo que pueda reunir las fuerzas necesarias para cerrar el mío con el trazo firme que cualquier vida se merece. La enfermedad me consume y sé con certeza que ni los remedios ni las oraciones lograrán curarme.

El cólera volvió a atacarnos y, esta vez, su inquina ha sido mayor que antaño. Parece que la enfermedad, obsesionada con la isla, aprende a defenderse como si tuviese vida propia. Cuando en mitad de la noche mis entrañas comenzaron a arder consumidas por el mal, ahogué mi sufrimiento para concederle un último instante de paz a mi hija. Alargué la mano hasta la mesilla de noche y agarré la bolsa de tela donde reposaban las conchas de cauri. Encendí la bujía, estiré la manta y arrojé las conchas sobre ella. Bajo la débil luz de la llama, formaron extraños patrones de luces y sombras. No sé lo que pasó. Jamás había sido capaz de leerlas con tanta claridad. Asustada, las arrojé de nuevo para descubrir lo que más me angustiaba: el destino de Malena, mi preciosa mulata.

En un futuro demasiado cercano, mi hija no tendría a ninguno de sus padres para acompañarla. Necesitaba saber, más que nunca, dónde hallaría la dicha.

«Lejos de aquí», dijeron las caracolas, y vislumbré una tierra cubierta de pastos verdes, acantilados abruptos y bosques frondosos. El futuro de Malena estaba en Asturias, la patria de

Mario. El amor la esperaba al otro lado del océano; un amor puro y sincero. Un amor como el que nos había unido a su padre y a mí. Merecerá la pena viajar tan lejos para encontrar algo así.

También pensé en todo lo que habíamos construido Bruno y yo y que quedaría atrás, desvanecido como castillos en el aire. ¿Hasta qué punto merecieron la pena cada uno de nuestros esfuerzos y cada uno de nuestros ridículos desvelos? La muerte se burla con crueldad de los propósitos de los hombres…

Mi único consuelo es saber que mi hija será una mujer adinerada y que, cuando alcance la mayoría de edad, podrá tomar sus propias decisiones.

Al menos sus padres le hemos legado la libertad, algo que yo no tenía cuando nací.

Me siento orgullosa de ello.

53
Tomorrow never knows

Llanes, 1971

La llamada del general se produjo en el momento más oportuno. Comenzaba a hartarse de la monotonía de la vida en Llanes y su pasión por el palacete de los Melgar iba perdiendo fuelle. Saber que las cosas volvían a la normalidad, que ya no sería un apestado en Madrid, fue suficiente para despertar su deseo de regresar a la capital. Y, como todos sus deseos, de inmediato se transformó en algo perentorio, inaplazable. Ni siquiera esperaría a que finalizasen las obras. Vendería la Casa Azul, tal como estaba, y se iría a Madrid con los bolsillos repletos de dinero fácil y un montón de nuevos proyectos. Pero antes tenía que soltar lastre. Nuria jamás sería capaz de satisfacerlo; lo supo casi desde el principio. Tanto tiempo deseando a una mujer, poniéndola en un pedestal, para acabar descubriendo su debilidad. Tal vez le habría perdonado su ineptitud para hacer y decir lo correcto, pero lo que no le perdonaría jamás era la traición, y Nuria lo había traicionado a conciencia.

Todavía se preguntaba cómo podía ser tan incauta, tan ingenua. Solo tuvo que seguirla a cierta distancia para averiguar que se reunía con el jardinero en una miserable casucha de pescador, situada al borde del acantilado. Hasta contaban con el beneplácito de la abuela de Esteban para ocultar sus encuentros: la anciana

había abandonado la casa precipitadamente, poco después de que llegase Nuria. Al verlo, se le revolvió el estómago y se envenenó de bilis. Los habría matado allí mismo y nadie podría haberle culpado por ello.

Pero eso había sucedido antes de recibir las noticias de su padre, cuando aún estaba condenado al exilio en Llanes.

A partir de ahora, todo sería diferente.

Tenía que elaborar un plan y mantener la cabeza fría para llevarlo a cabo. Nadie podría privarlo de su venganza. Él juzgaba y él mismo ejecutaba la pena.

Ese era su privilegio.

* * *

Los días se sucedieron envueltos en una calma tensa. De solo pensar que esa calma podía ser la que precede a las peores tormentas, se le erizaba la piel como una suerte de advertencia. Su marido la evitaba a propósito. Siempre estaba ocupado hablando por teléfono o reunido con personas que visitaban el inmueble y se colaban en las habitaciones como si la Casa Azul les perteneciera. No le contaba nada, no le explicaba nada, y ella tampoco se atrevía a preguntar. Se sentía un poco más segura protegida por esa indiferencia que la hacía invisible a ojos de Julio. Aun así, no confiaba en que aquella tranquilidad, un remanso de paz, se alargase en el tiempo.

Nuria extrañaba a Esteban con una intensidad dolorosa. Añoraba las caricias, los abrazos y, por encima de todo, que estuviese a su lado para cogerle la mano. Su fuerza de voluntad no era suficiente, por sí sola, para vencer la tentación de ir a buscarlo. Cuando estaba a punto de rendirse —en las horas oscuras que preceden a la madrugada—, se obligaba a pensar en Flavia y en su nieto, en el hogar amoroso y seguro que habían construido juntos. Ella no tenía

ningún derecho a ponerlo en peligro. No se lo perdonaría jamás.

Apartada de cuanto amaba, su mente retornó a Malena y al misterio de la muerte de Melgar. Gracias a Román, Víctor y la propia Flavia, había logrado recomponer una parte del rompecabezas que formaba su familia. No obstante, le faltaban —justo en el medio— las piezas necesarias para que el dibujo cobrara sentido. Seguro que eran muy pocas, mas sin ellas, la historia de sus ancestros se quedaba coja, irresoluta. Eso le generaba una frustración que se acumulaba a las otras, como un lastre del que debía tirar cada día y del que no podía librarse. Pensó en volver sobre sus pasos: regresar a la redacción del *Oriente*, visitar de nuevo a Antuña; aunque, por otro lado, ¿de qué le valdría? Si alguno de ellos supiera quién había asesinado a su tatarabuelo, ya se lo habría contado hace tiempo. Decepcionada con lo que parecía un callejón sin salida, se obligó a olvidar las intrigas de los Melgar y trató de reemplazarlas por la Leica de Inés y los largos paseos por la playa. En esas caminatas sin prisa había descubierto que el vaivén de las olas le aportaba sosiego.

Quién sabe cuánto tiempo habría continuado así, inmersa en esa especie de limbo que le brindaba la vida…

No llegaría a saberlo nunca, porque la aparente calma se rompió al recibir un mensaje de Esteban.

54
El futuro

Llanes, 1893

Malena desplegó la esterilla con cuidado de sortear las macetas cubiertas de geranios que jalonaban la terraza, se estiró la ropa y se sentó sobre ella. Notó su rugosidad y el picor de las fibras del yute a través del vestido. Esa sensación siempre le recordaba a la Hacienda Buenaventura, el hogar que había compartido con Mario, Bruno y Amara. Esta vez no iba a ser la excepción y, menos aún, instalada en su nueva morada. La casa se llamaba Villa Amara, en homenaje a su madre. Ella simbolizaba todo lo bueno que podía proporcionarte la vida: amor, generosidad y sabiduría a raudales. Malena deseaba que su familia viviera en un lugar impregnado de tan formidables tesoros y el recuerdo de su madre era lo mejor para bendecirlo.

Cerró los ojos sin apretarlos y arrojó las conchas de cauri sobre la alfombra. Años atrás, el alférez Quintana le había devuelto las suyas y las que habían encontrado en el puño de Mario. Malena las había unido en un conjunto indiferenciable para cualquiera que no fuese ella. Al abrir los ojos, y antes de descubrir qué le deparaba el futuro, detuvo su mirada ambarina en el mar azul que se extendía ante ella. Villa Amara estaba situada al borde del acantilado, con la playa del Sablón al fondo. Le seguía pareciendo curioso que aquellas mismas aguas saladas, separadas por miles de millas de distancia,

fueran las que bañaban las costas de su querida Cuba. Ignoraba si regresaría a la isla alguna vez, aunque solo fuera para visitar las tumbas de sus padres. Quizás se lo dijeran las conchas, cuando por fin se atreviese a mirarlas.

Oyó unos pasos que se acercaban. No estaba sola. Se giró hacia atrás sin llegar a levantarse de la esterilla. Candela, su hija, caminaba hacia ella con su andar vacilante y una enorme sonrisa. Acababa de cumplir su primer año de vida y apenas habían transcurrido unas semanas desde que dejó de gatear por cada rincón de la casa para ponerse en pie. Malena la acogió en sus brazos y le acarició los rizos, tan negros como los suyos. Luego la sentó en su regazo y le sujetó las manos con cuidado para que no deshiciese el patrón de las conchas, antes de que ella pudiera interpretarlo. De alguna manera, tal vez por la intuición que corría por sus venas y que ambas compartían, la niña lo entendió y se quedó muy quieta; un comportamiento bastante inusual en ella.

Malena leyó las conchas y suspiró satisfecha. «Un niño», se dijo apoyando una mano en el vientre. Eso era algo que le habría gustado a Mario: un descendiente varón para perpetuar su apellido. Sabía que Dimas también se alegraría de tener un hijo, pero el sexo del bebé no significaba tanto para él. Tampoco le preocupaba que no se perdiese el «Melgar». Miró con más atención hacia un futuro lejano. Su madre siempre decía que no había que conformarse con el futuro inmediato. Una buena vidente debía vigilar el porvenir de los suyos, puesto que a veces existían muchos caminos para llegar al mismo lugar. Reprimió un suspiro. Generaciones de Melgar iban a repudiar la Casa Azul y eso ya no le gustaría tanto a Mario. Había dilapidado gran parte de su fortuna en un inmueble que iba camino de convertirse en un caserón olvidado. «Pasarán muchos años antes de que sus descendientes ocupen el palacete de nuevo», se dijo a sí misma, y frunció el ceño extrañada. Puede que no fuera buena idea mirar tan lejos. El peligro se cernía sobre una mujer: la última heredera de los Melgar; el final de la estirpe de Mario. Pero esa mujer, que todavía no había nacido, también sería sangre de su

sangre. Al fin y al cabo, su familia estaba formada por los herederos de Mario Melgar y Bruno Bastida. Los dos amigos, unidos por el caprichoso destino en el bergantín La Habana, habían establecido una alianza que lograría sobrevivir al tiempo y al océano que separaba a Asturias de Cuba.

«Debes proteger a las mujeres de tu familia», le pidieron las conchas de adivinación, como si de repente hubieran adquirido la voz de su madre, la buena de Amara, que siempre cuidaba de todos.

Y Malena las escuchó. No podía ser de otro modo.

55
Run for your life

Llanes, 1971

«Reúnete conmigo a medianoche. Te espero en el mausoleo de Melgar. E.».

Nuria arrugó la nota en el interior del puño hasta formar una bola muy apretada y se la guardó en lo más hondo del bolsillo del cárdigan, junto a unas monedas sueltas y la barra de labios. No quería tirarla, aunque tampoco se habría atrevido a hacerlo. Puede que fuera la única nota que recibiese de Esteban y deseaba conservarla, ya que no podría conservarlo a él. No era una idea sensata, ni siquiera racional, pero no le importó. Se preguntó qué querría de ella para pedirle que se vieran a una hora tan intempestiva. Su última conversación había tenido tintes de despedida: debían alejarse por el bien de ambos. También para proteger a la abuela Flavia, que se había convertido en la diana de las amenazas de Rafael Sancristóbal. No podían permitir que la integridad de la anciana peligrase por culpa de ellos. Esteban no le habría enviado ese mensaje de no haber sucedido algo importante. La ansiedad ascendió por su cuerpo hasta detenerse en el pecho. Nuria supo que se quedaría allí, causando estragos en la boca del estómago y en sus nervios.

Las horas que restaban hasta que llegase la medianoche se le

antojaron eternas.

* * *

La oscuridad de la noche brindaba una falsa sensación de seguridad, como si fuese una manta benévola que envolviese los cuerpos y los protegiera de los peligros. Nuria cerró la puerta posterior de la Casa Azul con sumo cuidado de no hacer ruido. Se había encargado de que Julio durmiera bajo los efectos del mejor *whisky* que pudo encontrar en Llanes. Sus potentes ronquidos se superponían al resto de los ruidos que habitaban la casa. Aun así, no podía confiar en que no se despertase de pronto y la pillase in fraganti. Solo de pensarlo, le temblaba todo el cuerpo.

Cuando salió al jardín, la recibió un viento desangelado y violento, como una cuchillada en plena cara. Un puñado de hojas vencidas, pese a que solo estaban a finales de agosto, le golpearon el cuerpo. Por su forma alargada, supo que procedían de los magnolios de Mario Melgar. Esteban le había contado que fue el indiano quien ordenó plantarlos tras regresar de Cuba. A los árboles les faltaba muy poco para ser centenarios, mucho más viejos que un hombre cualquiera. Aunque pensándolo bien, tampoco tenían gran cosa que contar. Habían visto pasar buena parte de su existencia contemplando un lugar abandonado. En cierto modo, los que olvidaron el palacete, los olvidaron a ellos también.

Avanzó por el terreno casi a tientas, con la poca luz que le proporcionaba una linterna que apenas se atrevió a encender. No obstante, gracias a ella localizó el inicio del camino de lajas que conducía al panteón de Melgar. Se le erizó la piel al evocar la pesadilla que había tenido antes de viajar a Llanes, cuando ni siquiera conocía la Casa Azul ni los dramas de su familia paterna. Su corazón se desbocó y se obligó a recordar que al final del sendero la esperaba Esteban y que él no le haría daño jamás. Caminó

extremando el cuidado: nunca le había gustado aquel camino de piedras sueltas. Tenía la impresión de que se escurrían bajo sus pies con el único afán de propiciar su caída. De pronto, el panteón emergió frente a ella, alumbrado por su resplandor marmóreo. Resultaba imponente, como todo lo que había ordenado construir su tatarabuelo, pero, al mismo tiempo, transmitía una tristeza inherente a su condición. Se acercó a las escaleras y se preguntó dónde estaría Esteban. El campanario ya había anunciado la medianoche para volver a sumirse en el silencio. El viento se exaltó, más aún, y a punto estuvo de barrerla a ella con el resto de las hojas. Un relámpago repentino fustigó el firmamento con su látigo resplandeciente. El trueno que lo acompañó, tan próximo que fue inmediato, ocultó el rechinar de la puerta al abrirse. La imagen que Nuria tenía ante sí se desdibujó hasta adoptar tintes de pesadilla, una pesadilla que ya había soñado antes. El hombre que se acercaba a ella, que bajaba cada escalón como una sombra ominosa, no era su querido Esteban.

Era Julio, su esposo.

Nuria sufrió de una vez el dolor y la humillación de la trampa; algo tan físico y desgarrador que se vio como un zorro atrapado en un cepo. El rostro de su marido estaba deformado por un rictus de ira salvaje que dejaba su pasado de violencia en un juego de niños. La lluvia, ansiosa por añadir su propia nota dramática, descargó con furia sobre ellos. Cuando Julio llegó al pie de las escaleras, ya tenía la ropa pegada a la piel. Extendió su brazo sin decir una sola palabra y la abofeteó con tanta fuerza que Nuria cayó de rodillas. Como en una revelación, supo que esta vez no se conformaría con hacerle daño: esta vez iba a matarla. La necesidad de huir, aunque fuese a ciegas, la arrancó del aturdimiento que la mantenía paralizada. Gateó unos metros antes de que la agarrase del pelo. Ignoró el tirón y lanzó una patada hacia atrás, a la desesperada. Notó que golpeaba algo blando y que su esposo sofocaba un grito al mismo tiempo que soltaba la presa. Se irguió como pudo y corrió sin mirar atrás, avanzando sobre los charcos y el barro en el que se hundían sus

zapatos. Rezó para no resbalar y caer, para no perder su escasa ventaja. Desesperada, se preguntó dónde podía esconderse. Parpadeó varias veces; la lluvia la cegaba. Al abrir los ojos, creyó distinguir una sombra que, poco a poco, adquiría mayor consistencia. De algún modo, pese a que aún no podía reconocer sus rasgos —ni siquiera si los tenía—, supo que la conocía: era el espectro con forma de mujer que se había abalanzado sobre su bañera. También supo que, en aquella primera impresión, se había equivocado por completo con ella: fuese lo que fuese, solo quería ayudarla. Se lo dijo hasta la última fibra de su ser y no estaba en condiciones de dudar de su instinto.

La sombra señaló hacia el cobertizo donde Esteban guardaba los útiles de jardinería. Según le había explicado él mismo, ya se los habían devuelto. No le importó; en algún lugar debía refugiarse. Solo esperaba que no se convirtiese en una jaula o, peor aún, en una tumba. La puerta del pequeño almacén se cerró tras ella, quién sabe si empujada por el mismo espectro o por las inclemencias. La atrancó con una pala olvidada, que le brindaba una breve ventaja. Sintió un peso sobre el hombro derecho, como una caricia apremiante. Reprimió un grito al descubrir que la sombra estaba pegada a su espalda. Nuria se acercó a un estante donde reposaban unas tijeras, lo bastante puntiagudas para atacar a un hombre. La mujer asintió con una sonrisa. Resultaba evidente que pretendía infundirle valor y no quiso decepcionarla. Agarró las tijeras y se dispuso a luchar por su vida.

Los sonidos de la tormenta, una amalgama de truenos y precipitaciones, le impidieron anticipar la llegada de Julio. La puerta se agitó varias veces y los nervios de Nuria estallaron en su interior como astillas afiladas. Le temblaban las manos, pero sujetó las tijeras con más fuerza. Su marido embistió contra la puerta y, frustrado por su fracaso, gritó:

—¡Te voy a matar, maldita zorra! —Y lo repitió antes de volver a la carga. Tuvo que insistir varias veces hasta que la puerta del cobertizo se desencajó de sus goznes. Julio la aventó con un gesto

teatral y se quedó parado bajo el umbral. Se notaba que disfrutaba del miedo de su mujer y de saber que la tenía atrapada. Sonrió con cinismo al verla armada con las tijeras: no la consideraba capaz de defenderse. Así de débil y sometida la creía. Ni una reacción a la presencia de la sombra. Tal vez solo existía en la mente de Nuria.

—Eres una cobarde; siempre lo has sido —le dijo como si pretendiese retarla—. Jamás podrás sobrevivir sin mí.

Se abalanzó sobre ella y, de un manotazo, le tiró las tijeras. Aprovechando el impulso, la derribó y se colocó a horcajadas sobre ella. Le puso las manos alrededor del cuello. Al principio, apenas apretó. Acarició su piel con los dedos, como si aquella situación formase parte de un juego sexual entre ellos. Nuria se revolvió con furia y entonces él presionó con fuerza. No podía respirar, se ahogaba y, más pronto que tarde, perdería el sentido. El pánico ascendió como una ola que arrastraba cuanto se interponía en su paso. Estiró los brazos y palpó alrededor. Tocó algo con las yemas de los dedos. Forcejeó a la desesperada, ganó unos escasos centímetros y cogió el mango de la herramienta. No pensó; de haberlo hecho, no se habría atrevido jamás. Clavó las tijeras en el cuerpo enemigo, a ciegas. El alarido de Julio y su liberación se sucedieron en segundos. Las odiosas garras soltaron su garganta. Tragó demasiado aire y tosió, como si la vida se le estuviese escapando con cada sacudida. No tenía tiempo que perder.

Se puso en pie como pudo y huyó sin mirar atrás.

No le importó si Julio estaba muerto o herido. Solo le importaba correr.

56
La abuela Mina

Llanes, 1895

Alba agarró a Candela de una mano y a Mateo de la otra. Sujetó sus deditos con fuerza. ¡Eran tan pequeños y escurridizos! Tal vez no debería haberlos llevado allí y menos sola. La proximidad del acantilado convertía la tumba de Mina en un lugar peligroso para sus nietos. Los nietos de Mina, sí. Alba quería que su hermana los conociera. Esa era la verdadera razón de que los tres estuvieran frente al túmulo donde reposaba su cuerpo. Sofocó un suspiro que le nació del alma. Notó que sus ojos, siempre resecos, se humedecían para dar la bienvenida a las lágrimas.

—¡Hace frío…! —protestó Candela, que tiró del brazo de Alba para resaltar la importancia de su queja.

Diciembre estaba a las puertas y el sol de otoño no era más que un espejismo de luz y calor. Se agachó hasta quedar a la altura de la chiquilla y le ajustó la bufanda de lana en torno al cuello. Ella misma las había tejido para ellos; un gesto de amor y devoción, más que otra cosa. Gracias a la herencia de Melgar y la fortuna de Malena, los niños no necesitaban de nada.

—¿Mejor así? —Candela asintió moviendo la cabeza como si tuviera un resorte en el cuello. Aparte de ser una muñeca, atesoraba un gracejo que hacía la delicia de todos. Alba sonrió y dirigió su

atención al pequeño Mateo—. ¿Y tú, chiquitín? ¿También tienes frío?

Mateo la miró con los ojos más redondos y tiernos que había visto en toda su vida. Un ramalazo de nostalgia le azotó la mente. Se engañaba y no debía hacerlo: la ternura de Mateo era idéntica a la que había en la mirada de su querida Mina y por esa misma razón había acudido a la tumba con los niños. Puede que no tuviera sentido para nadie más. Le daba igual. No importaba qué quedase de su hermana allí; Mina se merecía conocer a sus nietos; ver, aunque solo fuera con los ojos del alma, los preciosos milagros que habían nacido de la unión de su hijo y Malena. Ya lo había hecho antes —veinticuatro años atrás— cuando recuperó a Dimas del hospicio donde lo habían dejado. En cuanto regresó a Llanes, todavía con el niño en brazos, corrió a contarle a Mina que su pequeño estaba a salvo, que se criaría con ellos, con sus padres y su hermana. Ya no le importaban las habladurías del pueblo, ya no le importaba el desprecio de los más crueles e inflexibles. La muerte de Mina lo había cambiado todo.

Ahora solo daba importancia a las cosas que de verdad la tenían.

—Cariño, deja las flores encima de la piedra —le pidió a Candela.

La niña le había llevado a su abuela un ramillete de brezo atado con un lazo que depositó sobre el túmulo con mucho cuidado. A Alba le habría gustado traer un ramo de claveles escarlatas, pero Mina tendría que esperar a que llegase el fin del invierno. No creía que le importase. ¿Cuánto tiempo llevaba esperando para ver de nuevo a los suyos?

«El dolor por la pérdida de los seres queridos nunca desaparece del todo», se explicó a sí misma, pese a ser algo que ya sabía. Luego se esforzó por desechar los pensamientos aciagos. Los niños no tenían por qué soportar la carga de su tristeza. Además, no había concebido aquella visita como un velatorio.

—¿Tenéis hambre? —preguntó mientras se afanaba en ponerse en pie de nuevo. Los años no pasaban en balde para nadie.

Sus nietos, al fin y al cabo lo eran también, gritaron un sí rotundo y eufórico. El gozo que sintió, contagiada por la alegría de

ellos, tuvo la virtud de reemplazar su pesar y de borrarlo por un tiempo. Los niños obraban esos pequeños prodigios. Las meriendas de la abuela Alba, que ya solo ejercía de cocinera para los suyos, hacían las delicias de Candela y Mateo.

—Tengo una tarta de crema y almendras. La favorita de mamá. ¿Qué os parece si también os preparo un chocolate para remojar el pastel?

Los niños saltaron entusiasmados y Alba les sonrió. Sin soltarlos de la mano, se despidió de Mina, aunque una parte de su hermana siempre estaba con ella.

—Nos veremos muy pronto, romera —musitó antes de emprender el camino de regreso a casa. Allí la aguardaban los suyos; la familia que había construido con retazos de otras y que le había enseñado que ella también podía ser feliz.

No hay secreto mejor guardado
que aquel que todos conocen.

George Bernard Shaw

TERCERA PARTE

57
Free as a bird

Llanes, 1971

Durante el camino trató de convencerse de que su marido estaba muerto. Tal vez porque deseaba con cada fibra de su ser que esa fuese la verdad. A pesar de las consecuencias que tendría su crimen, prefería imaginar una vida sin Julio. Necesitaba liberarse de las cadenas del matrimonio, aunque fuera para sustituirlas por otras. Nada podía ser tan opresivo como la amenaza constante que pesaba sobre ella.

Desechó las lágrimas con el dorso de la mano y agradeció la oscuridad y la lluvia que ocultaban su aspecto. Si cualquier lugareño la hubiera visto en ese estado, habría sido imposible que olvidase el encuentro. Todavía notaba las manos de Julio en torno al cuello, la presión asfixiante que le impedía respirar y el dolor que no le dejaba ni un resquicio libre. El pánico volvió a ascender como una ola y devoró las pocas fuerzas que le quedaban. A punto de desmayarse, apoyó la espalda en un muro de piedra. Su frescor le penetró la piel. Cerró los ojos y el mundo entero bailó a su alrededor. Poco a poco, se dejó caer sobre la hierba mojada y escondió su rostro entre las manos.

No supo cuánto tiempo se mantuvo así, cuánto tiempo le llevó recuperar sus fuerzas. Se incorporó y apuró el paso mientras

pensaba qué le diría a Esteban, qué palabras servirían para contar que su marido había intentado matarla. Estaba cansada de ver que sus peores pesadillas se hacían realidad, como si hubiese heredado el poder de adivinación de su bisabuela. Pero no era así. De serlo, jamás se habría casado con Julio. Esa negativa habría arruinado la reputación de su padre, pero ella habría tenido una oportunidad en la vida. Ahora que ya no la tenía, le abrumaba pensar que podía arrastrar a Esteban en su desgracia.

Llegó a la casa y se sorprendió al descubrirlo junto a las escaleras de piedra que conducían hasta el mar. La tormenta les había concedido una tregua, pero el viento soplaba fuerte y la noche no invitaba a exponerse a las inclemencias. Visto así, detenido justo al borde del acantilado, le dio la impresión de que Esteban se enfrentaba al difícil dilema de qué hacer con su vida. Nuria se asustó y sintió la imperiosa necesidad de sujetarlo y amarrarlo a ella. Fuese cual fuese su destino, debían compartirlo, como ocurría con los amantes en los romances clásicos. Según se había narrado desde tiempos inmemoriales, puede que no existiera amor sin tragedia.

—¡Nuria! ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien? —le preguntó al verla llegar. Ella se arrojó en sus brazos y el cuerpo se le deshizo en convulsiones y llanto. Le costó sustituir los sollozos por palabras juiciosas que pudiesen explicar lo ocurrido. Aun así, sonaban tan terribles que supo que ya no podría repetirlas:

—Creo que he matado a julio…

—¡Qué! ¡Imposible! ¿Qué ha pasado? —preguntó alarmado, mientras la sujetaba para evitar que se desplomase. Nuria estiró el cuello y le mostró las marcas que las garras de su enemigo le habían dejado en la piel. Solo con mover la cabeza, le abrasaba la garganta; todo un recordatorio de que había luchado por su vida.

—Me tendió una trampa. Me dejó una nota para que me reuniese con él en el panteón…

—¿En el panteón de Melgar? ¿No te extrañó que te citase allí?

—Pensé que iba a reunirme contigo —reconoció abatida.

—¿Cómo…? No entiendo. ¿Por qué conmigo? —preguntó de

nuevo con el ceño fruncido, aunque no tardó en suponer la respuesta.

—Se hizo pasar por ti… Firmó con tu inicial y yo fui tan tonta que me lo creí; quería creerlo. Debí imaginar lo que iba a ocurrir. De hecho, ya lo había soñado antes —añadió conmocionada. Sus manos no paraban de temblar. Las alzó y las contempló como si fuesen las manos de otro, ajenas a ella.

—Cuéntame qué pasó exactamente —le pidió Esteban sujetándola por los brazos en un esfuerzo por tranquilizarla.

—Me pegó una bofetada tan fuerte que me hizo perder el equilibrio. Supe que esta vez no se conformaría con hacerme daño. Esta vez quería matarme —rompió en llanto de nuevo—. Me escondí en el cobertizo y encontré unas tijeras. Julio aporreaba la puerta y no tardaría en derribarla. Nunca he tenido tanto miedo. Cuando entró, la rabia había transformado su rostro en una máscara de maldad. Me arrancó las tijeras y volvió a tirarme al suelo. Se sentó a horcajadas sobre mí. Sus manos atraparon mi cuello como un cepo. No podía respirar… Pensé que iba a morir. Palpé a mi alrededor y agarré las tijeras. Cerré los ojos y se las clavé a ciegas. Solo noté que la presión se aliviaba y no quise saber nada más. Escapé de allí sin mirar atrás…

—Entonces no sabes si está muerto… Puede que solo esté herido.

—No importa, Esteban; sea lo que sea, muerto o herido, no hay ninguna esperanza para mí —concluyó hundida.

—No digas eso, Nuria. Tenemos que…

—No, no lo digas. Lo siento. De verdad que lo siento, pero no puedo volver —le rogó, anticipándose a las palabras de Esteban. Él la abrazó una vez más y le acarició el cabello. No encontró otra manera de ofrecerle consuelo. Entendía su angustia, sus miedos y le destrozaba verla así. Sin embargo, no podían tomar ninguna decisión sin saber a qué se enfrentaban.

58
While my guitar gently weeps

Llanes, 1971

Caminaron cogidos de la mano, como si ese lazo, a pesar de su evidente fragilidad, les aportase la fuerza necesaria para seguir. No se soltaron, ni siquiera cuando atravesaron los lindes de la Casa Azul. No les importaba que los vieran juntos, ni que mostrar su relación pudiera agravar las consecuencias de sus actos. A paso raudo, cruzaron el jardín en dirección al cobertizo. La puerta permanecía cerrada. Nuria no recordaba haberla dejado así. Tal vez había sido cosa del viento, pero trató de prepararse para lo que podía encontrar al otro lado. Esteban, armado con un cuchillo que había traído consigo, empujó la puerta muy despacio. El gozne del que colgaba la madera rechinó de un modo siniestro, como si pretendiera avivar sus miedos. El cuerpo de Julio yacía inmóvil en el suelo del cobertizo. Nuria se dejó caer de rodillas y sofocó un grito angustiado apretando los nudillos contra la boca. Había deseado la muerte de Julio decenas de veces, demasiadas para un matrimonio tan breve. No obstante, la quietud del cadáver le mostraba que la distancia entre los deseos y la dura realidad es una sima tan profunda como inabarcable, y lo hacía de la forma más cruel.

—Está muerto —dijo con el único afán de poner voz a su horror.

Esteban se agachó a su lado y alumbró el cuerpo de Julio con la

linterna. Lo que vio le extrañó sobremanera: su aspecto no concordaba con la versión de Nuria. Desplazó la luz en torno al cadáver, pero no halló ni rastro de las tijeras de podar.

—Nuria, me dijiste que te habías defendido con unas tijeras, ¿no? —Ella se limitó a asentir varias veces, mientras las lágrimas desbordaban su mirada—. No puede ser… —Añadió Esteban confuso —. ¿Te llevaste las tijeras o las tiraste en el jardín…?

—No… ¿Qué dices? No hice nada de eso. Las dejé…, se las clavé en… —De pronto enmudeció al percatarse de la desaparición de la herramienta—. No, no, no…, ¿cómo es posible?

—Pero no es solo eso. Mira el cuerpo de Julio. Míralo bien —le pidió poniéndole una mano en el hombro.

Ella hizo un esfuerzo por serenarse. Desechó sus lágrimas con el dorso de la mano, que le dejó un rastro de sangre del que no fue consciente. Inspiró profundamente y agarró la linterna que Esteban le ofrecía. Evitó la cara de su difunto esposo. No estaba lista para afrontar la maldad del hombre que, poco antes, había tratado de asesinarla. Encontró consuelo en la certeza de que no lo había amado nunca. Desplazó la linterna hasta localizar el lugar donde le había clavado las tijeras: la parte superior del brazo, casi a la altura del hombro. Desconcertada, volvió a mover la luz, que alumbró otra herida; esta vez en el pecho, demasiado cerca del corazón.

—¡¡¿Quéééé?!! —gritó—. Solo lo ataqué una vez y, cuando me soltó, salí corriendo. Tienes que creerme, Esteban. Yo no le hice esto.

Esteban la observaba con una intensidad que la asustó. Por un momento pensó que él no la creía y se sintió más sola que nunca. Luego descubrió que en su mirada había miedo. Poco a poco fue entendiendo que, si ella no había asesinado a Julio, otra persona tuvo que hacerlo. Su cuerpo volvió a temblar, agitado por todas las emociones que lo sacudían por dentro.

—Tenemos que irnos… —le pidió Esteban tirando de ella. Sus palabras estaban teñidas de una urgencia que la alarmó más todavía. Se incorporaba cuando oyeron los ruidos y vieron los haces

de luz que barrían pequeños retazos de hierba. Salieron resignados, a sabiendas de que nada bueno les esperaba afuera.

—¡Manos arriba! —voceó un guardia civil que les apuntó con su Mauser. No tardaron en llegar otros guardias que los rodearon por los cuatro costados. Ambos alzaron las manos, aunque cada uno de sus movimientos estaba impregnado de estupor. Nuria no lograba entender cómo habían podido enterarse tan pronto de la muerte de su marido. Solo cuando apareció Sancristóbal, con su rostro animado por un rictus maligno, comenzó a sospechar que el amigo de Julio era más peligroso de lo que había imaginado hasta entonces.

—¿Dónde está Vallejo? —preguntó el comandante, aprovechando para atizarle a Esteban con la culata del mosquetón. Nuria reprimió el lamento que había acudido a sus labios. No pensaba darle la satisfacción de verla sufrir. Uno de los guardias gritó en su lugar.

—¡Comandante! ¡Venga aquí, señor! Hemos encontrado un cadáver en el cobertizo del jardinero.

Sancristóbal le hizo una seña de entendimiento al guardia y fijó su atención en Nuria. De no ser por la oscuridad reinante, la mujer habría jurado que Rafael le guiñaba un ojo en señal de burla. Las palabras que el oficial pronunció después vinieron a respaldar esa impresión:

—¿Qué has hecho, Nuria? Con lo bien que se portaba Julio contigo… —Y cambiando el tono de voz para dirigirse a sus hombres, añadió más severo—. Ponedles las esposas a este par de asesinos. Llevadlos al cuartel y ocupaos de encerrarlos en un calabozo para que se pudran en él.

Nuria quiso chillar, gritar a los cuatro vientos que todo aquello era una trampa; que ella no había asesinado a su esposo, que solo trataba de defenderse, de salvar su vida. Pero no dijo nada. Antes de llegar a abrir la boca, antes de formar unas frases que sonarían a excusas, supo que allí, entre aquellos hombres, no encontraría a nadie que quisiera escucharla.

Miró a Esteban por última vez antes de que los separasen.

Ella era la única culpable de haberlo arrastrado al caos.

El peso del remordimiento le consumió las pocas fuerzas que le quedaban.

59
Do you want to know a secret?

Llanes, 1971

No lo supo por Rafael. Su marido, como hacía con todos los asuntos que olían a turbio, guardó un silencio absoluto. Lo supo por Telma, su vecina. Carmen le había hablado más de una vez de su incipiente amistad con Nuria Melgar y de la maravillosa cena que les había ofrecido en la Casa Azul. Todo el pueblo sentía curiosidad por la pareja y las reformas que estaban ejecutando en el palacete. Telma no sería la excepción. Disfrutó del cotilleo, de cada una de las anécdotas de Carmen, aunque al final de la conversación su mirada reflejaba la envidia de no haberlo vivido en primera persona. Y ahora se cobraba la revancha; siempre lo hacía. Su satisfacción al descubrir que Carmen ignoraba lo sucedido con Julio Vallejo, así como el arresto de su nueva amiga, resultó demasiado evidente. Ni siquiera se inquietó por la conmoción que provocaron sus palabras.

—¿El «comandante» no te ha contado nada? —le preguntó con retintín y con el único afán de ahondar en la herida. Telma, cuyo padre había muerto al pie de una cuneta olvidada, no dejaba pasar la oportunidad de mofarse de Rafael y de la Benemérita.

Carmen la dejó con la pregunta en la boca y se fue apoyándose en las paredes para no caer. Una vez que consiguió recorrer la distancia hasta su casa, se resguardó al otro lado de la puerta y se

permitió reflexionar sobre el verdadero significado de la historia de Telma. No era tan cándida como para pensar que la intervención de Rafael en la detención de Nuria se limitaba estrictamente a su cargo. Puede que lo hubiera sido antes, al principio del matrimonio, cuando todavía estaba fascinada por la fuerte personalidad de Rafael. Entonces había confundido la tiranía con entusiasmo y carácter. No tardó en descubrir que se equivocaba, aunque ya era demasiado tarde para remendar el error. Por si fuera poca atadura haberse casado con un comandante de la Guardia Civil, el embarazo terminó de amarrarla a un hombre que cada día despreciaba más.

Inspiró con fuerza al notar que su corazón avanzaba a trompicones. ¿Cuánto dolor se podía aguantar sin rendirse? No quería averiguarlo, así que hizo un esfuerzo por serenarse. En respuesta a la pregunta, su mente le mostró las imágenes de cada situación alarmante que había compartido con su esposo. Negó con la cabeza varias veces, pero con un simple gesto no podría desechar toda la crueldad que arrastraba su memoria. Fue un esfuerzo inútil.

Hasta ese momento, ella había sido la única agraviada por la crueldad de Rafael, o eso quería pensar. Lo había aceptado así, en parte por resignación y en parte por cobardía. Sin embargo, no estaba dispuesta a permitir que la maldad de su marido se extendiera como un miasma capaz de destruir a Nuria, la única persona que se había comportado con ella como una amiga.

Puede que no conociera a Rafael todo lo bien que una mujer debe conocer a su esposo, pero sí lo suficiente para saber dónde ocultaba sus secretos. Hizo acopio del valor que era capaz de atesorar, el que le había faltado siempre. Pese a ello, se preguntó si su coraje sería suficiente para ganar la guerra que estaba a punto de emprender.

* * *

Aún le dolía el cuello al tragar. Deslizó los dedos por la piel y creyó notar las huellas que las manos de Julio habían dejado en ella, aunque eso no fuera posible. Se preguntó si las marcas —y no solo las físicas— tardarían mucho en desaparecer ahora que estaba muerto. Imaginó que sí: ni siquiera la muerte lograría extinguir tan pronto su influjo maligno. Tal vez lo haría el tiempo, pero debía dejar que transcurriera para saberlo. De hecho, estar encerrada en una celda sucia y angosta formaba parte de la sombra tenebrosa que Julio proyectaba desde el más allá. Un escalofrío le erizó la piel y se resguardó bajo la manta rasposa que parecía estar fabricada de arpillera. Oyó unos gritos de varón que provenían de todas partes. Rezó para que no fuese Esteban. Jamás podría perdonarse haberle arrastrado a la perdición con ella. El miedo, tan venenoso, le había impedido ver el egoísmo que acarreaba y la había mantenido más ciega que si hubiera tenido los ojos cerrados.

Los gritos cesaron, pero lo peor era saber que, tarde o temprano, volvería a oírlos.

Para ahuyentar su sufrimiento, se concentró en repasar lo sucedido la noche anterior. Una vez que se esfumó la confusión de los primeros momentos, tuvo la absoluta certeza de que ella no había sido la causante de la muerte de Julio. Ella solo le había clavado las tijeras en el hombro, para salir huyendo justo después. Las heridas del cadáver y la desaparición de las tijeras no tenían más que una explicación posible: alguien se había presentado en la Casa Azul y había aprovechado la oportunidad para asesinar a Julio. La tentación de ponerle nombre al asesino, sobre todo tras su irrupción en la escena del crimen, era demasiado fuerte para vencerla. La sospecha de que había existido algo más que una amistad entre Rafael y Julio cobró sentido al recordar la noche en que cenaron juntos en el palacete. De hecho, la reacción de su esposo al descubrir su extraña intimidad había sido tan violenta que únicamente podía justificarse así. ¡Resultaba tan injusto que no se hubiese sincerado con ella! Tal vez habría sido la única capaz de entenderlo. Pero le tocó pagar los platos rotos de las frustraciones y

el egocentrismo de su esposo. Seguro que Julio no había encontrado la misma comprensión en Sancristóbal. Aunque, ¿quién podía saber cuáles habían sido sus razones? Solo él lo sabía. Y tampoco le importaban a Nuria, si no servían para salvar a Esteban y salvarse ella misma. De pronto, fue dolorosamente consciente de que esa sería una tarea imposible. No contaban con ningún aliado en Llanes y todo el peso del poder político y militar les caería encima como una losa. Estaban muertos y enterrados, más enterrados incluso que Julio. La angustia volvía a apoderarse de su mente y le impedía pensar con claridad. Se preguntó si Malena se habría sentido igual de desesperada durante su estancia en prisión.

La maldición de la Casa Azul se cebaba en las mujeres que se atrevían a vivir allí. No le costó entender que su bisabuela hubiese escapado de su influjo en cuanto tuvo oportunidad de hacerlo. Al menos, Malena consiguió demostrar su inocencia y recuperar la libertad.

Encerrada entre aquellas cuatro paredes, dudaba que ella pudiera lograr lo mismo.

60
Because

Llanes, 1971

Sancristóbal se paseaba ufano haciendo resonar con fuerza los tacones de sus botas. Se planchó la chaqueta del uniforme con las manos y contempló los botones dorados razonablemente satisfecho. Había dedicado buena parte de la mañana a sacarles brillo con un paño inmaculado que guardaba en el cajón superior de su escritorio. El comandante siempre se encargaba de esa tarea en persona y lo hacía por dos razones: su mujer jamás podría satisfacer su nivel de exigencia y él hallaba cierto gozo en la concentración y precisión que requería. Le gustaban las cosas bien hechas, casi cuadriculadas. Quizás por eso había encontrado su sitio, casi un hogar, en la Guardia Civil.

Esbozó una sonrisa al pensar que no iba a ser el único en valorar un trabajo bien hecho. A sus superiores les gustaban los asuntos bien rematados. No quedaba ningún cabo suelto en el asesinato de Julio Vallejo. Nuria y Esteban, los amantes de Teruel, formaban una pareja de sospechosos de lo más convincente. Y, además, les habían pillado in fraganti, o así lo creían sus hombres. Con eso sería más que suficiente a todos los efectos. ¡Había que ser muy necio para regresar al lugar de los hechos! Pero siempre había alguien que se beneficiaba de la estupidez de otros y ese alguien, en aquel caso,

era él. Para rematar una jugada perfecta, Rafael debía obtener la confesión de alguno de los dos. Sus hombres habían empezado con Esteban Carcedo, aunque el jardinero estaba mostrando más resistencia de la esperada.

«No importa, pensó Sancristóbal, tarde o temprano todos se rompen».

Dejó de pasear y se sentó en la mesa. Contempló con atención la superficie de madera: pulcra y ordenada a ojos del resto; solo que él no era como los demás. Recolocó una fila de lápices que no estaban perfectamente alineados y desechó una mota de polvo, invisible para cualquiera que no hubiera sido él mismo. Al tomar asiento, percibió que parte de su satisfacción decaía: pese a ver su venganza cumplida, no lograba exorcizar el rencor que sentía hacia Julio. Por una vez, se dejó llevar por sus emociones —algo contrario a su carácter— y recordó el preciso momento en que Vallejo le comunicó que regresaba a Madrid. Sus palabras le sonaron crueles, descarnadas: él no tenía derecho a decidir absolutamente nada; nadie le había preguntado. Fue esa certeza, la constancia de que a ojos de Julio era totalmente prescindible, lo que clavó muy hondo la semilla de la discordia. La simiente maduró en la soledad de su hogar, cuando se percató del intenso malestar que le causaba la traición de Vallejo. Un agujero negro y profundo, alimentado de ira y rencor, que fue creciendo hasta devorar sus escrúpulos. Resultaba más fácil borrar la decencia cuando solo era un esbozo a carboncillo. Rafael no sentía ningún remordimiento por el destino que tendrían que soportar Nuria y Esteban. Su pecado debía tener castigo. Solo Dios podía salvarlos. Pero Dios no acostumbraba a ayudar a los adúlteros, y menos aún a los que no se arrepentían. Los condenarían y nadie movería un dedo por ellos.

Una sucesión de imágenes se amontonaron en su mente, a pesar del esfuerzo por relegarlas. El olor de la sangre de Julio había penetrado en sus fosas nasales y se había adueñado de ellas. Empezaba a temer que ya no saldría de allí. Recordó las manos de su amante: duras, fuertes y violentas…

Con Julio había descubierto que el peor de los tormentos también tenía un reverso de placer. O tal vez había sido al revés:

—No vale para todos —le había dicho en una ocasión—. Piensa que solo los santos sufren calvario… —Añadió con una voz susurrante, muy distinta a la que empleaba el resto del tiempo—. Los timoratos jamás llegarán a entender el deleite que conlleva el dolor.

A Sancristóbal no le costó asumir la parte física de la relación, que reforzaba su idea de que aquello era asunto de «machos». Fue el dolor del alma lo que no pudo soportar. No iba a tolerar que otro hombre lo manejase a su antojo para olvidarlo después. No había perdón para eso, ni para la humillación que traía consigo. Arrugó el gesto y notó un picor que le ascendía desde las muñecas hasta el antebrazo, como una procesión de insectos bajo la piel. Desabrochó el botón, se arremangó la camisa, cogió uno de los lápices y volvió a alinear el resto. Observó la punta del lapicero, tan afilada como un cuchillo, y se la clavó en la muñeca izquierda, donde la piel era más tierna.

No se equivocaba. Nunca lo hacía. Podía soportar con creces esa tortura que se infligía a sí mismo. Sin embargo, no había podido hacer lo mismo con la locura que Julio había sembrado en él. Aquella pasión insana le había envenenado la sangre y aún tenía que purgarla.

Rafael sacó del bolsillo del uniforme un pañuelo impoluto y cubrió la herida y el humor escarlata que derramaba. El lienzo se tiñó de rojo al instante; de continuar siendo el que era, tendría que haberse molestado por la mancha. Sin embargo, se alivió al percibir que la rabia se le escapaba del cuerpo con la misma facilidad que la sangre.

* * *

Flavia no iba a permitir que le arrancasen lo único que le quedaba en la vida. Puede que les confundiera su avanzada edad, su andar fatigoso, casi rendido. Mejor así. Si las mujeres vencían alguna batalla, se debía a que los hombres siempre las subestimaban. Ese era su peor error y ella podría sacarle provecho.

Recordó, una por una, las palabras de su nieto cuando fue a visitarlo a la cárcel. Estaban bañadas en desesperanza y sinrazón. Apartó las emociones a un lado y se centró en los hechos desnudos y objetivos. La explicación más sencilla pasaba por culpar a Nuria y a Esteban, y semejante realidad pesaba como una piedra de la que sería muy difícil desprenderse. Debía encontrar la forma de demostrar lo contrario: la pareja tendría que probar su inocencia. Flavia fue dolorosamente consciente de que ella no lograría gran cosa sola. Necesitaba aliados, mas su mente se había quedado huérfana de nombres y de rostros. No se le ocurría nadie a quien recurrir y la soledad y el miedo formaban un tándem mortal. Se negó a asomarse al abismo que se abría ante ella. Pensó en visitar a Virtudes, la única amiga que le quedaba. Virtudes era una mujer humilde —como ella—, acostumbrada a luchar por todo y carente de influencias, pero al menos la escucharía sin juzgar a Esteban. Siempre lo había querido como marido para su única hija, hasta que Matilde, harta de esperar, se casó con un médico de El Ferrol que había obtenido la plaza de forense… De pronto, su mente se frenó y casi pudo sentir que el cerebro se le expandía y chisporroteaba de gusto. El marido de Matilde sería el forense encargado del caso y su mejor oportunidad para conocer de primera mano lo ocurrido la noche del crimen. Por más que se esforzó, no logró recordar el nombre del buen doctor. Virtudes, empeñada en quitarle importancia, siempre le llamaba «el Galleguín», en alusión a su origen y su baja estatura. Aquel olvido no tenía la menor importancia: su vieja amiga le pondría remedio.

«Tendré que visitar a Virtudes», murmuró para sí misma, y se sintió afortunada por algo que sí sabía: el Galleguín jamás se atrevía a llevarle la contraria a su suegra.

* * *

Martiño Seijas había asumido mucho tiempo atrás que su vida familiar estaba manejada por su mujer y su suegra; en particular, por esta última, que ejercía de matriarca incontestable. Lo que podría parecer un drama, o cuando menos un incordio a ojos de hombres más tozudos y dominantes, no lo era en su caso: Matilde y Virtudes cuidaban de él con primor excelso. A cambio, solo tenía que dejarse gobernar por ellas o simularlo siquiera. Pocas veces conseguía salirse con la suya, aunque intentarlo se había convertido en una lucha de inteligencias y voluntades que añadía nuevos alicientes a su día a día. Martiño solo conservaba un espacio ajeno a las injerencias de su familia política: el trabajo. Así había sido hasta ahora, pero la alargada sombra de Virtudes no se conformaba con decidir a qué hora se acostaba, qué desayunaba o cuándo se tomaba el café. El forense, que consideraba su trabajo casi sagrado, les plantó cara por primera vez. Y lo hizo de frente, sin subterfugios:

—¡No y no! Me niego en redondo. Los muertos tienen sus secretos y la Guardia Civil, mi lealtad —les dijo estirando su cuerpecito de apenas metro sesenta, como si con ello pudiese reforzar su escasa autoridad.

—Paparruchas, Galleguín —respondió su suegra y, con dos palabras, le arrebató el pundonor que le quedaba—; solo le debes lealtad a la verdad.

—Sé razonable, Martiño —le pidió su mujer, que le guiñó un ojo con coquetería antes de cruzar los brazos.

Ese gesto, que podía parecer banal, formaba parte de un código secreto que Matilde dominaba a la perfección. Al cruzar los brazos, su pecho ascendía hasta que el escote revelaba el inicio de sus redondeces. Era una manera de recordarle, sin demasiada sutileza, lo que estaba en juego. El forense, que en el fondo tenía locura por

su mujer, valoró los pros y los contras de la situación. No le gustaba el cariz que estaba tomando la investigación; ni las prisas con las que actuaba Sancristóbal. El comandante se había empeñado en dar carpetazo a la muerte de Julio Vallejo sin tomarse el tiempo necesario para atar los cabos sueltos. Incluso se había atrevido a sugerirle que simplificara el informe de la autopsia y eliminase parte de las conclusiones, algo a lo que Seijas se había negado rotundamente. Por mucho que le fastidiase reconocerlo, su suegra tenía razón: la verdad era lo único que daba sentido a su profesión, lo mínimo que les debía a los cuerpos que pasaban por sus manos.

—Espero que no nos arrepintamos de esto —musitó convencido de que sus actos tendrían consecuencias muy desafortunadas—. Avise a su amiga Flavia —añadió levantando la voz y dirigiéndose a su suegra—. Ya que voy a romper la confidencialidad de mi cargo, prefiero no tener que contarlo dos veces.

Su mujer se acercó y lo abrazó satisfecha, como siempre que se salía con la suya. Seijas sintió la calidez del cuerpo de Matilde, algo que normalmente disipaba sus recelos y le dejaba un poso de satisfacción. Sin embargo, esta vez no fue así y Martiño no pudo evitar preguntarse si, en esa lucha de principios y voluntades, había errado el tiro.

* * *

Flavia se acercó a la chimenea y colocó dos leños sobre los morillos. Con eso sería suficiente para mantener el fuego hasta que se acostase, si es que aquella noche conseguía dormir. Se recostó en el orejero y colocó los cojines de manera estratégica para calmar el dolor de huesos que la martirizaba desde hacía días. Se avecinaba lluvia; esa era la razón. Flavia deseaba que descargase de una maldita vez y se acabase el suplicio. Recuperó la taza con la infusión de manzanilla que había dejado sobre la mesa. La rodeó con ambas

manos y dejó que el calor y la sensación de bienestar se expandiesen por su cuerpo. Cada temporada, al final de la primavera, recolectaba la manzanilla junto a su nieto, una tradición que conservaban desde que Esteban era un chiquillo. Las flores se extendían por la pradera como un manto oloroso, siempre avariciosas de espacio. Ellos se conformaban con llenar una cesta de mimbre, suficiente para un año de infusiones, y dejaban el resto campando a sus anchas. Paladeó la bebida, a la que le había añadido un chorrito de miel, y volvió a repasar la conversación que esa misma tarde había mantenido con el Galleguín, el yerno de Virtudes:

—Que quede claro que solo hago esto porque no me gusta cómo se está llevando la investigación —explicó Martiño para empezar.

—Estoy segura de que tus reparos van mucho más allá de un simple «no me gusta» —replicó la anciana tratando de imprimir convicción a su voz. Había mucho en juego y el forense era un peón que no podía perder.

—¿Por qué dice eso? ¿Qué sabe? —preguntó el forense extrañado.

—Sé dos cosas. La primera, que mi nieto y Nuria son inocentes. La segunda, que no arriesgarías tu trabajo y tu posición por nada. Virtudes me ha dicho que eres un hombre íntegro, de fiar. Eso te honra, pero sabrás que la integridad siempre se cobra un precio. ¿Estás dispuesto a pagarlo?

Martiño parpadeó varias veces, desconcertado por la intensidad de Flavia. Miró a su suegra, que cabeceó levemente para infundirle ánimos, y luego a su mujer, que compuso una sonrisa nerviosa. Tardó unos segundos en continuar; los necesarios para organizar sus ideas o para reunir el valor necesario.

—Las heridas de Vallejo hablan por sí solas. Le clavaron algo poco afilado, es probable que unas tijeras, en el brazo. Esa herida no le habría causado la muerte: no afectaba a ningún órgano vital. La causa de su muerte fue una puñalada en el corazón.

—¿Una puñalada? —Flavia separó la espalda del respaldo del

asiento.

—Sí, le clavaron un cuchillo en el corazón. Por lo que tengo entendido, no aparecieron armas en la escena del crimen.

—¿Pudo arrancárselas él?

—Quizás las tijeras, pero el cuchillo le aseguró que no. La herida era mortal de necesidad. Fue una puñalada profunda y violenta —Martiño calló un instante, antes de añadir—, como si hubiera sido la venganza de un amante…

—Galleguín, no seas peliculero —le reprochó Virtudes, aunque luego cruzó una mirada especulativa con su amiga.

—No pudo ser Esteban —le dijo Flavia—. Él no me ocultaría algo así…

—La quiere mucho… Tú misma lo has dicho —replicó Virtudes, ejerciendo de abogado del diablo.

—Pero estaba dispuesto a dejarla para mantenerme a salvo. Mi nieto respeta la vida más que nada. Nunca llegaría tan lejos.

—Entonces, ¿quién puede estar detrás de todo esto? ¿Una mujer? —le preguntó Matilde a su esposo. Martiño reflexionó antes de responder:

—Una mujer enfurecida, tal vez… Hay algo que no me encaja. Las tijeras se clavaron casi al descuido, con poca fuerza. La puñalada, en cambio, tiene otra intensidad, otra intención… Si tuviera que apostar, lo haría por un hombre.

—Y si descartamos a Esteban, ¿quién nos queda? Los Vallejo llevaban poco tiempo viviendo aquí, apenas tenían relaciones y mucho menos enemigos… —dijo Flavia pensando en voz alta.

—En el cuartel se comenta que el difunto era íntimo de Rafael Sancristóbal… —apostilló Martiño.

—¡¿Cómo?! —Flavia se incorporó más en su asiento, casi a punto de ponerse en pie—. ¿Qué quieres decir con eso de que eran íntimos?

—¡No, no! —negó el forense, que fruncía el ceño agobiado—. No quise insinuar que hubiera algo entre ellos. ¡Válgame, Dios! No se me habría ocurrido nunca.

—Pues no sería tan raro… —afirmó Virtudes que, sin haber salido del pueblo, tenía más mundo que el Galleguín—. Mi hermano Luis, sin ir más lejos. El pobre se marchó al seminario para no tener que asumir *eso* de él…

—Pero Sancristóbal está casado y tiene una hija —dijo Martiño—. Además, él se las da de macho. Siempre está presumiendo de lo mucho que le gustan las mujeres.

—Dime de qué presumes y te diré de qué careces —cacareó Virtudes, empecinada en su idea.

—¿Quién puede saber la verdad? —preguntó Matilde para poner fin al rifirrafe.

El silencio inundó la sala de estar donde se habían reunido los cuatro. Si se prestaba suficiente atención, podrían oírse los engranajes de los cerebros en busca de respuestas. Flavia fue la primera en hallarlas:

—Si alguien sabe de lo que es capaz Sancristóbal, esa debería ser su mujer. Necesito hablar con ella. ¿La conocéis?

Matilde y Virtudes negaron con la cabeza. Flavia miró a Martiño, que de nuevo se convirtió en el centro de atención.

—No sé si abordar a la mujer del comandante es la estrategia más acertada —planteó dudoso.

—Galleguíííín… —dijo Virtudes alargando mucho la «i»; lo que en realidad no significaba nada, pero fue suficiente para vencer los últimos recelos del forense.

—Carmen, la mujer de Sancristóbal se llama Carmen. Viven en una de las casitas del puerto, cerca del puente —confesó resignado.

—Pues ruego a Dios que Carmen sea una buena mujer —dijo Flavia antes de irse.

—Y valiente —concluyó Virtudes. A ella siempre le gustaba decir la última palabra.

61
I need you

Llanes, 1971

El general Vallejo jamás se había sentido orgulloso de Julio, ni siquiera de niño, pero formaba parte de su familia y nadie tenía derecho a arrebatárselo. Y menos esa mosquita muerta. Cuando su hijo se empecinó en casarse con Nuria Melgar, él no dudó en exponer sus recelos al enlace. Tenía toda una lista de objeciones a la familia de la novia, pese a que Abel había sido uno de sus mejores amigos. Una cosa era la amistad y otra el parentesco. «De aquellos polvos vienen estos lodos», dijo para sí. Julio jamás fue bueno tomando decisiones. Él mismo tuvo que rescatarlo varias veces. Detestaba pedir favores, tener que humillarse para conseguir ayuda. Vallejo creía que la soberbia era la mejor virtud de un hombre, aunque otros la considerasen un pecado capital. Sin soberbia, jamás habría llegado tan lejos. Y ahora que rondaba la senectud, se amarraba a su arrogancia como a un salvavidas que lo mantenía a flote.

Cuando recibió la llamada que le comunicó la muerte de su hijo, sintió que el peso de los años se le acumulaba en las piernas y que ya no podrían sostenerlo por más tiempo. No obstante, se negó el derecho a sentarse. La debilidad no formaba parte de su carácter. Colocó el puño sobre la mesa y se mantuvo en pie a golpe de

voluntad. Así aguantó las explicaciones y las condolencias que vinieron después. Cuando colgó, su mente, rápida como la centella, ya había pergeñado un plan. Su estrategia comenzaba con una visita al Pardo. Iba a viajar hasta Asturias en busca de respuestas y necesitaba el respaldo de Franco para hacer y deshacer a su antojo. Se prometió que ese sería el último favor que pediría por Julio, al que solo le quedaba el derecho a una memoria digna.

Vallejo cumplió con su plan paso por paso. Había llegado a Llanes la noche antes y se hospedó en un pequeño hotel, poco más que una pensión, del casco antiguo de la villa. Podría haberse alojado en la Casa Azul, pero prefería mantenerse alejado de todo lo que le recordase a los Melgar. El general se ajustó la corbata, enderezó las medallas que jalonaban su pechera y se puso la gorra de plato. Se había ataviado con el uniforme de general: así reforzaba su autoridad y el respeto que le profesaban; un respeto que estaba teñido de miedo, sin duda, pero eso era algo de lo que siempre supo sacar ventaja. Desde el momento en que lució los galones por primera vez, descubrió que el poder resultaba sumamente adictivo. Sus decisiones, incluso sus caprichos, controlaban la vida de otros. Tal certeza le caldeaba las venas y le compensaba por el resto de las miserias que había que afrontar cada día. Se echó un último vistazo en el espejo, solo para comprobar que todo estaba en orden. Aceró la mirada y sus ojos azules, casi grises, irradiaron un brillo metálico. Vallejo le brindó una firme cabezada a la imagen del espejo, que se la devolvió junto a una buena dosis de confianza. Poco después, abandonaba el hotel para reunirse con la viuda de su hijo y su amante.

* * *

Los brotes de rebeldía estaban ahí, a punto de germinar, pero le asustaba pensar que se pudrirían antes de nacer. Sus manos

temblaban animadas por el nerviosismo que agitaba su alma. Tenía miedo, sí, pero no podía dejar de buscar. Algo se había apoderado de ella, algo que no controlaba y que, de seguir por el mismo camino, la conduciría al abismo, a la perdición. Aun así, cogió una banqueta, la arrimó al armario y se subió a ella. Palpó con una de las manos, mientras se agarraba al borde del mueble con la otra. Lo primero que se encontró fue el polvo acumulado sobre las cajas de cartón. En otro momento de su vida, se habría recriminado por ello. Ahora no. A pesar de la silla, el ropero era tan alto que le costó recorrer cada esquina. No encontró lo que buscaba y los brazos se le resintieron del esfuerzo. No le importó.

Se detuvo a pensar. Debía ponerse en la piel de su esposo. ¿Dónde escondería sus secretos más oscuros? Jamás se arriesgaría a hacerlo en el cuartel. Rafael era astuto, de un modo primitivo, aunque muy eficaz. Él elegiría un lugar inocente, neutro, donde a nadie más se le ocurriese buscar. Un estremecimiento le sacudió el cuerpo. Fue como si la atravesara una revelación. Por primera vez se preguntó si debía continuar. No había pensado en las repercusiones que sus actos tendrían para su hija. Hasta la mejor de las resoluciones les cambiaría la vida para siempre. «No importa», se dijo una vez más, «pase lo que pase, será mejor así». Los brotes de rebeldía habían enraizado con fuerza. Decidida, se dirigió a la habitación de Covadonga que, ajena a todo, dormitaba una placentera siesta en el corralito instalado en el salón. Si su intuición resultaba acertada, Rafael no tendría perdón de Dios. Cerró la puerta tras ella y contempló las cuatro paredes de aquella habitación que había decorado con tanta ilusión y amor. Un error bastante frecuente era pensar que un bebé podía salvar un matrimonio. Ahora sabía que no era así y se sentía culpable por haberle dado a su esposo potestad sobre la vida de otro ser humano.

Se afanó en buscar antes de que la culpa atenazase sus manos. Movió cada mueble del cuarto a la caza de los escondrijos menos obvios. Repasó la parte inferior de los cajones de la cómoda. Tuvo que emplearse a fondo para llegar al extremo más alejado. La

embocadura de los cajones le rozaba los antebrazos. Estiró los dedos y los movió de arriba abajo. Notó una irregularidad, algo que no debería estar allí, y se le desbocó el corazón. Retiró las manos como si el bulto quemase. Se alejó un poco, se sentó sobre los talones y contempló el mueble con disgusto, como si en el fondo no quisiera verlo. Tardó un buen rato en reunir el valor para arrancar el cajón y darle la vuelta. Al otro lado, sujeto con cinta americana, estaba el cuchillo de caza de Rafael y unas tijeras de podar que no había visto antes. Sofocó un grito de horror y se llevó la mano derecha a la garganta. Sintió que su respiración se desbocaba y que iba a sufrir un ataque de pánico. Cerró los ojos y balanceó el cuerpo de manera inconsciente. Solo consiguió marearse. Se apoyó en el suelo y trató de reprimir la necesidad de hundirse, de dejarse caer hasta el fondo. Arrancó la cinta americana con torpeza y envolvió el cuchillo y las tijeras en uno de los trapos que usaba de pañal para la pequeña Covadonga. Devolvió el cajón a su sitio y, a punto de preguntarse qué hacer con lo que había encontrado, oyó el sonido del timbre. Dos veces. Pensó en ignorarlo, pero la persona que estaba al otro lado de la puerta no tenía intención de rendirse: los golpes con la aldaba, tan insistentes como martillazos, así lo atestiguaban. Se dirigió a la entrada para librarse rápidamente de la inoportuna visita. Compuso una sonrisa impostada, que tenía más de mueca que de otra cosa, y abrió la puerta. Primero una rendija. Después, al comprobar que solo era una anciana, se apoyó en el umbral dispuesta a escucharla.

—Disculpe la molestia; ya sé que no me conoce. Mi amiga Virtudes me explicó dónde vivía. Lamento importunarla, pero tengo que hablar de algo con usted. Es importante…, muy importante.

Carmen la observó: los ojos de la mujer reflejaban una tristeza profunda. Sensible como estaba, aquella emoción le tocó el alma. Las lágrimas se le agolparon en las pestañas, convocadas por todo el sufrimiento acumulado.

—¿Se encuentra bien? —se interesó la mujer, acercándose solícita.

Carmen negó con la cabeza. Era evidente que no estaba bien y se preguntó si volvería a estarlo alguna vez.

—¿Quién es usted? —Las palabras le salieron atragantadas por el llanto.

—Soy Flavia, Flavia Carcedo. Mi nieto, Esteban Carcedo, era el jardinero de la Casa Azul…

—Y ahora está detenido por el asesinato de Julio Vallejo —añadió Carmen para rematar la explicación.

—Sí, pero él no lo hizo. Nuria y Esteban son inocentes —aseguró la anciana tratando de resultar convincente—. Sé que es una petición absurda, desesperada… Necesito saber si puede ayudarme de algún modo.

Sus miradas se cruzaron y sus ojos se quedaron enganchados, estableciendo un diálogo silencioso. Carmen admiró la fortaleza que se escondía en ellos; Flavia intuyó su bondad y un conato de rebeldía. Quiso pensar que había esperanza para su nieto. Con un ademán, Carmen la invitó a pasar y cerró la puerta a su espalda. En el angosto recibidor —alumbrado por la cicatera luz del zaguán—, las separaba poco más de un metro. Carmen se giró hacia la consola adornada con un jarrón repleto de hortensias y agarró un bulto de tela. Lo sostuvo en la palma de la mano izquierda mientras lo desenvolvía con la derecha. Su modo de actuar tenía algo de ceremonial y Flavia, consciente de la importancia del momento, le prestó atención. Un brillo metálico destelló en la semioscuridad del zaguán cuando Carmen le mostró el contenido como si fuese una ofrenda. Y en cierto modo lo era.

—Ojalá esté equivocada, pero creo que este es el cuchillo con el que mi marido asesinó a Julio Vallejo.

* * *

Nuria contempló la pared de enfrente, recortada por la silueta de los

barrotes de su celda. Durante el encierro había repasado cada grieta, cada desconchón y cada mancha de humedad en el muro. Ni siquiera habían colgado un triste cartel de advertencia, así que no había nada más que ver. Pensó en lo que sería vivir así el resto de su existencia. No podría acostumbrarse a ello. ¿Cómo lograban sobrevivir los presos a la añoranza de los grandes espacios? Puede que ese fuera el verdadero castigo: verse condenado a una eternidad de paredes mugrientas, sin poder mirar a otro lado.

Aburrida como estaba, y pendiente de cualquier estímulo, creyó distinguir el chirriar de cerraduras herrumbrosas y unos pasos marciales que avanzaban por el corredor. Se preguntó qué sería de Esteban. Hacía muchas horas que no le oía gritar, aunque una idea envenenada le impedía disfrutar del silencio: la posibilidad de que aquel silencio se debiera a algo peor. Un hombre vestido de uniforme se detuvo ante la celda. Ella parpadeó incrédula y, de forma inconsciente, retrocedió hasta tropezar con la pared del calabozo. Ni siquiera pensó que eso la hacía parecer más culpable: solo quería alejarse de todo lo relacionado con Julio.

El general Vallejo arrugó la nariz como si en aquel lugar oliera mal y, probablemente, así era. Su mirada severa, más de lo habitual, le atravesó el alma y se sintió como una niña pequeña y desvalida. La necesidad de explicarse, de justificarse, se le atragantó en la garganta. Tuvo que recordarse a sí misma que había sido el hijo del general quien trató de matarla y no a la inversa.

—¡Maldigo el día en que acepté ayudar a tu padre! —Manifestó Vallejo con un tono pausado que helaba la sangre—. Jamás imaginé que vuestra ruindad podía llegar tan lejos…

—Yo no maté a Julio —dijo Nuria, pese a tener la certeza de que no iba a convencer a su suegro.

—No me importa si fuiste tú o fue tu amante, pagarás de igual modo. Desempolvaré el garrote vil para ti. Disfrutaré de verte morir sufriendo —afirmó acercando su rostro de asceta a los barrotes del calabozo. Después de soltar la amenaza, pareció más aliviado.

Nuria no quería escucharlo, pero esa era otra de las cosas que no

podía decidir. Resignada a su suerte, se preguntó si el general habría preparado su discurso de antemano. Supuso que sí. Vallejo le dio la espalda y dio unos pasos para alejarse de ella.

—Me pegaba —se le escapó, sin saber muy bien por qué se lo contaba: así solo le daba argumentos para reforzar sus ideas. Sin embargo, al ver que su suegro se detenía en seco, ella continuó—. Me pegaba por cualquier motivo, por absurdo que fuera. Con el paso del tiempo, se volvió más violento, más brutal, y comencé a temer por mi vida. No tenía a nadie a quien recurrir…

El general alzó una ceja y su rostro se revistió de escepticismo.

—No es cierto —negó Vallejo apartando la mirada de ella. Nuria iba a defender su verdad, cuando el general añadió—, tenías a tu amante…

Nuria se tambaleó como si le hubieran arreado una bofetada en la cara. Los pasos del militar se alejaron furiosos, pero la crueldad de los Vallejo se quedó en la celda con ella.

Esa sería su única compañía.

* * *

Carmen no entendía cómo habían logrado convencer al forense Martiño Seijas para que probase que el cuchillo de caza de Rafael era el arma del crimen. No solo corría peligro su trabajo y su prestigio, sino que, a buen seguro, había mucho más en juego. Sus reparos iniciales se desvanecieron cuando tuvo los resultados de las pruebas: restos de sangre en la hoja —que coincidían con el grupo sanguíneo de Julio Vallejo— y la irrefutable correspondencia con la profundidad y la forma de la herida. Rafael le había clavado el cuchillo hasta el mango y la marca de la empuñadura había quedado grabada en la piel del difunto. La cuestión más compleja era qué podían hacer con toda la información, los indicios y las pruebas que manejaban. ¿Quién los escucharía? La Guardia Civil contaba con

hombres íntegros —Seijas los conocía—, pero estaban subordinados a Rafael y le debían obediencia. No se atreverían a vulnerar la cadena de mando. La prensa no relataría su historia, por jugosa que fuera, si no contaban con respaldo oficial. El tiempo tampoco jugaba a su favor: el general Vallejo, el padre de Julio, apuraba los plazos y ya se hablaba de trasladar a Nuria a una cárcel de mujeres. Además, Carmen se consumía de angustia: tarde o temprano, su marido descubriría la ausencia del cuchillo y solo encontraría una culpable.

—Tenemos que remover el avispero antes de que nos piquen —dijo Flavia, que no soportaba pensar en el maltrato que estaría sufriendo su nieto. Aunque lo había intentado varias veces, ni siquiera le habían dejado verlo.

Carmen asintió con vehemencia. Ella pensaba lo mismo, pero su dilema era justo lo opuesto a una encrucijada: no se le ocurría ni un camino ni una opción. Miró en derredor: Matilde, Martiño, Flavia y Virtudes ocupaban el sofá y las sillas disponibles en casa de esta última; a ella le había tocado un orejero adornado con mantelitos de ganchillo en los reposabrazos. Se habían reunido en torno a una chimenea apagada. El otoño apenas había comenzado, pero una lluvia inclemente azotaba las ventanas. El Galleguín se ofreció a encenderla. Virtudes lo desechó con un gesto de la mano: debían ocuparse de cosas más importantes. Si alguien los hubiera observado a través de las ventanas, pensaría que la suya era una inocente reunión de amigos y no un conciliábulo para salvar la vida de dos personas y atrapar al verdadero culpable del asesinato de Julio Vallejo. Carmen sintió la angustia arrebujarse en la boca del estómago. Notaba su presión en el pecho, como si alguien le estuviera plantando su bota encima. Ella se jugaba más que el resto. Sucediera lo que sucediese, no habría un final feliz para su familia. Solo aspiraba a mantener a la pequeña Covadonga a salvo.

—Esta mañana estuvo en el cuartel el padre del finado. Me dijeron que es un general del Ejército de Tierra. También se rumorea que es íntimo de Franco. Hasta el alcalde quiso acompañarlo al puesto —les contó Martiño para romper el incómodo silencio.

—¿El padre de Julio es general y amigo de Franco? —preguntó Flavia asombrada. El Galleguín asintió con vehemencia. Todo lo asociado al caso le recordaba a un polvorín a punto de estallar.

Los reunidos guardaron silencio de nuevo, mientras cada mente se esforzaba en pergeñar un plan que les era esquivo.

Había demasiado en juego.

Flavia carraspeó para captar su atención. Contempló los rostros atentos, expectantes, y notó una punzada de remordimiento. Pensó en callar, pues no deseaba arriesgar la vida de ninguno de ellos. No obstante, siguió adelante con su plan. Como se había prometido desde un principio, haría cuanto estuviera en sus manos para salvar a Esteban.

Ya lo hizo una vez cuando era niño y volvería a hacerlo una y cien veces más.

62
Not guilty

Llanes, 1971

El general Orlando Vallejo parpadeó incrédulo. Pocas veces en su vida, y desde luego ninguna de ellas de adulto, se había sentido así. Irguió la espalda con esfuerzo y adoptó una expresión severa para disimular su desconcierto. Eso fue todo lo que pudo hacer. ¿Palabras? Ninguna. Se sentía incapaz de decir algo de lo que no tuviera que arrepentirse más tarde. Miró a las mujeres —un grupo de lo más variopinto— y al diminuto hombre que las acompañaba. Tenía un aspecto insignificante y, sin embargo…

El general contempló el cuchillo y revisó la documentación esparcida sobre la mesa de la habitación. Agarró uno de los papeles con tanta fuerza que lo arrugó. Se lo acercó a la cara para volver a leerlo, pero las letras formaron borrones incomprensibles. De pronto, se sintió muy viejo. Su vanagloriado aplomo se desvanecía y detestaba esa sensación de fragilidad con cada partícula de su alma.

—¿Está seguro de lo que afirma? —preguntó al forense, apuntándole con su informe.

—Totalmente —dijo Martirio, consciente de lo mucho que se jugaba—. Su hijo fue asesinado con el cuchillo de caza de Rafael Sancristóbal. Le clavó una puñalada en el corazón, una estocada mortal de necesidad —concluyó un tanto dramático.

—¿Y la otra herida?

—Jamás habría muerto a causa de ella; la lesión era superficial.

El general Vallejo percibió que una gota de sudor frío le resbalaba por la nuca y se adentraba en la guerrera de su uniforme. No iba a desmoronarse ante unos extraños. Tenía que poner fin a aquel encuentro. Paseó la vista, una vez más, sobre los papeles que le habían traído para sustentar su versión. Necesitaba tiempo para asimilarlo. Ignoraba cuánto.

—Deben irse —les dijo haciendo un gesto autoritario con el brazo. Las mujeres se miraron entre sí y el hombrecito hizo amago de recoger los documentos y el arma del crimen—. ¡No! —gritó Vallejo tajante, recuperando parte de su autoridad. Así se sentía más cómodo—. Los papeles y el cuchillo se quedan aquí.

Martiño se encogió asustado y buscó apoyo en las mujeres que lo acompañaban. Su suegra movió el mentón hacia arriba, como si le exigiera hacer gala de los arrestos que le faltaban. El forense tomó aire y se resignó a hacer un último intento:

—Disculpe, general, pero tengo que llevarme las pruebas. Comprenda que son cosas del procedimiento… —dijo, al tiempo que pensaba que nada de lo que estaba haciendo respetaba el «sacrosanto» procedimiento.

Vallejo se interpuso entre Martiño y la mesa y lo fulminó con la mirada.

—¡He dicho que se quedan aquí! —Sus ojos, de un azul acerado, no admitían más réplicas.

Nadie se atrevió a contradecirlo: su cargo y sus relaciones pesaban demasiado. Abandonaron el cuarto con la impresión de que dejaban el destino de Nuria y Esteban —y en cierto modo el suyo— en manos de un hombre al que apenas conocían.

Era como caminar por la cuerda floja y sin red.

* * *

Sancristóbal dormía la siesta cuando unos golpes en la puerta lo despertaron. Maldijo en silencio a quien se atrevía a interrumpirle el sueño, pero se limitó a darse la vuelta. Ya se ocuparía Carmen de abrir. Necesitaba descansar un rato para disipar el poso de alcohol que le había dejado el almuerzo. Volvieron a sonar los golpes, esta vez, más insistentes. Apretó los ojos con fuerza y notó que la irritación se apoderaba de él, dinamitando los restos de sueño. Le llegaron unos gritos airados, amenazantes. Rafael se resignó a abandonar la cama, aunque también se prometió que alguien pagaría por ello. Se limitó a ponerse los pantalones, atravesó el pasillo y abrió la puerta en camiseta interior de tirantes. Cuatro de sus hombres esperaban fuera. Frunció el ceño extrañado. ¿Qué podía ser tan grave para que acudieran a su casa y en tropel a buscarlo? ¿Por qué no se habían limitado a llamar por teléfono?

—¡Maldita sea, Martínez! ¿Qué demonios hacéis aquí…? —Tardó unos segundos de más en darse cuenta de que Martínez y compañía portaban sus armas reglamentarias en las manos. De pronto, su mundo se desmoronó al completo y el miedo clamó a gritos en su interior. Tuvo que esforzarse para que el grito no se le escapase por la boca.

—¿Rafael Sancristóbal? —preguntó el sargento Martínez, como si pudiese albergar alguna duda sobre la identidad de su jefe—. Queda detenido por el asesinato de Julio Vallejo.

Sancristóbal notó que las piernas se le tornaban blandas y que ya no le sostenían. Pensó en mil cosas descabelladas, entre otras, en la pistola guardada en la cartuchera que colgaba de uno de los boliches de su cama. ¡Maldita siesta! Por mucho que corriese, no le daría tiempo a cogerla. Aunque tal vez pudiera engañarlos… Tendría que matarlos para escapar, pero, si había sido capaz de hacerlo con

Julio, ¿qué problema podían suponer unos hombres que le resultaban tan indiferentes como ridículos?

—Voy a acabar de vestirme —les dijo empleando su tono más altivo: no conseguiría nada mostrándose débil. Sus hombres intercambiaron una mirada dudosa. Rafael los observó sin dejar traslucir sus temores. Su rostro, hermético en apariencia, temblaba por dentro. Martínez se le acercó antes de hablar:

—Lo siento, jefe. Tengo que ponerle las esposas.

De seguido, se abalanzó sobre él, sin darle tiempo a reaccionar. Sancristóbal trató de resistirse, pese a la juventud y la mejor forma física del sargento. Cuando Martínez le dio la vuelta y, tirando de él, le puso en pie esposado, el comandante comprobó que lo que le había dicho su subordinado era puro fingimiento. No lo sentía en absoluto: la expresión de su cara mostraba su más profunda satisfacción.

Rafael Sancristóbal jamás se había caracterizado por su inteligencia —que se limitaba a cierta astucia revestida de maldad—, pero, en ese momento —tal vez por instinto—, se supo perdido.

Toda su fuerza se diluyó en un mar de desesperación.

Las olas lo engulleron.

63
I'll follow the sun

Sujetó la Leica M3 de su madre con una mano, mientras subía el empinado sendero que conducía hasta el acantilado. Antes de llegar al borde, se detuvo y contuvo la respiración sorprendida por la belleza y lo majestuoso del paisaje: el bruñido mar azul, las pequeñas islas de roca que lo desafiaban con su mera presencia, el intenso verde de los arbustos y los vibrantes colores de las flores. Su mente, emocionada, ya estaba pensando en luces, sombras, planos y encuadres, pero, antes de ponerse a obrar su magia, se giró para ofrecerle a Esteban la mejor de las sonrisas. Él se la devolvió de inmediato y su mirada, que todavía guardaba el poso de lo sufrido, se aligeró un tanto de la tristeza que la acompañaba.

—Ha sido buena idea traerte aquí —dijo él convencido.

—La mejor de las ideas —confirmó Nuria, y agarró la cámara con ambas manos, se la acercó al rostro, ajustó el diafragma y disparó la que sería la primera de muchas fotos. Esteban había arrugado la cara en un mohín que le recordó a un niño pequeño. No le importó: estaba guapísimo bajo aquella luz blanquecina. No quería perder aquel recuerdo. No quería perder nada más.

—Los acantilados de Buelna son una maravilla de la naturaleza. Mejor los «sacas» a ellos, ¿no crees? —apuntó mordaz y, apoyándose con delicadeza sobre los hombros de Nuria, le dio la vuelta. Ella sonrió durante el tiempo en que Esteban mantuvo el

contacto.

Después guardaron silencio. Nuria probó todos los enfoques, todas las posturas posibles y disfrutó de cada instante. Tras la muerte de Julio, se sentía ligera como las gaviotas que rondaban la costa y se sostenían en el aire sin esfuerzo. Ligera y valiente para defenderse a sí misma y a las personas que amaba.

Esteban se acomodó sobre una piedra plana y se limitó a observarla. Desconocía la pasión de Nuria por la fotografía —y a buen seguro que otras muchas también—, pero en adelante dispondría del tiempo necesario para conocerla a fondo. Aún no lograba creer que su historia de amor hubiera tenido un final feliz, como en uno de esos cuentos que terminan con un «fueron felices y comieron perdices», algo que casi nunca ocurría en la vida real y que jamás llegó a imaginar durante su encierro en la cárcel.

¿Cómo habría podido soñar con la dicha en medio de tanto dolor? ¿Cómo soñar con la libertad cuando el tiempo se había quedado detenido en el infierno?

* * *

Los hechos se precipitaron con la irrupción del general Orlando Vallejo en el cuartel de la Guardia Civil. El militar apareció escoltado por el juez de instrucción y el alcalde de Llanes. Vallejo puso a todos los guardias firmes, como si formasen parte de su ejército, y nadie se atrevió a cuestionar su autoridad. Les dijo que quería al asesino de su hijo entre rejas y que no le importaba ni lo más mínimo que fuera su jefe. Los guardias aceptaron sus órdenes, respaldadas por el auto de detención que había dictado el juez. A ellos tampoco les importó que el detenido fuera su jefe: Sancristóbal siempre se había comportado como un déspota arrogante y se había granjeado un montón de enemigos. No tenía ni un solo aliado en el cuartel. Él mismo había cavado su propia tumba y tallado en piedra su epitafio.

Le costaría mucho encontrar a alguien dispuesto a rezar un responso por su espíritu. Era muy probable que también tuviera que hacerlo él.

Cuando por fin los liberaron, Esteban tenía el cuerpo magullado y el alma rota. Nuria le examinó con idéntica proporción de inquietud y devoción. Luego se fundieron en un abrazo tan íntimo, que despertó la incomodidad de cuantos les rodeaban. Les dio igual. Ella le preguntó por la tortura, por los golpes que podían leerse en los más variados lugares de su cuerpo como un mapa de magulladuras. La preocupación de Nuria le conmovió, aunque él sabía que las heridas físicas cicatrizarían más rápido y mejor que las mentales. Se preguntó si sería capaz de superar el miedo a perderlo todo. Eso iba a ser más difícil y tardaría más tiempo. La proximidad de la muerte, tan cercana como su sombra durante todo el encierro, le había afectado hasta el punto de ver peligrar su cordura. Quería refugiarse en Nuria para olvidarse de lo sufrido, pero la posibilidad de que regresase a Madrid, ahora que ya no estaba atada a la voluntad de Julio, le inquietaba demasiado. No se atrevía a preguntarle de frente y trató de enmascarar sus dudas en otras que no pudieran hacerle tanto daño.

—¿Qué vas a hacer con la Casa Azul? —Le planteó en cuanto dispusieron de tiempo para estar a solas. Nuria clavó su mirada en él y le regaló una sonrisa amplia, sincera. La libertad, en el sentido más absoluto, le sentaba bien.

—Venderla —afirmó plenamente convencida. Durante un momento pareció que iba a añadir algo más y Esteban aguardó expectante. Sin embargo, Nuria vaciló, apartó la mirada y se mantuvo en silencio.

—Los Melgar siempre han sido los propietarios de la Casa Azul. ¿No lamentas desprenderte de ella?

—No —negó rotunda—. No me siento amarrada por la voluntad de mis antepasados. Tampoco le debo nada a mi tatarabuelo. Su tiempo pasó hace décadas. Él fue todo lo libre que se puede ser para tomar sus decisiones y yo quiero serlo para tomar las mías.

Necesito serlo. Además, no puedo vivir allí: mi dolor resonaría como un eco entre sus paredes. Me volvería loca. Quiero olvidar mi pasado con Julio, sepultarlo bien hondo; y si tengo que hacerlo entre las ruinas de la Casa Azul, que así sea.

—Solo vas a venderla, ¿verdad? ¿O tienes intención de echarla abajo? —preguntó irónico, aunque no tenía ganas de bromas.

—¡Qué gracioso! —dijo ella, a la vez que arrugaba la cara con un mohín de burla—. Solo voy a venderla —Nuria volvió a centrar su atención en él y en la expresión de su rostro se reflejó la duda—. ¿Qué quieres saber? ¿Qué es lo que te preocupa de verdad?

Esta vez fue Esteban quien apartó la mirada antes de que se le empañase de emoción. Nuria cerró los ojos para hacer acopio de valor. Tenía miedo de abrir su corazón después de su desastrosa historia reciente. Aun así, podía sentir que el músculo palpitaba con fuerza en el interior de su pecho. Tal vez no fuera tan frágil como ella creía. Se recordó a sí misma el tipo de hombre que tenía enfrente, sus valores, sus principios. La distancia entre Julio y él era abismal: dos continentes separados por un océano.

—Está bien. Tú ganas… Te diré lo que quiero yo. Quiero quedarme aquí, en Llanes, contigo. Deseo vivir en esa casita vuestra al borde del acantilado; despertarme y dormirme cada día oyendo el viento, el rugir del mar y la música de los Beatles. También pretendo montar un negocio y hacer muchas fotos, tal vez colaborar con *El Oriente de Asturias…*

—¡Vaya…! Lo has pensado mucho —bromeó Esteban feliz, antes de acercarse a ella para abrazarla como a su más preciado tesoro. Y allí, en el calor de ese abrazo, sintió que empezaba a recomponerse y que el futuro era posible.

—No he pensado en otra cosa —confirmó Nuria con un brillo dichoso en la mirada. Sus palabras, rotundas y sinceras, acariciaron el alma de Esteban.

EPÍLOGO
Like dreamers do

Nuria ha sido la primera de los Melgar en atreverse a hacerlo: ha vendido la Casa Azul. El palacete construido por su tatarabuelo ya no les pertenece. Aun así, tiene la impresión de que su familia siempre será la propietaria en la memoria del pueblo. No importa. Puede que, a partir de ahora, ella misma consiga verla con otros ojos, como algo ajeno que se admira desde la indiferencia. O no. Solo el tiempo lo dirá.

En cualquier caso, ha encontrado cierto resarcimiento en desprenderse de ella. El dinero de la venta le ha dado la posibilidad de hacer realidad sus sueños. La tienda de fotografía le permite captar la felicidad de otros y disfrutar a diario de sus vidas sencillas, sin complicaciones. Sin embargo, ya no es tan importante como lo era antes, al principio. Ahora conoce la felicidad de primera mano; la suya, la propia. Vive con Esteban en la casita blanca al borde del acantilado. Cada mañana se asoma a la ventana para ver el mar y descubrir de qué color ha amanecido: argentado, verde o azul. También vigila su estado de ánimo: sosegado, revoltoso y, a veces, violento. Nunca es el mismo. En esta tierra, bañada por las aguas, el Cantábrico forma parte del día a día. Es uno más.

Gracias a la recomendación de Román Cueto, comenzó a colaborar con *El Oriente de Asturias*—, otro sueño cumplido. En el periódico valoran su talento y le compran las fotografías que toma

en las romerías y demás festejos del pueblo: la devoción del Bando de la Magdalena, el púrpura de las flores que adornan la talla, la maravillosa faz de la santa… La imagen de la Magdalena también remueve algo en ella. Cuando asistió a su primera procesión y Esteban la vio emocionada, le dijo que estaba seguro de que sus ancestros llaniscos habían sido partidarios del Bando, algo que se transmitía en la sangre de generación en generación.

Desde entonces, a ella le gusta pensar que tiene razón.

Su trabajo en el periódico y las conversaciones con las gentes del pueblo, que poco a poco la aceptan como uno de los suyos, le han permitido rebuscar en la memoria de Llanes. No ha podido olvidarse del pasado de los Melgar. La sombra de sus ancestros, de Mario, Malena y Dimas, está pegada a ella como su propia sombra. Tampoco le importa: cuanto más conoce de ellos, más completa se siente. ¡En la vida de cada uno encuentra explicación a tantas cosas!

La Casa Azul será un hotel de lujo. No sabe si los propietarios mantendrán su nombre o la bautizarán de nuevo. Después de tantos años de soledad y abandono, todos sus huecos —escaleras, habitaciones y pasillos— se llenarán de gente y de actividad. A veces se pregunta si eso le gustará a la casa. Sí; entiende que es una tontería preguntarse si algo le gustará a un edificio, como si el lugar estuviera animado por algún espíritu. Aunque solo ella sabe lo que vio allí. Nunca se lo ha contado a nadie, ni siquiera a Esteban, pero está convencida de que fue Malena, su bisabuela, quien trató de advertirla del peligro que corría. Malena atravesó océanos de tiempo para cuidar de ella, de su familia.

La historia de los Melgar está conclusa. Nuria ha sido capaz de cerrar el círculo.

Al fin se acaba el silencio de la Casa Azul.

Está a punto de llenarse de ruido, de vida.

AGRADECIMIENTOS

En la vida y en la literatura tengo mucho que agradecerle a mi familia: sin ellos jamás habría llegado a ser escritora. Mi marido es un apoyo fundamental y se toma tan en serio mis sueños que, en cierto modo, los hace suyos también. Mi padre es otro pilar indispensable. Él da los mejores abrazos del mundo y siempre rema a favor. Su entusiasmo es contagioso. Mi hermana siempre ha sido mi confidente. A Belén le hace tanta ilusión como a mí que pueda dedicarme a escribir. Ya no buscamos al mago de Oz —para qué, si es un tramposo—, pero seguimos avanzando juntas mientras descubrimos qué nos espera al final del viaje.

El silencio de la Casa Azul no sería la misma sin la ayuda de Marian Ruiz, la maestra de la palabra precisa. También he de reconocer la labor de mis primeras lectoras, las que vieron nacer esta novela y que me han ayudado a llegar hasta aquí. Mis agradecimientos a Nuria Paniagua, Belén Fernández, Vanessa Tomín, Isabel Morán, Lucía Nieto y Sandra García. También para Enol, por dejar un ratito los libros de historia para leer y comentar esta ficción. Además, he contado con el asesoramiento de José Antonio Anca, a quien tengo que agradecerle su tiempo, su amabilidad y sus conocimientos sobre el Llanes histórico.

La novela ha encontrado su lugar gracias a la labor y el empeño de Isabel Martí y del equipo de IMG Agencia Literaria. Para su publicación, he contado con el apoyo, el entusiasmo y el trabajo

impecable de mi editora, María Borrás, y del equipo de la Editorial Almuzara.

Escribo por muchas y maravillosas razones. Que Leyre, mi hija, se sienta orgullosa de mí es la mejor de todas ellas. Ella, con su mera existencia, le da alas a mis sueños y sentido a mis historias.



ARANTXA GARCÍA ROCES (Gijón en 1972). Es licenciada en Derecho por la Universidad de Oviedo y experta en Mediación y Resolución de Conflictos, también por la Universidad de Oviedo. Ha desarrollado su carrera profesional en el mundo de la abogacía, donde ha trabajado como letrada especialista en derecho de familia y derecho civil. Durante más de quince años se dedicó a escribir sobre cuestiones legales, hasta que se atrevió a dar el salto a la literatura.

Su primera novela, *La caja de los miedos*, ha sido galardonada con el Premio Internacional de Narrativa Marta de Mont Marçal 2022.

Notas

[1] El Bando de la Magdalena en Llanes cubre a la santa con un manto bordado en claveles rojos. <<

[2] Dios supremo de la religión yoruba. <<

[3] Dios de la muerte. <<

[4] Diosa protectora de las mujeres. <<

[5] Diosa madre sincretizada con santa Ana. <<

[6] Dios de la adivinación. <<

[7] La noche de un día duro. <<

[8] El amor no se puede comprar con dinero. <<

[9] Deidad principal de la religión yoruba, dueño de la mente y los pensamientos. Se sincretizó con la Virgen de las Mercedes. <<

[10] Deidad relacionada por la muerte, que vive en la puerta del cementerio. <<